

La serie de Gotland

mari jungstedt

La cuarta víctima

Un robo a mano armada,
una niña atropellada,
un cruel asesinato



se

Una mañana de finales de verano tres encapuchados atracan un banco a mano armada en pleno centro de Klintehamn, una pequeña localidad en la costa oeste de la isla de Gotland. En su huida en un coche robado, los ladrones atropellan a una niña de seis años. Cuando la Policía da con la casa de campo abandonada donde se ocultan, encuentran el cadáver de uno de los delincuentes, pero ni rastro de los otros dos miembros de la banda.

El comisario Anders Knutas y su compañera Karin Jacobsson se encargan de la investigación. Solo saben que uno de los ladrones era una mujer y que existen conexiones con los clubes de motoristas de Gotland.

Pero cuando ninguna de estas pistas da sus frutos, Knutas decide retomar un caso ocurrido hace años. Por su parte, el periodista Johan Berg empieza a hacer su particular aportación al caso, pero no puede sospechar que la tragedia está a la vuelta de la esquina.

A veces los traumas de la infancia pueden proyectar su sombra sobre el futuro.



Mari Jungstedt

La cuarta víctima

Anders Knutas - 9

ePub r1.2

Titivillus 12.04.2018

Título original: *Det Fjärde Offret*
Mari Jungstedt, 2012
Traducción: Carlos del Valle Hernández
Diseño de la cubierta: Alejandro Colucci

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Sebbe, con amor

SUECIA



GOTLAND



A primera vista todo parecía estar en orden. La casa, que se encontraba apartada, se alzaba tras un alto muro de piedra. El coche, aparcado como de costumbre en la explanada de gravilla, junto a los contenedores de basura. El suelo empedrado se veía parcialmente cubierto de arbustos de arándano rojo y musgo. Algunos pinos retorcidos, cuyas copas se balanceaban nerviosas con el viento. La terraza que daba al mar, preparada para el invierno, resultaba fría bajo el cielo plomizo, pues no había rastro de los muebles ni de la barbacoa de gasoil. Las contraventanas de la planta baja estaban cerradas e impedían cualquier intento de vislumbrar el interior. Al parecer, la víspera, la familia había llegado tarde a casa y se había ido directamente a la cama sin deshacer el equipaje.

Tan pronto como su padre aparcó, el chico salió disparado y se apresuró hacia la entrada, agachado para protegerse del viento. Eran las vacaciones de otoño e irían a la piscina. Se puso tan contento cuando su mejor amigo lo llamó para decirle que regresarían antes de lo planeado...

Pero al acercarse a la casa demoró el paso. Había algo que no encajaba. La puerta de la calle estaba abierta de par en par, una ventana repiqueteaba en la planta superior. En la escalera circular de piedra de la entrada se distinguían unas evidentes manchas oscuras.

—¿Hola? —gritó su padre cuando lo alcanzó. Su mirada reflejaba preocupación—. ¿Hay alguien en casa?

Ninguna respuesta, apenas el susurro de las copas de los pinos y las olas rompiendo más abajo, en la playa. Había luz en la cocina.

—¿Por qué no llamamos al timbre? —preguntó el muchacho.

—Espera.

El padre posó una mano en el hombro de su hijo y miró a su alrededor. Le indicó que se

quedara quieto mientras él subía por la escalera. Un simple vistazo al recibidor fue suficiente para comprender que algo grave había sucedido. Las manchas oscuras continuaban por el suelo hacia el interior de la casa. En el suelo había una lámpara de cristal esmerilado rota, cuyos pedazos relucían bajo la luz plomiza que se filtraba por la hilera de ventanales de la pared.

—¿Qué diablos...?

Se dio media vuelta.

—Aquí ha pasado algo. Espera en el coche mientras yo echo un vistazo. Y cierra por dentro.

—Pero papá...

—Vete al coche.

El tono hizo obedecer al niño. Inquieto, retrocedió unos pasos y siguió a su padre con la mirada.

El hombre corpulento permaneció un momento en el pasillo mal iluminado del recibidor, tratando de distinguir algún sonido. Comenzó a caminar y entró en el salón. Entonces la vio. Primero solo los pies, algo bronceados y con las uñas pintadas de rosa, las piernas cubiertas con un ligero camión de encaje. Yacía sobre el suelo de piedra, al pie de la escalera. Tenía los ojos abiertos, con la mirada clavada en el techo, un hilo de sangre le salía de la boca y el pecho aparecía teñido de rojo oscuro bajo la bata. Casi negro. Su rubia melena estaba enmarañada.

Se le nubló la vista mientras contemplaba el rostro. La piel estaba casi transparente. Tomó una de sus frías manos entre las suyas y notó que se había quitado el anillo de casada. Ningún indicio de pulso. Lo comprobó también en el cuello. Nada.

Se puso de pie y miró alrededor. Faltaban cuadros de las paredes, la escultura de bronce que había en un nicho entre la cocina y el recibidor había desaparecido. La estantería estaba vacía. Observó toda la habitación: una silla caída, el charco de sangre en el suelo, las puertas de cristal de la vitrina abiertas de par en par. Descubrió el siguiente cuerpo en la escalera que conducía a la planta de arriba. Inerte, una herida abierta en la cabeza y sangre oscura alrededor.

Al otro lado de la ventana, el viento sacudía las hojas de colores otoñales y bramaba en los aleros de la casa. Vio el rostro de su hijo a lo lejos, en el coche. Los niños, pensó. Los niños. Se detuvo de repente en lo alto de la escalera. Un brazo, un pijama ensangrentado. Una mejilla tersa, tan joven, tan fresca...

Continuó subiendo como un sonámbulo hasta la planta superior. La mente vacía, en blanco, sin pensamiento alguno.

Nunca más volvería a ser el mismo.

Hacía bochorno y la temperatura rondaba los veinte grados, aunque apenas eran las nueve de la mañana. El mes de agosto había sido inusualmente cálido, con más de treinta grados durante el día y por encima de los veinte por la noche. Las llamaban «noches tropicales», a pesar de que Suecia se encontrara muy lejos del trópico.

Por sus casi mil quinientos habitantes, Klintehamn era considerado uno de los centros urbanos de Gotland. Una idílica y tranquila población marítima en la costa oeste de la isla, con un importante puerto desde donde se transportaba al continente virutas de madera, leña y remolacha azucarera. Desde ese mismo puerto, durante el verano, salían los barcos hacia Stora Karlsö, famosa por sus montañas repletas de aves.

Tenía población suficiente como para albergar una biblioteca, un instituto, un centro de atención médica, un pabellón de deportes y una residencia de ancianos, aunque no era tan grande como para tener un *systembolag*^[1] y una piscina municipal. Las casas, con sus floridos jardines, se concentraban en torno a unas cuantas tiendas en el centro, en largas y estrechas calles. Esa mañana de final de verano reinaban el silencio y la calma, y un ambiente somnoliento se desparramaba entre las casas. Los únicos sonidos que interrumpían el piar de los pájaros entre los arbustos y los árboles eran el ligero tintineo de tazas de café al posarse sobre alguna mesa en el exterior, el motor de un cortacésped o las taciturnas melodías de un aparato de radio que se difundían a través del denso follaje de los setos bien podados.

La temporada turística tocaba a su fin. Se habían acabado las largas colas en el supermercado Konsum, y el puesto ambulante de venta de pescado del centro se había desplazado a otra parte. Apenas quedaba algún que otro veraneante y trabajadores de temporada cuyos contratos se prolongaban hasta finales de agosto.

Donnersgatan, la modesta calle comercial de Klintehamn, se encontraba prácticamente desierta. El supermercado Ica acababa de abrir sus puertas y se escuchó un ligero chirrido cuando un joven dependiente colocó un cartel con las nuevas ofertas. Tras las ventanas de la sucursal del Handelsbanken se entreveía a un par de empleados que se preparaban para la jornada laboral. El salón de belleza de Maud estaba cerrado por vacaciones, y el único restaurante que había en la calle no abriría hasta dentro de un par de horas. En la terraza de la pastelería solo había un

hombre sentado con una taza de café, leyendo ensimismado la prensa local.

Una anciana con pámela blanca paseaba por la acera llevando a su caniche sujeto con una correa; un padre empujaba un cochecito y caminaba apresurado calle abajo con el móvil pegado a la oreja, hablando acalorado, al mismo tiempo que una niña de seis años zigzagueaba en una bicicleta a su lado e intentaba llamar inútilmente su atención. Aparte de eso, no había nadie.

Una furgoneta giró en la esquina. Se oyó el chirrido de los frenos cuando se detuvo frente a la oficina del Sparbanken, junto al supermercado Ica. Un hombre uniformado descendió del vehículo blindado mientras su compañero permanecía tras el volante. El vigilante, un hombre de pelo rapado que rondaba los treinta años, miró a su alrededor antes de aproximarse a la puerta del banco, mientras cargaba una cartera cuadrada con billetes destinados a rellenar el cajero automático y las cajas del banco ante la inminente llegada de los desembolsos del primero de mes.

En ese mismo instante se abrieron las puertas traseras de un Ford plateado que se encontraba aparcado delante de la peluquería, al otro lado de la calle. Dos hombres vestidos de negro, que empuñaban armas automáticas, corrieron hacia el vigilante.

Este, cuando estaba a punto de llamar al timbre del banco, que aún no había abierto al público, se dio media vuelta. Clavó la mirada en los ojos que asomaban tras el pasamontañas. El ladrón le indicó que soltara la cartera. A lo lejos, el cliente de la pastelería alzó la cabeza del *Gotlands Allehanda*. Permaneció sentado con el periódico entre las manos. Uno de los ladrones llegó hasta el compañero del vigilante que esperaba en el asiento del conductor y le obligó a descender del vehículo. La señora del perro se había detenido en el lado opuesto de la acera. Seguía los acontecimientos con expresión desconcertada. Lo primero que pensó fue que se trataba del rodaje de una película. Pero no se veía ninguna cámara. Los dos bancos de la población, el Handelsbanken y el Sparbanken, se encontraban el uno enfrente del otro. Los empleados ya estaban en sus puestos de trabajo y fueron conscientes de lo que sucedía en la calle. Alguien apretó el botón de alarma que conectaba con la Policía. Los empleados siguieron sus instrucciones y no intentaron intervenir.

Los hombres enmascarados apuntaron sus armas hacia los vigilantes; no parecía importarles la presencia de la anciana. El dependiente había entrado en Ica y el hombre del cochecito y sus hijos habían desaparecido de la escena.

Sin pronunciar ni una palabra, los ladrones indicaron a ambos vigilantes que abrieran el furgón blindado, y estos no se atrevieron a hacer otra cosa que obedecer. Les entregaron rápidamente tres carteras con billetes. A continuación, uno de los ladrones corrió hacia el otro lado de la calle y recibió la ayuda de un tercer cómplice enmascarado que cargó el botín en el maletero del Ford. Cuando estuvieron listos obligaron a los vigilantes a tumbarse boca abajo en el suelo. Ninguno de ellos había abierto la boca. Los ladrones, parapetados tras las armas, se metieron en el coche y desaparecieron a todo gas. La operación apenas duró unos minutos.

En cuanto el Ford desapareció tras la esquina en dirección a Norra Kustvägen se oyó un frenazo, después un grito y un golpe seco. El vehículo de los ladrones ya había desaparecido cuando los dos vigilantes consiguieron ponerse de pie para ver qué había sucedido. En el suelo, delante de la biblioteca Donner, yacía el cuerpo inerte de una niña. Reposaba formando un ángulo extraño. Un poco más allá se veía una bicicleta deteriorada. Un cochecito en cuyo interior lloraba un bebé estaba en un lado de la acera. Junto a la niña se encontraba un hombre sentado al que le temblaba todo el cuerpo.

El único rastro que habían dejado los ladrones eran unas marcas negras de neumáticos sobre el asfalto.

El comisario Anders Knutas se dejó caer en la vieja silla al entrar en el despacho y constató que la barriga le sobresalía por encima del cinturón. Había engordado durante las vacaciones de verano, tres kilos por lo menos. Era evidente. Todas esas barbacoas y buen vino dejaban huella. Habían tenido invitados cada noche en la casa de verano, al norte de Gotland, en Lickershamn, y se reflejaba implacablemente en la báscula. Line, su mujer, era una danesa extremadamente sociable y le gustaba rodearse de gente; Knutas se había preguntado en más de una ocasión si la razón de esas visitas constantes era evitar quedarse a solas con él. Pero no lo había comentado con ella. No quería discusiones. Los niños también habían invitado a sus amigos durante los pocos días que pasaron en la cabaña. Ya eran casi adultos y tenían otras cosas que hacer durante el verano. Quizá Line pensaba que a esas alturas resultaba muy aburrido quedarse a solas con él en casa por la noche. Ella había comenzado a hablar de Dinamarca y a decir que echaba de menos su país. Deseaba introducir costumbres danesas; de repente, en la mesa de *midsommar*, la fiesta de verano, había que tener *smørrebrød*^[2] y entonar canciones danesas mezcladas con canciones suecas. Incluso había sugerido pasar las Navidades en Dinamarca, cuando ellos siempre habían celebrado las fiestas en casa de los padres de él, en Kappelshamn. No entendía qué le ocurría a su mujer.

Suspiró, apartó esos pensamientos y comenzó a hojear entre los montones de papeles que se apilaban sobre su desordenada mesa: documentos, transcripciones de interrogatorios, datos de testigos, todo tipo de informes... No recordaba cuántas veces había sacado los expedientes, a pesar de saber que no progresaría ni un solo milímetro. Tampoco esta vez. La investigación había quedado relegada y llevaba más de un año en el olvido.

Vera Petrov, una rusa-alemana de cuarenta y cinco años, empadronada en Gotland, ciudadana sueca desde hacía tiempo, casada con Stefan Norrström, capitán de navío sueco, vecino de un pequeño pueblo de la costa este de Gotland, tenía una orden de busca y captura internacional por dos asesinatos cometidos en la isla cuatro años atrás. Su marido era sospechoso de complicidad. Habían tenido a la Policía pisándoles los talones, pero consiguieron escapar en el último momento con el *ferry* de Gotland y después abandonaron el país. En el fragor de la persecución policial, Vera Petrov había dado a luz en el barco. La Policía recibió varios soplos de que la pareja se

encontraba en la República Dominicana, pero cada vez que les habían seguido la pista hasta allí, ellos ya se habían escabullido. Hasta el momento, esa investigación era el mayor fracaso en la carrera de Knutas.

Llamaron a la puerta y en el umbral apareció la delicada figura de Karin. Su colaboradora más cercana madrugaba más que él. Los soleados días de verano habían conferido a su piel un bronceado favorecedor y parecía estar bien despierta pese a lo temprano que era. El reloj acababa de dar las siete. Llevaba dos tazas de café humeante en las manos y encima de una de ellas reposaba un pequeño paquete plano.

—¿Puedo interrumpirte?

—Claro. Ponte cómoda. No me vendría mal empezar el día con calma.

Despejó la mesa y sacó su pipa del primer cajón del escritorio. Karin colocó las tazas y le tendió el paquete. Al sonreír dejó ver el amplio espacio entre sus incisivos.

—¡Felicidades!

Knutas miró sorprendido a su colega. Sus piernas enfundadas en unos vaqueros y la sudadera de capucha con una guitarra eléctrica impresa en el pecho le hacían aparentar diez años menos de los cuarenta y seis que tenía. Se dio cuenta de que lucía un nuevo corte de pelo. En los últimos tiempos se lo había dejado crecer hasta los hombros. A él le parecía que la melena le suavizaba el rostro, pero ahora lo llevaba corto de nuevo.

—Qué bien te queda el nuevo corte de pelo —dijo cortés.

—Gracias. —Karin se llevó su frágil mano a la frente y se arregló algunos mechones—. Resulta extraño.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Knutas, y alcanzó el paquete.

—Fue idea de Janne. Me ha estado dando la lata para que me arreglara el flequillo.

—Vaya —dijo Knutas—, pero no me refería al peinado.

No le interesaba en absoluto la opinión de su novio al respecto. Sostenía el paquete y lo agitaba.

—Cuidado —le advirtió su compañera—. Puede ser delicado. ¿No sabías que hoy es tu santo?

—¿Qué? No, se me ha vuelto a olvidar —rio él.

El santo no era algo que su familia celebrara. Y el hecho de que los padres de Knutas, por alguna extraña razón, hubieran decidido ponerle Bartolomeus de segundo nombre era algo que él prefería olvidar. Pero Karin se lo recordaba todos los años.

—No me tenías que haber comprado nada —coqueteó, mientras sus dedos ansiosos rasgaban el envoltorio.

En su interior había dos entradas enrolladas con un lazo negro y dorado.

—¿Qué es esto?

—Entradas para el derbi entre el AIK y el Djurgården en el estadio Råsunda dentro de tres semanas —anunció Karin—. Son para dos personas. Y la condición es que vayas conmigo.

—Pero ¿cómo lo vamos a hacer? Está en Estocolmo.

—¿Te has olvidado del curso de fin de semana al que tenemos que asistir? En la Escuela Superior de Policía, del once al doce de septiembre. En lugar de regresar a casa el domingo por la tarde, nos quedamos a ver el partido. Pero tendremos que pasar fuera una noche más.

Ella lo desafió con la mirada y esbozó una sonrisa.

Karin era una verdadera entusiasta del fútbol, deporte que había practicado durante toda su

vida, y hacía varios años que entrenaba a las chicas del Visbylaget P18. La pasión de Knutas por el AIK era algo bien conocido.

—¡Vaya regalo! Muchas gracias. Es demasiado, de verdad.

A Knutas se le hizo un nudo en la garganta. Se puso de pie y abrazó a Karin. Hacía mucho tiempo que alguien no tenía un detalle tan considerado con él.

—Venga —le instó ella—. Es por puro egoísmo. Te lo prometo.

La mirada de Karin se posó en los expedientes que había sobre la mesa.

—¿En qué andas metido?

—El caso Petrov. Intento encontrar algo nuevo.

—Vaya.

El caso Petrov no era un asunto que a Karin le gustara recordar. Durante la persecución, ella encontró a la pareja en la cabina en la que se habían escondido, pero los dejó escapar después de ayudar durante el parto. Más tarde, cuando le reveló a Knutas su secreto, la explicación que le dio fue que sintió cierta comprensión por Petrov, pues la mujer se había vengado del violador y asesino de su hermana. Además, a Karin el parto le afectó en lo más profundo de su ser. Ella se había quedado embarazada cuando la violaron a la edad de quince años, después de dar a luz tuvo que entregar el bebé en adopción, algo de lo que no había dejado de arrepentirse.

Durante mucho tiempo aquella confesión martirizó a Knutas, que seguía siendo la única persona que conocía el secreto de Karin. Le dio mil vueltas al asunto, pues no sabía cómo manejar el dilema en el que se encontraba. Al fin decidió no denunciar a su compañera de trabajo. Esa era, por supuesto, la razón de que sintiera tal desazón por el caso no resuelto. Mientras Vera Petrov anduviera libre, él tendría que cargar con la culpa sobre sus hombros.

Karin acabó su café y se puso en pie.

—Muy bien. Dime si necesitas ayuda.

Cuando cerró la puerta al salir, su perfume permaneció en el despacho.

La luz de la mañana se filtraba a través del visillo de algodón a rayas blancas y azules, que producía un reflejo semejante al del mar, aunque, para tratarse de Gotland, vivían bastante lejos de la costa. Emma se sentía como una niña con zapatos nuevos ante el estilo de Nueva Inglaterra que asociaba a grandes casas junto al mar en la costa este americana. En su más tierna juventud pasó unas semanas de vacaciones con sus padres en la isla de Martha's Vineyard, y la visita le causó una gran impresión. Disfrutó tanto ese verano que aquellos días se le quedaron grabados en la memoria.

Dejó vagar la mirada por la silenciosa habitación: el suelo de tarima de pino estaba pintado en blanco, había un sillón de cuero marrón bastante desgastado en una esquina y una lámpara sobre un trípode con patas de madera, accesorios de latón y vidrio esmerilado. Cojines y mantas de viaje de color gris, rojo y azul con estrellas, inspiradas en la bandera americana. No porque fuera muy amiga de Estados Unidos, sino sencillamente porque le gustaba ese estilo. Johan y ella se habían esmerado en elegir la nueva decoración. Ella lo había cambiado todo para eliminar de la casa la presencia de su exmarido. Lo hizo fundamentalmente por Johan. Para que la sintiera como su hogar. En lo más profundo de su ser se preguntaba si lo habría conseguido. La mirada se detuvo de nuevo en los visillos. El tejido le hizo recordar la añorada casa de sus padres en Fårö.

Lo único que se oía era la respiración acompasada de Johan. Tumbado en la cama, arrebujado en la manta cerca de ella.

Emma se levantó, descorrió los visillos y abrió la puerta de la terraza que daba al jardín. La luz del sol inundó la habitación. Johan reaccionó con un gruñido, cubriéndose aún más con la manta. Ella echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche. Apenas eran las seis. Solía despertarse temprano, antes de que sonara el despertador. Se había convertido en un hábito como consecuencia de sus muchos años como profesora. Volvió a meterse en la cama. Se acostó de lado y observó el contorno de su marido. Solo podía verle el cabello negro y rizado y un poco de la frente. Se había arropado bien, como de costumbre.

Alargó una mano y la metió con cuidado debajo de la sábana. La deslizó hacia el hombro desnudo, lo acarició levemente con la yema de los dedos y prosiguió por la espalda. Le rascó como sabía que le gustaba. Ninguna reacción. Apartó la mano y la dejó reposar un momento sobre

la sábana. Volvió a intentarlo. Le acarició el brazo, continuó hacia la cadera y la parte exterior del muslo. Oyó un nítido suspiro.

—¿Estás despierto? —susurró ella.

No obtuvo respuesta.

—¿Johan?

Un silencio compacto.

Se desanimó. Retiró la mano.

No valía la pena.

En la sinuosa carretera solo había espacio para un coche, pero a él no le preocupaba. Las probabilidades de encontrarse con alguien en ese lugar apartado eran muy remotas. La casa se alzaba solitaria entre prados y campos de cultivo. Al acercarse disminuyó la velocidad. Se dio cuenta de que la casucha llevaba deshabitada muchos años. En Gotland había unas cuantas casas como aquella. Propiedades que se abandonaban y acababan en ruinas porque el dueño, que vivía en otro lugar, pensaba que en algún momento sus hijos desearían instalarse ahí, o porque quería conservar la granja por si en un futuro lejano alguien estuviera interesado en rehabilitarla. Esas cabañas solían carecer de agua corriente y de sistema de cañerías.

Pasó de largo y aparcó en un claro del bosque. Las otras veces que había estado allí había elegido el lugar con cuidado. El coche no se veía desde la carretera. Hacía mucho calor, sin embargo, conservó el chaleco de color amarillo chillón en el que se leía Ayuntamiento de Gotland impreso en la espalda. Lo hizo por seguridad, por si —contra todo pronóstico— se topaba con alguien. Ataviado con la ropa de trabajo del ayuntamiento y con una gorra calada hasta las cejas, lo tomarían por uno de los trabajadores en las obras de la carretera que se hallaban unos kilómetros más allá. Un camino recto de gravilla conducía hasta la granja en ruinas, resguardada de las miradas ajenas gracias a una serie de robles y arbustos salvajes que habían crecido a sus anchas entre la tupida hierba durante décadas. Sabía que podía acercarse hasta allí sin ser visto desde la vivienda. En un principio esta había sido blanca, pero el enlucido se había desprendido en gran parte. El sencillo tirador de la puerta de madera se encontraba tan oxidado que apenas funcionaba. Uno tenía que levantar la puerta y luego mover el tirador con maña.

La casa se hallaba en un estado lamentable, la chimenea se había caído a pedazos y faltaban la mayoría de los cristales de las ventanas. En la parcela había un viejo retrete y una nevera. En un lateral, descansaban los restos de un granero cuyo tejado se había desplomado. Presentaba tal inclinación que parecía que fuera a derrumbarse en cualquier momento. En el otro extremo del terreno se hallaba la letrina. Aún se distinguía un descolorido corazón que en su día alguien había pintado en la puerta.

Se diría que hacía años que nadie había puesto un pie en la propiedad. Pero ahora, en la parte de atrás, vio aparcadas tres relucientes motos. Había luz en la cocina, de donde salía un leve

murmullo de voces acaloradas.

Se quedó parado junto a la pared de la casa durante un instante. Resultaba excitante estar tan cerca. Sabía perfectamente de qué hablaban.

Se apresuró hacia el granero en ruinas. Allí dentro podría ocultarse.

Debía esperar el momento propicio.

Al apearse del coche en el aparcamiento del edificio de la Radio y Televisión de Visby, Johan Berg sintió el impacto del bochorno. Alzó la mirada hacia el cielo plomizo. El ambiente era sofocante. Cuando cruzó las puertas de cristal contuvo un bostezo. Se sentía agotado y le dolía la cabeza. Elin había estado tosiendo durante la noche y le había despertado varias veces, y Anton había tenido una pesadilla. Era lógico que siempre estuviera cansado. No recordaba cuándo fue la última vez que durmió de un tirón. Elin había amanecido con fiebre, y lo primero que pensó fue quedarse en casa cuidando a la niña, pero Emma habló con sus padres y estos se ofrecieron a llevarse a los dos niños a Fårö hasta que Elin se recuperara. Menuda bendición. Ellos sabían lo difícil que era para Emma no poder estar con sus alumnos a comienzo de curso, y él era el único reportero de la isla. Aunque su compañera cámara, Pia Lilja, era perfectamente capaz de hacer las entrevistas, filmar, editar y hacer sola todo el trabajo de reportera, podía resultar demasiado para ella.

Cuando entró en la estrecha oficina de la redacción, vio a Pia sentada con el teléfono en la mano y las largas piernas apoyadas encima de la mesa. Tenía el cabello más hirsuto que de costumbre. La perla turquesa brillante del *piercing* que llevaba en la nariz competía con las uñas de color neón. Johan se quitó la chaqueta, la lanzó sobre el respaldo de una silla y se dirigió a la máquina de café para tomar el primer *espresso* del día. Pia le indicó con un gesto que ella también quería uno, al mismo tiempo que hablaba en voz alta con alguien que bien podría ser un policía.

Johan se sentó en una silla a su lado y la observó hasta que finalizó la conversación. Ella dio un rápido sorbo al café antes de aclarar la situación.

—Esta mañana han robado un furgón blindado en Klintehamn y en estos momentos hay un coche ardiendo en un bosque junto a Sanda. Tenemos que ir.

Poco antes de llegar a Klintehamn unas nubes espesas y oscuras se dibujaban en el cielo. Estaba claro que no se trataba de un fuego pequeño.

—Parece que el humo viene de Hejde —dijo Pia—. La cuestión es cuál será el mejor camino

para llegar hasta allí. Creo que podemos ir por Klinte y después tomar el camino hacia Stenkumla. Desde allí salen pequeños senderos que llevan al bosque.

Cuando llegaron al lugar del incendio, un policía les mandó detenerse. La zona ya estaba acordonada y había coches de policía y bomberos aparcados a lo largo de la carretera asfaltada que atravesaba el bosque. Se bajaron del coche y Pia sacó la cámara que rápidamente se colgó al hombro. Johan se acercó a un policía que estaba de guardia.

—Me llamo Johan Berg, soy del telediario regional. ¿Qué ha sucedido?

—Bueno, un fuego, como puede ver, que se propaga con mucha rapidez.

—¿Cómo comenzó?

—Un coche empezó a arder.

—¿Cómo ocurrió?

—Bueno, eso todavía no lo sabemos.

—¿Creen que puede estar relacionado con el robo en Klinte?

—No quiero especular sobre eso.

—¿Cuándo se enteraron de que había un incendio?

—Recibimos la voz de alarma a las nueve y media.

—Y el robo al furgón blindado tuvo lugar pasadas las nueve.

—Correcto.

—Entonces resulta bastante razonable pensar que pueda tratarse del mismo coche en el que huyeron los ladrones, al que luego prendieron fuego.

—Como ya le he dicho, no quiero hacer especulaciones.

—¿Hay alguna otra pista de los ladrones?

—¿Pista? —El policía agitó las manos y cabeceó hacia atrás—. ¿No ve cómo está esto?

A sus espaldas, el fuego hacía estragos. Las llamas se propagaban con rapidez por la hierba seca, entre los arbustos y la maleza. Los árboles ardían formando llamas que se alzaban a varios metros de altura. Pia grabó la escena y realizaron una breve entrevista a un responsable de Protección Civil antes de conducir hacia Klintehamn.

En la calle principal se notaba de inmediato que había pasado algo. La gente hablaba en corrillos y la oficina del Sparbanken estaba acordonada. Ningún policía deseaba hacer declaraciones y, a falta de otra cosa, Johan se colocó en la calle delante de la biblioteca donde habían atropellado a la niña, cuyo estado era crítico. Al cambiar de posición mientras filmaba los planos, Pia descubrió a una anciana sentada en un banco del parque con un caniche sobre las piernas. La mujer sollozaba ruidosamente. Parecía no desear otra cosa que llamar la atención. Johan también se había fijado en ella.

—Voy para allá —dijo Pia—. Espera aquí.

Johan observó con cierta desconfianza a su colega mientras esta cruzaba la calle y se encaminaba hacia la mujer. ¿Qué se le había perdido allí? Les quedaba mucho trabajo pendiente y andaban, como siempre, escasos de tiempo. Acababa de recibir un mensaje de la redacción en el que le pedían una breve retransmisión, o por lo menos una imagen, para incluir en las noticias del mediodía. Pia se sentó en el banco, acarició al excitado caniche y le tendió un paquete de *kleenex*

a la señora. No pasó mucho tiempo antes de que la anciana reposara su cabeza en el hombro de Pia. Formaban una extraña pareja: Pia, con su llamativo cabello negro, vaqueros ceñidos, maquillaje de ojos excesivo y oscuro y el *piercing* en la nariz, que contrastaba con la anciana obesa de vestido de flores y pámela. Johan eligió quedarse donde estaba, lo mejor era dejar hacer a Pia.

Después de un rato esta se puso en pie y fue hacia él.

—Oye, la abuela lo ha presenciado todo. Es una testigo ocular.

—¡Vaya! Pero ¿se encuentra en condiciones de que la entrevistemos?

—Se encuentra bien. Y tiene mucho que contar. La Policía todavía no la ha interrogado. Se les ha escapado, y eso que se encontraba a pocos metros de los ladrones.

—¿Cómo es posible? ¿No se ha dado a conocer?

—No. Al parecer se fue a casa porque tenía que dar de comer al perro. Seguramente estaba conmocionada. Le he dicho que podemos ayudarle a ponerse en contacto con la Policía. Después de que hable con nosotros, claro.

Arqueó la boca y su mirada oscura mostró un atisbo de mofa. Pia adoraba eso. Material exclusivo, solo de ellos.

—Pero ¿vamos realmente a...?

—Venga ya —se impacientó Pia, mientras recogía su equipo de filmación—. Si la anciana quiere hablar, tenemos que dejar que lo haga. Lo ha visto todo, joder.

Johan y Pia tenían un parecer muy diferente sobre los entrevistados potenciales. Ella era una joven ambiciosa que deseaba entregar al jefe de redacción un material lo más emocionante posible, mientras que Johan tenía en cuenta la situación de vulnerabilidad en la que se encontraban las víctimas, los familiares y los testigos.

Aun cuando esas personas desearan ser entrevistadas, no siempre eran capaces de discernir las consecuencias. Sobre todo si se encontraban conmocionadas, que era lo habitual.

Se acercó a la señora, que ya se había tranquilizado, en compañía de Pia. Se presentó y se puso en cuclillas delante de la mujer.

—¿Quiere contarnos lo que vio?

—Bueno, eran las nueve cuando paseaba por aquí, por Donnersgatan, con *Romeo*. —Se dio media vuelta y señaló hacia la calle comercial del pueblo—. Nos dirigíamos a una tienda Pressbyrån, pues tenía ganas de tomar un helado. Sí, entiendo que pueda resultar extraño a una hora tan temprana, pero a mi edad una se puede permitir alguna que otra rareza. Allí tienen el mejor helado del mundo, ¿saben?

Alzó la cabeza y continuó con la mirada perdida en la distancia:

—Pero entonces, de repente, vi a dos hombres que estaban en medio de la calle con una especie de fusil en las manos. Iban vestidos de negro y llevaban puestos unos pasamontañas que les cubrían la cara. Lo primero que pensé fue que se trataba del rodaje de una película. Pero no vi ninguna cámara y entonces comprendí que era de verdad. Un robo, vamos. Justo delante del banco, pero no era un robo al banco, sino que estaban robando a esos muchachos que llevan dinero. Se llama transporte de valores ¿no?

—¿Qué hicieron los ladrones?

—Empuñaron sus armas y obligaron a los guardias a abrir la cabina del furgón, del que sacaron varias bolsas. Entonces salió del coche un tercer ladrón enmascarado y ayudó a cargar las

bolsas en el coche. Y... había algo raro en el tercer ladrón.

—¿Qué quiere decir?

Miró a Johan.

—Tenía que ser una mujer.

Johan se quedó pasmado. Ese dato era nuevo. La radio y las agencias de noticias habían dado la misma versión: el robo al furgón blindado en Klintehamn fue cometido por tres hombres enmascarados. Nada más.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Su manera de moverse, pero no solo eso. Abrió el maletero del coche y entonces apareció el otro ladrón con las bolsas. Al agacharse para cargarlas vi un poco de su ropa interior y era ropa de mujer, se veía claramente. Le sobresalía de los pantalones esos que se llevan ahora. Y era roja.

—¿Está segura de que no eran unos calzoncillos?

—No, no, por Dios, eran de esas braguitas minúsculas que están tan de moda. Esas que apenas son unas tiras, sí, no entiendo cómo les pueden gustar a la gente, tienen que ser muy incómodas. ¿Cómo se llaman? Tangas, eso es. Y eso no lo llevan los hombres, ¿no?

La lluvia golpeaba con fuerza el tejado de chapa; era la primera precipitación que caía en Gotland desde hacía varias semanas. De vez en cuando algún rayo blanco surcaba el cielo cubierto de oscuras nubes plomizas. Terese Larsson encendió otro cigarrillo y expulsó lentamente el humo hacia la bombilla desnuda que colgaba sobre la mesa. Se meció en la silla, inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Sintió que una sensación de alivio embargaba su cuerpo. En las noticias de la radio local acababan de informar de que el estado de la pequeña se había estabilizado y que su vida ya no corría peligro. ¡Joder, menos mal!

Aparte de eso, el robo se había desarrollado a la perfección y sin complicaciones. Mientras se alejaban del banco, la niña apareció como por arte de magia. No tuvo oportunidad de esquivarla. Recordó con horror los segundos previos al choque. El rostro sorprendido de la pequeña, sus ojos como platos, la gorra que salió volando, los pequeños brazos agitándose y el ruido sordo contra el parachoques. Ese sonido la estremeció. Percibió con el rabillo del ojo que el padre soltaba el cochecito y corría hacia su hija. De forma mecánica, pisó el acelerador a fondo y desapareció de allí. Siguió el plan establecido hasta el último detalle. Tomó la carretera general en dirección a Visby durante unos cuantos metros y a continuación se desvió hacia Sanda. No importaba si los habitantes de los alrededores se fijaban en ellos, en breve se desharían del coche que Jocke había robado hacía unos días. El último desvío pronto desembocó en un camino para tractores lleno de baches que discurría entre un bosque y campos de cultivo. Al conducir demasiado deprisa por un terreno irregular, las ramas de los arbustos chocaban contra el parabrisas.

Aparcaron en un claro donde el bosque había sido desbrozado para dejar espacio a una hilera de postes del tendido eléctrico que se extendían a lo largo de la espesa vegetación. Se quitaron rápidamente las chaquetas, los pantalones y los pasamontañas, tiraron la ropa al interior del vehículo y descargaron las bolsas con el dinero y las armas. A continuación, Degen vertió gasolina sobre el coche, dejó un reguero en el suelo seco y lo prendió. Al llegar al coche provocó una explosión. Después corrieron con su botín hacia las motos que habían aparcado a un centenar de metros de allí, muy cerca de la carretera general.

Más tarde escucharon por la radio que el fuego se había propagado con rapidez causando un gran incendio forestal. Tras un verano sin apenas lluvia, el suelo estaba seco como la yesca. Así

fue como desaparecieron todos los rastros que podrían haber conducido hasta ellos.

Llegaron a la carretera apenas unos minutos después de que se declarara el incendio y luego no tardaron mucho en alcanzar la casa abandonada. La vieja casucha era perfecta para su propósito. Pasarían allí unos días hasta que el ambiente se hubiera calmado un poco y después abandonarían la isla tranquilamente.

La casa se encontraba apartada, sin vecinos, y protegida de las miradas indiscretas. Un escondite perfecto. La habían localizado mucho antes del robo y habían dejado comida y bebida suficiente para poder pasar, por lo menos, una semana si fuera necesario. Degen había conseguido poner en marcha una vieja nevera. Sorprendentemente aún había electricidad, a pesar de que la casa debía de llevar deshabitada mucho tiempo. Dos cuartos eran habitables, la cocina y el dormitorio, separados tan solo por una cortina. Quedaban unos pocos muebles antiguos: una mesa desvencijada, unas sillas Windsor y un camastro. Eso era más de lo que necesitaban. Jocke había llevado hasta allí un par de colchones, sacos de dormir y almohadas. Como la casa se encontraba tan apartada, sus movimientos habían pasado desapercibidos. Y ahí estaban ahora con tres bolsas de valores, que ojalá estuvieran repletas de dinero. Habían tenido suerte. En las noticias afirmaron que el coche en el que habían huido estaba calcinado, y que la salud de la niña mejoraba.

Terese alargó el brazo para alcanzar el vaso de plástico y dio un buen trago. El alcohol le reconfortó el estómago. Miró a sus camaradas, sentados en torno a la mesa. Degen captó su mirada y sonrió.

—Joder, es demasiado bueno para que sea verdad —rio Jocke. Alzó su sucio vaso de plástico hacia ellos dos—. ¡Salud!

Chocaron los vasos y vaciaron su contenido. Las bolsas de valores las habían dejado en una bodega que había en otra parte de la parcela, por si contenían transmisores. Allí no había cobertura.

La propia casa tenía muy mala cobertura, así que lo más probable era que nadie pudiera rastrear las bolsas, aunque cualquier precaución era poca. No se les ocurrió intentar abrirlas, carecían de la pericia necesaria para ello. Resultaba prácticamente imposible abrir las bolsas de valores de los furgones blindados sin que se activaran unos cartuchos de colores que estropeaban el dinero. Pero Degen tenía un contacto en Estocolmo que aseguraba saber cómo hacerlo. Le debía un favor y había prometido ayudarlo.

Según sus informaciones, una bolsa de este tipo podía contener varios cientos de miles de coronas. Si así fuera, sus problemas se resolverían de golpe.

Los tres necesitaban dinero con urgencia. El que peor lo estaba pasando era Jocke; como de costumbre, debía dinero a su camello. A pesar de haberlo intentado durante varios años, no había conseguido dejar las drogas. Y con los camellos no se podía aplazar el pago o ir con excusas. Los camellos no esperaban.

Terese necesitaba el dinero para cosas más triviales, como comida, ropa, la peluquería y comprar muebles para su nuevo piso. Contra todo pronóstico, había conseguido un contrato de alquiler a las afueras de Estocolmo, en Fruängen. Era su primera residencia fija en mucho tiempo y no quería verse de nuevo en la calle por nada del mundo. Tenía treinta y dos años y ya no aguantaba más. Echaba de menos un poco de paz y tranquilidad. Deseaba en lo más profundo de su ser que ese golpe significara el fin de su vida vagabunda, des preocupada y criminal. Estabilizar su

situación. Quizá incluso conseguir un trabajo, ahora que tenía apartamento y todo eso. Además, por fin le habían asignado una asistente social que le gustaba y en quien podía confiar. Estaba harta de las drogas, las borracheras, los pequeños robos y las temporadas en chirona.

Había pasado por demasiadas cosas. Encendió un nuevo cigarrillo y pensó en el contenido de las bolsas. Quizá allí se encontrara su nueva vida.

El martes por la tarde Knutas reunió a sus colaboradores más cercanos para mantener un primer encuentro en el salón de reuniones de la Brigada de Homicidios. Todos se sentaron alrededor de la larga mesa. En el centro, como de costumbre, había unos termos de café y un bote de plástico con galletas de avena. Knutas se sirvió de forma rutinaria una taza antes de sentarse en su lugar habitual, a la cabecera de la mesa. Reprimió la tentación de comerse una galleta.

Echó una cansada mirada a la hilera de ventanas que recorrían la pared. Llovía a cántaros y no se distinguía ningún detalle del gran aparcamiento de Coop Forum ni de la calle. Los colaboradores más importantes se hallaban presentes, excepto el fiscal Birger Smittenberg, que solía acudir a las reuniones, pero que en ese momento estaba ocupado en los tribunales.

—Vaya mierda —suspiró Erik Sohlman, el técnico de la Científica, y se pasó la mano por su pelirrojo cabello ondulado—. Primero un incendio forestal que quema todos los rastros y después una maldita tormenta que borra lo poco que eventualmente podría quedar. La lluvia llegó apenas un par de horas después del robo y esto tiene que pasar justo cuando hacía semanas que no caía ni una miserable gota. Cualquiera pensaría que los ladrones están conchabados con fuerzas superiores.

—Es cierto —reconoció Knutas—. Y ya que los mencionas, ¿qué sabemos de los ladrones? ¿Karin?

—He recopilado todas las declaraciones de los testigos que han llegado durante el día. Tanto de los testigos presenciales del robo como de los vecinos de los alrededores que oyeron algo o vieron el coche de la huida. También hemos hablado con los empleados de los dos bancos de la calle donde tuvo lugar el robo, el Handelsbanken por un lado, donde había tres empleados, y el de enfrente, donde solo había llegado uno. El robo se produjo un par de minutos antes de las nueve y, según los testigos, lo cometieron tres personas.

—A esas horas ninguno de los bancos estaba abierto al público, ¿verdad? —inquirió Knutas.

—No. El Handelsbanken abre a las nueve y media y el Sparbanken a las once.

—¿Qué descripción tenemos de los ladrones?

—Iban vestidos de negro, llevaban zapatillas negras también y tenían el rostro cubierto con un pasamontañas —prosiguió Karin—. Eran de mediana estatura, tirando a baja. Dos de los tipos

eran delgados mientras que el tercero era corpulento, y los testigos lo definen como más musculoso que gordo. También tenía unos ojos inusualmente negros y almendrados, alguien sugirió que quizá fuera de origen latino o sudamericano.

»Los testigos coinciden a la hora de calcular la edad de los ladrones; suponen que tendrían entre veinticinco y treinta años. Portaban algún tipo de arma automática y parecían ser profesionales y estar bien coordinados. Actuaron con rapidez y sin mostrar la más mínima duda. Además, no pronunciaron ni una sola palabra durante todo el asalto. Indicaban lo que querían con un simple gesto.

—¿Actuaron todos de la misma manera?

—Dos de ellos fueron activos, mientras que el tercero esperó en el coche y solo salió para ayudar a cargar las bolsas. Era el que conducía.

—Y el que atropelló a la niña —apuntó el inspector Thomas Wittberg, el más joven del grupo. Sus ojos azules brillaban sobre su eterno bronceado, ahora más intenso que nunca tras el largo y cálido verano.

—Por cierto, ¿cómo se encuentra?

Knutas se volvió hacia Lars Norrby, el portavoz de la Policía, que estaba en contacto directo con el hospital. Se hallaba sentado con sus largas piernas cruzadas debajo de la mesa y golpeaba rítmicamente un bloc de notas con el bolígrafo. Su rostro alargado no mostraba expresión alguna.

—Estable. Sufre heridas graves, pero la operarán por la tarde y su vida ya no corre peligro.

Karin emitió un suspiro de alivio.

—De otra manera, habría sido imperdonable. Como he dicho, esto es todo lo que tenemos hasta el momento. Alguien vio que el coche en el que huyeron giró hacia Sanda y más tarde lo vieron en Hejde. Un testigo asegura que vio un coche negro circular a gran velocidad en la misma dirección apenas unos minutos después, pero no sabemos si guarda relación con el de los ladrones. De momento no tenemos más detalles ni pistas directas.

—Y la lluvia les salió gratis —murmuró Sohlman entre dientes, fijando su apática mirada en el agua que corría por los cristales de las ventanas que daban al centro comercial Östercentrum.

—¿Sabemos cuánto se llevaron? —preguntó Wittberg.

—Tres bolsas de valores, con doscientas mil coronas en cada una —respondió Karin—. El problema es que si alguien intenta forzarlas el contenido se estropeará con unos cartuchos de colores.

—¿Podría tratarse de un trabajo interno?

—Todos los empleados han sido interrogados y por el momento nada apunta a ello —dijo Knutas—. Aunque nunca se sabe.

—Y no han dejado ningún jodido rastro en el lugar del delito —se quejó Sohlman malhumorado—. La maldita lluvia ha lavado lo poco que podría haberse encontrado.

Wittberg empezaba a cansarse de las continuas quejas sobre el tiempo del técnico de la Científica.

—¿De dónde serán los ladrones? —preguntó, y miró a Sohlman irritado—. No creo que sean de Gotland.

—Es difícil saberlo —dijo Knutas—. Como no pronunciaron ni una palabra no tenemos un dialecto o un acento que seguir.

—Me pregunto por qué fueron tan silenciosos —prosiguió Wittberg pensativo.

—Quizá ni siquiera hablen sueco —apuntó Karin.

—Al mismo tiempo parecen tener un buen conocimiento de la zona —dijo Knutas—. Sabían perfectamente dónde actuar, cuál era la mejor ruta de escape. Han tenido que planear el robo con todo detalle.

—La cuestión es dónde se encuentran ahora. Lo más seguro es que se hayan escondido en algún lugar mientras esperan —dijo Wittberg echando un vistazo al reloj. Tenía una cita para cenar que no deseaba perderse.

Sohlman movió la cabeza.

—Por desgracia no tenemos ni idea del tipo de vehículo que utilizaron después de prenderle fuego al Ford. Todas las pistas han desaparecido en el barro.

—Y el incendio, al ser tan espectacular y rápido, llamó la atención de la gente —intervino Karin—. Después de eso nadie ha llamado para comunicarnos algo sobre los ladrones. En el bosque de Sanda acaban todas las pistas.

—Estamos en plena búsqueda —dijo Knutas—. Hay que ir de puerta en puerta para hablar con los vecinos tanto del lugar de los hechos en Klintehamn como de donde se encontró el coche, en Sanda. Se están registrando todas las casas de veraneo y otras casas abandonadas, pero nos llevará tiempo. También, por supuesto, estamos buscando indicios entre los delincuentes habituales que puedan estar involucrados en el robo.

—¿Qué vigilancia hay en el aeropuerto? ¿Y en el puerto? —preguntó Lars Norrby.

—No tenemos recursos para controlar a cada pasajero que abandone la isla. Ni siquiera sabemos a quiénes estamos buscando.

Se hizo el silencio en torno a la mesa. Al fin fue Sohlman quien tomó la palabra con un resignado suspiro.

—Vaya, ahora sí.

Todos siguieron sus ojos y miraron por la ventana.

Había dejado de llover.

1994

El metro se sacudía en dirección al centro. Terese estaba sentada al fondo del vagón con la cabeza apoyada contra la ventanilla. Podía vislumbrar su reflejo en el cristal. El cabello largo, liso, oscuro, casi negro. Se lo había teñido ella misma con Jessica, en el cuarto de baño de su casa. Robaron el tinte en Ica; una marca que no conocían. Alguna mierda de esas baratas. El color no resultó en absoluto como ella se esperaba. Ojos azules grisáceos bajo una gruesa capa de rímel negro resistente al agua. Palidez invernal y piel cetrina, aunque por lo menos no tenía granos ni otras pústulas, al contrario que la mayoría de sus compañeras de clase. Solo llevaba una chaqueta de punto y una camiseta debajo; la primavera se acercaba y el día resultaba inusualmente cálido. Vaqueros ajustados y zapatillas deportivas. Primero pensó en ir a clase, aunque solo fuera para pasar un rato por la cafetería, pero cuando se encontraba justo en la entrada sintió un impulso y pasó de largo. Llamó a Jessica, que estaba a punto de ir al centro. Eran amigas íntimas y se divertían mucho más en Plattan que en clase. No habían puesto los pies en el colegio desde hacía varios días.

Terese sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que alguno de los profesores llamara a su casa. Ya no llevaba la cuenta de cuántas veces lo habían hecho. No es que eso les preocupara a sus padres. Si es que se encontraban en condiciones de responder a la llamada. Ya tenían suficiente con cuidar de sí mismos. Ambos estaban en paro y pasaban la mayor parte del día con sus amigos en la plaza del barrio. Habían abusado del alcohol y las drogas desde que ella tenía uso de razón. Su madre pasaba periodos sin tomar nada, así que por alguna inexplicable razón había conseguido que las autoridades no se metieran demasiado en sus vidas. Llevaba a Terese a la escuela cada día y conseguía mostrar una fachada más o menos presentable cuando los servicios sociales realizaban sus visitas.

Si supieran..., pensaba Terese mientras permanecía sentada en su habitación y simulaba hacer los deberes mientras alguna señora de los servicios sociales tomaba café con su madre en el salón adecentado a toda prisa. A su padre siempre lo mandaba de paseo cuando iba a ir algún asistente social. La adicción se le notaba demasiado, por los dientes mellados y los espasmos.

A menudo, frecuentaba su casa cierta gentuza. Se suponía que eran amigos de sus padres y se pasaban el día ahí sentados. En realidad, lo que les unía era la adicción, y sus caras cambiaban

constantemente. De vez en cuando a alguno se le ocurría entrar a saludar a Terese. Últimamente algunos habían intentado manosearla. Hasta el momento, por suerte, había sabido defenderse y mandarlos a la mierda.

A pesar de que las cosas en casa iban mal, Terese no había buscado ayuda. Se apañaba lo mejor que podía. No deseaba delatar a sus padres; si lo hacía, las autoridades les obligarían a ingresar en un centro de rehabilitación. Y no quería ni pensar dónde acabaría ella.

Dibujaba en su mente un escenario de pesadilla en el que la encerraban en un centro de menores donde distintos enfermeros la obligaban a ingerir cantidades de pastillas.

En fin, Terese vivía su vida y se mantenía alejada de casa todo lo que podía. Estaba deseando cumplir dieciocho años para poder largarse por fin del cutre apartamento de sus padres. En los últimos tiempos, su adicción había empeorado. Aunque ella no podía hacer gran cosa por arreglarlo. Sencillamente no tenía fuerzas.

Ahora, el lugar donde se sentía más a gusto era Plattan, en la céntrica plaza Sergels de Estocolmo. El antiguo lugar de reunión de drogadictos ahora también lo frecuentaban muchos jóvenes, aquellos que no tenían nada que hacer, que no se sentían a gusto en casa o en el colegio y que no tenían otro sitio adonde ir. Allí se respiraba una camaradería que le gustaba, no se sentía una perdedora. Nadie era mejor que los demás, todos estaban en el mismo barco. Por suerte, sus padres nunca pasaban por allí. Se quedaban en el barrio.

Cuando Terese y Jessica llegaron a Plattan había muy poca gente. Eran algo más de las nueve y media de la mañana y ya había pasado la hora punta en la que todo el mundo salía del metro y los trenes de cercanías para ir a trabajar. Era demasiado temprano para ir de compras, la mayoría de las tiendas no abría hasta las diez.

Se sentaron en la mugrienta escalera y observaron la amplia plaza, rodeada de cristal y hormigón, conocida durante muchos años por ser el lugar más peligroso de Estocolmo. Se encendieron un cigarrillo y permanecieron un rato sentadas en silencio. El sol de abril calentaba el ambiente y Terese se quitó la chaqueta. No pasó mucho tiempo antes de que se acercara un joven y les preguntara si querían comprar algo. Terese se estiró y esbozó una sonrisa, agradecida por la atención y porque sucediera algo. El chico parecía tener su misma edad y, por lo tanto, era demasiado joven para ser un camello, aunque bastante guapo, pensó ella, con su cabello largo y rizado. Tenía un dialecto muy marcado.

—¿De dónde eres? —le preguntó Terese.

—De Gotland —respondió él, y se le iluminó la cara—. Tofta, ¿sabes dónde está? Es un lugar muy conocido, allí está la playa más famosa de Gotland.

—Ni idea. No he estado nunca en Gotland.

—¿No? Tú te lo pierdes.

Miró con aprobación sus pechos ocultos bajo la ajustada camiseta. Era increíble que eso nunca fallara.

—Y tú, ¿de dónde eres? —preguntó él, todavía con la vista fija en su escote.

—Del barrio de Bagarmossen. ¿Sabes dónde está? —lo imitó.

—Por supuesto. Cuando vengo al continente me quedo en casa de un colega en Farsta. Queda

cerca. —Se volvió hacia Jessica—. ¿Tú también vives allí?

—Yo soy de Skarpnäck —respondió la amiga en tono malhumorado, le dio una calada al pitillo y desvió la mirada con un gesto muy exagerado. Eso era lo peor de Jessica. Que se enojaba en cuanto dejaba de ser el centro de atención.

—¿Qué haces aquí en Estocolmo? —preguntó Terese, sin importarle el enfado de su amiga.

El chico se inclinó hacia ella y bajó la voz. Le brillaban los ojos y tenía hoyuelos. Se volvía más guapo cada segundo que pasaba.

—Me he escapado de casa. Pero no se lo digas a nadie.

Terese se rio. Era realmente encantador y además hablaba de una forma muy divertida. Tenía un dialecto suave y diferente. Su voz sonaba amable, al mismo tiempo que tenía un deje guay.

—¿Por qué? Si se puede saber.

—¿No habéis oído hablar de Guteman?

—¿Guteman? —repitió ella, y abrió los ojos como platos—. ¿Quién es ese?

Llegado a este punto, incluso Jessica se había dado la vuelta y empezaba a escuchar.

—Es mi viejo. Durante el día se pasea por Gotland y se parece al resto de la gente. Va a trabajar, hace la compra en Konsum, regresa a casa y prepara la comida con mi madre, ve la tele, repara el coche, de vez en cuando sale a tomar una cerveza con los colegas. Pero por la noche, cuando todos duermen, entonces...

El muchacho calló. Tenía un aire interesante. Los ojos juguetones bajo el flequillo rizado. Parecía disfrutar captando la total atención de ambas muchachas.

—¿Entonces, qué? —dijeron a coro.

—Entonces se pone un traje de neopreno, parecido al de Spiderman, y se dedica a impresionar y dar sustos de muerte a la gente.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Terese, con un deje de duda en la voz.

—Se acerca corriendo, grita y agita un hacha delante de sus ojos. Se cagan de miedo, pero nunca les hace nada. Se contenta con asustarlos. Ha salido varias veces en los periódicos.

—¿Cómo es que no lo han detenido todavía?

—La poli no tiene ni idea de que es mi padre. Yo me he escapado de casa porque ya no aguanto tener la boca cerrada.

—Venga ya. Estás mintiendo.

—Pues claro —sonrió—. ¿Qué os creíais?

Una hora después se encontraban en un viejo apartamento de Farsta. Las persianas estaban bajadas tres cuartos y nubes de humo subían formando espirales hacia el techo. Habían fumado hierba. Terese se sentía mareada, risueña y tenía la boca seca. El lindo chico de Gotland tocaba una guitarra eléctrica al mismo tiempo que Jimi Hendrix bramaba en el estéreo a todo volumen. Un vecino aporreaba la pared, pero a nadie le importaba. Jessica, que a esas alturas se había animado de sobra y parecía fascinada por el nuevo conocido, comenzó a bailar de forma provocadora delante de él. Se soltó la larga melena y movía la cabeza de un lado a otro. Terese estaba acurrucada en un sillón y encendió un porro, le dio una profunda calada y contuvo el humo todo lo que pudo antes de expulsarlo. La cabeza le daba vueltas y se reclinó. Joder, qué gusto. Todos los

problemas parecían lejanos. Ahora sus compañeros de clase tendrían mates, sueco o algo aburrido. Y ella estaba ahí. La vida era maravillosa.

Los otros dos habían empezado a besarse cuando de repente oyó que aporreaban la puerta. Escuchó un momento, pensó que se trataba de algún vecino quejándose por el ruido. Sus amigos no se inmutaron. Ella se levantó y fue tropezando hasta el estéreo. Después de tantear un rato por fin dio con el control del volumen. Cuando bajó el sonido se oyó una voz áspera a través del buzón de la puerta.

—¡Abran, policía!

Cuando Knutas abrió la puerta de la calle tras regresar a su casa dando un paseo desde el trabajo, sintió el aroma a albóndigas caseras. El grupo danés Gasoline tronaba desde los altavoces y por encima de la música se discernía el ajeteo de la cocina.

—¡Hola! —gritó al dejar los zapatos y la chaqueta en el recibidor.

No obtuvo respuesta. Se asomó a la cocina. Vio que su mujer llevaba puesto un delantal de flores, la coleta rojiza le colgaba a lo largo de la espalda y amasaba albóndigas que iba zambullendo en una sartén chisporroteante. Al mismo tiempo cantaba, en voz alta y desafinado, la letra de *Hva gör vi nu, lille du*.

—¡Hola! —gritó de nuevo, esta vez en un tono más elevado. Ella se dio media vuelta. Tenía el rostro enrojecido debido al calor de la cocina y las incontables pecas de su rostro apenas se distinguían. Se secó el sudor de la frente antes de esbozar una sonrisa.

—Hola, ¿tienes hambre?

Una sensación de calidez le embargó el pecho al mirar en torno a la cocina. Line siempre exageraba. En cada estantería libre había un plato de porcelana repleto de olorosas albóndigas recién hechas según su famosa receta. Sintió como la boca se le hacía agua.

—¿Cuántas has hecho? ¿Quinientas?

—No las he contado.

—¿A qué se debe tanta abundancia?

—Simplemente me apetecía. Hoy el trabajo ha ido de maravilla. Una mujer que llevaba ingresada un mes, con riesgo de desprendimiento de placenta, y no era la primera vez que le sucedía, ha dado a luz a su primer hijo. Pasó el día muy nerviosa, planificamos una cesárea y todo ha salido a la perfección. Ha tenido un bebé precioso; ha sido fantástico.

Knutas escuchó a medias mientras engullía varias albóndigas. Después de llevar casado veinte años con una comadrona profundamente comprometida, entusiasta y habladora, había oído casi de todo. Varias veces.

Observó a Line mientras comía. Resultaba agradable verla tan contenta y se percató de que hacía tiempo que no estaba así. Con demasiada frecuencia, hacían vidas separadas. Entretenidos en sus propias cosas. Algo tan sencillo como cenar juntos... ¿Cuántas veces lo hacían? Los

gemelos habían cumplido dieciocho años y estaban en el último curso de bachillerato. Tenían sus amistades y sus intereses. Petra practicaba la orientación por las tardes y los fines de semana, y solía quedarse a dormir en casa de su novio, que era miembro del mismo club. Nils dedicaba cada minuto de su tiempo libre a la música.

Quedaban Line y él. Siempre habían tenido horarios de trabajo irregulares así que no les resultaba extraño. Aunque antes, sin embargo, conseguían encontrar momentos para estar juntos, por lo menos una vez al día. Ahora apenas era capaz de recordar cuándo fue la última vez que Line y él cenaron con tranquilidad, tomaron una copa de vino o simplemente un café.

Knutas sintió el dolor agazapado en la nuca.

—¿Están los niños en casa?

—No. Petra está entrenando y Nils ha ido a hacer los deberes a casa de Axel. Mañana tienen examen de matemáticas y estudiarán hasta tarde, así que se quedará a dormir allí. Y Petra me ha dicho que dormirá en casa de Gustav. Como de costumbre. —Arqueó las cejas y se secó las manos en el delantal.

—¿Te importa si bajo la música?

—No.

Line le dio la espalda y siguió dando forma a las albóndigas. En el cuenco reposaba una gran masa resplandeciente. Parecía no tener fin. Los hombros se le habían hundido un poco. Cesó su canturreo. Knutas comprendió que él le había puesto sordina al ambiente. Le acarició el brazo de forma mecánica. Abrió la nevera y sacó unos macarrones que habían sobrado de la cena de la noche anterior. Se los sirvió en un plato y los calentó en el microondas. A continuación se sirvió unas albóndigas calientes directamente de la sartén. Con el plato y un vaso de leche se fue al salón para ver qué decían las noticias sobre el robo.

El logo del telediario regional comenzó a girar. Imágenes de Klintehamn y el cordón policial, el coche incendiado y la popular voz de Johan Berg relatando lo ocurrido. Luego la imagen típica del reportero enfrente del banco.

«Desde un primer momento todo apuntaba a que tres hombres enmascarados perpetraron el robo, pero una testigo le ha comunicado a la televisión regional que lo más probable es que uno de los ladrones fuera una mujer».

Entrevistaron a una anciana con una pámela blanca sentada en el banco de un parque con un caniche sobre las rodillas. Se llamaba Asta Johansson y contó que vio al tercer ladrón moverse como una mujer y que, además, llevaba tanga.

La anciana a la que Johan Berg había acompañado hasta la comisaría resultó ser una testigo importante, pero cuando Knutas le pidió que se guardara los datos, le comentó orgullosa que ya había hablado con la televisión sobre el asunto. La gente no tenía remedio, pensó Knutas, y suspiró. Tampoco los periodistas. Llamó a Johan Berg y le pidió que no emitiera la información de Asta Johansson, pero el reportero le explicó que no podía prometerle tal cosa.

El telediario finalizó. Se comió los últimos restos del plato y le sobrevino el cansancio acumulado durante todo el día. Soltó un pequeño eructo y se recostó en el sofá. Entonces descubrió que Line lo observaba en silencio desde la puerta de la cocina. No sabía cuánto tiempo

llevaba allí. Todavía llevaba puesto el delantal y los brazos le colgaban a los lados.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

La inquietud aleteó en su estómago. Ella lo miraba de forma huraña, y pasó un rato antes de que dijera:

—Tenemos que hablar.

Jocke comenzaba a notar los efectos del alcohol. La botella de vodka estaba casi vacía y la cerveza se había terminado. Terese y Degen habían empezado a magrarse, pero él no tenía ganas de mirar ni de participar. No le prestaban ninguna atención. Degen estaba en pleno proceso de quitarle el jersey. Terese no llevaba sujetador y sus pechos blancos brillaron bajo la luz de la bombilla desnuda que había sobre la mesa. Jocke encendió un cigarrillo y se levantó. Se tambaleó un poco y estuvo a punto de caerse. Tenía una buena cogorza.

La cocina era pequeña y hacía un calor sofocante. Tenía que cagar. Metió los pies en los zuecos, abrió la puerta y salió.

Sintió el golpe del aire fresco de la noche. Tiró el pitillo en la hierba y respiró hondo un par de veces. Había dejado de llover. Visualizó frente a sí el montón de billetes dentro de las, por ahora, inexpugnables bolsas. Sus problemas se acabarían tan pronto como los sacaran. Primero tenía que pagar sus deudas a distintos camellos, tanto en el continente como allí, en Gotland. Luego sería el momento de reservar un viaje a alguna parte. Apenas podía recordar cuándo fue la última vez que estuvo en el extranjero. Y esa Harley con la que había soñado. Si le ofrecían una buena cantidad por su moto, entonces sí que podría permitírsela. Siempre que se libranan de la poli, claro.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan contento y fue silbando de camino a la letrina. El pequeño retrete, que se encontraba en una arboleda al otro extremo de la parcela, estaba viejo e insalubre. Alzó la vista al cielo. Se había despejado y la luna se deslizaba entre las nubes e iluminaba la hierba en la oscuridad. El ladrido de un perro solitario resonó en la noche, a los lejos; por lo demás, reinaban el silencio y la calma. No se veían luces de otras casas.

Se preguntó cuánto tiempo tendrían que estar escondidos. ¡Ojalá solo fueran un par de días! Habían viajado en barco con nombres falsos, y ya que no habían dejado ningún rastro, no habían hablado ni habían llamado la atención de ninguna manera, la Policía no podría relacionarlos con el robo. Lo único que necesitaban era mantener la calma durante un tiempo. Los otros dos eran del continente, pero llevaban años en Gotland. Él vivía en un pequeño apartamento a las afueras de Visby, pero viajaba siempre que podía al continente a ver a sus amigos.

Terese y Degen eran las personas más importantes de su vida. Se conocían desde que eran

jóvenes y juntos se habían acostado, emborrachado y habían delinquido. Nadie lo conocía tan bien como ellos. Si bien de puertas para fuera mantenían un perfil que ocultaba su amistad. A nadie le importaba eso.

Levantó la aldabilla de la puerta, que emitió un prolongado chirrido. Junto a la tapa del retrete había unos periódicos amarillentos. No era buena idea leer, el lugar estaba demasiado oscuro. La luz de la luna no alcanzaba el interior, a pesar de que había dejado la puerta abierta. Se dejó caer pesadamente en la taza y enseguida comprendió que estaba algo estreñido. Le iba a llevar un rato. El cansancio se apoderó de él, reclinó la cabeza, entrecerró los ojos y estuvo a punto de quedarse dormido.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí sentado cuando oyó un claro crujido fuera, en la hierba. Abrió los ojos, escudriñando a través del hueco de la puerta. Solo vio oscuridad y arbustos frondosos, las gotas de agua brillaban sobre las hojas húmedas bajo la luz de la luna. Una rama se sacudió. Tensó los músculos y enderezó el cuerpo. Se mantuvo quieto y esperó a ver si pasaba algo más. Probablemente no había sido nada. Un conejo, un erizo o cualquier otra mierda. Sin embargo, escuchó en tensión. Tenía que mantenerse en guardia. Un nuevo crujido. Maldita sea, ¿andarían por ahí fuera los polis ocultos entre los arbustos? Respiró tan silenciosamente como pudo y buscó con la mirada el papel higiénico. El rollo estaba tirado en el suelo un poco más allá. Era evidente que no pensaba dejarse atrapar con los pantalones bajados.

Justo cuando levantó el trasero para estirarse tras el papel escuchó un intenso raspado contra la fachada, al otro lado de la pared, a tan solo unos centímetros de él. Dio un respingo y volvió a sentarse. El sonido se prolongó, como si alguien arrastrara lentamente un objeto por la pared. Quizá para provocarlo. O asustarlo. ¿Sería alguno de sus compañeros que quería gastarle una broma? La poli, por lo menos, no haría algo así.

Le costaba creer que fuera uno de sus amigos. Cuando se empezaban a magrear no había quien los parara, eso lo había aprendido con los años. Pero ¿quién podría ser entonces? ¿Alguien que había descubierto dónde se escondían y quería llevarse el botín? Esa alternativa era la más probable. ¡Mierda! ¡Tan jodidamente típico! La irritación se apoderó de él, al mismo tiempo que la racionalidad intentaba apoderarse de su aturdido cerebro. Tenía que levantarse, reducir al intruso. Su situación era de lo más expuesta: en la estrecha letrina con el culo al aire, los vaqueros bajados hasta los tobillos. Una sombra se deslizó al otro lado de la ventana. Había alguien ahí fuera, alguien que no deseaba darse a conocer. Intentó ponerse de pie, pero ya era demasiado tarde.

Una silueta en el umbral. El resplandor de un cuchillo bajo la luz de la luna.

De repente Jocke Eriksson tuvo claro que su suerte había cambiado.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Knutas.

Line cerró los ojos un segundo y negó con la cabeza. Se apartó un rizo pelirrojo de la frente.

—No, no es eso. Pero tenemos que hablar. ¿Puedes apagar la tele?

Se soltó el lazo de la cintura, se quitó el delantal y lo colgó de una silla. A continuación se sentó en la esquina opuesta del sofá y se giró hacia su marido. Posó uno de sus brazos pecosos sobre el respaldo y se trenzó el pelo lentamente como siempre hacía cuando iban a conversar sobre algo importante. Era como si tomara carrerilla antes de abrir la boca. De repente, él sintió unas enormes ganas de fumar. Los ojos de Line eran brillantes y claros, la mirada decidida.

—¡No podemos seguir así!

—¿Qué quieres decir?

Ella abrió los brazos. ¿Por qué tenía que ser siempre tan sumamente dramática?

—Apenas nos relacionamos. Casi nunca hacemos nada juntos. Quiero un marido con el que pueda reírme. Antes nos reíamos, ahora nunca sucede.

—Las cosas no están tan mal, ¿no? —dijo Knutas, intentando salir del paso—. Todos los matrimonios tienen altibajos, ¿verdad? Por Dios, llevamos veinte años juntos, a veces la rutina puede ser un poco triste.

—¿A veces? —Le lanzó una mirada llena de amargura—. Nuestra relación lleva hibernando desde hace demasiado tiempo. Yo lo intento y lo intento. He propuesto diferentes actividades, que hiciéramos cosas juntos los fines de semana, que nos fuéramos un fin de semana a Barcelona, París o Venecia. Tú siempre dices que es demasiado caro o que no tienes tiempo, porque hay que cortar la hierba de la casa de campo o que pintar la valla o que tienes mucho trabajo o que en casa se está mejor. Pones objeciones a todas mis propuestas, pero eres incapaz de proponer algo. Estoy más que agotada de ser el motor de nuestra relación. Si no fuera por mí, esta familia no iría a ninguna parte.

—A mí me parece que no nos podemos quejar. Te prometo que pensaré en ello.

—¿Cuántas veces me has dicho lo mismo? —dijo resignada—. No puedes quedarte ahí pensando solo en tus cosas, tienes que hacer algo. Lo que cuentan son los hechos, nada más. Te pasas los días sentado en tu despacho, pero eres incapaz de levantar el teléfono y, para

sorprenderme, sacar unas entradas para ir al cine. Al parecer piensas que yo no valgo ese pequeño esfuerzo.

—Es que se me pasa. ¿Es realmente tan importante? Yo hago otras cosas por ti y los niños. Me encargo de todos los asuntos prácticos de la casa, estoy reparando la casa de verano y hago arreglos para que todos estemos a gusto. Eso también es amor y consideración, ¿no?

—Pero no se trata solo de arreglar cosas en casa. Como mujer, quizá me gustaría que me cortejaran, me apreciaran, sentirme deseada.

A Knutas se le hizo un nudo en la garganta. De pronto, le pareció entender cómo estaban las cosas en realidad.

—¿Estás con otro?

—No —dijo con énfasis—. Qué típico. Solo porque una mujer se siente insatisfecha y explica qué necesita, entonces, claro, es que ha conocido a otro hombre, ¿no? Eso es propio de vosotros, los hombres. Creéis que sois los únicos que existís sobre la faz de la tierra.

Aparecieron unas manchas rojizas en su cuello. Eso significaba que estaba disgustada o mentía. O ambas cosas.

Se hizo un silencio. El asunto de la disputa no era nuevo, se habían dicho las mismas cosas muchas veces. No había nada en los problemas que Line había expuesto que él no supiera. Nunca había pensado que fuera tan grave. En un matrimonio no todo podía ser perfecto, no podían esperar comportarse toda la vida como quinceañeros recién enamorados. Aunque era obvio que su vida en pareja no valía gran cosa, por alguna razón, ella prefería no sacar el tema. Él apenas recordaba cuándo fue la última vez que hicieron el amor. Tuvo que ser en algún momento antes del verano.

—También está el problema de mi nostalgia —dijo en voz baja.

—¿Qué nostalgia? Este es tu hogar, ¿no?

—Me refiero a Dinamarca. Echo de menos mi lengua, la gente, la comida, la cultura, las costumbres, a mis antiguos amigos, a mi madre y a mi padre, a mi hermana. He intentado hacértelo comprender, pero no me escuchas. No quieres oírlo. No quieres que celebremos allí las Navidades o que vayamos más a menudo.

—No sabía que fuera tan importante para ti. Llevas dos décadas viviendo en Suecia. ¿De dónde sale ahora toda esta añoranza?

—No sé —suspiró—. Quizá se deba a que los niños ya son mayores. Viven cada vez más sus propias vidas. Tengo más tiempo para pensar. Pensar qué quiero hacer en realidad, qué necesidades tengo. He comprendido que tengo que tomarme a mí misma más en serio.

La voz se apagó y se hizo un silencio.

—Vaya —dijo él pasados unos instantes—. Entonces, ¿qué piensas que debemos hacer?

Respondió sin mirarlo.

—He conseguido una suplencia en el Rigshospitalet de Copenhague. Se trata de medio año. El hospital tiene un apartamento que puedo alquilar durante mi estancia en la ciudad. Además, podría venir casi todos los fines de semana a casa.

Knutas clavó la vista en ella, sorprendido. Lo había planeado todo. Y lo había puesto todo en marcha.

1994

Terese observó la costa de Gotland mientras el avión se disponía a aterrizar. Vio a sus pies una brillante franja de arena frente al mar abierto, unas pocas casas diseminadas en el paisaje, apenas algunas carreteras, un terreno llano y despejado. La fiesta de la marihuana en la casa de Farsta, y el hecho de que la Policía la detuviera una vez más, fue la gota que colmó el vaso. La Policía fue a buscar a sus padres y encontró a ambos en el apartamento borrachos como cubas en compañía de varios compañeros de fiesta.

Servicios sociales decidió enviarla, provisionalmente, con una familia de acogida. Terese se sintió aliviada al enterarse de que acabaría en casa de una familia de Gotland y no en algún lugar del norte, su mayor temor. De momento solo viviría allí durante el verano, pero si todo iba bien la idea era que en otoño empezara el curso en el instituto de Visby.

Sintió una cierta liberación al abandonar el apartamento en compañía de dos asistentes sociales y una gran maleta. Ahora, al ver la costa ahí abajo, todo resultaba tan real... Se alejaba de sus padres alcohólicos, de toda la mierda y la miseria de su casa. ¿Se trataba siquiera de un hogar? ¿Se había sentido, en realidad, tranquila y segura en esa casa alguna vez? Recordó todos los años de congregaciones de borrachos, esa continua y angustiada preocupación sobre qué iba a pasar. Por lo menos, evitaría esa incertidumbre.

Además, de repente comprendió que casi no sentía nada por sus padres, le importaba bien poco lo que les pudiera ocurrir. Hacía tiempo que abusaban sin medida de su amor infantil. Ahora ya no quedaba nada.

Cuando se dio cuenta de ello, justo en ese instante, se decidió. No regresaría nunca más.

Al entrar en la sala de llegadas del aeropuerto de Visby, a Terese la recibió una señora que se llamaba Viveka y tenía la misma edad que su madre. Era de baja estatura y rechoncha, con el cabello rizado. Le agarró la mano, sonrió y le dio la bienvenida a Gotland con un fuerte dialecto isleño, aun más pronunciado que el de Jocke.

—Tengo el coche aquí fuera —dijo Viveka, y recogió sin esfuerzo la pesada maleta de la

cinta.

Salió de la terminal con paso decidido mientras le mostraba el camino. El sol resplandecía en un cielo despejado. Las prímulas a lo largo del arcén atestiguaban que el verano estaba cerca. Terese había dejado atrás el plomizo Estocolmo. En alguna ocasión había oído que el sol brillaba más en Gotland.

Viveka parloteó sin parar durante el trayecto.

—Has tenido suerte de acabar en casa de la familia Stenfors. Aunque no tienen ninguna experiencia como familia de acogida, son muy buena gente y muy conocidos aquí en Gotland. Son dueños de un popular restaurante de Visby, Catch 22, que se encuentra cerca del puerto. Bueno, en realidad es Palle, el padre, quien trabaja ahí. La madre, Susanne, pasa mucho tiempo en casa y estudia en una universidad a distancia. Y tienen dos hijos, gemelos, de doce años, que se llaman Daniel y Kristoffer. Aunque ya sabrás todo eso, ¿no? —Sonrió a Terese.

—Sí, pero no sé cómo son. Como personas, vamos.

—Ah, no te preocupes por eso. Son gente buena y alegre, he de decir que parecen fáciles de tratar. Siempre se les ve contentos y amables y sé que están deseando poder ocuparse de ti. Viven en una casa grande con vistas al mar en uno de los sitios más bonitos de Visby. Bueno, justo al lado —se corrigió enseguida—. La zona se llama Högklint y es preciosa.

Terese miró a Viveka con escepticismo.

—Suena a una de esas familias asquerosamente perfectas. ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué razón desean hacerse cargo? Ni siquiera me han visto una sola vez.

Viveka no respondió.

—¿Dónde está Tofta? —preguntó Terese tras un momento de silencio.

—A diez kilómetros de la ciudad, al sur. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Había oído hablar de ese lugar.

—Tiene una bonita playa de arena —dijo Viveka—. Seguro que iréis allí durante el verano.

Se acercaron a Visby y pasaron de largo las tres agujas negras de la catedral y las espléndidas murallas que ella solo había visto antes en postal. Viveka iba señalando y explicando lo que iban encontrando a su paso. Nada más dejar atrás la ciudad pudo ver el resplandeciente mar en la distancia.

—Tenemos que pasar por Kneippbyn, seguro que te suena, ¿no? Hay un gran cámping junto a la playa, pero Kneippbyn es conocido sobre todo como parque de atracciones, y justo al lado hay un parque acuático muy divertido, con muchos toboganes, y ahí se encuentra la casa de Pippi Calzaslargas, *Villa Villekulla*, la que sale en las películas. Se rodó aquí en la isla, aunque quizá eso ya lo sabías.

Terese asintió. Observó a la mujer con ojos algo más amables de lo que solía hacer con los asistentes sociales. Había algo positivo en esa melodía de Gotland y su resplandor carismático. Le recordaba a Jocke, el único isleño que había conocido hasta el momento, aparte de Viveka. Jocke ya no vivía en la isla, sino con su amigo en el apartamento de Farsta. Aunque había dicho que regresaría a casa durante el verano. No trabajaba en nada y sus padres seguían viviendo en Tofta. Alardeó de que tenía una motocicleta verdaderamente buena con la que podría pasearla por la isla.

Viveka retomó la palabra una vez más e interrumpió sus pensamientos.

—Estamos llegando a Högklint, como te he dicho, desde el acantilado hay unas vistas

preciosas de Visby, pero seguro que eso querrá enseñártelo la familia. Ya estamos llegando.

El camino se empinaba y el paisaje se tornó más despoblado. Terese comenzó a desanimarse. ¿A qué distancia de la ciudad vivían realmente? No podría ir a Visby por su cuenta. En ese lugar estaría como una presa.

Giraron hacia un pequeño sendero de gravilla y condujeron hasta dejar el mar a un lado. Llegaron a los pocos minutos. Una casa de piedra caliza blanca, solitaria, sobre una colina. Parecía recién construida. Prácticamente la totalidad de la parcela era bosque. Cuando Terese vio la casa tuvo un mal presentimiento. Como si aquel lugar incubara un oscuro secreto. Se sacudió con rapidez el malestar.

Eran solo imaginaciones suyas.

Emma observó a Johan desde el otro lado de la mesa. Acababan de terminar una buena cena y estaban cómodamente reclinados en sus sillas con una copa de vino tinto. Habían hablado sobre los intensos primeros días de la semana, para ella porque el curso acababa de empezar y para él a causa del robo al furgón blindado en Klintehamn. Emma se sentía agradecida de que sus padres se encargaran de los niños. Se quedarían con ellos en Fårö toda la semana.

El domingo esperaban a Sara y Filip, los hijos quinceañeros de Emma, fruto de su matrimonio con Olle. Emma estaba casada cuando conoció a Johan y su vida se puso patas arriba. Los primeros meses después del divorcio fueron turbulentos, pero ahora su relación era bastante buena. Seguro que influía el hecho de que Olle hubiera encontrado una nueva mujer; llevaban varios años de relación, aunque no vivían juntos, porque ella vivía en Visby. Sara y Filip vivían entre las dos casas, lo cual resultaba sencillo, pues la casa de Olle estaba cerca. A veces le horrorizaba pensar que él se pudiera mudar a Visby, con la novia. Pero debía afrontar cada problema a su tiempo.

Ahora lo que más le preocupaba era Johan. Últimamente había estado irritable y muy poco interesado en ella. No tan cariñoso como solía ser. Quizá se debía a que los niños requerían gran parte de su atención. Sara y Filip se quedaban levantados hasta tarde y resultaba difícil tener tiempo para ellos como pareja. Cada dos semanas tenían a los cuatro niños; el domingo volverían a estar a tope.

Esta es la primera oportunidad en mucho tiempo, pensó Emma. Cambió las sábanas, se dio una larga ducha y se lavó el pelo antes de la cena. Se echó rímel y se pintó los labios. Hasta se había comprado ropa interior de encaje, que llevaba puesta bajo el ligero vestido. Eso sería una sorpresa, pensó, y sintió un hormigueo entre las piernas ante la expectativa. Había pasado demasiado tiempo. Para celebrar que por fin se encontraban solos en casa, aunque fuera martes, ella había descorchado una botella de vino para la cena.

Profirió un comentario sobre lo buena que estaba la comida y le dio un sorbo al vino. Johan se puso en pie y comenzó a recoger los platos. A pesar de que se había arreglado, él no había reaccionado con ningún comentario de elogio o un cumplido. La miraba distraído, como si nada en su ser pudiera despertar su interés.

—¿Quieres café? —le preguntó Johan.

—Me encantaría.

Emma se sirvió más vino. No tenía la más mínima intención de levantarse. Ahora podían estar sentados todo el tiempo que quisieran, sin necesidad de ocuparse de una multitud de niños exigentes. No comprendía la intranquilidad de Johan.

—¿No te puedes relajar un poco?

—Solo voy a poner el friegaplatos.

Silencio. Ella siguió sus movimientos con la mirada clavada en su espalda.

—¿Qué te pasa?

Él se dio media vuelta.

—¿Qué? Nada.

—Pareces tan indiferente, con tan pocas ganas de estar conmigo.

—Estás exagerando. Últimamente han pasado muchas cosas, los pequeños han estado enfermos, siempre hay cantidad de cosas que hacer en casa... y ahora este robo que me tiene hasta arriba de trabajo.

Cerró el friegaplatos, lo puso en marcha y regresó a la mesa. Alzó la copa.

—Salud.

—Salud.

Se hizo de nuevo el silencio.

—¿Vemos una peli? —preguntó Johan. Se levantó y fue a buscar el periódico de la tarde—. Hay una peli sueca en la dos, de Richard Hobert, con Lena Endre y Mikael Persbrandt. Quizá esté bien. ¿La has visto?

Ella negó con la cabeza. No era capaz de decir nada más.

Johan siguió con la vista clavada en el periódico.

—Luego hay una de suspense y acción en la cuatro, es americana y tiene cuatro estrellas. ¿Qué te apetece?

Emma se bebió el vino y dejó la copa dando un pequeño golpe.

—¡Lo que faltaba...!

A continuación se dirigió con sonoros pasos al dormitorio y cerró con un portazo.

Cuando llegó a casa de madrugada se coló por la puerta del sótano. Fue directo a la ducha y se lavó de forma minuciosa. Todo tenía que desaparecer. Cuando estuvo listo, comprobó con detenimiento que no quedara ni rastro de sangre en su cuerpo. Metió toda la ropa en la lavadora e hizo una mueca al comprobar lo mucho que resonaba. El sonido era más penetrante durante la noche. Cerró rápidamente la puerta del lavadero y recitó una oración en silencio, para que nadie se despertara. Había dejado el coche aparcado a una distancia prudencial. Le llevó tiempo limpiarlo, pues se empleó a fondo. A pesar de que había cubierto de antemano los asientos con plástico, corría el riesgo de haber dejado algún rastro. Para estar seguro, volvería a repasarlo una vez más a la luz del día.

Regresó al cuarto de baño y observó su imagen reflejada en el espejo. Se preguntó si su aspecto delataba algo. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo cuando pensó en lo que había hecho. Soltó una carcajada, pero enseguida volvió a guardar silencio. El rostro burlón del espejo lo asustó. Así pasó un largo rato mientras repasaba en su mente el curso de los acontecimientos. Había resultado más fácil de lo que había imaginado. Es verdad que tuvo que estar horas esperando, pero no lo pasó mal. Se sintió inopinadamente tranquilo. Como si hubiera tomado la decisión correcta. Correcta y necesaria. Por fin había llegado la hora. Había llevado consigo una mochila con un paquete de sandwiches, un termo de café y una petaca de whisky para calmar sus nervios. Y el cuchillo, claro.

Se había entrenado en casa clavando el cuchillo en los grandes filetes de carne que había comprado. Solo para sentir la experiencia del filo penetrando la carne. También entrenó la precisión. Ató una cuerda a los trozos de carne y se ejercitó en cortar siguiendo la cuerda con exactitud. Con fuertes movimientos, sin mostrar la más mínima duda. Eso era lo que se requería. Cuando llegara la hora no podría titubear. Entonces solo iba a necesitar apretar los dientes. Y eso había hecho. Nunca olvidaría la lamentable expresión de su víctima. El tipo estaba sentado en la taza del váter con los pantalones bajados y tenía la expresión de un estúpido cerdo. Fue francamente fácil.

Después tuvo el suficiente ánimo como para seguir su plan y se encaminó deprisa a la bodega. Forzó una de las bolsas hasta que comenzó a salir pintura. La lanzó fuera, a la hierba, pensando

que esa sería una buena pista falsa para la Policía. Pensarían que los cretinos de los ladrones se habían matado entre ellos.

Luego concentró todos sus sentidos en largarse de allí.

Era ahora, mientras se observaba en el espejo, cuando por primera vez sintió alivio. La presión del pecho ya no era tan fuerte. Se había liberado del dolor.

En parte, por lo menos.

1994

Viveka aparcó delante de la casa e inmediatamente se oyeron unos gritos:

—¡Ya están aquí!

Cuatro personas se arremolinaron junto al coche antes de que les diera tiempo siquiera a sacar la maleta. Susanne, la madre, fue la primera en saludar. Esbozó una sonrisa de dientes perfectos y blancos.

—Hola, yo soy Susanne. ¡Bienvenida!

Era delgada y rubia, y un poco más baja que Terese. No llevaba maquillaje, excepto un pintalabios de tono rosa pálido. El cabello, liso, apenas le llegaba a los hombros. Vestía pantalones de lino negro y un top blanco. Sandalias con pies desnudos. Manos pequeñas y uñas sin pintar de una longitud perfecta, ni muy largas ni muy cortas, bien formadas y brillantes. No llevaba reloj y la única joya visible era un anillo de casada con un imponente diamante que brillaba en su dedo. Tenía un cuerpo fibroso y se la veía en forma. Era de esa clase de personas que probablemente siempre estaban perfectas, sin importar cómo fueran vestidas.

Terese estrechó la mano de la mujer desconocida y la miró con recelo por debajo del flequillo. Un ligero malestar recorrió su cuerpo. No fue capaz de pronunciar palabra.

El padre de la familia era alto y desgarbado, tenía unos cálidos ojos marrones. Vestía una camiseta con la silueta de Manhattan impresa en negro en el pecho, pantalones cortos color caqui e iba descalzo. El rostro bronceado y con barba de dos días. Terese notó su piel seca cuando le dio la mano.

—Hola, me llamo Palle. Bueno, en realidad me llamo Per-Alvar, pero ya ves cómo suena, así que se quedó en Palle. —Se volvió hacia los gemelos que tenía al lado—. Estos son Daniel y Kristoffer.

Los chicos parecían alegres y algo vergonzosos cuando ella apretó sus manos tendidas. Eran idénticos, el mismo cabello oscuro corto, ojos marrones y hoyuelos en las mejillas.

—Bueno, ahora te dejo aquí y nos vemos mañana en el centro de servicios sociales —dijo Viveka animada—. ¿Qué tal a las once?

—Muy bien —respondió Susanne—. Te enseñaré Visby —le dijo luego a Terese, y la miró esperanzada.

—Todo irá bien —se apresuró a decir Viveka.

Se despidió de Terese con un leve abrazo, se metió en el coche y desapareció cuesta abajo.

Terese giró la cabeza. Sacó un cigarrillo y lo encendió. Notó de inmediato cómo Palle y Susanne se quedaban de piedra. Ella estaba ensuciando su aire limpio.

—¿Quieres beber algo antes de que te enseñemos la casa? —preguntó Susanne—. Pero primero tendrás que acabarte el cigarro, claro.

Fue a buscar un cenicero que estaba oculto en un estante del muro de piedra que circundaba el porche. Terese se tomó su tiempo en fumarse el cigarrillo. Le importaba una mierda lo que pensarán esas superpersonas. Dejó vagar la mirada por el entorno. La casa se encontraba en el extremo opuesto del terreno, plano y pedregoso. Alrededor del suntuoso edificio se abría una terraza de varios niveles, en la que se disponían muebles de terraza y una barbacoa.

Al entrar le sorprendió lo luminosa que era. El suelo era de piedra gris, el resto era blanco y el techo alto. Altas ventanas desde el suelo al techo. Era una casa bonita y limpia, y no había nada fuera de lugar, aparte de una manta de viaje doblada sobre un sillón de piel de carnero, una reluciente revista de decoración y un frutero con manzanas verdes. Era como pasearse por un espacio con solo unos cuantos cuadros grandes y coloridos colgados de las paredes. Terese se preguntó con creciente ansiedad cómo podría relajarse en un lugar así. Una cocina immaculada de acero inoxidable y encimeras de piedra; había un plato con limones amarillos y un jarrón con una rama de pino verde. En el gran salón, una enorme chimenea encalada, delante había dos sofás enfrentados, una mesa baja de cristal y un jarrón con flores estivales. Nunca antes había estado en una casa tan bonita y apenas se atrevía a moverse. Como si leyera sus pensamientos, Susanne dijo:

—Quiero decirte que no solemos tener la casa tan arreglada. La hemos limpiado porque venías tú.

—¿Nosotros? —protestó Kristoffer—. Ha sido Elena. —Miró a Terese—. Es nuestra asistente, es muy buena pero no habla muy bien sueco. ¿Sabes español?

Terese negó con la cabeza.

—Mamá sabe un poco. Yo empezaré a estudiar español en séptimo. Suena muy bonito. Y así podré hablar con Elena.

Susanne esbozó una sonrisa algo forzada mientras servía agua de una jarra de la nevera. Le alargó un vaso.

—Bueno, por lo general, hay cosas por todas partes, así que siéntete como en casa.

Menuda broma, pensó Terese. Esto era lo más lejano a su casa que pudiera imaginar.

Tenía ganas de ir al baño y ya no podía aguantar más, así que preguntó dónde estaba.

Susanne señaló una puerta y la familia se retiró discretamente charlando de forma afectada. Terese se sintió como si se encontrara sobre el escenario de un teatro. Como si representase un papel. El cuarto de baño tenía interruptores de voltaje con focos en el techo. Le fascinaron las gruesas toallas enrolladas, colocadas en orden en largas filas sobre las estanterías. La ventana estaba entornada y daba al bosque, y en el ambiente flotaba un ligero aroma a fruta proveniente de una vela aromática que había en un cuenco.

Al salir continuaron con el paseo. Todos juntos. El cuarto de invitados de la planta baja sería

suyo, y se sintió aliviada de que no estuviera en el piso de arriba junto al resto de dormitorios. Era grande y espacioso. A través de la ventana vio unos pinos enanos y el mar a lo lejos. La cama era más alta y más ancha que la que tenía en su casa, con una colcha de color claro y almohadones grandes y mullidos. Sintió deseos de lanzarse sobre ella. De la pared de enfrente colgaba un televisor. Parecía un hotel. Apiladas en una silla había una toalla de baño y otra pequeña para las manos. Del respaldo de la silla colgaba un albornoz blanco. Todo para ella.

—Desde aquí tienes vistas al mar —dijo Susanne, y abrió las puertas del balcón.

Lo único que se oía fuera era el ligero murmullo de los pinos.

—Desde la planta de arriba la vista al mar es mejor, pero pensé que quizá preferirías tener más privacidad. Aquí tienes tu propio cuarto de baño y, además, te resultará más fácil ir a la cocina si tienes hambre. —Susanne se volvió hacia ella—. Quiero que te quede bien claro: siéntete libre de ir a la nevera cuando tengas hambre, las veces que quieras. Y también me gustaría saber qué te gusta comer para poder comprarlo mañana. Bueno, todos tenemos nuestras costumbres. —Rio—. Como el desayuno, por ejemplo, yo siempre he de tener mis copos de avena con nueces, kiwi y plátano. Encima pongo frambuesas calientes y luego lo espolvoreo todo con canela. ¿Tú también tienes algún plato especial?

—Me gustan los cereales Havrefras —murmuró.

—¡A mí también! —exclamó Kristoffer excitado—. Son mi desayuno, así que hay en casa. ¡Qué suerte!

Se le veía tan contento que Terese se vio obligada a sonreír. Tenía los mismos ojos cálidos de su padre.

—Puede que tengas miedo a la oscuridad —sugirió Susanne preocupada—. La casa se encuentra algo aislada. El vecino más próximo vive a un kilómetro.

—No.

Terese comenzaba a pensar que Susanne, con tantas deferencias, resultaba agobiante. Palle, su marido, no tanto. De vez en cuando mascullaba algún murmullo aprobatorio. Después de enseñarle cómo funcionaba el televisor abandonó la habitación.

—Pensábamos cenar a las siete —dijo Susanne—. ¿Te parece bien?

—Sí, claro.

Quedaba apenas una hora y no tenía nada de hambre.

—Luego había pensado que podríamos dar un paseo, si quieres. Así podrás conocer un poco de los alrededores.

—Vale.

—¡Qué bien!

Susanne volvió a sonreír y cerró la puerta.

Cuando por fin Terese se quedó sola se dejó caer en la cama. Era tan cómoda como aparentaba. Se colocó un cojín bajo la cabeza y miró hacia la terraza y el bosque al otro lado de la ventana.

¿Qué hacía ella allí?

Knutas pasó la noche en duermevela. Se despertó a las cuatro de la madrugada y ya no pudo conciliar el sueño. Permaneció allí tumbado en la penumbra con la mirada fija en la espalda pecosa de Line. Pensaba quién era ella en realidad. ¿No había conseguido conocerla de verdad?

¿Su vida en común había sido una ilusión? ¿Se había imaginado sencillamente que estaban bien?

Habían pasado la noche hablando. La conversación transcurrió en calma, tuvieron una discusión sensata sin grandes aspavientos. Line estaba segura de su decisión de aceptar la suplencia en el Rigshospitalet y lo tenía todo decidido. Viajaría en apenas unos días. La explicación que dio por haberlo hecho todo en secreto fue que quería tomar la decisión sin dejarse influir. Era algo que le concernía solo a ella, le había dicho. Solo a ella.

Knutas no podía comprender la forma de pensar de su mujer. Formaban una familia. Un grupo en el que ella era una parte de cuatro. Le resultaba completamente incomprensible que alguien pudiera aislarse de sus familiares como quería hacer Line. No la comprendía, pero no podía hacer nada más que aceptarlo. Intentó convencerse de que se trataba de un capricho, de una ocurrencia que pronto se le pasaría. Aun cuando habían perdido una parte importante de su buena relación, recordaba demasiado bien lo mucho que la echó de menos el pasado año durante el mes que Line estuvo en el archipiélago africano de Cabo Verde. Se puso contentísimo cuando ella regresó a casa, pero después su relación empezó a ir cuesta abajo. Se habían ido distanciando.

Quizá que Line pasara una temporada fuera sería lo mejor, intentó consolarse. Que los dos tomaran algo de distancia. Después de veinte años juntos quizá todas las parejas necesitaran una pausa, una oportunidad de examinarse a sí mismos y cuestionar las cosas. Quizá eso fuera positivo.

Además, era un buen momento, pues estaba inmerso en la nueva investigación por robo y asesinato; al final la pequeña había perdido la vida. Por la noche, durante su conversación con Line, un médico telefoneó desde el hospital para informarle de que Maja Rosén había fallecido inesperadamente durante la operación. La noticia lo dejó sin aliento. Se quedó sentado en el sillón sin poder pronunciar palabra. Un escalofrío recorrió su columna vertebral mientras intentaba asimilar el alcance de lo que había dicho el médico. Todo el equipo que operó a la pequeña

estaba conmocionado y nadie tenía explicación para el repentino empeoramiento de su estado. Iban a trasladar el cuerpo al Instituto Anatómico Forense de Solna. La autopsia revelaría la causa de la muerte.

Line y él se fueron a la cama sin hablar más de sus problemas, pero ahora, de nuevo, le daba vueltas a la cabeza.

Knutas ya no intentó tranquilizarse. Bajó en silencio la escalera y enchufó la cafetera. La gata se acercó y se restregó contra su pierna. Se puso en cuclillas, la levantó en brazos y apretó el rostro contra su pelaje suave. Escuchó el borbotear de la cafetera. Dependiendo del enfoque, la vida podía ser muy sencilla o muy difícil, pensó. ¿Por qué Line tenía que complicarlo todo? ¿No podían cosechar los frutos ahora que los niños habían crecido? ¿Disfrutar de su compañía sin demasiadas exigencias? ¿Qué había de malo en tener un poco de paz y tranquilidad? En la vida existían suficientes problemas como para que necesitaran buscar otros nuevos.

Salió y fue a buscar el periódico, se preparó un par de sándwiches, se sentó a la mesa de la cocina y se bebió el café con el gato sobre las rodillas. Se sobresaltó al ver la primera página. En el centro aparecía una fotografía de Maja Rosén. Una niña de seis años como cualquier otra, con coletas y una amplia sonrisa que dejaba ver varias mellas en su mandíbula superior. «Asesinada por los ladrones», rezaba el titular. A Knutas se le revolvió el estómago.

Era terrible que hubiera fallecido; no podía imaginarse cómo lo estaría pasando la familia.

Los problemas con Line tendrían que esperar. Ahora debía centrarse en la caza de los ladrones que habían causado la muerte de la pequeña. En nada más.

A Terese la despertaron los rayos de sol que iluminaban su rostro y cerró los ojos para evitar la luz. Apartó irritada el cálido brazo peludo y pesado de Degen que reposaba sobre su pecho. Se apartó unos centímetros de su cuerpo, que se pegaba a su espalda y sus nalgas. El colchón era fino y blando y resultaba una protección escasa para la dureza del suelo de piedra. Le dolía la espalda. Tenía la boca seca después de haber fumado tanta marihuana la noche anterior. Necesitaba beber agua. Tomar el aire. Ir al baño.

Al principio no supo dónde estaba, pero poco a poco le llegaron los recuerdos del día anterior. El robo, el accidente, la huida, el incendio, las bolsas de dinero. Consiguió incorporarse con cierta dificultad, se llevó una mano a la frente a modo de visera y dejó que sus ojos entreabiertos se deslizaran por la habitación espartana. Vio unos armarios de cocina con la pintura descascarillada que en su día tuvieron un tono amarillo brillante; algunos conservaban aún los tiradores. La pila estaba oxidada y no salía agua del grifo. En la encimera había un montón de vasos sucios, latas de conservas y botellas vacías. La pequeña cocina con antiguas placas en las que se incrustaba la suciedad estaba inservible, probablemente desde hacía muchos años. La mesa desvencijada y las sillas Windsor. El suelo repleto de basura y periódicos con humedad. Había una pequeña cama en una esquina, donde Jocke debería estar tumbado. Se hallaba vacía y parecía que nadie hubiera dormido allí. No se le veía por la habitación, ¿se habría quedado amodorrado fuera? Seguro que había fumado demasiado. Como de costumbre. Quizá no se había conformado solo con eso. Ella sabía muy bien que consumía drogas duras.

El buen tiempo había vuelto. El sol se colaba por los huecos sin cristales. Al levantarse vio las estrellas y el dolor de cabeza la atacó con fuerza. Estuvo a punto de caerse de espaldas. Cerró los ojos un momento.

Abrió la puerta y, al salir tambaleándose, el calor le golpeó. El interior de la vieja casa de piedra era mucho más fresco que el exterior. Tenía que echarle un vistazo al botín del robo, caminó por la parcela a través de la hierba alta y bajó dando traspiés por la escalera que conducía a la bodega donde habían ocultado las bolsas con el dinero del atraco. Quería asegurarse de que todavía siguieran allí. La posibilidad de una nueva vida.

En el interior del estrecho y húmedo recinto se encontraban las bolsas entre otros trastos

viejos. Eran de color azul oscuro y plástico duro. Inquebrantables. Levantó una como pudo, porque pesaba mucho. Comprobó la que había al lado. De repente, se dio cuenta de que faltaba una de las bolsas. Se habían llevado tres del furgón blindado y ahí solo había dos. Miró desconcertada a su alrededor, rebuscó entre los trastos viejos. ¿Dónde cojones estaba Jocke? ¿Se había largado llevándose una bolsa? Tras rebuscar un rato más constató que no estaba en la bodega.

Subió las escaleras y salió afuera, al sol. Se acuclilló e hizo pis. Intentó pensar con claridad. Quizá alguno de sus compañeros se había llevado una de las bolsas para echarle un vistazo y luego se había olvidado de ponerla en su sitio. No sería nada raro. Esa idea la tranquilizó.

Tenía que ser muy tarde, seguro que eran más de las doce. Miró hacia la carretera, que apenas se veía. Escuchó si pasaban coches, pero no se oía nada. Todo estaba en calma y tranquilo. Una bonita mariposa azul revoloteaba entre los girasoles silvestres a lo largo de la fachada. Los abejorros zumbaban. Aquí y allí ardían amapolas solitarias que habían sobrevivido al tórrido verano.

A lo lejos, la puerta de la letrina se encontraba abierta de par en par, pero no se le ocurrió ir hasta allí. No vio a Jocke por ninguna parte. Quizá había entrado en el establo medio derruido y se había quedado dormido. Luego seguiría buscándolo, pero primero tenía que beber algo. Encontró en la nevera varias botellas de refrescos. Se bebió un par de ellas y se sintió algo mejor.

Salió fuera con la vieja radio de Jocke y se sentó en la escalera, encendió un cigarrillo. Entonces descubrió la tercera bolsa sobre la hierba, un poco más allá. Estaba deformada y manchada. ¡Joder!, pensó. Se acercó a ella, y observó que la rodeaba un color verdoso. El dinero se había esfumado. La ira se apoderó de ella.

En ese mismo instante oyó la sintonía de las noticias de la radio. Se quedó de piedra al escuchar, con el corazón desbocado, la voz del locutor:

«La niña de seis años que fue atropellada ayer por la mañana por los ladrones que se dieron a la fuga tras el asalto al furgón blindado en Klintehamn, Gotland, ha fallecido a causa de las heridas. Su estado, que ayer por la tarde era estable, empeoró durante la operación a la que fue sometida horas más tarde, y no se pudo hacer nada por salvar su vida. La familia ya ha sido informada. La Policía todavía no tiene ninguna pista de los ladrones y prosigue una intensa búsqueda».

Terese dejó de respirar.

Le temblaba la mano que sujetaba el cigarrillo.

—¡Despierta! ¡Tienes que despertarte!

Terese sacudía a Degen con fuerza, y él intentaba defenderse agitando los brazos.

—¿Qué pasa?

—Esto es una emergencia. Jocke ha desaparecido y la niña ha muerto. ¿Te enteras? La niña pequeña a la que atropellamos está muerta. Iban a operarla, pero no lo superó.

—Tranquilízate. ¿De qué estás hablando?

Degen se sentó y se frotó los ojos somnolientos.

—Jocke ha debido de largarse mientras dormíamos. Y ha forzado una de las bolsas. El dinero está inservible, completamente inutilizable. No comprendo qué le habrá pasado, habrá tenido un mal rollo o algo. Maldito idiota. Y ahora han dicho por la radio que anoche murió la niña. ¿Te enteras? Estamos con la mierda hasta el cuello.

—¡Joder! —exclamó Degen al ver la bolsa abollada y manchada de una tinta verde que Terese sujetaba delante de él—. Puede haber estropeado varios cientos de miles de coronas. Esa es su parte, así son las cosas. No recibirá ni un céntimo de nuestro dinero. ¿Dónde están las otras dos bolsas?

—Siguen en la bodega. Voy a llevar esta allí también. Por si tuviera algún transmisor. Quizá la Policía ya esté en camino.

Degen le agarró la mano.

—Está bien, ahora vamos a tranquilizarnos. Vayamos por partes. No creo que haya ningún problema con el transmisor. Apenas hay cobertura para el móvil, así que tampoco funcionará el transmisor. Lo primero que tenemos que hacer es encontrar a Jocke. Quizá solo haya salido a dar una vuelta y nada más.

Terese lo miró insegura.

—¿Tú crees que es el tipo de persona que se iría a dar un paseo? Estaba borracho y colocado. Pero si usa la moto para recorrer cien metros de distancia.

Terese se levantó y salió con la bolsa de dinero, la lanzó a la bodega y cerró la vieja puerta de metal por seguridad. Buscó el móvil que se encontraba entre el desorden de la mesa. Sin cobertura, como era de esperar.

—¿Qué hacemos? —suspiró ella.

—Buscar.

Degen se puso en pie y enseguida desapareció.

Terese encendió un cigarrillo y volvió a mirar en dirección a la letrina en el otro extremo de la parcela. Recordó que la noche anterior Jocke abandonó la mesa, pero no creía haberlo visto regresar. Degen y ella estaban ocupados con sus cosas y no prestaron atención a su amigo.

De repente sintió una oleada de mala conciencia. ¿Y si Jocke había sufrido una sobredosis y estaba desmayado ahí fuera? Era más de la una de la tarde, si hubiera pasado la noche dormido en la letrina, ¿no se debería haber levantado ya? Los pensamientos se agolpaban en su cabeza, le dio una profunda calada al cigarrillo y se encaminó a la letrina.

Al acercarse redujo el paso. Algo extraño planeaba sobre la puerta ajada, abierta de par en par. Se acercó despacio con el corazón desbocado.

Se arrepintió de no haber llamado a Degen en el mismo instante en el que contempló la horrible escena. Jocke estaba sentado en el retrete con la cabeza apoyada contra la pared. Una profunda herida le surcaba el cuello y había sangre por todas partes. Tenía el cuerpo empapado en sangre; en el suelo se acumulaban charcos oscuros y había salpicaduras hasta la parte superior de las paredes.

Terese retrocedió con tal impulso que se cayó sobre la hierba. Se incorporó rápidamente y regresó a la casa a trompicones. Tenía la cabeza en blanco y de sus labios no salía sonido alguno. El grito quedó atrapado en su interior.

Cuando, esa soleada mañana de agosto, los habitantes del pequeño pueblo con el peculiar nombre de Dans i Hejde Socken^[3] alzaron la vista al cielo, vieron lo mismo que el día anterior. Una espesa nube de humo se elevaba hacia el cielo, y desde Klintehamn llegaba el sonido de las sirenas de los coches de bomberos que se aproximaban. El primer retén que entró en el pueblo se puso rápidamente a apagar el fuego. Una vieja casa abandonada se había incendiado, y en principio el trabajo se concentraba en impedir que el fuego se propagara al resto de edificios de la finca. No porque hubiera mucho que salvar, todos parecían poder venirse abajo en cualquier momento, pero deseaban evitar a toda costa la repetición del incendio forestal de la víspera. No pasó mucho tiempo antes de que uno de los bomberos descubriera a un hombre muerto dentro de la letrina y llamaran a la Policía.

Cuando, apenas una hora después, aparecieron Knutas y Karin, los bomberos ya habían conseguido controlar el fuego y solo faltaba sofocarlo. La letrina era la única edificación afectada, el fuego no se había propagado al resto de edificios. La propiedad estaba acordonada, pero una multitud de curiosos se había agolpado al otro lado de la cinta azul y blanca. Había algunos reporteros locales con libretas en la mano, pero Knutas evitó con un gesto el alud de preguntas y se abrió paso sin mirarlos a la cara. Erik Sohlman, el técnico de la Científica, fue el primero en atenderlos.

—La víctima está en muy mal estado —dijo con expresión adusta, y se volvió hacia Karin—. Si te soy sincero, no creo que puedas soportarlo.

De todos era sabido que Karin no tenía un estómago fuerte. Desde sus inicios le perturbaba enfrentarse a los cadáveres, sobre todo si los cuerpos estaban muy maltrechos. Y no había cambiado mucho con los años. Aunque no le gustaba que le recordaran su debilidad, no dio muestras de que le hubiera molestado el comentario.

—Gracias por la advertencia, pero sé cuidarme —dijo.

Sohlman se abrió camino a través de la frondosa parcela hacia la letrina.

—Apenas lo he tocado. El médico forense está a punto de llegar, así que no quiero manosear demasiado.

Abrió la puerta.

—Adelante.

El hombre sentado en la estrecha cabina con los pantalones bajados se hallaba embadurnado de sangre. Presentaba un corte profundo en el cuello; la sangre también le había manchado el rostro. Quedaba claro que se trataba de un hombre joven, quizá rondara la treintena, tenía el cabello largo y rizado y complexión delgada.

Karin gimió y se obligó a apartar la vista un momento. Knutas estaba sorprendido de que aún no hubiera vomitado. A él mismo le estaba costando controlar su estómago. Permanecieron en silencio mientras intentaban digerir la horrible escena.

—¿Crees que podría ser uno de los ladrones? —preguntó Karin—. Su edad y su constitución parecen corresponder con la descripción de los testigos.

—Es muy probable —murmuró Knutas.

—Todavía no he tenido tiempo de inspeccionar la zona, pero alguien ha metido una moto de gran cilindrada en la casa —anunció Sohlman—. Uno de los bomberos dijo que parecía una HD, una Harley Davidson, vamos —añadió.

—¿Ah, sí? —dijo Knutas, y arqueó las cejas—. La víctima puede ser uno de los ladrones, y es posible que, por alguna razón, los otros lo mataran. Podrían haber cambiado el coche de la huida por las motos. Si esa teoría es cierta, tenemos que buscar a dos personas que van en moto.

Tomó el móvil y salió apresuradamente.

Karin y Sohlman se quedaron observando al hombre al que aparentemente habían sorprendido mientras hacía sus necesidades.

—Joder, mira que acabar la vida de esta manera —masculló Sohlman.

La mirada de Karin se deslizó por el cuerpo del hombre, el cuello degollado y los brazos que colgaban a ambos lados.

—La cuestión es quién diablos podría hacer algo así. Esto no lo hace cualquiera, de eso estoy segura.

—Hay otra cosa que quiero que veas —dijo Sohlman—. Mira.

El técnico de la Científica se agachó sobre el cuerpo y agarró la muñeca izquierda del cadáver. En la parte interna había un tatuaje formado por tres iniciales entrelazadas. Karin se acercó tanto como pudo.

—Jota, te, de —leyó—. ¿Qué puede significar?

—No tengo ni idea. —Sohlman negó con la cabeza—. Pero significa algo. Seguro.

Karin analizó aquellas letras de color negro. La «T» estaba en medio y formaba una cruz con la letra «J» a un lado y la «D» al otro.

Nada más.

1994

—¡Joder, vaya choza!

Jocke se pavoneaba alrededor de la casa mientras suspiraba, extasiado ante todo lo que veía. Sus ojos volaron por la moderna cafetera, la licuadora y la vinoteca de la cocina, continuaron con el equipo de música al otro extremo del salón y los cuadros de colores fuertes sobre los exclusivos sofás de cuero frente a la chimenea.

Se dejó caer en el sofá enfrente de Terese. Después de tres semanas con la familia perfecta, Terese estaba a punto de asfixiarse a causa de tanta cortesía, amabilidad y consideración. Tenía que ver a una persona con la que poder relajarse, si no, se volvería loca. Se había esforzado de verdad, se comportó lo mejor que pudo y no mostró la más mínima irritación hacia los pequeños, ni siquiera con Kristoffer, que la perseguía y le daba la tabarra para que jugaran a las cartas o al pimpón o para que fueran a bañarse. Susanne le había enseñado todo Visby y los alrededores de la casa. Parecía tan ansiosa de que todo fuera bien que a Terese le costaba respirar. Palle era mucho más relajado. Le había dicho que debería pasarse un día a ver el restaurante. Quizá pudiera trabajar allí durante el verano. Ella esperaba que fuera posible.

—¿Por qué no hacemos algo? —le preguntó a Jocke.

—Sí, claro. Podemos ir al club y así podrás montar un rato en moto. Han venido de visita unos de un club del continente.

El club de motos se hallaba al final de un apartado sendero de gravilla rodeado de bosque; era una casa de cemento gris delimitada por una alta verja que coronaba un alambre de espino. Los recibieron los fieros ladridos de dos perros de presa que aparecieron corriendo por la esquina en cuanto se acercaron a la verja. Terese retrocedió.

—No tengas miedo —la tranquilizó Jocke—. Son más buenos de lo que parecen. Hola, chicos —dijo con voz suave, y se acuclilló junto a los perros al otro lado de la verja—. Soy yo, ¿veis? Y esta tía buena viene conmigo. Saludad a la chica.

Le dio un ligero empujón a Terese en dirección a la verja.

—Alarga la mano para que la huelan. No les gustan los desconocidos, pero si les digo que te acepten me hacen caso, aunque primero tienen que olisquearte un poco.

Terese estaba temblando por dentro, pero no quería parecer una cobarde. Se acercó a los perros y miró sus ojos amarillos. Parecían fieros, la baba les colgaba de los hocicos abiertos.

—Venga, venga —les instaba ella, e intentaba animarse.

Por lo general no tenía problemas con los perros, pero estos dos parecían muy peligrosos. Alargó la mano y dejó que la olisquearan. Lo hicieron durante un buen rato, y a Terese le dieron mucho asco las babas que le estaban dejando.

Daba la impresión de que se habían tranquilizado, retrocedieron y comenzaron a menear los cortos muñones que tenían a modo de rabo.

—Ahora tenemos luz verde —dijo Jocke con cierto alivio—. Estás aprobada.

Abrió la verja. Los perros olfatearon sus piernas desnudas, perdieron interés y salieron corriendo doblando la esquina. Terese soltó un suspiro, pero no dijo nada. Ahora se trataba de mostrar que aguantaba la presión. Jocke le había contado que todavía no le habían aceptado en el club como miembro de pleno derecho, pero que llevaba tanto tiempo de *hangaround*, simpatizante, que creía que pronto estaría cualificado para pasar al siguiente peldaño, el de *prospect*, aspirante. Entonces, por lo menos, se podría poner algunos distintivos en el chaleco, aun cuando tendría que esperar a utilizar la insignia que lo convertía en miembro de pleno derecho.

Los simpatizantes, los *hangarounds*, ocupaban la base de la jerarquía y, por lo general, realizaban las peores tareas. Cuando Jocke se encontraba en Gotland pasaba la mayor parte de su tiempo libre allí, y se esforzaba de verdad para que lo aceptaran en el círculo interno. Se guardaba para sí sus problemas con las drogas y procuraba estar siempre sobrio antes de acudir al club, donde trabajaba de mecánico o echaba una mano. A los drogadictos solían expulsarlos de mala manera. Eran considerados un gran riesgo. Además de meterle mano a su propia moto, ayudaba con los trabajos de carpintería que fueran necesarios, además de limpiar, pintar y ordenar las salas en las que dormían las visitas ocasionales del continente. Solían recibir bastantes, tanto de los Ángeles del Infierno como de los Bandidos y otros clubes del «uno por ciento», es decir, de aquellos que se dedicaban abiertamente a actividades criminales. Los Road Warriors no se dedicaban a eso, por lo menos de puertas afuera, aun cuando atraían a un montón de simpatizantes con un pasado turbio, para quienes las motos eran una afición; aunque, quizá, lo que realmente buscaran en el club era la camaradería.

—Ven, entremos.

Abrió la puerta y accedieron a una habitación en penumbra, continuaron subiendo una escalera y oyeron voces en el piso de arriba. Dos muchachos algo mayores que ellos se encontraban de pie junto a una barra de bar con sendas tazas de café en la mano. Vestían trajes de cuero y chalecos con una calavera en la espalda y el texto Road Warriors MC Visby alrededor de la insignia. Uno de ellos era alto y delgado, tenía la cabeza rapada y un tatuaje en el cuello; el otro era corpulento, una gran barriga cervecera le sobresalía por debajo del chaleco. Tenía el pelo castaño, largo hasta la cintura, recogido en una cola de caballo y perilla. Ambos se dieron la vuelta al oír pasos en la escalera. Los saludaron con reserva primero, luego miraron a Jocke sin interés alguno, pero se les iluminó el rostro al ver a Terese.

—Joder, Jocke, ¿quién es este bomboncito que viene contigo? —exclamó el corpulento, y pareció más que satisfecho al desnudarla con la mirada.

—Es Terese —respondió Jocke con cierto orgullo en la voz—. Solo tiene dieciséis años, así que tenéis que tener cuidado con ella. ¿Puede venir a montar en moto con nosotros?

—¿Cómo podría decir que no? —dijo el muchacho de la cabeza rapada, y sonrió.

Lo primero que la impresionó fue el sonido. Los motores de diez Harley Davidson, que pesaban más de trescientos kilos cada una, rugieron segundos antes de ponerse en marcha. Terese se subió al sillín apoyándose en el reposapiés siguiendo las instrucciones de Jocke, y se sintió como un personaje del cómic de Modesty Blaise. Iba perfectamente equipada: traje de cuero, gafas de sol oscuras, guantes y, como guinda, un gran casco negro en la cabeza. Se había hecho trenzas para que el pelo no le revoloteara. Rio para sus adentros. Por fin sucedía algo. Era la única chica entre diez fornidos moteros, dispuestos a darse una vuelta por Gotland. Esto era algo que tendría que contarle a Jessica cuando regresara a casa. Su mejor amiga no la creería. A su alrededor todos vestían pantalones de cuero, chalecos con la insignia del club y cascos con visera que hacían que parecieran aún más duros, más *cool* e inaccesibles.

Las motos se pusieron en marcha con un rugido ensordecedor. Jocke le había indicado que se relajara y apretara las piernas alrededor del sillín, más o menos como si estuviera montando a caballo. Era importante tenerlo en cuenta en las frenadas, para que ella no lo empujara demasiado. Por lo demás, solo tenía que seguirlo en las curvas sin moverse demasiado, lo que solía ser el error más normal de los principiantes. Ella solo tenía que dejarlo conducir.

Salieron a la carretera general y Terese disfrutó al ver cómo la gente de las filas de coches que se detenían en los semáforos se quedaba mirando cuando pasaba toda la comitiva. Enseguida abandonaron la ciudad y condujeron hacia el sur. La velocidad aumentó y ahora comprendió por qué todos llevaban gafas o viseras. A esa velocidad, el rostro no habría aguantado el viento. Se relajó e intentó recordar lo que Jocke le había dicho. Me puedes abrazar todo lo fuerte que quieras, pero no te inclines a los lados en las curvas. Quédate pegada a mí e imagina que tu cuerpo es un saco de patatas.

La moto aceleraba y adelantaba a los coches. Cuando Jocke daba gas, su estómago se llenaba de júbilo. Sentía que sonreía con todo el rostro. Pasaron volando campos, prados, rebaños de ovejas y granjas. Flores de distintos colores bordeaban la carretera. En cierta forma, le hacía sentirse segura que fueran tantos, que salieran todos juntos. Aun cuando no conocía al resto se sentía identificada con los chalecos de cuero. Se pegó aún más a la delgada espalda de Jocke. Estaba muy contenta de que fueran amigos. De haberse encontrado ese día en Plattan, y de que después ella hubiera acabado en Gotland. Justo su lugar de procedencia. Y de que ahora estuviera en la isla y fuera a quedarse todo el verano. El sol brillaba y se sentía como si no existieran problemas en el mundo. Las vacas levantaron sus cabezas de la hierba y se los quedaron mirando al pasar. Gotland era realmente bonita, pensó ella. Ahí estaba sentada, muy pegada a Jocke, y dejaba que el paisaje pasara volando a su alrededor. Era como si solo existieran ellos en el mundo y no importara nada más. Estaban solo Jocke y ella.

Ellos dos contra el mundo.

El hecho de que Maja Rosén hubiera fallecido a causa de las heridas ocasionadas durante el asalto al furgón blindado en Klintehamn conmocionó a toda Suecia. Los titulares de los periódicos proclamaban la noticia, en los sofás de los canales de televisión los expertos discutían la precaria situación de la seguridad, y todos los telediarios abrían con la noticia de la muerte de la pequeña.

Los habitantes de Gotland peregrinaban hasta Klintehamn y se concentraban en el tramo de calle enfrente de la biblioteca Donner donde los ladrones habían atropellado a Maja Rosén. A medida que pasaban las horas, la montaña de flores crecía. Sus compañeros de preescolar habían acudido al lugar del accidente junto a sus maestras y dejaron dibujos y flores. Durante todo el miércoles, desde que se conoció la noticia, tanto en la radio como en la televisión se retransmitieron reportajes sensibleros.

También hablaban del asesinato cometido en una casa deshabitada en medio del campo, donde se sospechaba que se habían escondido los ladrones del furgón blindado.

El equipo de investigación se reunió a las ocho de la tarde. Knutas había pedido ayuda a la Brigada Central de Homicidios y le prometieron darle una respuesta lo más pronto posible.

En la sala de reuniones de la comisaría reinaba un ambiente tenso. Knutas se colocó en la parte corta de la mesa y acalló el murmullo con un decidido movimiento de manos.

—Bienvenidos a todos. Como sabéis, nos encontramos ante una situación de extrema gravedad. La niña de seis años Maja Rosén falleció ayer por la tarde en el hospital durante la operación. Además, ha aparecido el cuerpo de un hombre víctima de asesinato en la letrina de una casa abandonada a las afueras de la aldea Dans i Hejde Socken, a solo unos kilómetros de Klintehamn y la zona boscosa de Sanda donde se encontró el coche que los ladrones utilizaron en su huida.

—¿Sabemos de quién se trata? —preguntó Wittberg.

—Sí, ha sido identificado durante el día, sus huellas dactilares se encontraban en el registro de delincuentes. Se llama Joakim Eriksson, más conocido como Jocke, tenía treinta y cinco años y

es de Tofta. Se movía en ambientes criminales y estaba fichado por una serie de delitos cometidos a lo largo de los años, entre otros, consumo de drogas y todo lo relacionado con eso: robos, extorsión y lesiones. Seguro que alguno de vosotros se las ha visto con él en más de una ocasión.

Varios colegas en torno a la mesa asintieron. Knutas se volvió hacia Sohlman, que se encargaba del proyector.

—¿Podemos ver su retrato?

Las antiguas fotografías mostraban un primer plano de Jocke Eriksson y otra de cuerpo entero.

—Es un delincuente habitual —dijo Karin—. Pero nunca había hecho algo tan grave, ¿no?

—No, que yo sepa —dijo Knutas en tono seco—. Volveremos a inspeccionar la letrina donde lo encontraron, y hemos acordonado una amplia zona alrededor de la propiedad. Alguien prendió fuego a la casa abandonada cerca de las dos de la tarde, así que de momento ha sido imposible registrarla, pero se han realizado un par de descubrimientos relevantes. Metieron una moto en la cocina antes de prender fuego a la casa y, además, se encontró una bolsa de dinero en una bodega de la parcela.

—¿Es el mismo tipo de bolsa que las que robaron? —preguntó Wittberg.

—Sí. Presenta señales de haber sido forzada, así que está claro que los ladrones intentaron abrirla sin éxito. El contenido se estropeó con la bomba de tinta, y quizá sea esa la razón de que la abandonaran.

Knutas hizo una pausa y bebió un sorbo de agua del vaso que tenía delante en la mesa.

—¿Hay algo que indique que los otros dos ladrones también condujeran una moto? —prosiguió Wittberg.

—Sí, fuera de la casa se han encontrado huellas de más motos.

—Así que Jocke Eriksson ha sido asesinado por sus cómplices, ¿es esa la teoría central? —inquirió Lars Norrby.

—Es sin duda el escenario más probable —dijo Knutas—. Quizá comenzaron a discutir entre ellos sobre cómo repartirían el dinero o se enfadaron porque Jocke intentó abrir las bolsas, pero fracasó y se estropeó el dinero... Otro posible desencadenante es la muerte de la pequeña. Aunque, claro, no podemos estar seguros.

—¿Cómo están los padres? —preguntó Karin—. ¿Ha hablado alguien con ellos?

—Todavía no —respondió Knutas—. El acta de defunción es de las 19:37 de ayer. Apenas ha pasado un día. Hemos decidido esperar a interrogar al padre hasta mañana. Está tremendamente conmocionado, claro, pero regresó a casa ayer por la noche. Era huérfana de madre.

—¿Huérfana? —repitió Wittberg, y arqueó sorprendido las cejas—. ¿No había también un bebé?

—Es de otra mujer. El hombre tiene una nueva relación. La niña de seis años era de una relación anterior; la madre falleció hace varios años.

Knutas se volvió hacia el técnico de la Científica.

—¿Nos puedes contar algo de las heridas de la víctima?

—Sí, claro —dijo Sohlman, y se pasó la mano por su cabello pelirrojo, como hacía siempre antes de hablar—. El forense estuvo allí y el cuerpo ha sido llevado al hospital para trasladarlo mañana al Instituto Anatómico Forense. Encontramos a Jocke Eriksson en la letrina, y no fue una visión nada agradable. Lo degollaron con un cuchillo de grandes dimensiones; el asesino le asestó un profundo corte a lo largo del cuello. No presentaba otras heridas, pero esa le produjo una

fuerte hemorragia. Bueno, aquí podéis verlo.

Se hizo un silencio en la sala mientras todos observaban las macabras fotografías de la escena del crimen. A pesar de su experiencia, resultaba difícil no apartar la mirada. Sohlman prosiguió:

—Lo más probable es que el asesino sorprendiera a su víctima, lo agarrara por el pelo, empujara la cabeza hacia atrás y le hiciera el corte. Lo hizo con decisión, sin dudar, y tengo la sensación de que no es la primera vez que hace algo así.

—¿Puede tratarse de un asesino profesional? —lanzó Norrby.

—Es posible. Para hacer eso hay que estar muy curtido. No lo hace cualquiera. O es un sicario o es un asesino en serie o está completamente pirado.

Sohlman movió la cabeza.

—Una cosa más —prosiguió—. Jocke Eriksson tenía un tatuaje en la parte interior de la muñeca. Aquí lo podéis ver en detalle. —Hizo *clic* y apareció una foto—. Tres letras grabadas, la jota, la te y la de.

Knutas miró el reloj.

—La prensa tendrá que esperar hasta mañana. Había pensado conceder una rueda de prensa a las diez. Lo haré con la ayuda de Lars. ¿Te parece bien?

Norrby asintió.

Knutas dejó vagar la mirada por todo el equipo.

—Espero que estéis bien despiertos. Seguro que tendremos que trabajar todo el día. Tenemos que detener a este asesino lo antes posible.

La avenida Idrottsvägen de Klintehamn se encontraba al otro lado del pueblo, era una tranquila calle de casas con jardines de manzanos y groselleros. Karin y Knutas habían decidido ir hasta allí juntos, ya que creían que el interrogatorio al padre de la niña podría ser duro. Uno nunca sabía cómo reaccionaría un padre que acababa de perder a su hija.

La casa de ladrillo blanco era la última de la calle. Una puerta de garaje marrón y un sendero de gravilla bien rastrillado conducían a la entrada. En el jardín había una cama elástica y, pegado a la fachada, un cochecito de muñecas de color rosa. Knutas sudaba a causa del calor. Llamaron a la puerta. Se escuchó una señal seca desde el interior de la casa, pasos y un chirrido en la cerradura. Abrió un hombre corpulento que rondaba la treintena. Patrik Rosén se había afeitado, llevaba el pelo corto, casi rapado, y vestía pantalones blancos de algodón y una camisa negra bien planchada con el cuello desabrochado. Una gruesa cadena de oro con una cruz le brillaba en el pecho, y Knutas se fijó en una fea cicatriz que le cruzaba una mejilla. Tenía los ojos claros, el rostro sobrio y no mostraba emoción alguna.

Se presentaron, aunque Patrik Rosén sabía quiénes eran. Al fondo, se movía una delicada mujer de piel aceitunada y rasgos latinos. Llevaba un bebé en brazos.

—Pasen —dijo Patrik Rosén—. Esta es mi esposa, Isabel.

Atravesaron el salón y salieron al porche, en la parte trasera, donde una sombrilla enorme proporcionaba una agradable sombra. Después de que la mujer les sirviera café y agua, desapareció para ir a dar un paseo con el bebé.

—Así podrán hablar con tranquilidad —explicó ella en un sueco entrecortado.

Se sentaron en torno a una mesa y, tan pronto se bebió el café, Knutas tomó la palabra.

—Lo primero que queremos decirle es que le acompañamos en el sentimiento.

La ceja izquierda de Patrik Rosén se tensó. Por lo demás, no expresó gesto alguno.

—Comprendemos que esto puede resultarle duro, pero estamos interesados en obtener toda la información que nos ayude a encontrar a los ladrones para poder detenerlos lo antes posible. Me gustaría que nos hablara sobre la mañana en la que tuvo lugar el robo, intente recordar todo lo que pueda. Cada detalle es importante.

—Ya he hablado con la Policía.

—Lo sabemos, pero las cosas han cambiado desde entonces y estamos repitiendo los interrogatorios. Todo, como ya le he dicho, para conseguir la mayor cantidad de información posible que pueda conducirnos a los ladrones.

—¿Saben quién es el hombre asesinado? —preguntó Patrik Rosén.

—Sí, pero primero nos gustaría oír su versión —dijo Knutas con tacto—. ¿Puede hablarnos sobre la mañana del robo?

Patrik Rosén sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y encendió uno. Le dio una profunda calada antes de responder.

—Era una mañana normal. Salí de casa a las ocho y media después de desayunar. Me llevé a los dos niños para que Isabel pudiera descansar un poco. Todavía se siente débil después del parto, Simon solo tiene tres semanas.

—¿Usted no trabaja? —intervino Karin.

—Sí, pero tengo mi propio negocio, así que yo mismo decido mi horario. Me he tomado libre las tres primeras semanas después del parto para poder estar en casa y ayudar a Isabel con el bebé. No lo hice nunca con Maja, pero esta vez quiero ser un buen padre.

Le tembló la voz al pronunciar el nombre de su hija. Dio una nueva calada al cigarrillo.

—¿En qué consiste su negocio? —continuó Karin.

—Es un restaurante mexicano, La Cucaracha. Isabel es mexicana y nuestra intención es que ella trabaje conmigo en el restaurante cuando Simon crezca un poco.

—¿Puede continuar contándonos qué pasó el martes por la mañana? —pidió Knutas.

—Bueno, salí con los niños. Simon iba en el cochecito y Maja quería montar en bicicleta, así que iba al lado. Acababa de aprender. Íbamos un rato al parque y después a hacer unas compras al súper. Maja no quería quedarse en el parque. No había otros niños y le pareció aburrido. Si me hubiera quedado a jugar un rato más con ella allí, no habría... Pero yo hablaba y hablaba por teléfono. No paraba de sonar...

Se le humedecieron los ojos. Karin sintió lástima por él. Comprendió el sentimiento de culpa por el que estaría pasando.

—¿Qué ocurrió después?

—Cuando estábamos cerca del supermercado, Maja quiso montar un rato más antes de entrar a comprar, y yo seguía ocupado al teléfono, así que me pareció bien. Bueno, tenían algunos problemas en el restaurante. No nos dimos cuenta del robo, pues ya habíamos doblado la esquina en Donnersgatan, pero cuando nos encontrábamos a la altura de la biblioteca alcancé a ver un Ford plateado que venía a gran velocidad. Maja había salido de la acera sin que yo me hubiera dado cuenta y fue entonces cuando escuché el golpe. Simplemente escuché el golpe —repitió con la voz quebrada.

—¿Vio a alguno de los ocupantes del coche? —preguntó Karin.

—No, todo sucedió muy rápido, casi no comprendí qué pasaba. El coche salió disparado. Luego apenas recuerdo nada, aparte de que había mucha gente a mi alrededor y alguien dijo algo de un robo. De repente estaba sentado en una ambulancia con Maja y Simon camino del hospital. Primero pensaron en trasladarla al continente, pero luego cambiaron de opinión y pensaron que era mejor operarla aquí en Visby...

La voz se apagó. El hombre tenía el rostro pálido. Knutas lo miró con recelo.

—Ayer por la tarde se consiguió identificar al hombre cuyo cadáver se encontró en la casa

abandonada donde se ocultaron los ladrones. Se llama Joakim Eriksson, y es de aquí, de Gotland. Es más o menos de su edad, nació en 1975. ¿Lo conoce?

Patrik Rosén negó despacio con la cabeza. Tenía la mirada perdida.

—¿Quién es?

—Aún no sabemos gran cosa. Es de Tofta y eso no está muy lejos de aquí. Pensé que quizá lo conociera. Bueno, aunque lo más seguro es que no frecuntaran las mismas compañías. Joakim Eriksson era un delincuente habitual y pasó varias veces por la cárcel.

—¿Era él quien conducía? —preguntó Patrik Rosén con un hilo de voz.

—No sabemos quién conducía —dijo Knutas—. No hay testigos.

—No hay testigos —repitió Patrik Rosén ausente—. Nadie vio morir a Maja. Yo tampoco. Si la hubieran operado en el Karolinska..., eso fue lo primero que dijeron los médicos. La trasladarían a Estocolmo, dijeron, pues allí había especialistas. Luego cambiaron de opinión. Pero si la hubieran llevado al continente, entonces quizá se hubiera salvado...

Ocultó el rostro entre sus manos.

Después de visitar a Patrik Rosén, Karin y Knutas decidieron almorzar antes de regresar a Visby.

—¿No podríamos bajar a Warfsholm? —preguntó Karin—. Tienen muy buena comida y no he pasado por ahí desde que tocó Eldkvarn el verano pasado.

—Yo tampoco. ¿Te acuerdas de Kihlgård?

Karin sonrió al recordarlo. Su corpulento amigo de la Brigada Central de Estocolmo había bebido una gran cantidad de vino y se desmelenó a lo grande y bailó de una forma tan entusiasta y constante que finalmente Plura, el cantante del grupo, lo subió al escenario.

—Hablando de Kihlgård. ¿Nos ayudará alguien de la Central?

—Sí, la cuestión es cuándo. Al parecer están hasta arriba de trabajo.

—Como siempre.

—Sí.

La pensión Warfsholm se encontraba en un promontorio frente al mar, a unos pocos kilómetros de distancia de Klintehamn. El edificio principal era una típica mansión burguesa pintada de amarillo, de estilo fin de siglo, con una torre en el centro. Alrededor se habían construido pequeñas cabañas que se alquilaban a los turistas. La pensión se hallaba a varios cientos de metros de distancia y ocupaba una antigua casa de baños. Los almuerzos eran muy populares y el restaurante se encontraba casi lleno, pero tuvieron suerte y consiguieron una mesa junto a la ventana. Karin pidió una hamburguesa con cebolla y salsa de nata, mientras que Knutas se conformó con una ensalada de gambas.

—¿Qué impresión te ha causado Patrik Rosén? —preguntó Knutas cuando se sentaron.

—Una persona difícil de interpretar. Resultaba al mismo tiempo reservado y abierto, desagradable y conmovedor. En cierta manera, he sentido cierta repulsión hacia él. Y la cicatriz de la mejilla era espantosa. Me pregunto cómo se la habrá hecho.

—¿Crees que conocía a Jocke Eriksson? Tienen justo la misma edad, por lo que he visto en estos papeles —dijo Knutas, y hojeó el archivador que llevaba consigo.

—En ese caso, sería una coincidencia increíble que Jocke Eriksson atropellara a su hija —apuntó Karin—. Si es que era él quien se encontraba detrás del volante —añadió.

—Sí, no tenemos ni idea de eso.

Una camarera con falda negra y un delantal de encaje le sirvió una cerveza sin alcohol a Karin y una botella de agua con gas a Knutas.

Este le dio un trago de forma automática, y prosiguió:

—Le estoy dando vueltas a los tatuajes que Jocke Eriksson llevaba en la muñeca. Las iniciales jota, te, de. La jota seguro que es de Jocke y las otras dos letras lo más seguro es que no tengan que ver con su nombre, ya que él se llamaba Joakim Arne Eriksson.

—Quizá sean las iniciales de sus amigos —propuso Karin—. Los otros dos ladrones.

—Quizá. Por lo menos no hay ninguna pe de Patrik. —Knutas negó con la cabeza—. Un tipo extraño. Transmite algo raro, algo que no encaja. Tengo la impresión de que oculta algo, que no es realmente sincero. Y parece algo inestable.

—Pero por Dios, ¿qué te esperabas de una persona cuya hija acaba de morir? En esta circunstancia lo realmente extraño sería que diera la impresión de estar psíquicamente estable. Cualquiera persona que perdiera a una hija se sentiría fatal.

—Por cierto, ¿cómo está Hanna? Hace tiempo que no hablas de ella.

Karin se iluminó.

—Bien, gracias. Nos estamos conociendo cada vez más. Tenemos que tomarnos las cosas con calma.

Karin había conocido a su hija Hanna hacía solo un par de años. Al parecer, Hanna había aceptado la explicación que Karin le dio de cómo sus padres la presionaron para que firmara los papeles de adopción, aunque se arrepintió en cuanto tuvo a la recién nacida entre sus brazos.

—Pronto vendrá a visitarme de nuevo —prosiguió Karin en tono jovial—. Tienes que conocerla.

—Me gustaría mucho. No tuve ocasión de verla el verano pasado cuando estuvo por aquí.

—¿Y tú, cómo estás? —preguntó Karin de repente, y lo miró con ojos escrutadores—. Me parece que andas un poco bajo de forma.

—¿Tanto se nota? —Knutas esbozó una sonrisa torcida—. Tengo algunos problemas en casa.

—Vaya, ¿qué clase de problemas? ¿Es algo sobre lo que quieras hablar?

—Eh..., no sé. Line va a regresar a Dinamarca, trabajará como comadrona en Copenhague durante seis meses. Ha conseguido una suplencia.

El semblante de Karin se transformó. Carraspeó y guardó silencio mientras les servían la comida. Knutas observó con envidia cómo Karin atacaba su hamburguesa bañada en salsa de nata mientras él comenzaba a comer su ensalada.

—Vaya —dijo Karin entre bocado y bocado—. ¿Y a ti qué te parece?

—No sé —repitió—. Quizá eso sea lo mejor. Últimamente las cosas no han ido muy bien entre nosotros.

—Cuánto lo siento. ¿Cuándo se va?

—Cualquier día de estos. Al parecer era urgente, quieren que empiece cuanto antes.

—¿Puede dejar su trabajo así por las buenas?

—Resulta que sus compañeras del hospital conocían sus planes mucho antes que yo. No la comprendo.

Negó con la cabeza. Karin posó su mano sobre la de él. No supo qué decir.

Les interrumpió el móvil de Knutas, y este escuchó atento. La conversación finalizó sin que

pronunciara palabra alguna, solo unos leves murmullos. Él la miró.

—Era Wittberg. Me ha dicho que Jocke Eriksson era miembro del Moto Club Road Warriors.

—¿Ah, sí? ¿Road Warriors? El nombre suena a esas bandas del «uno por ciento», pero estos son legales, ¿no? Por lo que puedo recordar nunca hemos tenido problemas con ellos.

—Solo pequeños conflictos. Alguna pelea durante sus fiestas y también, claro, venden alcohol ilegal en sus eventos.

—¿Y quién no? —añadió Karin seca—. Como en todas las fiestas de los pueblos de la isla.

—Bueno, aunque los muchachos se comporten, tenemos que investigar la pista. Por la manera de actuar, estamos buscando a un tipo duro, y de esos hay muchos en los clubes de motoristas, por lo menos en los que son abiertamente criminales. Aunque los Road Warriors no pertenezcan a esa categoría, puede que tengan contactos con los otros.

—En realidad, no tenemos ni idea de en qué ha podido estar involucrado Jocke Eriksson. Quizá metió la pata en el mundo motero y su muerte sea una venganza. La manera en la que lo asesinaron recuerda mucho a los peores métodos que utilizan los grupos criminales de moteros.

—Deberíamos pedirle a los colegas de Estocolmo que investiguen una selección de clubes de motoristas —dijo Knutas. Miró por la ventana y terminó de masticar antes de proseguir—. El historial criminal de Jocke Eriksson comienza en la adolescencia. Fue detenido por tráfico de alcohol, agresiones, robo y posesión de drogas, y ha pasado varios años entre rejas. Cuando estaba fuera vivía de la ayuda social y, al parecer, nunca tuvo un trabajo de verdad. Parece que pasaba mucho tiempo en Estocolmo.

—Vaya. —Karin alzó la vista del plato—. Quizá sea allí donde tengamos que buscar. Es posible que los otros dos fueran de la capital. Ya que Jocke Eriksson es tan conocido para la Policía de Gotland, resultaría demasiado arriesgado hacer un atraco de tal envergadura con amigos de la isla. Ya sabes que a la gente de estos círculos le cuesta mucho cerrar la boca.

—Tienes razón —dijo Knutas pensativo—. Nos pondremos en contacto con los compañeros para que busquen entre los clubes de motoristas de Estocolmo a posibles amigos de Jocke. Entre hoy y mañana interrogaremos a sus familiares y conocidos. Esperemos que conduzca a algo. Solo he podido hablar un momento con su madre.

—¿Mantén una buena relación con la familia? —preguntó Karin entre dientes—. ¿Sabes algo de eso?

—Contacto esporádico, al parecer. Su madre apenas podía recordar cuándo lo vio por última vez. A causa de su problema con las drogas no se veían muy a menudo. Su padre murió hace años. Los padres llevaban separados mucho tiempo.

—¿Hermanos?

—Dos hermanos mayores a los que no hemos podido localizar. Uno de ellos vive en una comuna en Fårö y el otro aquí, en Visby. Ninguno conduce una moto ni está involucrado en actividad criminal alguna. Por lo menos, que sepamos.

El local del Moto Club Road Warriors estaba ubicado en un edificio cuadrado de hormigón gris, parecido a un búnker, que se encontraba en el campo, apartado, a unos veinte kilómetros al norte de Visby. Johan había recibido un soplo anónimo de que Jocke Eriksson, la víctima, era uno de sus miembros. No había conseguido ponerse en contacto con el club ni por correo electrónico ni por teléfono, pues no aparecía en ningún registro. Tenían, es verdad, una página web, pero no figuraban datos de contacto, bien porque el club deseaba mantener el aire misterioso propio de los clubes de motoristas, o bien porque tenía razones de sobra para no dar demasiada información. La página de inicio mostraba un aire a sociedad oculta y Johan tuvo la sensación de que el club tenía su propia estructura, jerarquía y una agenda que se encontraba fuera de las reglas sociales habituales.

Johan y Pia decidieron jugárselo todo a una carta y fueron hasta allí. Tenían que hacer el seguimiento del asesinato de Jocke Eriksson, deseaban saber más sobre su vida y también qué clase de persona era. Todos los medios habían publicado el nombre y la fotografía de la víctima, así que la identidad ya no suponía ningún misterio.

Al acercarse al búnker grisáceo vieron una verja alta coronada de alambre de espino que rodeaba toda la parcela. Grandes carteles escritos en color rojo chillón con diferentes alusiones —keep out, cuidado con el perro, entre bajo su propia responsabilidad y privado— decoraban la parte delantera de la verja donde una puerta cerrada con llave impedía la entrada a visitas no deseadas.

—Nunca había puesto un pie aquí —dijo Johan—. El lugar está realmente apartado, en pleno campo.

—Yo tampoco había estado —apuntó Pia—. Nunca ha surgido la ocasión por razones de trabajo, y no es una zona por la que se suele pasar.

Se detuvieron al otro lado de la verja y llamaron al timbre. Se escuchó un ligero zumbido y, antes de que se dieran cuenta, doblando la esquina, aparecieron a toda velocidad dos rottweiler que ladraban furiosos. Instintivamente, Johan retrocedió unos pasos.

—El club parece estar bien protegido —dijo en voz baja—. Uno se puede preguntar por qué. Si solo se dedican a las motos...

Aguardaron un rato y los perros se tranquilizaron. Luego apareció un hombre con el torso desnudo cubierto de tatuajes y *piercings* en los pezones. Llevaba un anillo de buey en la nariz. Aparentaba tener unos cuarenta años. Se pasó la mano por la cabeza rapada y los miró con desconfianza desde el otro lado de la verja.

—¿Qué queréis?

—Somos del telediario regional —comenzó Johan, pero no consiguió añadir nada más.

—Ningún periodista entra en nuestro terreno. Sobre todo en un día como hoy. Estamos de luto. Ha fallecido uno de nuestros hermanos.

—Es justo por eso por lo que estamos aquí. Para hablar de Jocke —dijo Johan—. Y nosotros...

La mirada del hombre pasó de Johan a Pia. De pronto, le cambió el color del rostro y, sorprendido, clavó la vista en ella durante unos segundos antes de iluminarse al fin y exclamar:

—¡Joder! ¿Tú eres Pia?

—Sí, soy yo. Pero ¿quién...?

Pia pareció gratamente sorprendida, aunque obviamente rebuscaba en sus recuerdos. El hombre que hacía nada les había producido tan mala sensación brillaba como un sol y esbozó una sonrisa tímida y casi infantil.

—Una tarde de *midsommar* en la playa de Sudersand, en Fårö, cuándo coño fue eso..., hace seis, siete años. Tú acababas de cumplir dieciocho años, ¿no te acuerdas de mí? ¡Sonny!

—¡Dios mío! —Pia aplaudió—. Qué locura. Creía que habías desaparecido para siempre.

Sonny recorrió el cerrojo de la verja, ordenó a los perros que se sentaran y abrió la puerta. El hombre que acababa de prohibirles el paso abrazaba a Pia con todo su ser. Era más grande de lo que parecía a primera vista y Pia, que era más alta que la media, casi desapareció por completo entre sus brazos.

—Joder. —Suspiró, contento—. No creía que fuera a abrazarte otra vez.

Clavó su nariz en el cabello de ella. Luego la apartó y la observó de arriba abajo.

—¿Sabías que después de ese verano me pasé seis meses soñando contigo?

—¡Venga ya, estás exagerando! —Pia se echó a reír; parecía encantada ante las incontrolables muestras de admiración del hombre.

Luego recuperó el control.

—Este es mi colega. Somos de la televisión, del telediario regional.

—Eh, no me digas que te has convertido en una maldita reportera —dijo Sonny. Le lanzó una mirada rápida y desconfiada a Johan, y cabeceó ligeramente antes de volverse hacia Pia.

—Yo soy cámara, Johan es el reportero.

—Sí, claro, dijiste algo de eso. Me acuerdo. Querías recorrer el mundo filmando guerras y catástrofes.

—En cambio, aquí estoy entrevistando a tristes ancianos de Visby, campesinos enfadados y turistas. Pero por algún sitio hay que empezar.

—Tienes toda la razón, tía. Pasad y nos tomamos un café. Pero nada de cámaras —le dijo desafiante a Johan, como si el cámara fuera él.

Sonny le pasó a Pia el brazo por el hombro y juntos se encaminaron hacia la entrada del búnker de hormigón. Johan los siguió con un ojo puesto en los dos enérgicos perros que los acompañaban, como guardaespaldas, cada uno a un lado del trío.

Entraron en una habitación donde había un sofá, algunos sillones y una mesa baja repleta de revistas de motos. A lo largo de una de las paredes se disponía una serie de armarios de metal provistos de candados, como en los vestuarios de un gimnasio. Por encima discurría una repisa en la que había una hilera de cascos negros. Además, un espejo, la puerta de un cuarto de baño y un zapatero con botas que atestiguaba que era allí donde los miembros se ponían sus trajes de cuero antes de salir a rodar con las motos.

—Ahora no hay casi nadie, pero este fin de semana se llenará de gente. El sábado celebraremos un funeral aquí en el club para homenajear a nuestro hermano desaparecido —dijo Sonny en tono solemne—. Entonces vendrá un gran grupo del continente. Si queréis os puedo enseñar esto.

—Sí —dijo Pia—, genial.

—Pero nada de cámaras —repitió con una mirada de advertencia a Johan; se volvió de nuevo hacia Pia y olisqueó su cuello como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Acabamos de remodelar el local y ha sido un trabajo de la hostia. Todos hemos tenido que currar. Hemos pintado, hemos instalado una cocina nueva y hemos construido un bar ahí arriba. Aquí abajo tenemos sitio para que la gente que viene de visita se pueda quedar a dormir.

Entraron en un dormitorio, equipado con pequeños ojos de buey en lugar de ventanas y una hilera de camas de hierro que recordaban a las que se utilizan en el ejército. En varias de ellas había ropa y otras pertenencias.

—¿Dónde están los que viven aquí ahora? —se aventuró a preguntar Johan, aun cuando Sonny lo tratara como si fuera aire y solo se dirigiera a Pia cuando hablaba.

—Han salido a dar una vuelta en moto, a los del continente les gusta aprovechar el tiempo cuando están aquí. Algunos del club les enseñan nuevas rutas. Pero, como dije, el fin de semana habrá mucha más gente, porque los miembros de nuestros capítulos del continente vendrán al funeral.

—¿Capítulos? —preguntó Johan atontado.

—Nuestros clubes hermanos de Uppsala, Gotemburgo y Malmö.

—¿Cuántos miembros sois?

—En Gotland somos diez miembros de pleno derecho. Queremos mantener el número bajo para no ser un club demasiado grande. No es bueno ser demasiados si se quiere llegar a acuerdos y tomar decisiones. Aparte de eso ahora tenemos tres *prospects*, vamos, aspirantes a ser miembros de pleno derecho, y luego hay un grupo de *hangarounds*, simpatizantes, que se pasan por el club y ayudan en diferentes labores. Siempre hay algo que hacer.

—¿Qué se necesita para ser miembro? —preguntó Pia.

—Tienes que mostrar lealtad al club, demostrar que estás realmente interesado y dispuesto a participar activamente. Tiene que ser alguien que le guste al resto de miembros y se lleve bien con todos, si no, no funcionaría. Pero aunque seas perfecto y cien por cien leal tienen que pasar varios años.

—¿Las mujeres también pueden ser miembros? —prosiguió Pia, y miró cautivada a Sonny.

—No, nada de tías, solo causan problemas. Las novias pueden acudir a las actividades y trabajar con sus motos y acompañarnos en algún que otro paseo, pero no pueden ser miembros.

—¿Por qué no?

—Si hubiera tías en el círculo central, solo traería complicaciones. Podrían surgir disputas,

celos y todo tipo de mierda. No podemos correr el riesgo de que haya mal rollo entre los miembros por culpa de un lío amoroso.

Pia arqueó las cejas.

Continuaron y salieron al garaje que se encontraba junto al dormitorio. También allí se disponían más camas a lo largo de una de las paredes. Había un fuerte olor a aceite.

—¿Qué tiene Gotland para que se haya vuelto tan popular para los moteros? —preguntó Johan.

La pregunta despertó una mirada de interés en los ojos de Sonny. Se detuvo y, por primera vez, se volvió hacia Johan.

—En la isla hay muchas carreteras cojonudas donde apenas hay tráfico. Es llana, lo que es perfecto, pues asegura muy buena visibilidad. Puedes estar completamente solo durante largas distancias y acelerar cuando te apetezca. Es una sensación de libertad total. Además, es una isla jodidamente bonita, con todas sus playas, las zonas de guijarros, los farallones y los acantilados... Puedes sentir la naturaleza y ser sorprendido todo el tiempo a lo largo del camino por nuevas casas, granjas, prados, ovejas, campos de amapolas o cualquier otra cosa que no hayas visto antes. Gotland es perfecta para montar en moto. Puedes experimentar tantas cosas cuando estás encima de una burra, todo está tan cerca...

—Entiendo —dijo Johan, a quien la detallada y lírica descripción del hombre de los *piercings* en los pezones le pilló por sorpresa.

En el otro extremo del garaje había una hilera de motos grandes y relucientes.

—Estas son algunas de mis burras —dijo Sonny con orgullo.

—¿Cuántas tienes? —preguntó Pia.

—Siete. Todas de la única marca que importa, Harley Davidson.

Al pronunciar el nombre, Sonny articuló cada palabra con un marcado acento americano.

—¿Qué tienen las Harley Davidson que las hace tan especiales? —prosiguió Pia, y pasó el dedo por un reluciente manillar.

—Sobre todo el sonido. La Harley tiene un ruido más bajo que otras burras, un rumor sordo. En cierta manera, más pesado. Eso se debe a que los cilindros son especiales, no los puedes encontrar en ninguna otra moto. Forman, exactamente, un ángulo de cuarenta y cinco grados entre ellos, y esa es una de las razones de ese ruido tan característico. Eso también hace que la moto vibre más al conducir. A unos les resulta molesto, pero a mí me gusta. No solo tiene que oírse que conduces una Harley, también tiene que sentirse.

—¿Todos los miembros del club tienen una Harley Davidson? —preguntó Johan.

—Por lo menos, todos los miembros de verdad. Para nosotros no existe otra.

Subieron a la planta superior. Allí se desplegaba un bar perfectamente equipado con toda clase de bebidas alcohólicas. Una bonita barra revestida de azulejos blancos y negros, altos taburetes de bar de pies cromados y asientos negros de piel. La habitación contigua la ocupaban una mesa de billar y unos cuantos sofás. De las paredes colgaban retratos de los miembros de los Road Warriors. Se detuvieron delante de uno en el que Jocke aparecía solo, sentado en su moto con el casco sobre las piernas. Llevaba su chaleco de cuero con las insignias del club, traje de cuero y guantes, y miraba serio a cámara. La actitud dura no encajaba con su cabello de rizos dorados y semblante dulce.

—Era un hermano de la hostia —dijo Sonny con la vista fija en el retrato—. Se pasó la vida viniendo por el club, sí, desde que tenía catorce años iba y venía haciéndonos toda clase de

favores. Nosotros éramos como su familia. Aparecía por aquí tan pronto como podía, siempre dispuesto a echar una mano. En aquel tiempo no tenía dinero para una Harley, pero se compró una mierda de Suzuki y esa fue su primera burra. Entonces debía rondar los dieciséis años. Me acuerdo de lo orgulloso que estaba el chaval. Fue como un hermano pequeño para mí.

—¿Qué clase de persona era? —preguntó Pia.

—Jocke era un mierdecilla alegre. Y leal de cojones. No había nada que no estuviera dispuesto a hacer por el club. Ya era un *prospect*, un aspirante, con diecinueve años, y eso es raro de narices. Por entonces ya se había comprado su primera Harley, se dejó la piel trabajando para juntar el dinero. Bueno, en realidad, no sé cómo lo consiguió. La edad media del club es bastante alta, y eso se debe en parte a que se tarda muchos años en tener dinero suficiente para comprarse una Harley. Cuesta cientos de miles de coronas. Pero Jocke consiguió su primera antes de cumplir los veinte. Impresionante de cojones.

—¿Cuándo pasó a ser miembro?

—Al cumplir veintiuno. Nunca lo olvidaré. Lo organizamos el mismo día de su cumpleaños. Su familia no lo celebraba, así que lo hicimos aquí en el club. No le iban bien las cosas en casa. Sencillamente, aquí se encontraba bien. Se puso tan contento que no sabía qué hacer. Le compramos un casco nuevo de regalo y, además, ese mismo día se convirtió en miembro de pleno derecho.

—Pero oye —dijo Pia—, ¿no sería una buena manera de homenajear a Jocke si tú contaras, en un reportaje como los que hacemos en la tele, cómo era, todas sus cosas buenas y lo mucho que luchó por el club? Y sería estupendo si pudiéramos grabar el funeral. Así todo el mundo sabrá la maravillosa persona que fue. ¿No crees que a Jocke le hubiera gustado?

Sonny pareció recapacitar un rato. Al volver a abrir la boca tenía la voz pastosa.

—Quizá. Deja que primero hable del asunto con mis hermanos.

Johan observó a Pia con cierta admiración. Había llevado a Sonny exactamente donde quería.

Se encontraba junto a la ventanilla y observaba al hombre que se había sentado, un poco más allá, al otro lado del pasillo. Desde allí podía verlo bien sin estar demasiado cerca. Fingía leer el *Metro* y, de vez en cuando, miraba por la ventanilla. Veía pasar los suburbios que cruzaba la línea verde del metro. El hombre que se encontraba a solo unos metros de distancia miraba por la ventanilla con expresión abúlica. Iba mal vestido; llevaba una camisa manchada, pantalones de lino arrugados y alpargatas con un agujero en la puntera. A su lado, en el asiento, había colocado un saco semejante a una bolsa de deporte. Parecía ensimismado en sus pensamientos. Iban del barrio de Vällingby al centro, y el trayecto tomaba un tiempo considerable. El metro se detenía en un sinfín de estaciones antes de, finalmente, llegar a Centralen.

Allí el hombre se levantó de repente y cruzó el andén hasta la línea roja. Él lo siguió.

Justo en ese momento salía un tren con destino a Ropsten. El hombre entró en uno de los vagones, pero no se preocupó por buscar sitio, sino que se agarró al asidero central amarillo. Él se sentó en un asiento cercano y miró en otra dirección. El hombre se apeó en Karlaplan, y él lo siguió. Pasaron por el centro comercial de Fältöversten y salieron a una calle lateral de la que desconocía el nombre. Continuó detrás del hombre manteniendo una distancia prudencial. Fingía que iba hablando por el móvil para no levantar sospechas. Por suerte él no se giró. La calle era estrecha y estaba desierta. Hubiera sido imposible no verlo.

Más adelante apareció un edificio donde colgaba un cartel que decía boxeo tailandés. Así que era allí adonde se dirigía. El hombre abrió la puerta y desapareció en el interior. Desconcertado, se quedó parado en la calle sin saber qué hacer. Tras pensar unos minutos llegó a la conclusión de que, ya que nadie sabía quién era él, no corría ningún peligro si entraba.

Una empinada escalera conducía a una pequeña recepción donde no había nadie. Sobre una alfombra, se apoyaba una pila de zapatos de diferentes estilos y grado de desgaste. Reconoció las alpargatas raídas tiradas de cualquier manera en una esquina. Se desató los zapatos. El aire estaba viciado y olía ligeramente a sudor. A lo lejos oyó voces y gritos dispersos.

Se movió despacio a lo largo de un pasillo con vestuarios mixtos. Un hombre de aspecto asiático y pecho sudado pasó a su lado, llevaba unos *shorts* rojos por toda vestimenta. Saludó con la cabeza cuando se cruzaron. El pasillo conducía a una amplia sala de entrenamiento con el suelo

cubierto de alfombras y algunos hombres practicando. Se lanzaban patadas unos a otros y proferían gritos que le recordaron las películas japonesas de samuráis que veía con su padre cuando era pequeño. Reconoció a uno de los hombres. Era él. Era musculoso y de baja estatura, tatuajes en los brazos y la espalda. Se quedó fascinado observándolo, junto a su contrincante amagaba y daba patadas, esquivaba y boxeaba. De repente sintió un golpecito en la espalda.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Se sobresaltó sin quererlo, pero se recompuso enseguida.

—He venido a mirar un poco. Había pensado empezar a entrenar.

A su interlocutor se le iluminó el rostro.

—Entonces has encontrado a la persona adecuada. Soy el dueño del club. —Alargó la mano

—. Niko.

Se quedó desconcertado. No había contado con tener que presentarse.

—Jonas —salió de su boca.

—¿Por qué te gusta el boxeo tailandés?

—No lo sé. Me parece divertido.

Joder. Lo último que deseaba era entablar una conversación con alguien.

—¿Lo has probado alguna vez?

—No.

—Vale. Si quieres, puedes venir y probar una sesión de entrenamiento. Completamente gratis.

Así luego podrás decidir si deseas continuar.

—De acuerdo.

—¿Qué te parece el lunes que viene? Ese día no hay mucha gente. ¿Puedes venir por la mañana?

—Sí, me viene bien.

—¿Qué tal a la una? A esa hora damos una clase de introducción para principiantes.

Se estrecharon la mano.

Antes de abandonar el local se dio la vuelta y le echó una última mirada al hombre que seguía sobre el tapete.

Terese estaba tumbada en la cama y escuchaba su canción favorita, *All that she wants*, de Ace of Base, mientras hojeaba el último número de *Frida*, una revista para chicas que consideraba bastante estúpida pero que servía como pasatiempo. En mitad de la lectura de un artículo sobre cómo conseguir un peinado en cinco minutos, Susanne la interrumpió al abrir la puerta de su habitación y asomar la cabeza.

—¡A comer!

Se podía percibir cierto tono de complacencia en la voz. Ahora he vuelto a ser tan buena... Una madre realmente exitosa.

—Podrías llamar a la puerta, por lo menos.

—Lo he hecho varias veces, pero no me has oído.

La casa estaba tan bien insonorizada que si Terese tenía la puerta cerrada no oía al resto de la familia. A veces fantaseaba con que vivía sola, que esa era su casa y que todos sus amigos de Estocolmo pronto asistirían a una fiesta. Le costaba encontrarse a gusto con la familia, a pesar de que tanto Susanne como Palle eran buenos y no la fastidiaban. Reacia, apagó su viejo radiocasete que se había llevado de casa, se levantó de la cama y fue a la cocina. Los gemelos estaban sentados en su sitio de siempre, mejillas sonrojadas, parlanchines, contentos y muertos de hambre. A veces deseaba soltarles un sopapo. Se sentó y justo después entró Palle. Acababa de regresar del restaurante y olía a fritanga, grasa y humo de tabaco. Le dio a Susanne un beso rápido que ella recibió con una mueca.

—Uf, qué mal hueles. Y además, tienes que afeitarte.

—Lo sé, cariño. Pero ¿puedo comer antes? Es de locos, llevo todo el día rodeado de comida y, sin embargo, apenas he probado bocado desde el desayuno.

Palle movió la cabeza y sonrió a Terese. Susanne sirvió la cena primero en una fuente blanca: salmón al horno, espárragos frescos y arroz. Ensalada con el típico aderezo de mostaza de Gotland. Una jarra de agua de limón con hielo centellaba bajo la luz del sol poniente que se desparramaba a través de las ventanas.

Terese se sentía incómoda en aquella habitación grande, blanca y espaciosa, donde todo estaba perfectamente dispuesto. Menuda diferencia con su cocina estrecha y desordenada. Allí la pila

estaba repleta de platos sucios, la mesa siempre llena de migas; en realidad, apenas se veía la superficie debajo de los cartones vacíos de pizza, ceniceros rebosantes de colillas, botellas de alcohol y tazas de café sucias.

Cuando todos se hubieron servido, Susanne se volvió hacia Terese.

—¿Qué tal lo has pasado hoy?

—Bien.

—¿Qué has hecho?

—Nada en particular.

—¿No?

A Terese le pareció distinguir cierto tono intimidatorio. Alzó la vista del plato y miró a Susanne con actitud desafiante.

—No he hecho una puta mierda.

—No hables mal en la mesa —la reprendió Susanne con severidad—. Has estado fuera todo el día, algo habrás hecho, digo yo.

—He salido con unos amigos.

Los gemelos habían dejado de comer y seguían la discusión con ojos como platos. Palle, que no dejaba de comer, parecía molesto.

—Que montan en moto, ¿verdad? —Susanne clavó la mirada en Terese—. Tengo una amiga que vive en Ljugarn y me ha dicho que te ha visto con un grupo de moteros por allí.

—Sí, he estado con ellos y he montado en burra. ¿Está prohibido?

A Susanne se le cayó el tenedor, que tintineó en el plato.

—¿Has montado en moto? ¿Cómo es posible?

—Un amigo mío tiene una. Él me llevó a dar una vuelta con sus amigos del club.

Kristoffer estaba pasmado.

—¿Qué chulada! ¿Corrían mucho?

—Sí, de vez en cuando. Iban a más de cien. Superchulo.

Terese no pudo más que sonreírle. Al mismo tiempo sintió cómo la inquietud se apoderaba del resto de los miembros de la familia.

—¿Qué club es ese? —preguntó Susanne, y pareció esforzarse por sonar despreocupada mientras jugaba con la ensalada—. ¿Cómo se llama?

—Road Warriors.

—Son bastante inofensivos —dijo Palle enseguida—. Parecen muy duros, pero, por lo que sé, no son delincuentes. Suelen comer en el restaurante. Son unos tipos legales.

—¿Y quién es ese amigo tuyo? —continuó Susanne.

—Un chico que se llama Jocke.

—¿Cómo lo has conocido?

—A través de unos amigos de Estocolmo. ¿Qué es esto, un interrogatorio o qué?

Terese apartó el plato y clavó la mirada de forma beligerante en la fría mujer que se sentaba en el extremo opuesto de la mesa.

—No —respondió Susanne mordaz—. Pero es lógico que queramos saber con quién te relacionas. Pronto comenzarán las clases y tienes que pensar en el futuro. ¿Cuántos años tiene el amigo ese? ¿Estudia o trabaja? ¿Vive en casa de sus padres o...?

—Eso no te importa a ti una mierda. Tú no eres mi madre, joder.

Se levantó de golpe y desapareció del comedor.

Un rato después, mientras estaba tumbada en la cama, viendo en la tele *Sensación de vivir*, llamaron con tacto a la puerta y se oyó una voz apagada al otro lado:

—¿Puedo pasar?

Era Palle.

—De acuerdo.

Entró y se sentó con cuidado en el borde de la cama. Terese continuó con la vista clavada en la pantalla.

—¿Puedes apagarla? Es difícil hablar con la televisión encendida.

Terese obedeció y dejó escapar un suspiro de hartazgo.

—A Susanne no le resulta nada fácil. Intenta hacerlo lo mejor posible.

—Vaya, qué bien.

—Comprendo que no te guste que nos entrometamos demasiado en tu vida, pero estás viviendo con nosotros, así que es normal que queramos saber qué haces y con quién vas. Susanne solo quiere lo mejor para ti. Tiene miedo de que acabes con malas compañías.

—Pero, joder, tengo que tener amigos.

—Por supuesto. Está claro que queremos que te sientas bien. Pero...

—Pero se trata de que debo tener la clase de amigos correcta, ¿no? Vuestra clase, mejor dicho. Aquellos que se ajustan a vuestra vida perfecta. Jóvenes con el pelo bien cortado que nunca se saltan las clases y estudian en su tiempo libre.

Terese lo miró con desconfianza y prosiguió:

—¿Por qué estoy aquí en realidad? ¿Qué queréis de mí? Yo solo soy un estorbo para esta familia donde todo siempre es tan requetemaravilloso.

Palle guardó silencio un rato. Posó una mano sobre la colcha, como si deseara acercarse a ella, pero no se atreviera. Ella se quedó paralizada.

—Te lo explicaré —dijo él con voz suave—. Hay una razón, aunque en realidad no tiene nada que ver contigo. Te queremos y deseamos que seas tú quien esté aquí. Los chicos te adoran, sobre todo Kristoffer. Y eres muy buena con ellos, apreciamos muchísimo el tiempo que les dedicas, que juegues con ellos y los entretengas. Pero hay una razón por la cual deseábamos cuidar de una persona joven, a ser posible una chica. Para Susanne esto era un detalle muy importante.

—¿Ah, sí, por qué? No entiendo por qué queréis a una extraña en casa. ¡A quien ni siquiera entendéis!

—El asunto es que Angelica, la sobrina de Susanne, se quitó la vida hace seis meses. Tenía tu misma edad. Se había pasado años drogándose y muchas veces estuvo en tratamiento, pero nunca funcionó. Sus padres no lo soportaban y en una ocasión Anna, la hermana de Susanne, le pidió que Angelica viviera con nosotros una temporada, pues ella necesitaba alejarse de casa y tener un poco de paz y tranquilidad. Pero Susanne se negó, ya que temía por la seguridad de Daniel y Kristoffer. Una semana después Angelica sufrió una sobredosis. Fue imposible salvarle la vida.

Palle hizo una pausa y la observó. Terese no sabía qué decir. Solo deseaba irse de allí o, por lo menos, que él saliera de la habitación para poder estar sola. Sentía un nudo en la garganta,

como si le resultara imposible pronunciar palabra alguna.

Pasado un rato, Palle prosiguió.

—Después de eso, Susanne ha tenido un gran sentimiento de culpa y ha decidido intentar ayudar a otros jóvenes para reparar la negativa que le dio a Angelica.

—¿Así que estoy aquí para apagar su mala conciencia?

—Puedes verlo así si quieres. O puedes pensar que tienes una oportunidad para arreglar tu vida junto a una familia que solo desea tu bien. Recuérdalo. Solo queremos que estés bien.

La observó inquisitivo. Mantuvo la mirada. Ella no podía escapar. Finalmente la oposición cedió en su interior.

—Vale, haré todo lo que pueda —dijo en voz baja.

—Me das una gran alegría, de verdad. Todo irá bien, estoy convencido. Tendremos que echarnos una mano. Quiero que te quede claro que te queremos mucho. —Le dio unas palmadas en la mano—. Me gustaría saber si quieres venir a ayudarme al restaurante —preguntó en un tono de voz más animado—. Ya es hora de que tratemos este asunto. Siento haber esperado tanto, pero es que he estado muy ocupado. Ahora comienza la temporada alta y la semana que viene es la Semana de Almedal^[4]; entonces esto será la locura. Recibirás un salario, por supuesto.

A Terese se le iluminó la cara.

—Me encantaría.

—Muy bien. Mañana te vienes conmigo. Lo mejor será empezar cuanto antes. Habrá mucho que hacer.

—Vale.

Palle se levantó.

—Bueno, ya no te molesto más. Puedes seguir viendo la tele. No te quedes despierta hasta muy tarde.

Al llegar a la puerta, dudó un momento, dio media vuelta y dijo con una voz suave:

—¿Entiendes de verdad que solo te deseamos lo mejor? Tenemos muchas ganas de que te sientas bien.

A Terese, una sensación de ardor le invadió el estómago.

—Entiendo —dijo en voz baja, y evitó que sus miradas se encontraran.

Cuando Palle cerró la puerta, ella solo quería llorar.

El jueves por la noche Karin regresaba andando de la comisaría a casa con la cabeza repleta de pensamientos acerca de Jocke Eriksson y quién podría tener motivos, deseos o capacidad para asesinarlo de esa manera tan violenta.

Era un delincuente común con un historial plagado de problemas de drogas y actos criminales. Carecía de trabajo, no tenía ingresos fijos y vivía solo en un estudio a las afueras de Visby. No se le conocía ninguna novia. Los técnicos de la Científica registrarían el piso esa noche. Además, proseguían los interrogatorios con la familia y el amplio círculo de conocidos de Jocke Eriksson. La mayoría de ellos se mostraron muy reacios a hablar con la Policía.

El asunto de las drogas se repetía continuamente en los informes que había sobre él. Empezó a drogarse en la adolescencia y había pasado por diferentes programas de rehabilitación. Una posibilidad era que el asesinato tuviera que ver con tráfico de drogas, pensó. Quizá Jocke no pudo pagar sus deudas a algún camello de Estocolmo, algún pez gordo. Y entonces habían enviado a un sicario para asesinarlo. Como escarmiento, como señal para todos aquellos que se relacionaban con el camello.

Al pensar en Estocolmo echó de menos a Hanna. Cuando tenía a su hija delante sentía mariposas en el estómago. El cuerpo pequeño y su manera de comportarse eran una copia de ella, al igual que los ojos y el hueco entre los dientes que Hanna también había heredado. Se parecían mucho, no solo por fuera, a pesar de que Hanna había crecido en un mundo completamente distinto al de Karin. La había adoptado una familia del adinerado barrio de Djursholm, donde había vivido con su madre, su padre y un hermano pequeño al que adoraba. Karin se alegró, por supuesto, de que su hija hubiera tenido una buena vida, no solo en el sentido material. Sin embargo, no podía evitar una punzada en el corazón cuando la oía llamar «mamá» a la mujer desconocida de Djursholm y «Karin» a ella. Aunque comprendía que era absurdo pensar que fuera de otra manera. Karin se sentía eternamente agradecida de que hubieran establecido contacto. Además, cuando contactó con Hanna, después de haber vivido sola toda la vida, también había conocido a un hombre, el fotógrafo Janne Widén.

Llevaban saliendo un par de años, todo un récord para ella. Janne vivía en la otra punta de Visby y desde hacía ya un tiempo había empezado a hablar de vivir juntos. Deseaba, sobre todo,

que ella se mudara a su casa, pero a Karin la idea le resultaba aterradora. ¿Cómo podría hacerlo, ella que siempre había vivido sola? Hasta el momento solo había compartido piso con *Vincent*, su cacatúa, y esta era fácil de tratar. Pero ¿cómo podría compartir el espacio con otra persona, con todo lo que eso significaba en cuanto a compromiso y consideración? Sin embargo, al mismo tiempo le atraía la vida en pareja, tener a alguien con quien compartir lo cotidiano.

Karin se encontraba cerca de su apartamento cuando sonó el teléfono. Sintió una ola de calor en el corazón al escuchar la voz de Hanna.

—Hola, Karin. Disculpa que llame tan tarde, pero pensé que estarías despierta.

—Hola, es increíble que llames justo ahora, estaba pensando en ti. Y no te preocupes por la hora. Todavía no he llegado a casa.

—No, ya me he dado cuenta. Te acabo de llamar a casa. ¿Cómo estás?

—Bien, aunque con mucho trabajo. ¿Cómo estás tú?

—Bien, aunque con mucho trabajo —la imitó, y se rio—. ¿Cómo va lo de ese horrible asesinato?

—Justo ahora estamos intentando reunir toda la información acerca de la víctima. Es bastante complicado, y no hemos hecho más que empezar.

—Esa es la razón de que te llame, me parecía importante, así que no quería esperar hasta mañana. Hoy han aparecido fotografías de él en los periódicos y una amiga me dijo que lo conocía. Lo había visto en varias ocasiones.

Karin se detuvo.

—¡Vaya! ¿Dónde?

—En un club de boxeo tailandés, aquí en la ciudad. Ella entrena en ese club y lo ha visto por allí.

—¿Boxeo tailandés? Eso es algo nuevo, no habíamos oído hablar de que lo practicara.

—No lo hacía. Ella me dijo que iba por allí para ver entrenar a un amigo.

—¿Y sabe cómo se llama ese amigo?

—No, nunca se presentaron. Pero los vio juntos. Y el amigo era bastante moreno. Latino, quizá.

A Karin se le quedó la boca seca. Recordó la declaración de varios testigos. Ojos oscuros, se aventuraron a pensar que era de origen sureño. De repente le pareció una magnífica idea ir a Estocolmo.

Cuando Knutas regresó del trabajo se encontró varias maletas en el recibidor. Line y los niños estaban cenando, se sentó en su sitio y se sirvió de la fuente.

—¿Ya te vas?

—Sí. En el hospital querían que empezara mañana y tengo el tiempo justo para tomar el último avión del día a Copenhague. Bueno, al final todo se ha precipitado un poco —dijo molesta, y le dirigió una rápida mirada.

Los niños no dijeron nada, siguieron concentrados en la comida que tenían delante.

—¿Cuándo volverás a casa?

—Este fin de semana no, es demasiado pronto, necesito tiempo para instalarme en el apartamento. Pero el fin de semana que viene creo que sí que podré venir. Lo más seguro es que llegue el viernes por la tarde, pues ese día acabo antes.

Line miró a Petra y Nils y sonrió.

Knutas comprendió que los tres ya habían hablado de todo y que Line les había contado cómo estaban las cosas entre ellos. Le habría gustado que hubiera esperado, ya que ni siquiera ellos mismos estaban seguros de lo que sentían, y le parecía que no tenían por qué preocupar a los niños sin necesidad. Pero Line era de una franqueza enfermiza y era incapaz de ocultarles nada. Debía suponerlo.

—¿Qué os parece todo esto? —preguntó—. Que mamá se vaya tanto tiempo.

—Ya no somos unos mocosos —masculló Nils entre bocado y bocado—. Me parece bien. Además, vendrá casi todos los fines de semana. E iremos a visitarla durante las vacaciones de otoño.

—¿Así que ya os ha dado tiempo a decidirlo? —dijo Knutas—. ¿Sin preguntarme siquiera?

—Papá, no me digas que has planeado algo para nosotros. ¿Lo has hecho? ¿Un viaje, quizá? —dijo Petra, insolente; sabía muy bien que él nunca haría algo así.

—No —reconoció Knutas—. Pero ese no es el tema.

—Respondiendo a tu pregunta, claro que me parece muy triste que mamá se vaya tanto tiempo —dijo Petra—, pero Copenhague no está tan lejos... Y Nils y yo podemos volar con la tarifa joven. Seguro que nos apañaremos.

—Me parece perfecto que os lo toméis tan bien —dijo Knutas con cierta acritud en la voz—. Quizá pronto podamos viajar juntos a verla. ¿Hay sitio para todos en el apartamento?

Line se retorció.

—No —se escabulló—. Tiene solo dos habitaciones, así que no hay camas para todos.

—¿Quieres decir que vamos a dormir en un hotel? ¿Mientras tú estás en el apartamento?

Knutas notó lo ofendido que sonaba.

—Cuando vengáis a visitarme yo también puedo dormir en el hotel, no es tan complicado. ¿Puedes pasarme la salsa?

Knutas clavó la vista en su esposa. La misma figura rellenita, el mismo cabello rojizo ensortijado, las mismas pecas. Pero una persona completamente distinta. No entendía nada. Sin embargo, tenía que reconocer que hacía tiempo que había percibido el cambio. Quizá se remontara a varios años. Pero había sucedido de forma gradual, imperceptible. Paso a paso, Line se había ido alejando de él. Pasaba poco tiempo con él, hacía cosas por su cuenta, priorizaba a sus amigas antes que a él, incluso hizo viajes sola a Estocolmo y hasta al extranjero. Y que pasaran tanto tiempo separados no pareció preocuparla lo más mínimo. Ahora estaba a punto de desaparecer por completo. De pronto, el pánico llegó de forma rastrera, ¿se quedaría solo? ¿Acabaría él completamente solo en casa? Su vida le pareció absurda. ¿Era esto por lo que Line y él habían luchado durante tantos años? Habían construido un hogar, ahorrado, trabajado duro y dado lo mejor de sí para educar a sus hijos con la esperanza de que llegaran a ser personas de provecho. ¿Todo ese trabajo y toda esa lucha diaria para que la familia se deshiciera y él acabara solo? El pensamiento era tan desagradable y terrorífico que no soportó seguir más tiempo sentado a la mesa. De pronto sintió náuseas y se levantó. Era como si le hubieran propinado un fuerte golpe en la cabeza.

—¿Qué te pasa? —preguntó Line—. Estás pálido.

—Creo que tengo que acostarme —dijo Knutas—. No me encuentro bien.

Los tres le ayudaron a ir al dormitorio y él se dejó caer en la cama. Petra fue a buscar un vaso de agua y Nils corrió a por las pastillas para el dolor de cabeza. Line corrió la cortina para que no entrara la luz en la habitación. Llamaron a la puerta.

—El taxi ha llegado. Tengo que irme. —La voz de Line sonaba estresada y algo irritada. Como si creyera que él estaba fingiendo solo para crearle mala conciencia—. Espero que te recuperes pronto. —Le dio un fugaz beso en la mejilla—. Llamaré por la noche.

Oyó cómo ella abrazaba a los niños en el recibidor. Después la puerta se abrió. Y Line se fue.

El viernes amaneció un día especialmente bonito. El sol brillaba sobre Roma y su idílica calle de viviendas con jardín. Johan respiró hondo al salir de casa. Los pájaros piaban, el césped estaba recién cortado tras la sesión de la tarde anterior y se sentía descansado por primera vez en varias semanas.

Había decidido ir a la redacción más temprano de lo habitual, aprovechar el tiempo ahora que los niños no estaban en casa. Emma se marchaba a la misma hora y se ofreció a acercarla al trabajo. Normalmente ella solía ir en bicicleta hasta la pequeña escuela en la que trabajaba, a las afueras de Roma.

Cuando estaba en la cancela y vio venir a Emma le embargó el deseo de que lo estrechara entre sus brazos. La abrazó durante un buen rato antes de que entraran en el coche.

—¿Quieres que compre algo de comer para esta noche? —preguntó Johan, con los labios pegados a su pelo—. Y un buen vino. Me daré prisa en volver.

—Sí, quiero —dijo ella, y se pegó más a él.

—Perdóname si últimamente he estado algo apático. Me esforzaré más —susurró él.

—Me alegra. He estado bastante preocupada pensando en qué sentías por mí en realidad.

—No tienes que preocuparte. Te quiero, Emma.

Johan la dejó en la escuela y vio que estaba contenta cuando se dio la vuelta para despedirse de él.

Subió el volumen de la radio del coche y sintió que hacía tiempo que no se sentía tan relajado. Lo que necesitaba era un poco de paz y tranquilidad, pensó. Un momento de respiro del desgaste diario. Dedicó a los padres de Emma un pensamiento de agradecimiento, al mismo tiempo que sintió nostalgia de los niños. Llevaba varios días sin jugar con ellos.

Al llegar a la recta, unos metros más allá, se topó con un pequeño autobús escolar cruzado en el arcén, medio metido en la cuneta. Tenía la parte delantera aplastada y varias ventanillas rotas. El conductor se encontraba en la carretera, con el móvil en la mano. Algunos alumnos se

disponían a salir por la puerta entre lágrimas y uno de ellos se sujetaba la cabeza ensangrentada.

Johan aparcó en el arcén. Otros vehículos que pasaban por allí hicieron lo mismo. El accidente acababa de ocurrir. Johan fue el primero en llegar.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido? —le preguntó al conductor.

Era un hombre de unos sesenta años, tenía el rostro blanco como la tiza y le temblaba la voz al hablar.

—Hemos chocado contra un coche. Hizo un adelantamiento y se metió en el lado contrario de la carretera. No sé cómo ha pasado. Tampoco sé cómo están los niños.

—¿Ha llamado a la ambulancia? —preguntó Johan.

El hombre asintió en silencio. Mientras, el caos crecía a su alrededor. Varias personas se acercaron corriendo desde distintas direcciones, los niños lloraban y gritaban. Había sangre y cristales rotos por todas partes, y un poco más allá se veía un coche destrozado en la cuneta. Johan llamó al teléfono de emergencias y después a Pia Lilja para que fuera con la cámara. Ella prometió llegar enseguida. A continuación, Johan corrió hasta el coche. El conductor y los niños del autobús estaban siendo atendidos.

El coche, cuya parte frontal se encontraba en dirección a Johan, estaba hecho polvo. Distinguió a una persona en el asiento delantero. Dios mío, pensó. ¿Cómo podría alguien sobrevivir a un choque así? Esperaba que no hubiera más personas ahí dentro.

Cuando llegó al vehículo pudo constatar enseguida que había un hombre tendido sobre el volante, con la cabeza cubierta de sangre. El parabrisas estaba roto y se había activado el *airbag*. Johan consiguió abrir la puerta del coche y al hacerlo comprendió de inmediato que el conductor estaba muerto. Oyó las sirenas a lo lejos y voces apesadumbradas.

Al inclinarse sobre el hombre muerto, lo reconoció al instante.

El hombre detrás del volante era Olle, el exmarido de Emma.

Ese viernes por la mañana Knutas decidió ir andando al trabajo. El dolor de cabeza y el malestar del día anterior habían desaparecido. De camino habló con el médico forense que analizó el cuerpo de Maja Rosén y finalizó la conversación justo antes de entrar en la reunión del equipo de investigación.

Comenzó exponiendo la causa de la muerte repentina de la niña.

—Ahora sabemos por qué falleció Maja Rosén, a pesar de que, al parecer, habían conseguido estabilizar su estado —comenzó—. Sufrió lo que se conoce como embolia grasa.

—¿Embolia grasa? —repitió Karin.

Nunca antes había oído hablar de eso.

—Maja Rosén tenía graves lesiones óseas en la cadera y las piernas —prosiguió Knutas, y le echó un vistazo a los apuntes de la conversación—. La embolia grasa se produce cuando la médula ósea y la grasa de las partes heridas del cuerpo penetran en el torrente sanguíneo y posteriormente en la circulación pulmonar. Al parecer esa fue la causa de su muerte. Según el médico forense, resulta difícil de prever.

—Entonces, ¿si la hubieran trasladado a Estocolmo para operarla el resultado habría sido el mismo? —preguntó Karin.

—Probablemente. Quizá eso, en medio de tanto dolor, suponga un pequeño consuelo para la familia, ¿quién sabe? —dijo Knutas, y se volvió hacia Sohlman—. ¿Nos pones al día sobre Jocke Eriksson?

—Sí, claro. Hemos recibido el resultado preliminar de la autopsia. La única herida del cuerpo era el corte en la garganta. Todo indica que el asesino lo sorprendió y, por cierto, es zurdo. Según el forense, no hay duda alguna de eso.

Knutas murmuró y escribió algo en su bloc. Sohlman continuó:

—No hay heridas en los brazos ni nada por el estilo que indiquen que intentó defenderse, así que lo cierto es que a la víctima no le dio tiempo a reaccionar. Lo más probable es que muriera en el acto; la muerte aconteció entre la medianoche y las cinco de la mañana, la noche del martes al miércoles. El arma empleada es un cuchillo de grandes dimensiones, no estamos seguros de la marca, pero el modelo es bastante frecuente en mataderos, restaurantes y tiendas de alimentación

donde manipulan la carne.

—Restaurantes... —dijo Wittberg—. ¿El padre de Maja Rosén no es dueño de uno?

—Sí, es cierto —dijo Knutas.

—Pero ¿le habría dado tiempo a ir hasta allí y matar a Jocke Eriksson? ¿Y por qué precisamente a él? —objetó Karin—. El conductor también podría haber sido alguno de los otros.

—El tiempo no habría significado problema alguno —constató Knutas—. Maja Rosén murió a las siete y media de la tarde, y el asesinato tuvo lugar después de medianoche. Patrik Rosén se encontraba en el hospital durante la operación y fue informado de la muerte de su hija enseguida.

—Pero en ese caso, ¿cómo diablos supo adónde tenía que ir? —discrepó Wittberg—. ¿Quieres decir que, por alguna razón, él sabía dónde estaban los ladrones?

—No tengo ni idea, pero debemos tener en cuenta todas las posibilidades, aunque parezcan muy rebuscadas —admitió Knutas—. Antes de nada tenemos que averiguar si Patrik Rosén es zurdo. Y, por cierto, ¿te ha dado tiempo a saber algo sobre la familia Rosén?

—Estaba esperando a que me preguntaras —dijo Wittberg ansioso, y se apartó de los ojos su frondoso y rizado cabello rubio—. He hablado con los abuelos de Maja. Me contaron que la madre, su única hija, falleció en extrañas circunstancias durante un viaje al extranjero que hizo con su marido. Murió ahogada.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó Karin.

—Se estaban bañando juntos por la noche y ella desapareció. Patrik Rosén llamó a la Policía, pero, a pesar de que los buzos estuvieron buscando, el cuerpo nunca apareció. Y los padres de la mujer sospechan que Patrik tuvo algo que ver. Desde entonces rompieron la relación con él y no la han vuelto a retomar.

Después de que Wittberg finalizara se creó un breve y sorprendente silencio. Un instante después se reanudó el parloteo ansioso en la sala. Knutas alzó la mano y pidió silencio.

—Tendremos que investigarlo con detalle. Continuemos. Sohlman, ¿tienes algo más que añadir por lo que respecta a la investigación técnica?

—Entre los restos encontrados en la casa abandonada de Dan hay tazas, vasos, un termo, botellas de alcohol, latas de cerveza y restos de colchones, almohadas y mantas. Todo está muy deteriorado por el fuego. Está claro que los ladrones contaban con la casa como escondite, por lo menos durante unos días. Además, hemos encontrado parte de una caja de cartón de una pizza que procede del Kustgrillen de Klintehamn. Hemos estado allí, lo regenta una familia. Cuando mostré una fotografía de Jocke Eriksson la hija confirmó que estuvo allí y se llevó unas pizzas.

—Interesante —dijo Knutas impaciente—. Lo más probable es que hayan parado en Klintehamn unos días antes del robo y quizá fueran de compras al pueblo. Puede que alguno de los otros dos lo acompañara en una de esas ocasiones. Tendremos que preguntar en todas las tiendas de Klintehamn.

—Una cosa más —dijo Sohlman—. Hemos encontrado huellas de cuatro zapatos diferentes, tres de tamaño grande, tallas entre el cuarenta y uno y el cuarenta y cuatro, y uno de la talla treinta y seis, lo que refuerza la teoría de que uno de los ladrones era una mujer.

—Yo tengo algo que contar —intervino Karin.

Describió la conversación con Hanna sobre la amiga de su hija que había visto a Jocke en compañía de otro hombre de cabello oscuro entrenando boxeo tailandés en un club de Estocolmo.

—¿Cuándo lo vio? —preguntó Wittberg.

—Un par de veces en primavera, y la última fue a principios de agosto.

Knutas anotó algo en sus papeles. Luego alzó la vista hacia sus colaboradores.

—Todos habéis hecho un buen trabajo. Por fin empezamos a cercar a nuestros sospechosos.

Terese estaba expectante, sentada en el coche, apretujada entre Kristoffer y Daniel de camino al restaurante Catch 22. Los chicos siempre querían que se sentara con ellos, aun cuando el asiento del copiloto estuviera libre.

Susanne llevaba a Terese a la ciudad, aprovechando que tenía que ir de compras con sus hijos. El ambiente en el vehículo era de lo más festivo. En la radio sonaba un programa dedicado a Magnus Ugglå, que acababa de publicar un álbum recopilatorio, y al que Susanne adoraba. Al reconocer la introducción de *Varning på stan* dio un grito y subió el volumen. Todos cantaron juntos, los pequeños se sabían la letra de memoria, ya que su madre solía escuchar sus discos con bastante frecuencia. Susanne se dejó ir de verdad, bajó las ventanillas del coche y mientras conducía movía la cabeza de un lado a otro.

—¿Sabes que este verano dará un concierto en el parque de atracciones Kneippbyn? —gritó Kristoffer para acallar el sonido de la música—. ¿Podemos ir? ¡Por favor!

Terese asintió y rio. Cantaba a todo trapo y se balanceaba junto a los niños al ritmo de la música. Disfrutaba de verdad. Por primera vez se sentía realmente contenta y relajada con la familia. Todos, incluso Susanne, eran siempre muy atentos y cariñosos, tenía que reconocerlo. No era culpa suya tener un estilo que encajara tan poco con el de Terese.

A esta, sobre todo, le afectaba la confianza sin límites de Kristoffer. Sus ojos siempre le mostraban admiración, y la había bautizado con un nuevo apodo que solo él utilizaba: Tessan.

Cuando fue a apearse del coche él insistió en seguirla.

—Acompaño a Tessan. Quizá no sepa encontrar el camino desde aquí. Os veo luego.

—De acuerdo. Quedamos en Österport. ¿Dentro de una hora? Primero tengo que pasar por la tienda de muebles de baño. Así que a las dos y media en Österport.

—Vale, madre.

Alzó la mirada, sonrió de forma traviesa a Terese y se metió satisfecho las manos en los bolsillos de los pantalones. Ella sabía que él no solía decir «madre», y lo más probable fuera que tampoco pudiera hacerlo, seguramente estaba intentando impresionarla. Susanne le dejó hacer, pues dijo adiós y desapareció.

Caminaron a lo largo del puerto. Kristoffer hablaba y le mostraba los lugares, pendiente

siempre de contarle todo lo que sabía sobre lo que veían.

El restaurante se encontraba junto al mar, más allá de Almedal. Kristoffer corrió hasta el muelle y se sentó. Se quitó las sandalias y metió los pies en el agua.

—¡Ven, Tessan! ¡Aquí se está muy bien!

Ella lo siguió y al poco rato se sentaron juntos para observar el extenso y reluciente mar azulado.

—¿Quieres un helado? —preguntó Kristoffer—. Te invito —se apresuró a añadir.

—No puedo llegar tarde al restaurante —dijo ella—. Tenía que estar allí después del almuerzo y ya es la una y media.

—Pero tú no sabes lo tarde que almuerza la gente en verano cuando está de vacaciones. Ahora estará lleno y papá no tendrá tiempo para ti. No puedes llegar allí antes de las dos, durante el almuerzo tienen un montón de gente.

Ya que no habían quedado a una hora determinada, y Kristoffer parecía tan entusiasmado, aceptó.

—Vale, entonces quiero un sándwich GB.

—Lo tendrás.

Se levantó de un salto.

Ella rio ante su empeño y encendió un cigarrillo. Gotland empezaba a gustarle de verdad, nunca había estado en un lugar tan bonito. Se dio la vuelta y vio el parque de Almedal repleto de gente sentada sobre sus mantas disfrutando de un pícnic o tomando el sol, paseando por los alrededores, dando de comer a los patos del estanque... Al fondo se alzaba la vieja muralla que rodeaba Visby. Los niños corrían y jugaban sobre el césped. Los ciclistas circulaban por el carril bici que quedaba a su espalda y, abajo, junto a la playa, unos muchachos se lanzaban un *frisbee*. Son realmente guapos, constató ella, mientras le daba una calada al cigarrillo. Con el rabillo del ojo vio venir a Kristoffer a toda prisa con un helado en cada mano.

—Toma, antes de que se derrita —dijo.

—Gracias. —Terese tiró la colilla y abrió el envoltorio—. Qué bueno eres que me compras un helado.

—Bah, no es nada. Solo lo hago porque me pareces muy legal.

—¿En serio? —dijo ella, sorprendida por el cumplido—. Gracias.

—Y además también eres muy guapa —añadió, y la miró de reojo—. Eres la chica más guapa que he visto en mi vida.

—Muchas gracias.

Terese sintió cómo se ruborizaba. No se lo habría esperado.

—¿Tienes novio?

—No.

—Pues deberías, porque eres muy guapa y molas mucho. Pero seguro que pronto encontrarás a alguien. Me refiero a cuando hayas conocido a más gente y eso.

—Sí, quizá.

—¿Echas de menos a tus amigos de Estocolmo?

—Sí, a veces.

—¿Y a tus padres?

—La verdad es que no mucho.

—Creo que harás muchos amigos aquí —dijo Kristoffer confiado, y chupeteó su helado.

—Bueno, eso puede tomar un tiempo.

—Por lo menos yo estoy muy contento de que hayas venido a nuestra casa.

Kristoffer la miró con sus cálidos ojos marrones y esbozó una sonrisa.

Terese se sintió tan conmovida que se le humedecieron los ojos.

—Yo también estoy muy contenta de estar aquí —dijo ella—. Y tú también me gustas.

Le pasó el brazo por el hombro y lo abrazó.

Después estuvieron sentados un rato en silencio, mirando el mar.

Johan estaba dentro del coche, en el aparcamiento de la escuela, e intentaba recomponerse antes de entrar a ver a Emma y contarle qué había pasado. En un lugar tan pequeño como Roma, las noticias y los rumores se propagaban como la pólvora.

Condujo de regreso a Roma después de que la Policía y la ambulancia se encargaran de la escena del accidente. Los niños del autobús parecían haber sufrido solo heridas leves, nadie se encontraba herido de gravedad.

Johan no era capaz de apearse. El corazón le latía desbocado y la imagen de Olle, ensangrentado y reclinado sobre el volante del coche estrujado, le producía escalofríos. Había sufrido un accidente en la flor de la vida, era solo un par de años mayor que él; le podía haber pasado lo mismo. La vida era efímera. Pensó en Sara y Filip. Querían a su padre. Iban a la escuela en el centro del pueblo; Emma y él estarían obligados a ir hasta allí para recogerlos tan pronto como fuera posible. Pero ahora lo principal era Emma.

Ya se había fumado dos cigarrillos y estaba a punto de encender un tercero, pero prefirió no hacerlo. Se bajó del coche y cruzó el patio de la escuela con paso inseguro. Abrió la puerta de entrada y se dirigió a la sala de profesores. Le asaltó el familiar aroma a café. La única persona que se encontraba en su interior era el bedel. Vestía un jersey gris y pantalones azules, y estaba sentado hojeando el periódico. El reloj de pared marcaba las ocho y media y ya se impartía la primera clase del día.

—Hola —le saludó Johan—. Tengo que hablar con mi mujer. Emma Winarve. Es urgente.

—¡Vaya! —El bedel alzó las cejas preocupado—. Entonces voy a buscarla inmediatamente.

—Oye —dijo Johan—. Luego Emma no podrá volver a clase, nos iremos directamente a casa, así que tendrás que encargarte de encontrar a alguien que se ocupe de los niños durante su ausencia.

—Sí, claro. Dios mío.

El bedel se puso en pie y salió apresurado.

Johan se dejó caer en uno de los duros sofás y miró al frente con los ojos vacíos. No sabía cómo decirlo. No podía apartar de su mente la impactante imagen de Olle, ensangrentado tras el volante.

Poco tiempo después oyó que se acercaban los apresurados pasos de Emma.

—¿Qué pasa? —gritó ella, antes de haber entrado en la sala de profesores—. ¿Qué ha ocurrido, Johan?

Tenía el rostro pálido de angustia.

Él se puso en pie y le tendió la mano.

—Ven, siéntate aquí —dijo con suavidad—. Siéntate a mi lado.

—¿Le ha pasado algo a los niños? —preguntó histérica, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Los niños no, Johan —suplicó. El rostro se le desencajó y comenzó a sollozar—. Los niños no.

—No —dijo Johan—. No les pasa nada a los niños. Todos están bien. No se trata de los niños. Es Olle. Ha tenido un accidente de coche. Y ha sido horrible, Emma.

Johan tomó aliento antes de atreverse a pronunciar las palabras.

—Olle ha muerto.

El restaurante La Cucaracha se encontraba al norte, a un buen trecho al otro lado de las murallas, camino del aeropuerto. A primera vista se hallaba un poco apartado, y por fuera no parecía gran cosa. Un edificio gris de tejado plano, situado junto a una carretera con mucho tráfico y con un pequeño aparcamiento delantero. Los cactus verdes pintados en la fachada y el gran sombrero junto a la entrada indicaban que se trataba de un restaurante mexicano.

Karin, Sohlman y Wittberg condujeron hasta allí justo después de finalizar la reunión del grupo de investigación. Aún quedaba bastante para su habitual pausa para almorzar, pero al cruzar la puerta, y respirar el aroma a chile que emanaba del local, la boca se les hizo agua. Una tradicional música de mariachis inundaba la sala vacía del restaurante donde una camarera de piernas largas y el pelo recogido en un moño se ocupaba de preparar las mesas. Karin miró la hora. Solo eran las diez y media. No resultaba extraño que no hubiera gente en el local.

Cuando la camarera advirtió su presencia interrumpió su trabajo y les dio la bienvenida.

Se presentaron y preguntaron por Patrik Rosén.

—Sí, está aquí —dijo la camarera con un deje que Karin no supo identificar—. Está en la cocina, pero puedo ir a buscarlo. Siéntense mientras tanto. ¿Desean tomar un café u otra cosa?

—No, gracias —contestaron a coro.

La camarera, que llevaba su nombre, Daniella, escrito en una insignia, era de piel pálida y ojos almendrados. Unos pendientes enormes le colgaban de las orejas y lucía una blusa demasiado escotada, pensó Karin.

Se sentaron a una mesa junto a la ventana. El interior era acogedor, con mesas rústicas de madera oscura, manteles amarillos como el sol y sillas de todos los colores. En las estanterías que había dispuestas por la sala había piezas de cerámica coloreada, y cuadros en blanco y negro con motivos mexicanos decoraban las paredes: niños medio desnudos que jugaban en la calle, una anciana que cocía tortas de maíz, un hombre ataviado con sombrero junto a un asno en el campo, tres hombres con guitarras sonriendo y un retrato de Frida Kahlo, la famosa artista mexicana, que Karin reconoció.

Después de unos minutos Patrik Rosén salió por una de las puertas abatibles, junto a la pequeña barra, provisto de un delantal. Estaba pálido, demacrado y los miraba con cara de

preocupación cuando se sentó a la mesa.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó tan pronto como los hubo saludado.

—En realidad, sí —dijo Karin—. Hemos recibido nueva información. Siento volver a molestarlo, pero nos vemos obligados a hablar con usted de ello.

—Bien.

—Y, además, a nuestro colega Erik le gustaría echar un vistazo al restaurante y a la cocina. ¿Le parece bien?

Patrik Rosén se abrió de brazos.

—¿Por qué no? Adelante —dijo, y cabeceó hacia Sohlman que ya estaba a punto de ponerse de pie—. No tengo nada que ocultar.

—Por favor, me gustaría que escribiera su nombre en este papel —dijo Karin.

—¿Qué?

—Sí, necesitamos su firma —explicó, y sacó su cuaderno de notas y un bolígrafo.

Patrik Rosén movió ligeramente la cabeza y murmuró algo, como si pensara que ambos policías estuvieran completamente sonados.

Tanto Karin como Wittberg observaron que agarraba el bolígrafo con la mano izquierda y escribía. Karin le dio las gracias y recogió el cuaderno.

—¿Nos puede contar algo sobre Ulrika, su anterior esposa, la madre de Maja?

Patrik Rosén se quedó tan desconcertado ante la pregunta que apenas miró a Karin. Se hizo un silencio durante algo más de un minuto. Tampoco ninguno de los policías dijo nada. Sin despegar la mirada de él, esperaron a que hablara. Por fin recuperó el habla y dijo en voz baja:

—¿Por qué diablos tienen que preguntarme por mi exmujer? Ella no tiene nada que ver con esto.

—Eso lo decidimos nosotros —dijo Karin con tranquilidad—. ¿Cómo se conocieron?

—¿Es esto algún tipo de broma pesada?

Patrik Rosén se volvió hacia Wittberg, buscando apoyo, pero este permaneció impasible.

—Responda a la pregunta —dijo Karin con severidad.

Patrik Rosén, que estaba sentado frente a ella, la miraba consternado, aunque pareció asumir que iba en serio. Se echó un poco hacia atrás.

—¿Qué desean saber sobre Ulrika?

—Queremos saber cómo murió —dijo Karin con franqueza.

—Se ahogó durante unas vacaciones en Grecia. Estábamos celebrando nuestro décimo aniversario de boda. Fue hace tres años, en agosto, para ser más exacto.

—¿Qué ocurrió?

—Estuvimos cenando en un buen restaurante de Naxos. Habíamos alquilado una casa en la playa, a unos diez kilómetros de la ciudad, así que tomamos un taxi para volver a casa. Allí nos bebimos una botella de champán en la terraza y después Ulrika quiso que nos bañáramos. Eran casi las tres de la madrugada, yo tuve mis dudas, pero la seguí porque a ella le encantaba bañarse por la noche. Sí, eso era lo que más le gustaba...

La voz fue bajando de tono y la mirada de Patrik Rosén se perdió en algún lugar lejano. Fue como si se hubiera olvidado de su malhumor de hacía un momento. Su tono había cambiado.

—¿Puede continuar?

—Bajamos al mar, la playa se encontraba bastante apartada. Además de la nuestra, había

algunas casas y una pequeña taberna a un centenar de metros. El caso es que nadamos un rato; hacía mucho viento. Me pareció que las olas eran muy fuertes y propuse que regresáramos. Pero Ulrika quería seguir en el agua un rato más y ella era una buena nadadora, así que no me preocupé demasiado. Me senté en la arena a esperarla, hacía calor, la noche era agradable. No la podía ver pues estaba muy oscuro, pero la oía. Nos llamábamos de vez en cuando, aunque después de un rato dejó de responder. La llamé varias veces.

—¿Qué hizo después?

—Fui hasta la orilla y grité aún más alto, pero no me respondió. Me metí en el agua y nadé un rato, pero enseguida me di cuenta de que era inútil. Todo estaba oscuro a mi alrededor y no tenía ni idea de dónde se encontraba ella.

—Vaya. ¿Y?

—Entonces me asusté y fui corriendo a casa y llamé a la Policía. La buscaron durante días, con barcos, buzos y helicópteros, pero nunca la encontraron, Ulrika desapareció bajo las olas. Estuvimos diez años juntos.

—¿Y Maja?

—Tenía tres años, se había quedado con sus abuelos esa semana que pasamos en el extranjero. Fue muy duro contarle que su mamá se había ido para siempre y que ya no volvería. Si yo hubiera sido más contundente y me hubiera negado a que nos diéramos ese baño...

La rabia de Patrik Rosén parecía haber desaparecido por completo y contaba las cosas de forma creíble y con sentimiento. No era buena idea intentar sacarle más detalles de esta historia, pensó Karin. Tendrían que esperar hasta que supieran algo más del caso.

En ese mismo instante Erik Sohlman asomó la cabeza desde la cocina del restaurante. Llevaba varios cuchillos en la mano.

—Me gustaría llevarme prestados estos cuchillos, espero que esté de acuerdo.

—Llévense lo que necesiten —dijo Patrik Rosén ausente.

Al parecer había entrado en un extraño estado de ánimo. Como si ya no le importara nada.

Karin se inclinó un poco hacia delante y lo observó con detenimiento.

—¿Cómo se hizo esa cicatriz en la cara?

Patrik Rosén dio un respingo y se llevó instintivamente una de las manos a la mejilla.

—¿Esta? —murmuró—. La tengo desde que era un adolescente. Me robaron cuando estaba en Estocolmo. Una noche que estaba borracho como una cuba me perdí por el centro y un maldito drogadicto me metió dentro de un aparcamiento, me robó y me rajó la cara.

—Lo denunciaría en su día, ¿no?

Patrik Rosén miró apático a Karin.

—Lo cierto es que no lo hice. Sentí tanta vergüenza que pasé de ir a la Policía.

La calle del restaurante se hallaba desierta. Qué gran diferencia con hacía tan solo unas semanas, pensó Patrik Rosén cuando por fin tuvo tiempo de salir a fumar un cigarrillo. Cada año tenía la misma sensación de vacío, que surgía cuando desaparecían los turistas, la misma sorpresa ante el hecho de que todo pudiera cambiar con tal rapidez. El paso del ajetreo y el movimiento al vacío y la oscuridad. Como la vida misma.

En realidad él no debería estar allí. Su hija había fallecido hacía tan solo un par de días y el único lugar razonable donde debería encontrarse era en casa, junto a Isabel y su bebé recién nacido. Pero eso era justo lo que no soportaba. Tenía que salir de casa, dedicar su energía a algo, recuperar su rutina. Además, lo necesitaban más que nunca en el restaurante. Su mejor camarera se había puesto enferma y otra estaba a punto de dar a luz.

Y trabajar le ayudaba a sobrellevarlo. A normalizar la situación. Revolver las cazuelas, cortar verduras, calentar tortillas, cocinar judías, cortar carne. Poner las mesas, servir, recoger los platos. Ir de un lado a otro, de la cocina al comedor.

Como propietario hacía de todo en el pequeño restaurante, echaba una mano donde fuera necesario. El cocinero mexicano era ágil y preparaba una comida exquisita, pero necesitaba ayuda.

La Cucaracha era un local popular, conocido por su ambiente y su buena comida. Aunque se encontrara algo apartado, los clientes se acercaban hasta allí. Ese viernes por la noche había estado prácticamente lleno y apenas había tenido tiempo ni de ir al baño. Por otra parte, eso era justo lo que necesitaba. El trabajo mantenía a raya los pensamientos sobre Maja. Era como si disfrutara dándose un respiro.

Fuera estaba oscuro y la acera se hallaba desierta. Miró el reloj. Las once y cinco. Quedaba una hora para la medianoche, la hora de cierre. Acababa de enviar a casa a la camarera del turno de noche y el cocinero también estaba a punto de irse. La cocina cerraba a las diez y él se quedaba a limpiar los últimos restos. Sentados a la mesa quedaba un alegre grupo de amigos que había mantenido una conversación muy animada durante la velada y, en una esquina, una pareja de enamorados que, después de finalizar la cena, tomaba unas copas de vino y sobre todo se miraba a los ojos.

El grupo de amigos acababa de pagar la cuenta y él esperaba que la pareja también se fuera pronto, así podría cerrar un poco antes. Estaba agotado, le dolían las piernas y quería irse a casa a dormir.

Aplastó la colilla bajo la suela del zapato y echó un vistazo al restaurante a través de las ventanas. El grupo se había levantado y se dirigía a la salida, pero la pareja seguía sentada; la luz de las velas resplandecía y se apagaba en sus ojos. No hacían gesto alguno de querer irse de allí y él no podía echarlos antes de la hora del cierre. Sacó otro cigarrillo y acababa de encenderlo cuando oyó el sonido de motores en la distancia. Era un susurro sordo que procedía de lejos, aunque se acercaba deprisa. El sonido no dejaba lugar a dudas. De pronto aparecieron unas cuantas motos a lo lejos en la carretera. Cuatro hombres vestidos de cuero redujeron la velocidad y aparcaron a pocos metros del restaurante.

Se quedó de piedra, aunque permaneció parado en su sitio, apoyado contra la pared, mientras el grupo de amigos salía del restaurante, daba las gracias y se despedía. Se fueron caminando hacia la ciudad, la noche era cálida. No os vayáis, pensó. Dio una nerviosa calada al cigarrillo. ¿Qué coño querrían esos jodidos gamberros? En la isla nunca había tenido problemas con ningún club de motos, aunque estos parecían venir de otro lugar.

¡Joder! Primero habían pasado por ahí los policías y ahora esto. Permaneció quieto, siguió fumando y fingió que no pasaba nada, aunque los observaba con el rabillo del ojo mientras se quitaban los cascos. Cuatro rudos pendencieros se acercaban con pasos decididos. El miedo se apoderó de él y tragó saliva. Sus miradas eran gélidas.

Patrik Rosén tiró el cigarrillo y alcanzó la puerta de entrada.

Sintió el peso de una mano que lo agarró del hombro.

Tras despedirse de Kristoffer, Terese entró en Catch 22. El estilo sencillo le gustó de inmediato. Todavía se encontraba repleto de gente, y al abrir la puerta se topó con un alegre murmullo. A la derecha se desplegaba una barra a lo largo del restaurante, carteles de conciertos colgaban de las paredes y los muebles eran oscuros y rústicos. Había poco espacio entre las mesas, que carecían de mantel; solo había sal, pimienta, una botella de salsa HP y otra de ketchup. Las camareras corrían de un lado a otro cargando bandejas repletas. Olía a carne a la brasa, había mucho bullicio y ruido, y le gustó la música que provenía de los altavoces, aunque no la reconoció.

Miró insegura alrededor y su titubeo tuvo que ser muy evidente, pues el muchacho que había tras la barra la llamó.

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo?

—He quedado con Palle.

—Debe de estar en la cocina. Siéntate ahí y espera, que ahora le llamo. No es seguro que pueda atenderte enseguida, como verás ahora estamos un poco ocupados. ¿Cómo te llamas?

—Terese.

El barman sonrió y ella sintió, muy a su pesar, que se había ruborizado. Era alto y tenía una mirada especial que la cautivó. Sintió un aleteo en el estómago. Trabajar allí podría ser muy divertido. El muchacho sirvió unas cervezas y las colocó en una bandeja antes de desaparecer por una puerta vaivén. Regresó al poco tiempo.

—Palle dice que vendrá en cuanto pueda, y que mientras tanto tomes algo. ¿Qué te apetece?

—Una coca-cola *light* —dijo, y se sentó en uno de los taburetes que quedaban libres en la barra.

—Me llamo Dennis.

El muchacho le tendió la mano.

—Dennis —repitió ella, y se echó a reír—. Eres la primera persona que conozco con ese nombre.

—Mi madre adoraba la serie cuando era pequeña. Aunque seguramente tú no sepas quién es.

—La verdad es que no —admitió Terese.

Estrechó su mano. Estaba algo sudada. Dennis regresó al trabajo. Se le veía muy ocupado

recogiendo botellas y sirviendo cervezas a una velocidad asombrosa. Las camareras se relevaban unas a otras en la barra gritando sus pedidos. Se sintió impresionada de cómo él era capaz de controlarlo todo.

Mientras bebía el refresco, que resultó de lo más refrescante gracias al hielo y al limón, intentó adivinar su edad. No tiene más de veinticinco años, pensó. Como poco, veintidós o veintitrés.

Miró a su alrededor y descubrió que había una salida a una terraza donde también se podían sentar los clientes. Las camareras se apresuraban de un sitio a otro, entraban y salían, pasaban entre las mesas cargando todo el tiempo bandejas repletas de comida y bebida. Se fijó en un par de chicos jóvenes que, al parecer, solo recogían los platos y limpiaban las mesas. Seguramente esa era la tarea que Palle le quería encargar a ella. Nunca podría trabajar de camarera en un sitio con tanta clientela.

Al cabo de un rato Palle apareció por la puerta vaivén y se secó el sudor de la frente.

—Disculpa que te haya hecho esperar. No había contado con que tendríamos tanto trabajo a esta hora. La hora punta del almuerzo suele acabar a las dos.

—No pasa nada.

Ella esbozó una sonrisa para mostrarle que era cierto lo que decía.

—Veo que Dennis se ha ocupado de ti. ¿Tienes hambre?

—Puedo esperar un poco.

—Haremos esto: primero te enseño el lugar y luego nos sentaremos a comer. Estoy muerto de hambre y, ya que vas a trabajar aquí, es bueno que pruebes nuestro menú.

Ella asintió. Se fijó en que él dijo «ya que» y no «si».

La cosa se fue apaciguando. Los clientes comenzaron a marcharse. Todos parecían satisfechos y antes de desaparecer por la puerta se despedían a gritos de Dennis, que seguía tras la barra. Palle pidió una botella de agua con gas que se sirvió él mismo. Se estiró tras la pila de menús que había en la barra y alcanzó uno, lo abrió y lo colocó entre ellos.

—Como quizá habrás podido comprobar tenemos un concepto de comida americana. Como ves, servimos sobre todo hamburguesas, es por lo que se nos conoce —añadió con cierto orgullo—. No encontrarás mejores hamburguesas en toda Suecia, tenemos dos cocineros americanos que las hacen como es debido. Nuestros aperitivos también son muy populares, por ejemplo: los *Buffalo Chicken Wings*, los *Mozzarella Sticks* y las *Potato Skins*. Por la noche también servimos platos de la barbacoa de piedra que hay ahí fuera. Bueno, luego te la enseño. Consisten en pollo, distintos platos de carne, cordero, por supuesto, y salmón.

Terese estudió el menú y procuró parecer interesada. Apenas conocía ninguno de aquellos platos, pero la boca se le hacía agua al escuchar a Palle describir todo lo que servían en el local.

Cuando la mayor parte de las mesas quedó vacía le enseñó el local. La terraza del exterior era mucho mayor de lo que había imaginado y se extendía alrededor de todo el edificio. La vista al mar era fantástica. En una esquina habían levantado un escenario.

—Durante el verano, todas las noches, menos el domingo, tenemos música en vivo —explicó Palle—. Casi siempre suele tocar un grupo magnífico, una banda americana de tipos mayores especializados en soul.

—Qué chulada —dijo ella, aunque le pareció que sonaba cursi.

Se instalaron en una mesa de la terraza, cada uno con su bandeja de sabrosa hamburguesa y las

patatas fritas más grandes que Terese había comido en su vida.

—¿Crees que te gustará trabajar aquí? —preguntó Palle entre bocado y bocado—. Puedes empezar recogiendo los platos de las mesas. ¿Te parece bien?

—¿Cuándo puedo empezar?

—Mañana, si quieres. Es mejor que vengas por la mañana, por las noches hay aún más gente.

Ella no podía imaginar que eso fuera posible. Durante el almuerzo todas las mesas habían estado ocupadas.

—Puedo venir mañana sin problema. Qué guay.

Miró hacia la barra y se encontró con la mirada de Dennis.

—¿Está abierto?

El hombre que había hecho la pregunta llevaba un chaleco de cuero y una insignia de un club de motos que Patrik Rosén no reconoció. Tenía una barriga prominente y una barba negra recogida en una larga trenza.

—Sí, pero la cocina está cerrada —respondió Patrik, y se dio cuenta, a su pesar, de que le temblaba la voz.

—Pero no nos interesa comer, ¿verdad, chicos?

El hombre corpulento se volvió hacia sus camaradas.

—No creas —se rio uno de ellos con la cabeza afeitada y un tatuaje que le cubría la mitad del rostro—. Depende de qué ofrezcan.

Lo empujaron sin contemplaciones hacia el interior del restaurante, pero se calmaron al darse cuenta de que había una pareja sentada a una mesa.

—De momento nos conformaremos con beber algo —dijo el hombre de la trenza, y se sentó lanzando una mirada de disgusto a los recién enamorados—. Cuatro jarras grandes de cerveza.

Patrik tragó saliva y se apresuró detrás de la barra. Se le heló la sangre. ¿Qué diablos podía hacer? No podía llamar a la Policía solo porque cuatro tipos vestidos de cuero pidieran una cerveza. Había algo intimidatorio en su aparición y, por lo visto, la pareja sintió lo mismo, ya que, cuando Patrik regresó con las jarras de cerveza, el joven enseguida agitó la mano con insistencia y le pidió la cuenta. Les cobró de mala gana y la pareja desapareció rápidamente por la puerta.

Los cuatro hombres bebieron su cerveza en silencio. El del tatuaje tenía la mirada clavada en Patrik, que recogía las últimas mesas. El corazón le latía desbocado. Entró en la estrecha cocina, metió la vajilla en el lavaplatos y lo encendió. El familiar zumbido que emitió al ponerse en marcha lo tranquilizó un poco. ¿Y si los moteros solo deseaban tomarse una cerveza, aunque les gustara asustar a la gente? Lo más probable fuera que no tuvieran ni idea de quién era él y la relación que había mantenido con Jocke. ¿Cómo podrían saberlo? Habían tenido mucho cuidado en guardar su secreto. Por el bien de ambos. El acuerdo incluía que Jocke jurase por lo más sagrado que nunca diría nada de su negocio a nadie, y menos aún a los miembros del club. Pues entonces su trato tendría un repentino final. Patrik lo había dejado bien claro. Y llevaban años

dedicándose a ello. ¿Por qué deberían venir a buscarlo ahora que Jocke estaba muerto?

Sintió una fría corazonada. ¿Sospechaban que tenía algo que ver con el asesinato? Clavó la vista en la puerta vaivén de la cocina. Fuera, en el restaurante, el CD del grupo Los Lobos, que tocaba música folclórica mexicana, había dejado de sonar y reinaba un silencio inquietante.

Entonces oyó el clic metálico de la cerradura de la puerta de entrada que se cerraba y cómo bajaban las persianas que daban a la calle.

Buscó desesperado con la mirada algo con lo que defenderse. Encima de la cocina colgaba una hilera de cuchillos afilados que habían adquirido el mismo día que la Policía le requisó los viejos. Agarró el más grande. En ese mismo instante la puerta vaivén de la cocina se abrió de golpe y tres hombres se colocaron con las piernas separadas bloqueando la salida. El hombre de la barba trenzada lo miró con sarcasmo.

—¿Qué hay que hacer para que te rellenen la jarra en este local?

Silencio. Patrik Rosén miró horrorizado a los tres matones y comprendió que no tenía la más mínima oportunidad.

—¿Qué queréis? —consiguió articular.

—Bueno, ¿qué queremos, hermanos? —El hombre de la prominente barriga que parecía ser el jefe se volvió hacia sus colegas—. ¿Qué es lo que queremos? —repitió. Entonces arqueó las cejas—. Oye, tú, ese cuchillo parece peligroso. Por cierto, ¿no fue con uno de esos con el que mataron a nuestro amigo Jocke? ¿No era uno exactamente igual a ese el que enseñaron en el periódico?

Sus camaradas asintieron.

El jefe dio un paso adelante.

—¡Sabemos lo que hiciste, cabrón! —le gritó.

Los tres hombres avanzaron. En un último y desesperado intento por escapar, Patrik Rosén se precipitó hacia la puerta trasera.

Se le oscureció la vista antes de que lograra alcanzar el picaporte.

El sábado por la mañana Knutas estaba solo tomando la primera taza de café del día con el desayuno cuando sonó el teléfono. Los niños dormían y Line estaba en Copenhague. Tenía que acostumbrarse. Una ráfaga cálida recorrió su cuerpo al oír la voz de Karin, pero por su tono de voz comprendió que algo había sucedido.

—Hola, creo que tendrás que venir. Anoche encontraron a Patrik Rosén malherido en su restaurante.

—¿Qué dices? ¿Han detenido a alguien?

—No. De momento no sabemos nada. Solo que tanto él como el restaurante están destrozados.

Una hora después Knutas se encontraba junto a Karin y Wittberg en su despacho. Karin, que llevaba en la comisaría desde por la mañana temprano, relató lo que sabía.

—Ayer por la noche le propinaron una paliza a Patrik Rosén en La Cucaracha. Al parecer las heridas son muy graves, aunque su vida no corre peligro. Se encuentra hospitalizado y, según los médicos, no estará en condiciones de ser interrogado hasta dentro de un par de días, por lo menos.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Knutas.

—Se cree que le golpearon y le patearon, pero no se ha utilizado ningún arma. Está lleno de moratones, aunque no tiene heridas internas, excepto en la cabeza, donde recibió la mayoría de los golpes. Por lo visto tiene un pequeño hematoma cerebral que es necesario reducir antes de que podamos interrogarlo.

—¿Se encontraba solo en el restaurante cuando ocurrió todo? —inquirió Wittberg.

—He hablado con Isabel, su mujer, que está conmocionada. —Karin movió la cabeza—. Pobrecilla. Ese día Patrik tenía que haber cerrado el restaurante a medianoche. Las camareras y el cocinero ya se habían ido a casa cuando se produjo el ataque. No esperaba a Patrik hasta la una, así que se durmió y no notó su ausencia. La despertó el agente de guardia que la telefoneó y le contó lo sucedido.

—¿Quién llamó a la Policía?

—El local se encuentra en un lugar un poco apartado y no hay ninguna zona habitada cerca, así que lo más seguro sea que tardaran un buen rato en descubrirlo. Fueron unos jóvenes que pasaban por allí quienes dieron la voz de alarma al comprender lo ocurrido. Los destrozos en el restaurante no son demasiado importantes, se trata sobre todo de vajilla y vasos rotos. No parece que dedicaran mucho tiempo a destruir el local.

—¿Dedicaran? ¿Estamos seguros de que fueron unos cuantos? —preguntó Wittberg.

—Eso es lo que Sohlman sospecha. Está allí ahora. Hablé con él hace un momento.

—¿Hay testigos? —preguntó Knutas.

Karin negó con la cabeza.

—Hasta el momento ningún testigo se ha puesto en contacto con nosotros. Aunque esperamos que eso cambie durante el día. Tendremos que ir de puerta en puerta por la zona residencial más cercana, y a las oficinas de los alrededores, y ver si podemos rastrear a los clientes que visitaron el restaurante ayer por la noche. Hoy en día casi todo el mundo paga con tarjeta.

—¿Quiénes tenían el turno de noche?

—Lo cierto es que los vimos a los dos ayer cuando pasamos por allí —señaló Karin, y cabeceó hacia Wittberg—. Rafael, el cocinero mexicano, y una encantadora camarera llamada Daniella. Ella tenía un acento extraño. ¿Sabes de dónde podría ser? —le preguntó a Wittberg.

—No, no la oí. Estaba ocupado mirándola.

Karin no pudo menos que esbozar una sonrisa.

—¡No tienes remedio!

—Muy bien —dijo Knutas, y se restregó las manos—. Tenemos que encargarnos de este tema de inmediato. La paliza que le dieron a Patrik Rosén puede que esté relacionada con todo el caso. La cuestión es de qué manera.

El sábado por la mañana, al sentarse en el coche para ir a la redacción, a Johan le roía la mala conciencia por dejar sola a Emma. Era el día de la celebración del funeral de Jocke Eriksson y no le quedaba más remedio que trabajar.

La jornada anterior había transcurrido de forma borrosa. Después de comunicarle a Emma la dura noticia de la muerte, y conseguir que ella se calmara, fueron a buscar a Sara y Filip al colegio. Johan había llamado por teléfono antes para avisar a sus profesores y poder sacar a los niños de clase, pero Emma no quiso contarles lo sucedido hasta que llegaron a casa.

La noticia sobre la muerte de su padre, por supuesto, los dejó desconsolados. Por suerte, a los padres de Emma les dio tiempo a llegar desde Fårö con los pequeños y ellos se ocuparon de la intendencia.

Al mirar el móvil vio que Pia le había enviado un mensaje por la mañana en el que le pedía que, si tenía fuerzas, se pusiera en contacto con ella. No quería molestar con una llamada, teniendo en cuenta la tragedia que había afligido a la familia. Marcó su número y ella respondió enseguida. Después de conversar sobre lo dramático de la situación, Johan le preguntó qué pasaba.

—Ayer por noche sucedió algo —comenzó—. A Patrik Rosén le han propinado una paliza en el restaurante La Cucaracha. Está gravemente herido y se encuentra ingresado en el hospital.

—Joder. ¿Se sabe quién está detrás de eso?

—No. Y la Policía no dice nada. He ido hasta allí y he grabado el exterior del local. He conseguido hablar con gente que vive en los alrededores, pero nadie parece haber oído ni visto nada.

—Muy bien, voy para allá.

Una hora después Johan y Pia llegaron al lugar. El sol brillaba sobre el peculiar cubo de hormigón del club de motos y la pandilla de moteros vestidos de cuero. Sonny había encargado levantar un escenario en el exterior, donde también había un puesto de cerveza y dos mujeres que preparaban hamburguesas a la parrilla a destajo. Eran muy parecidas, ambas tenían el cabello

teñido en un tono rubio chillón, faldas de cuero negras, un cigarrillo entre los labios y gafas de sol sobre la frente.

Los dos periodistas procuraron, lo mejor que pudieron, pasar desapercibidos, pero se toparon con miradas de desconfianza y gestos de rechazo. Sonny les había explicado que en esos círculos la desconfianza hacia los periodistas era muy grande. Sin embargo, había conseguido convencer a la dirección del club de las ventajas de que la tele hiciera un reportaje sobre el funeral. Finalmente aceptaron. Johan se preguntó cómo conseguirían que alguien se dejara entrevistar. Decidieron esperar hasta después de la ceremonia. Todos parecían tener la vista fija en la cámara de Pia y le daban la espalda tan pronto como ella empezaba a filmar.

—¿Cómo cojones vamos a trabajar si todos nos rehúyen como si fuéramos unos apestados? — le susurró irritada a Johan.

—Tendremos que esperar un rato. Quizá luego se relajen un poco.

En ese mismo instante, Sonny subió al escenario. A su lado, una fotografía de Jocke reposaba encima de una mesa. Los grupos de personas se acercaron al escenario y enseguida todos se apelotonaron con la mirada puesta en Sonny. Pia comenzó inmediatamente a filmar, Sonny tomó la palabra. No había micrófono, pero su voz era potente y clara y la audiencia lo escuchó con atención. Johan contó en silencio hasta una treintena de personas. Sabía que también estaban presentes los miembros de otros clubes de la isla.

Pia se movía sin ningún reparo entre los asistentes, era obvio que había decidido ignorar por completo su actitud de rechazo. Por alguna extraña razón, la táctica pareció funcionar. Después de un rato nadie volvió a preocuparse por su presencia. Todos escuchaban el discurso emocionado de Sonny y dejaron hacer a Pia. Tenían que haber sido como verdaderos hermanos, pensó Johan cuando el hombre del escenario pronunció su discurso. Si bien era cierto que los miembros del club se llamaban constantemente «hermanos» entre sí, esto era algo completamente diferente. Sonny habló de Jocke como si hubiera sido su mejor amigo; al mismo tiempo se intuía un fuerte sentimiento, una conexión más profunda, casi amorosa. A Johan ese tipo lo tenía confundido. Si Sonny no se hubiera comportado con Pia de la manera que lo hizo, Johan habría supuesto que, a pesar de su imagen de macho, era homosexual. De puertas afuera el líder de los Road Warriors daba la impresión de ser un tipo duro, con todos esos tatuajes y la cabeza rapada. Vestido con chaleco de cuero y botas con tachuelas, era el orgulloso propietario de nada menos que siete Harley Davidson. Pero en su interior parecía sensible e infantil y se reía de una manera pueril tan pronto como Pia decía algo gracioso. Había descrito de forma poética la sensación de conducir a toda velocidad con su moto, la naturaleza, los animales y la belleza de la isla. Sonny era una autoridad y un líder en el mundo de los clubes de motos, y Johan había comprendido que era ampliamente admirado y respetado. Pero al mismo tiempo tenía otra cara. En ese momento pronunció un largo y emotivo discurso dedicado a su amigo desaparecido, tras lo cual recibió una gran ovación. Varios miembros de otros clubes subieron al escenario y pronunciaron algunas palabras en su memoria. Cuando todos hubieron acabado, Sony volvió a aparecer en el escenario y miró a la audiencia.

—Y ahora, queridos amigos, vamos a hacer lo que Jocke hubiera querido que hiciéramos. — Alzó la botella de cerveza que tenía en la mano—. ¡Emborracharnos hasta reventar! ¡Salud!

Pia se acercó a Sonny en cuanto descendió del escenario y le hizo una entrevista sobre lo que Jocke había significado para el club y viceversa.

—¿Quién era su mejor amigo aquí, aparte de ti? —preguntó Pia cuando hubieron acabado.

—Maddis —respondió Sonny sin dudarlo.

—¿Maddis? Eso suena a nombre de mujer.

—Y lo es. —Sonny miró a Pia un poco avergonzado—. Es mi chica, llevamos juntos unos cuantos años. Espero no haberte desilusionado.

—No —rio Pia—. En realidad no tenía pensado repetir lo que hicimos la última vez.

—Si hubiera estado libre, no lo habría dudado ni un momento —sonrió Sonny.

Encontraron a Maddis detrás de la barra del puesto de cerveza. Se trataba de una mujer delgada, morena, de pelo largo, que rondaba los cuarenta años. Casi un palillo. Vestía vaqueros, botas altas y un top negro.

—¿Podemos entrevistarte? —le preguntó Pia—. Sonny nos dijo que tú eras una de las mejores amigas de Jocke.

—Sí, es cierto. Claro que podemos hablar —dijo Maddis y sonrió—. Esa es la razón por la que estáis aquí. ¿Queréis una cerveza? Yo pienso tomarme una. Con suerte aún estarán frías.

Aceptaron las cervezas y fueron a sentarse a una de las mesas.

—¿Te parece bien si empezamos a grabar? —preguntó Pia—. Tú ya sabes de qué va todo.

—Será más espontáneo así —explicó Johan y alargó el micrófono.

—Claro —dijo Maddis complaciente—. ¿Dónde tengo que mirar?

—Mírame a mí —dijo Johan—. Fingiremos que no hay cámara, solo estamos tú y yo.

—Vale. —Maddis sonrió de nuevo—. Entonces encenderé un pitillo. ¿Está permitido fumar en la tele?

—Sí, claro.

Johan notó que le temblaban las manos al encender el cigarrillo.

—¿Cómo reaccionaste al enterarte de que habían matado a Jocke?

—Al principio no podía creer que fuera cierto. Él era uno de esos tipos que le caía bien a todo el mundo. Luego me puse muy triste y furiosa.

—¿Qué pensaste?

—Bueno, pensé si el asesinato tendría algo que ver con el robo del dinero. Tan jodidamente innecesario. Jocke tenía la habilidad de meterse en problemas, pero en el fondo era una persona dulce y de buen corazón.

—¿Con quién se relacionaba?

—No lo sé muy bien, no solía hablar de sus amigos ajenos al club. Nunca venía con nadie de fuera. Alguna vez le pregunté sobre ese tema y me dijo que no quería mezclar su otra vida con la del club. Este lugar era sagrado para él, no quería enturbiarlo con otra mierda. Solo en un par de ocasiones vino con unos amigos, un chico y una chica, pero de eso hace mucho tiempo.

Guardó silencio y le dio una nueva calada al cigarrillo.

—Oye, ya vale —dijo volviéndose hacia Pia—. ¿Puedes apagar la cámara?

Pia asomó sorprendida la cabeza detrás de la lente.

—Sí claro, si eso es lo que quieres, pero...

—Por supuesto, dejamos de grabar si te sientes incómoda —intervino Johan—. Apaga la

cámara —le dijo a Pia, y se volvió hacia Maddis de nuevo—. Ahora no vamos a grabar más y, si no lo deseas, no reproduciré lo que me digas. Te doy mi palabra de honor. Entonces, ¿no tienes ni idea de quiénes eran los amigos que trajo por aquí?

—Ni siquiera sé si vivían en la isla. Creo que siguieron viéndose, pero él nunca hablaba de ellos.

Johan sintió que eso era una pista. Jocke era uno de los ladrones y los otros dos habían sido un chico y una chica. Y todos a los que habían entrevistado habían afirmado lo mismo. Los ladrones parecían estar muy seguros y compenetrados.

Como si se conocieran de sobra.

El domingo llamaron los primeros testigos de la paliza en el restaurante La Cucaracha. Un hombre mayor que vivía en unos apartamentos al otro lado de la carretera llamó a la Policía para contar que el viernes por la noche había oído el zumbido de los motores de unas motos. Se encontraba en la cama a causa de un fuerte resfriado y la tos lo mantuvo despierto. El testigo escuchó el ruido de los motores en dos ocasiones, primero alrededor de las once y media de la noche y luego, de nuevo, una hora más tarde. Sin embargo, la fiebre le impidió levantarse para ver qué pasaba.

El hombre se puso en contacto con la Policía después de oír las noticias de la radio que narraron lo ocurrido y mencionaron que se buscaban testigos.

Todos los que se encontraban en el club Road Warriors, tanto visitantes como miembros, fueron llamados a declarar durante el fin de semana, pero no se obtuvo resultado alguno. Todos negaron de plano cualquier conexión con la paliza y se proporcionaron coartadas unos a otros. Los autores de los hechos tampoco habían dejado rastro, por lo que la Policía, hasta el momento, andaba perdida. Lo único que tenían era un testigo que había oído las motos por la noche y eso no era suficiente para detener a nadie. Y los clientes que estuvieron en el restaurante no tenían nada que decir. Habían pasado una noche agradable y no habían visto moteros ni a nadie sospechoso. El último cliente del restaurante pagó la cuenta a las 23:22, pero la Policía aún no había conseguido localizarlo.

Knutas y Karin salieron a comprobar los destrozos en La Cucaracha, pero no pudieron ver a Patrik Rosén. Seguía encontrándose demasiado débil para ser interrogado. Isabel, su esposa, negó rotundamente que Patrik tuviera algo que ver con los clubes de motos.

La jornada laboral se acercaba a su fin; Karin y Knutas estaban cansados y hambrientos. Decidieron salir e ir a comer algo juntos.

Era una cálida tarde de finales de verano y el ambiente olía a asfalto y mar. Resultó una liberación abandonar la comisaría y dejar atrás toda aquella miseria. Al menos por un rato.

Caminaron hasta el puerto y se sentaron en un restaurante con una terraza con vistas al mar. Allí servían aperitivos americanos. Ordenaron unos cuantos para compartir y una botella de vino para acompañarlos. El sol parecía una esfera roja sobre el mar.

—Se acerca el otoño —dijo Knutas—. Aunque ahora resulte difícil pensar en ello.

Les sirvieron la comida y se lanzaron hambrientos sobre ella. Ninguno de los dos deseaba hablar de la investigación y comieron en silencio.

—Por cierto, ¿cómo está Line? —preguntó Karin al poco rato.

—Bueno, apenas sé nada de ella. Ya se ha marchado a Copenhague. Casi no hemos hablado desde que se fue.

—¿Y cómo te sientes?

—Vacío. Extraño. Es como si de repente me hallara en una oscura incertidumbre. Nada cuenta, nada es permanente. La vida es un castillo de naipes que se puede derrumbar en cualquier momento.

—¿Por qué crees tú que llevo viviendo sola tanto tiempo? —preguntó Karin, y esbozó una sonrisa ambigua.

—Gracias por consolarme —dijo Knutas mientras atacaba otra ala de pollo picante.

—Lo siento. No quería decir eso. Entiendo que ahora sea duro, pero quizá también haya algo bueno en todo esto. A veces uno necesita sacudir la vida, abrir nuevas puertas, dejar entrar aire fresco. Probar nuevas cosas y tener otras perspectivas.

—Dios mío, qué bien suena todo eso. ¿Cómo te va a ti con tu Janne?

—Bien. Quiere que nos vayamos a vivir juntos.

Knutas dejó la roída ala de pollo en el plato y se secó con una servilleta, al tiempo que sufría un ataque de tos.

Bebió varios tragos de agua y la tos se calmó. Cuando volvió a mirar a Karin, ella notó de nuevo que le brillaban los ojos. Sería a causa de la tos, seguro.

—¿Vivir juntos? ¿A ti qué te parece?

—Me asusta, aunque también me seduce, claro. A veces estoy harta de vivir sola. Me gustaría compartir mis cosas con alguien.

—¿Tiene que ser justo él?

Karin miró a Knutas con sus grandes ojos marrones. Él se perdió en ellos.

—¿Tienes otra propuesta?

Ella le dio un trago al vino. Mantuvo fija la mirada.

De pronto surgió una tensión en el ambiente. La conversación había tomado un rumbo con el que no habían contado ninguno de los dos. Knutas no sabía qué decir, bebió vino para ganar tiempo. Siempre había sentido algo especial por Karin y ahora lo único que deseaba era lanzarse sobre ella.

Entonces sonó el móvil de Karin.

—Hablando del rey de Roma —dijo y arqueó las cejas.

—Hola. Sí, ya he acabado de trabajar. Anders y yo estamos en el Catch 22, en el puerto. Estamos comiendo algo y comentando el caso. Ah, sí, ¿estás cerca? Claro, ven, por supuesto. Muy bien. Hasta ahora.

Finalizó la conversación y se encontró la mirada de Knutas.

—Es Janne, viene para aquí.

—Tengo que irme —dijo Knutas, y se levantó de repente—. Pagaré la cuenta al salir. Nos vemos mañana. Adiós.

Abandonó la mesa antes de que Karin pudiera responder.

1994

Jocke pasó a recoger a Terese a las cuatro de la tarde. Terese había mentido a Susanne y le había dicho que iba a dormir a casa de Linda, una chica que había conocido en Catch 22 y que trabajaba en la cocina de vez en cuando. Se habían visto varias veces y Linda había prometido que la cubriría en caso de que a Susanne se le ocurriera llamar. Terese dijo que iría en autobús a la ciudad y abandonó caminado la casa en dirección a la carretera.

Jocke la recogió en la parada. Llegó conduciendo el viejo y destartado Amazon que le había prestado su hermano. Estaba pintado de color naranja chillón con algunas flores verdes. Jocke le contó que uno de sus hermanos era *hippy*, vivía en una comuna en Fårö y se pasaba el día fumando hierba. El otro era justo lo opuesto. Estudiaba economía en la Universidad de Estocolmo y era presidente de la asociación de estudiantes. A este nunca se le ocurriría prestarle el coche ni cualquier otra cosa a su hermano pequeño.

Tenían que ir a Klintehamn a recoger a un amigo de Jocke antes de continuar hasta la fiesta en el club de los Road Warriors.

Terese había dedicado la mayor parte de la tarde a arreglarse. Se lavó el pelo, se depiló las cejas y las piernas, y se pintó las uñas. Pasó varias horas delante del espejo eligiendo qué ropa ponerse.

Tan pronto como se sentó en el coche y arrancaron en dirección sur hacia Klintehamn, Jocke le pasó una cerveza. La ventanilla estaba bajada y él subió el volumen del estéreo al máximo.

—¡Estamos de fiesta! —gritó por la ventanilla.

A Terese le embargó una sensación de libertad transformadora, y dio un buen trago a la lata de cerveza antes de encender un cigarrillo. Bajó el volumen que hacía que los altavoces retumbaran y se volvió hacia Jocke.

—¿A quién vamos a recoger?

—A mi colega Degen, seguro que te gustará. En realidad se llama Diego, es chileno, pero vive en Suecia desde que era pequeño.

—¿Vive en casa de sus padres?

—No, no. Lo ha pasado verdaderamente mal en casa, como tú y como yo, y acabó teniendo problemas. —Jocke le lanzó una rápida mirada—. Asaltó algunas casas, robó unos coches y acabó

internado por darle una paliza a su padre. Degen se enfrentó al viejo cuando no aguantó más que el cabronazo pegara a su madre. Ahora está en uno de esos hogares de acogida de menores, o como se llame, en Klintehamn. Bueno, no es un lugar cerrado, puede entrar y salir, y parece estar a gusto. Vive en una casa con varias personas y trabaja en la panadería del pueblo.

—¿Cuántos años tiene?

—Diecinueve, como yo. Tú eres la canija del grupo.

—¿Siempre ha vivido en Gotland?

—No, no. Lo trasladaron aquí para alejarlo lo más posible de su casa. Es de Estocolmo, del barrio de Vällingby. ¿Sabes dónde queda?

—Pues claro. Está al oeste de la ciudad. Yo soy del sur.

Terese tiró la colilla por la ventanilla y abrió otra cerveza. Estaba deseando emborracharse. Hacía varias semanas desde la última vez. Llevaba tanto tiempo portándose bien que estaba a punto de enloquecer. Había trabajado unos cuantos días en Catch 22 y se lo había pasado realmente bien, pero era muy duro y llegaba muerta a casa. Dennis, el agradable chico de la barra, tenía una novia muy guapa y eso fue una desilusión. Eso sí, había ganado unos cuantos centenares de coronas al día, le pagaban en metálico cada tarde al acabar. Ahora tenía dinero y se había permitido el lujo de comprar un cartón de tabaco que Jocke le había conseguido a buen precio, y que ella ocultaba en su armario. Él también había conseguido algo de hierba que fumarían luego, por la noche. Terese tenía libre el día siguiente y el domingo podría dormir todo lo que quisiera.

—¿Qué clase de fiesta es la de esta noche? —preguntó.

—Uy, uy, uy, ya verás. Vendrá gente cojonuda. La fiesta de verano de los Road Warriors es muy popular. Asistirán todos los moteros que tengan algún amigo en el club, también la gente de los capítulos, es decir, de los clubes hermanos del continente, y una pandilla de tipos duros de verdad: los Ángeles del Infierno y los Outlaws. Aunque recuerda que muchos de ellos son mejores de lo que aparentan. —Esbozó una sonrisa.

Pasaron por Tofta y el mar se abrió a un lado de la carretera.

—Yo soy de aquí —dijo Jocke sin un ápice de orgullo en la voz—. Me bautizaron en la iglesia de Tofta, y mi casa no queda muy lejos. Te la enseñaré algún día.

Terese asintió. Le gustaría verla.

El agua emitía destellos, a lo lejos vislumbraron las islas de Stora y Lilla Karlsö elevándose sobre el mar. Había algo de niebla, así que apenas se distinguían. El sol por fin despuntaba tras las nubes después de varios días grises y lluviosos.

Al cabo de un rato llegaron a Klintehamn y entraron en la calle principal del pueblo.

—Esto es *downtown* Klinte —bromeó Jocke cuando pasaron por el supermercado Ica a un lado de la calle y la peluquería al otro. Había algunos comerciantes sentados, bebiendo cerveza en la terraza del único restaurante. Aparcaron frente a una imponente casa de fin de siglo rodeada de un bello jardín.

—Ya hemos llegado a la casa de Degen —dijo Jocke, y se apeó del coche—. Vive en casa de las personas que se ocupan del hogar de acogida. Son muy legales. A pesar de que tienen niños, dejan vivir en su casa a tipos como Degen. Eso es algo que no todo el mundo estaría dispuesto a hacer.

Terese sintió una punzada de mala conciencia al pensar en cómo se irritaba ella con Susanne. Tanto ella como Palle eran unas personas legales.

Tan pronto como entraron en el jardín se oyó un grito.

—¡Jocke! ¡Joder!

Un chico de cabello negro, con vaqueros raídos y un arillo en la oreja, salió de la gran casa de madera con los brazos abiertos.

—¿Qué tal, Degen?

Se abrazaron con cierta torpeza, como hacen los chicos. La mirada de Degen se dirigió a Terese. Sus ojos eran negros y cálidos. No era demasiado alto, aunque bastante fornido. Sus músculos se adivinaban bajo la camiseta. Jocke los presentó.

—Había oído hablar de ti. Me llamo Diego, pero todo el mundo me llama Degen.

—¿Nos vamos? —preguntó Jocke.

—Sí, claro. Estoy más que listo.

Sin dudarle un instante, Degen le abrió la puerta a Terese de forma caballerosa antes de sentarse en el asiento trasero.

Knutas alargó la mano en la cama hacia el lado de Line y lo acarició despacio por encima de la colcha. Le invadió una sensación de vacío. También pensó en Karin. Nunca había conseguido aclarar sus sentimientos hacia ella. Hasta el momento apenas había aceptado que existían y había apartado cualquier sensación de atracción o los pensamientos en los que ocasionalmente la veía más como mujer que como colega.

Ese día llegarían refuerzos de la Central, así que Karin podría aprovechar para ir a Estocolmo y visitar el club de boxeo tailandés donde habían visto a Jocke Eriksson en compañía de un amigo. Lo mejor sería que ella se alejara. En estos momentos su corazón estaba demasiado hostigado.

Fue andando hasta la comisaría. La calle estaba oscura y desierta, el aire de la mañana resultaba fresco tras el calor sofocante de los últimos días. Un gato solitario se encontraba sentado en medio de la calle y lo siguió con la mirada. El repartidor de periódicos se movía en bicicleta entre las casas y lo saludó haciendo una señal con la mano.

Cuando Knutas entró en la comisaría dio los buenos días al policía de guardia situado detrás de la garita de cristal, quien le asaltó con una pregunta inteligente.

—¿Despierto tan temprano?

—No tengo nada mejor que hacer.

Tan pronto como se sentó al escritorio, sacó la pipa del cajón superior y la cargó con cuidado mientras observaba la pila de papeles. Ahora, para variar, necesitaba una calada de verdad. Estaba prohibido fumar en la comisaría, excepto en la sala de interrogatorios. Hacía años que la sala de fumar de los empleados había desaparecido, pero en ciertas ocasiones él abría la ventana, encendía la pipa y deba unas caladas a escondidas. En realidad, era una situación absurda. Él era uno de los altos cargos policiales responsables del Departamento de Homicidios, pero ante sus

colegas se veía obligado a fumar a escondidas como si fuera un quinceañero. En qué país vivimos, pensó.

Se preguntó si sería igual en Dinamarca. Seguro que no. Los daneses eran mucho más liberales que los suecos. Allí hasta la reina fumaba en público sin que pareciera importarle en absoluto. Si pillaran a alguien de la familia real sueca con un cigarrillo en la boca, saldría en los titulares de toda la prensa.

Dinamarca, sí. Line había encontrado el camino a sus raíces. Algo le decía que era definitivo.

Abrió la ventana, se sentó en el alféizar y encendió la pipa. Visualizó el rostro de su mujer. Sus ojos inteligentes, su bonita sonrisa de dientes blancos. Line solía sonreír con mucha frecuencia, por lo menos antes. Las pecas. El cabello rojo que le caía como una espesa melena. Cuánto la había querido. Aún la quería. Ella era la madre de sus hijos y la persona que mejor lo conocía. Todos los días que habían pasado juntos. Todas las comidas compartidas. Cruzaron por su mente recuerdos de las vacaciones de verano, las fiestas de cumpleaños, los momentos de pesca... Instantes de sus vidas, eternamente grabados en su memoria. La expresión en el rostro de ella al dar a luz a sus hijos. Eran tan felices cuando dieron el primer paseo con el cochecito. Cuando pudieron permitirse comprar la casa de verano. Cuando la reformaron... ¿Qué sería de todo eso ahora?

De repente, Knutas se dio cuenta de que estaba llorando.

Y a había atardecido, las noches se habían vuelto más oscuras. Por la calle circulaban varios taxis, algunos se detenían y se apeaba un cliente. Varios transeúntes paseaban acompañados. Vestían trajes de chaqueta, o polos, vaqueros y camisas. Las personas que pasaban por la anodina entrada eran de diferentes edades y, probablemente, ejercían profesiones y provenían de entornos bien distintos. Aunque tenían algo en común. Todos eran hombres.

El club de *striptease* se hallaba en una zona respetable, frente a una de las iglesias más imponentes de la ciudad. Era más de medianoche y a esa hora aumentaba la afluencia de público al local, que se había hecho famoso en Estocolmo por ser uno de los más atrevidos. Hacía tiempo que el coito estaba prohibido en el escenario, pero allí se llegaba tan lejos como permitía la ley. Aunque lo que pasaba dentro de las cabinas privadas se guardaba en secreto.

Él llegó caminando desde el metro. Durante las últimas horas no le había quitado la vista de encima a la persona que tenía delante. En un pub del centro, el hombre al que seguía se había citado con alguien y ahora ambos dirigían sus pasos hacia la discreta puerta con la inscripción del nombre del club en pequeñas letras doradas. Había descubierto que el local también tenía fama de ser un lugar de encuentro para los delincuentes más avezados. En realidad, el sujeto de su interés no pintaba nada ahí. No pertenecía al grupo de criminales más peligrosos ni a los hombres que tenían poder, dinero o estatus. Quizá estaba ascendiendo en la jerarquía. El hombre que lo acompañaba apuntaba maneras. Un auténtico pijo con el pelo peinado hacia atrás, traje caro, reloj de oro y nariz prominente. Conversaban acalorados sobre algo que él no lograba oír, pero, a juzgar por sus gestos exaltados, se trataba de un tema que les preocupaba a ambos. Ninguno de ellos pareció prestarle atención.

Él los siguió hasta el interior del club. Pagó las trescientas coronas de la entrada y se introdujo en el local, con las paredes forradas de terciopelo. Inmediatamente se le acercó una rubia en *topless* poniendo morritos y le ofreció una bandeja con copas de champán. Al parecer, la copa de espumoso estaba incluida en el precio. Alcanzó una y se dirigió hacia el interior. Le sorprendió que allí hubiera tanta gente. Tuvo que buscar antes de encontrar una mesa de pie vacía bastante alejada del escenario donde mujeres medio desnudas se contorneaban alrededor de una barra americana. Tenía forma de pene erguido y el capullo lo formaba una bombilla parpadeante.

Simbólico de cojones, pensó. Allí, claro, se encontraba el foco, el centro del mundo. Alrededor de ese músculo blando giraban el poder, la prostitución y las declaraciones de guerra. Muchas de las crueldades de este mundo provenían de la prestación sexual de los hombres. Joder, qué asco. Pudo sentir una profunda aversión por su propio sexo.

Le dio un sorbo al champán y buscó a los hombres con la mirada. Las mujeres del escenario no le despertaban interés alguno, como mucho compasión mezclada con repugnancia. Tardó un rato en encontrar su objetivo, le preocupó haberlo perdido otra vez, pero surgió al fondo del local. Aún seguía junto al narigudo. Se situaron en la barra y enseguida le sirvieron una copa a cada uno. Parecían ser clientes habituales.

De pronto, sintió un fuerte deseo de acercarse, mirarle a los ojos, decir algo. Acabó el contenido de la copa, abandonó la mesa y se encaminó a la barra. La música se volvió más intensa y en el escenario cayeron las últimas prendas de vestir, entre silbidos y aplausos. Él apenas se dio cuenta, tenía la mirada clavada en el hombre acodado sobre la barra que hablaba animadamente con su acompañante.

Sintió deseos de clavarle la copa en el cuello. En ese mismo instante se chocó de forma accidental con un hombre trajeado que le dirigió tal mirada de perplejidad que le hizo volver en sí. ¿Era tan patente su odio? Tenía que tranquilizarse. Respiró hondo. Tenía que hacer algo. Evitar mirar al cabrón ese, pues era consciente de que si no se controlaba acabaría abalanzándose sobre él. Allí y ahora. Sin importarle una mierda las consecuencias.

Se encaminó, reuniendo todo el autocontrol del que era capaz, al lado opuesto de la barra y pidió una jarra grande de cerveza. Le dio un trago antes de avanzar a grandes zancadas en dirección hacia los dos idiotas; fingió tropezar de forma que derramó toda la cerveza sobre el hombre al que odiaba, al mismo tiempo que le propinaba un pisotón con todas sus fuerzas. Entre la oscuridad y la aglomeración, la gente de alrededor no se dio cuenta de lo que pasaba hasta que un grito se alzó sobre la música.

Desapareció por la salida antes de que nadie pudiera detenerlo y se alejó a toda velocidad por la calle. Cuando alcanzó a doblar la esquina y constató que nadie lo seguía, sacó un cigarrillo y lo encendió con dedos temblorosos. Fue consciente de que no podría controlarse más. La próxima vez sería el momento decisivo.

El hotel se encontraba en un escondido callejón de adoquines de Gamla Stan, en el centro de Estocolmo. Karin observó las esculturas a ambos lados de la puerta y la fachada cubierta de anclajes. Siempre se hospedaba allí cuando iba a la capital. Si bien Hanna le había ofrecido una habitación en su lujoso apartamento, ella prefería el hotel. No deseaba precipitarse. La relación todavía era frágil. Karin aún no estaba segura de que Hanna le hubiera perdonado por haberla dado en adopción justo después del parto. ¿Se podía perdonar una traición así? Karin prefería no hablar del padre de Hanna, el profesor de equitación que la violó cuando solo tenía quince años. Nunca fue denunciado y pudo seguir viviendo en paz con su mujer y sus hijos, y continuar dando lecciones a las niñas en el establo. Karin no sabía mucho sobre él, excepto que era estricto y autoritario, y mantenía cierta distancia con sus alumnas. Era formal. Menos en aquella ocasión.

Aborrecía pensar en ello.

A veces esos pensamientos la llevaban a la oscuridad más profunda. El agujero negro. Quizá esa fuera la razón por la que había vivido sola la mayor parte de su vida. No soportaba las relaciones intensas, pues más tarde o más temprano sería vulnerable, se vería obligada a abrirse, empezaría a preocuparse demasiado. Mejor evitarlo, pensó. No exponerse. Ella podría seguir viviendo sin sobresaltos su vida sencilla y libre de complicaciones. Con un trabajo que le proporcionaba suficientes desafíos y buenos colegas, Anders Knutas en particular, a quien estaba muy apegada y con quien colaboraba muy a gusto. Era su jefe, tenían sus roles, lo cual creaba cierto orden que le ayudaba a saber cómo comportarse. No se permitía otra clase de sentimientos. El entrenamiento con las chicas del equipo de fútbol la mantenía ocupada varios días a la semana. Sus padres seguían viviendo en Gotland, en Tingstäde, a una veintena de kilómetros al norte de Visby, aunque rara vez los visitaba. Nunca habían mantenido una buena relación y su forma de actuar en todo lo relacionado a la violación y los acontecimientos posteriores no contribuyeron a mejorarla. No tenía muchos amigos con los que compartir su tiempo libre, aunque tampoco sentía necesidad. Le gustaba estar sola.

Entonces conoció a Janne. Resultaba agradable tener a alguien que se preocupara por ella, importarle a alguien. Quizá se debiera a que se hacía mayor.

Se le apareció el rostro de Janne mientras hacía la maleta. Sus ojos sensibles, sus cálidas

manos, la voz rota. Él le había preguntado si quería vivir con él. Dios mío. Vivir juntos, compartirlo todo, transigir en todo, desde qué comer a qué programa ver en la tele. ¿Cómo podría aguantarlo, ella que estaba acostumbrada a cuidar de sí misma?

Y Anders. Line se había mudado. El matrimonio parecía resquebrajarse. Se quedó parada, se dejó caer sobre la cama con el neceser sobre las rodillas y la mirada perdida en el florido papel pintado. Un nuevo escenario. Nuevas reglas de juego. Nuevas posibilidades.

Permaneció un buen rato sentada.

Después de finalizar la reunión matutina, la inquietud le recorría las entrañas. Todos se encontraban trabajando en diferentes frentes. Él no era capaz de permanecer sentado al escritorio donde, en realidad, debería estar, ya que actuaba como eslabón de unión entre las distintas unidades que trabajaban en la investigación.

Esperaban la llegada de refuerzos de la Brigada Central de Homicidios al mediodía. Estos y la dirección del equipo de investigación habían acordado reunirse a las tres. Hasta entonces no tenía por qué quedarse en su despacho sin hacer nada.

La fotografía de Line en Lickershamn, tomando el sol en la playa, le sonreía burlona. La metió en el cajón del escritorio y lo cerró de golpe. No soportaba pensar en sus problemas personales. Se levantó de la silla y abandonó la comisaría informando de que se ausentaría un par de horas, pero que podrían localizarlo en el móvil.

Se sentó en su querido Mercedes, una reliquia modelo 1965, que aún estaba en condiciones. Line nunca comprendió su amor incondicional por ese viejo trasto. No le encontraba encanto, no apreciaba los asientos roídos de vinilo rojo, el volante blanco hueso, el olor a aceite o la palanca de cambios con su pomo de baquelita desgastado y sin brillo.

Salió despacio del aparcamiento y se dirigió hacia el sur. El calor había regresado y, como no tenía aire acondicionado, bajó la ventanilla e introdujo en el reproductor de CD su disco preferido, *Graceland* de Paul Simon; ese era el único detalle moderno del coche.

El viento le agitaba el cabello y se sintió algo más animado. Intentó concentrarse en el caso. Primero el robo, con el atropello de la pequeña que acabó de forma tan trágica, el incendio forestal, el asesinato en la casa deshabitada, la bolsa de dinero abandonada que alguien intentó abrir, la moto, las huellas de zapatos y las declaraciones de los testigos que hablaban de una mujer y un hombre de origen sureño. La paliza a Patrik Rosén, si es que tenía algo que ver con el caso. La afiliación de Jocke Eriksson a un club de motos, el tatuaje con las iniciales en la muñeca, sus contactos con delincuentes, tanto en Visby como en Estocolmo. ¿Qué tenía eso que ver? El chico había pasado por centros de internamiento de menores en varias ocasiones, y también estuvo en la cárcel de Svartsjö, que se encontraba a las afueras de Estocolmo. ¿Fue allí dónde conoció a sus colegas? La cárcel de Svartsjö también tiene un módulo para mujeres. ¿No debería quizá pedirle a

Karin que se pasara por allí ahora que se encontraba en Estocolmo?

Se le apareció el rostro de su compañera. Sus ojos, el hueco entre los dientes. Hacía un tiempo que se veía con el tal Janne Widén. Un tipo triste, carente por completo de carácter. Habían coincidido en un par de ocasiones; en realidad, solo se habían saludado y no intercambiaron más que unas palabras. El hombre tenía algo que, sencillamente, él no soportaba.

Apartó esos pensamientos que le ponían de mal humor. Luego llamaría a Karin. Ahora lo único que deseaba era tranquilidad. Subió el volumen y se dejó envolver por la canción *You can call me Al*. La letra coincidía de una forma desafortunada con su situación: la crisis de la mediana edad y la sensación de ruptura en la que se encontraba su vida en ese preciso momento. *Where's my wife and family? What if I die here?*

Lo único que podía hacer era cantar a coro.

1994

Terese nunca había visto tantas motos juntas en un mismo lugar. Había por lo menos cincuenta, aparcadas bien pegadas en un descampado delante de Kuben, que era como llamaban al local del club. Había grupos de hombres bebiendo cerveza por todas partes, vestían chalecos de cuero con diferentes insignias de clubes en la espalda. Unos eran jóvenes, calculó que tendrían alrededor de veinticinco años, pero la mayoría eran tíos mayores de unos cuarenta años. Jocke le había contado que el chaleco era un símbolo de estatus y una señal de pertenencia, que los hombres eran hermanos. Todos los miembros lo lucían en reuniones oficiales. Su propio chaleco, de momento, carecía de insignia. Soñaba con el día en que tuviera el honor de coser la insignia del club en la espalda. Entonces sería un miembro de pleno derecho y formaría parte de la hermandad para siempre. En las mismas condiciones que el resto. Entonces no necesitaría nada más en el mundo. La vida sería perfecta.

También había chicas, la mayoría vestía falda corta, top ajustado y tenían el pelo largo. Una pesada música de rock duro llegaba a través de las ventanas abiertas desde el bar de la primera planta, y la expectativa creció en su pecho al ver que el interior estaba a rebosar. Tan pronto como se bajaron del coche, Jocke sacó una petaca. El alcohol le quemó la garganta. Terese encendió un cigarrillo y miró con curiosidad a su alrededor. Alguien le saludó con la mano y ella reconoció al chico con la cabeza rapada con el que salieron hacía unos días. Jocke saludaba a la gente a diestro y siniestro y volvió a presentársela al rapado. Se enteró de que se llamaba Sonny y comprendió que se trataba de uno de los jefes. El ambiente era cordial. Continuas palmaditas en la espalda y risotadas.

—Ven, vamos. Tenemos que beber algo —dijo Degen, y fueron al bar, que estaba hasta arriba de gente y donde la música era ensordecedora.

Unas cuantas cervezas y chupitos de tequila más tarde, Terese se sentía completamente borracha. Colgaba del brazo de Degen y disfrutaba de su embriaguez, de encontrarse allí y de estar junto a él. De pronto cesó la música y Sonny se subió a un barril de cerveza. Agitó la bandera del club con la insignia y pidió silencio.

—Vale, hermanos, hermanos míos —gritó cuando obtuvo el suficiente silencio de la multitud—. Y hermanas —añadió con una sonrisa, y le pellizcó el culo a una chica que tenía al lado ante

los gritos de alegría—. Enseguida continuaremos con la fiesta, pero hay un par de cosas que debemos aclarar esta noche.

Ahora Terese descubrió que llevaba algo en la mano, pero no pudo distinguir qué.

—Antes que nada, tenemos que felicitar a un miembro que cumple cinco años con nosotros, Big Johnny *boy*. ¡Felicidades! ¿Dónde estás, gordo cabrón?

Risas.

Un muchacho con una enorme barriga cervecera se separó del grupo. Recibió un pequeño pin para colgar del chaleco con la inscripción: five years member. Eso ocasionó grandes aplausos que retumbaron en el tejado. A continuación, llegó la hora de otro desafío. Sonny miró a la muchedumbre y pareció satisfecho de la atención que le prestaban.

—Tenemos a un chico que ha trabajado duro en el club desde hace varios años. Sí, ha estado rondando por aquí desde que dejó de colgar de las faldas de su madre, y joder, no conseguimos deshacernos de él. Y aunque es solo un mierdecilla, es un mierdecilla de la hostia. Esta noche, el más joven en la historia del club pasa de ser un *hangaround* a ser un *prospect*. El nombre de este mierdecilla es... ¡Jocke!

Nuevos aplausos. Terese buscó a Jocke con la mirada, pero no pudo distinguirlo en la penumbra, entre todas esas barbas y chalecos de cuero. Luego apareció y estaba tan sumamente contento que Terese estuvo a punto de llorar. Jocke se adelantó y recogió los distintivos que Sonny ocultaba en la mano. Los alzó triunfante ante el público e hizo el signo de la victoria en el aire.

Sonny le tendió un vaso a Jocke y brindaron, vaciaron el contenido y tiraron los vasos por encima del hombro. Estallaron gritos de júbilo y enseguida varios grandullones agarraron a Jocke y lo mantearon varias veces.

Degen y ella se abrieron paso y lo abrazaron cuando por fin lo dejaron marchar.

—¡Soy feliz de cojones! —gritó Jocke—. ¡Feliz de cojones!

No pasó mucho tiempo antes de que Jocke se encontrara rodeado de chicas que se agolpaban a su alrededor. Su estatus había aumentado considerablemente. Ahora tenía el camino despejado para llegar a ser miembro de pleno derecho. Y llegar a las tías. Degen compró más bebidas y brindaron por su amigo. Terese clavó la vista en él. A cada trago se volvía más guapo. Él le sujetó la barbilla y la besó durante un buen rato. Ella se mareó y le gritó al oído que tenía que sentarse. Comenzaba a estar demasiado borracha.

La gente había empezado a bailar y Degen la condujo a través de un mar de cuerpos ondulantes y sudorosos. Subieron una escalera y al fondo del pasillo encontraron una habitación vacía con un sofá y un televisor. Se besaron, y él la acarició con suavidad por todo el cuerpo. Antes de que pudiera pensarlo yacía sobre el sofá mientras Degen le bajaba las bragas. La lengua de él se tornó más dura, tanteaba ansioso con las manos bajo su jersey y le desabrochó el sujetador. Soltó un gemido de placer cuando él palpó sus pechos. Los besó y los acarició mientras le quitaba el jersey por encima de la cabeza.

Ella se encontraba tumbada sobre el sofá completamente desnuda con la cabeza de Degen entre sus piernas cuando la puerta se abrió de repente. Se dibujaron en el umbral dos figuras oscuras.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo uno de ellos—. Aquí hay un poco de acción. La chavalilla ha perdido las bragas. ¿Y qué está haciendo este espagueti?

Degen se quedó paralizado y se detuvo. Alzó la vista hacia los dos hombres. Eran mucho

mayores que él y no reconoció a ninguno de ellos. No llevaban chaleco, así que no debían de pertenecer a ninguno de los clubes invitados.

—No molestamos, ¿verdad? —dijo el otro con un tono de superioridad—. No os importará tener un poco de compañía, ¿verdad?

Terese permanecía tumbada sin hacer ademán de moverse. Apenas se atrevía a respirar.

—Ahora tendrás que disculparnos —le susurró el primero a Degen en el oído—. Pero seguiremos nosotros, ¿sabes? Seguro que dos tíos de verdad pueden trabajarse este pequeño coñito mucho mejor que un pobre pollito como tú.

Sujetó el negro tupé de Degen y lo arrastró hacia la puerta. Él gritó y pataleó salvajemente, pero para el paquete de músculos que tenía frente a sí sus golpes parecían leves pinchazos. El otro recogió la ropa de Degen mientras miraba con avidez a Terese, tendida en el sofá desnuda, paralizada a causa del miedo.

—Vaya melones, no están mal. La chavalilla tiene mucho que ofrecer.

—Sí, joder —suspiró el otro—. Y tú, mierdecilla, largo de aquí. Y no digas nada a nadie o te mato, ¿puede entender eso tu cerebro de mono?

Le dio una patada a Degen en la barriga con todas sus fuerzas antes de abrir la puerta de par en par, lanzarlo afuera y tirarle encima el montón de ropa. A continuación cerró la puerta de un portazo y corrió el cerrojo por dentro.

Degen agarró el picaporte y tiró de él, pero la puerta tenía el cerrojo echado. ¿Qué cojones podía hacer? La música retumbaba, oyó el jaleo en la planta baja, la fiesta estaba en su máximo apogeo. Tenía que encontrar a Jocke. Se vistió deprisa y se apresuró escaleras abajo. Encontró a su amigo abrazado a una chica en la pista de baile y se vio obligado a separarlo de sus brazos.

—Dos tipos están violando a Terese ahí arriba —gritó en la oreja de Jocke—. Se han encerrado con ella.

—¿Qué coño dices? ¿Quiénes son?

—No tengo ni idea. No creo que sean de aquí.

Apenas tardaron un minuto en llegar a la parte trasera de la casa donde había una escalera de incendios que conducía a la habitación donde se hallaban los dos desconocidos con Terese. Jocke rompió la ventana con una barra de hierro que había encontrado por ahí. El ruido de los cristales rotos sobresaltó a los dos hombres.

—¿Qué cojones...?

Antes de que les diera tiempo a reaccionar, Jocke entró en la habitación seguido de Degen. Con la ayuda de la barra de hierro, golpes y patadas, consiguieron doblegar a ambos, y cuando Jocke agarró un trozo de cristal y le rajó el rostro a uno de ellos, de forma que comenzó a chorrear sangre, la pelea llegó a su fin.

Degen ayudó a Terese a vestirse y, tan pronto como pudieron, descendieron los tres por la escalera de incendios y corrieron hasta el coche.

Jocke condujo en la oscuridad tan rápido como pudo. Aún tenía una borrachera considerable y, al mismo tiempo, se encontraba conmocionado por lo sucedido en los últimos minutos. Se dio cuenta de que estaba temblando. Degen estaba sentado en el asiento trasero abrazando a Terese.

—Nos vamos a mi casa —decidió Jocke resuelto—. Mis padres no están.

Media hora después, el coche se detuvo delante de la casa de Tofta. Se encontraba en un paraje apartado y sin vecinos.

—Tengo que tomar algo —pidió Terese abatida—. Algo para tranquilizarme.

—No te preocupes —dijo Degen con suavidad, y le ayudó a salir del coche—. Tenemos tinto y maría.

—Quiero meterme de todo.

—Por supuesto, pequeña. Lo que quieras.

—Pero primero tengo que ducharme.

—Sí, claro.

Cuando Terese salió del baño envuelta en una toalla, Degen la condujo de la mano al sofá del salón.

—¿Podemos fumar hierba aquí dentro? —le preguntó a Jocke.

—Claro. Mis padres están pasando una semana en las Canarias. Me dará tiempo a ventilar.

Un par de porros y varios vasos de vino después, los tres comenzaron a relajarse.

—¿Quiénes eran esos cabrones? —preguntó Degen.

—No tengo ni idea. Tienen que ser del continente.

—Espero que no tengan nada que ver con los Ángeles del Infierno o algo por el estilo —manifestó Degen—. Porque entonces tendrás problemas, Jocke. La cara del tío ese no debe de haber quedado nada bonita.

—No lo creo, estoy casi seguro —dijo Jocke—. Recuerdo haberlos visto, estaban en el bar fanfarroneando. Gritaban y hacían el ganso. Ninguno de ellos llevaba chaleco y no los conozco, así que seguramente son nuevos *hangarounds* de algún otro club de por aquí, de Gotland, del continente solo han venido miembros, aparte de las tías. Si no, habrán venido con algún conocido. No lo sé. No los había visto antes. Cabrones de mierda.

Jocke lio otro porro. Terese yacía en el sofá con los ojos entrecerrados. La embriaguez le sentaba bien. Se encontraba aturdida y resultaba agradable estar allí tumbada, apoyada en el hombro de Degen. Él la acariciaba en la mejilla con ternura.

—¿Cómo estás, bonita?

—Bueno, ahora me encuentro bien. Bien... —balbuceó.

—Menudos cabrones de mierda. ¿Te hicieron daño?

—Apenas les dio tiempo a empezar. Mis héroes —murmuró—. Siempre estaremos juntos, ¿me lo prometéis?

—Sí, claro, ¡joder! Te lo prometemos —dijo Jocke.

—Por supuesto. Siempre cuidaremos de ti —susurró Degen.

—Siempre —dijo Terese, antes de cerrar los ojos y quedarse dormida.

Mientras Knutas conducía el coche por la calle principal de Klintehamn, los dramáticos acontecimientos ocurridos en el pueblo la semana anterior le parecían completamente irreales. Resultaba incomprensible que hubiera podido suceder algo así en ese lugar idílico. Circuló despacio pasando por delante de la biblioteca, del supermercado Ica, los bancos y la pastelería. Giró a la altura de Konsum, pasó de largo el restaurante Kustgrillen y el Pressbyrån.

No se preocupó por bajarse del coche y hablar con la gente. En ese momento no se sentía con fuerzas. Además, los interrogatorios tenían lugar en el otro extremo del pueblo. Siguió por el camino de vuelta a Visby y tomó el desvío a Sanda. Igual que los ladrones. En la bifurcación hacia Hejde un testigo había visto un coche negro seguir a toda velocidad al vehículo utilizado para la fuga. La cuestión era si se habían encontrado allí por casualidad, si perseguía a los ladrones o pertenecía a otro colaborador más. A pesar de las repetidas peticiones por parte de la Policía de testimonios relacionados con el coche negro, ningún otro testigo o conductor se había puesto en contacto con ellos.

Llegó al claro del bosque donde los ladrones habían quemado el coche de la fuga. Apagó el motor y se apeó. El terreno se hallaba chamuscado, la vegetación se había quemado, los árboles cercanos estaban negros, con las copas calcinadas. Todavía permanecía allí la cinta para acordonar, que colgaba flácida y triste entre unos pinos retorcidos. Reinaba un profundo silencio.

Se paseó un rato con la mirada fija en el suelo, buscando desesperadamente el más mínimo rastro que se les pudiera haber escapado a los técnicos de la Científica. Caminó a lo largo del sendero de tractores que se adentraba en el bosque, en dirección a la carretera. En algún lugar cercano a ella habían aparcado tres motos. No sabía con exactitud dónde, así que buscaba al tuntún. Tres motos, una la habían encontrado en la casa abandonada, parecía que la tierra se hubiera tragado las otras dos.

Hasta el momento, la búsqueda en los clubes de motos de Estocolmo no había dado resultado alguno. Jocke Eriksson no parecía guardar ninguna relación especial con los clubes del continente, si bien tenía conocidos entre ellos, sobre todo entre los capítulos de los Road Warriors. Y parecía que los colegas de su propio club desconocieran su vida fuera. En realidad no sabían nada, aparte de que Jocke había tenido una infancia difícil en casa y que la relación con sus padres era mala.

Claro que se habían dado cuenta de que consumía drogas de vez en cuando. Pero mientras sus actos no les perjudicaran no les importaba gran cosa. Quizá fuera porque los miembros eran más indulgentes con Jocke, ya que había rondado por allí desde pequeño y todos eran conscientes de lo mucho que el club significaba para él.

Se secó el sudor de la frente y se sentó en un tocón a la sombra. Sacó la pipa del bolsillo de la chaqueta y la encendió. Aspiró saboreando el humo y dejó que llenara sus pulmones. Los árboles a su alrededor permanecían como mudos testigos.

De pronto escuchó el crujido de los arbustos detrás de él. Un joven adolescente apareció sujetando una gruesa rama en la mano como si fuera un bastón. Tenía el rostro cubierto de pecas y dominado por un par de gafas de gruesa montura negra, el cabello peinado en punta, del color de la zanahoria, y vestía una camiseta amarillo chillón y unos pantalones cortos verde menta. Llevaba tiritas en ambas rodillas. Se detuvo y miró a Knutas con desconfianza.

—Hola —saludó el comisario.

—Hola. ¿Quién eres?

—Soy policía. Me llamo Anders Knutas.

—¿Qué haces aquí en el bosque?

—Estoy echando un vistazo. ¿Y tú, a qué te dedicas?

—Paseo. Lo hago todos los días.

El muchacho se rascó una picadura de mosquito en el brazo.

—¿No vas al colegio?

—Me ayudan en casa.

—Vaya.

Knutas no se preocupó de preguntar más por esto último. Notaba algo especial en la esbelta figura que tenía delante.

—¿Viste el fuego del otro día? —prosiguió.

—Claro que sí. El de aquí y el de Dans. Suelo pasear durante varias horas al día.

—Entonces quizá te hayas fijado en algo que pueda servir de ayuda en la investigación.

—Una vez vi tres motos en esa casa de Dans que se incendió.

Knutas se quedó perplejo.

—¿Viste quiénes las conducían?

—No. Llevaban monos de cuero y cascos, así que no pude verles la cara.

—¿Me puedes enseñar el lugar?

—Está muy lejos de aquí para ir andando. Para ti, claro.

—Podemos ir en mi coche.

Knutas cabeceó hacia el Mercedes.

—No puedo subir al coche de extraños.

Knutas esbozó una sonrisa.

—Lo entiendo muy bien. Este es mi carné de policía. Podemos llamar a tus padres y preguntarles. ¿Cómo te llamas?

—Svante.

El chico ojeó el carné.

—¿Eres comisario? Qué pasada. A mí me gusta el comisario Beck. ¿Tú también persigues a asesinos?

—Ese es mi trabajo y esa es la razón de que justo ahora yo esté aquí, en el bosque. Estoy buscando pistas.

—También vi a un tío raro.

—¿Dónde?

—En la casa de Dans. Fue en otra ocasión. Primero pensé que se trataba de uno del ayuntamiento, llevaba uno de esos chalecos como los que usan los que trabajan en la carretera. De esos brillantes, amarillo. Pero él no parecía trabajar en nada, sino que se movía de un lado a otro de la casa esa. Yo lo seguí y vi cómo miraba por la ventana e intentaba abrir la puerta. Ese día las motos no estaban.

Knutas escuchaba al singular muchacho con creciente interés.

—¿Cuándo ocurrió eso? ¿Recuerdas qué día lo viste?

—Fue el domingo pasado, pasé fuera todo el día. Si estoy libre suelo pasar muchas horas por ahí. Entonces hasta me llevo una bolsa de comida y todo.

Knutas sacó su teléfono.

—Tendremos que llamar a tus padres ahora mismo.

Johan se encontraba sentado delante del ordenador de la redacción. Buscaba en las agencias de noticias y en los periódicos algún nuevo detalle sobre la investigación de los ladrones y del asesino de Jocke Eriksson. Le costaba concentrarse. El fin de semana había sido un infierno: Emma destrozada, niños llorando, suegros conmocionados y tristes y, además, él se tuvo que ocupar de todo, asegurarse de que los niños comieran y cuidar a los más pequeños, que apenas entendían nada.

Cuando se acostó por la noche y Emma se durmió, se pasó el tiempo con la vista perdida en la oscuridad y sin poder conciliar el sueño. Joder, lo que echaba de menos Estocolmo, en especial ahora, cuando en Gotland todo era un auténtico caos. Claro que sentía muchísima pena por Emma y por la manera trágica en la que Olle había fallecido, pero a veces no podía evitar sentir que gran parte de sus vidas giraba en torno a Emma y su pasado con Olle.

Pia entró acelerada en la redacción y le sacó de sus pensamientos.

—Oye, he hablado con Sonny de los Road Warriors. Me ha dicho que no sabe nada de la paliza que le propinaron a Patrik Rosén. El sonido del motor de las motos podría ser de cualquiera. Hay mucha gente que tiene moto en la isla.

—En eso tiene razón —dijo Johan como ausente—. Por otra parte, si él estuviera involucrado nunca nos diría nada. ¿Sabemos si Patrik Rosén tenía negocios con esos clubes o con Jocke Eriksson?

—No, pero no podemos olvidar que nacieron el mismo año y proceden de localidades muy próximas —dijo Pia—. Apenas hay diez kilómetros de distancia entre Tofta y Klintehamn. ¿Irían al mismo colegio? ¿Coincidieron en el instituto, por ejemplo?

—Eso es fácil de comprobar.

—Por cierto, Sonny viene de camino —informó Pia satisfecha—. Dijo que tenía algo que contarme.

Johan apartó la mirada del ordenador y miró a Pia con interés.

—¿Sonny? ¡Vaya!

—He seguido dándole la lata sobre los otros dos amigos. Quizá haya dado resultado.

—Buen trabajo —dijo Johan con admiración, y se quedó impresionado por la capacidad de

persuasión de su compañera.

Al cabo de un rato Sonny Jonsson se encontraba sentado en la mesa de visitas, frente a una taza de café. Con su mono de cuero, sus tatuajes y sus *piercings* parecía, sin duda, un poco fuera de lugar en una oficina.

—He estado hablando con Maddis y ella cree que esto quizá sea importante, no lo sé. Maddis quería que fuese a la Policía, pero me negué. No me fío una mierda de esos cabrones.

—Está bien —dijo Johan, y miró con interés a Sonny—. Somos todo oídos.

—Jocke tenía un amigo que se llamaba Degen, pasó muchas veces por el club. Y no solo él, también le acompañaba una chica. Pero no me acuerdo de su nombre.

Pia y Johan intercambiaron miradas. Se hizo un silencio profundo en la sala. Sonny prosiguió:

—Los tres eran uña y carne, estaban muy unidos, aunque no se vieran a menudo. Y eran amigos desde hacía muchos años, desde la adolescencia. Creo que se hicieron íntimos después de un asunto ocurrido en el club.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Esa tía los acompañó a una fiesta de verano. Bueno, fue un fiestón, vino mucha gente del continente. Ella se emborrachó de lo lindo y por la tarde dos tipos intentaron violarla en una habitación del piso de arriba. Jocke y Degen consiguieron reducirlos. Jocke le rajó la cara a uno de ellos. Yo me enteré de eso mucho después. Nadie en la fiesta se enteró de lo ocurrido.

—¿No se denunció nunca la agresión a la Policía? —preguntó Johan.

—No, probablemente porque el muchacho se arriesgaba a que lo detuvieran por intento de violación. Pero esos tíos pasaron por aquí en varias ocasiones buscando sobre todo a Jocke. Por suerte solían venir cuando él no estaba. Y ni la chica ni Degen volvieron a aparecer por el club.

—¿Cómo te enteraste de esto? —preguntó Pia.

—Jocke me contó lo sucedido una tarde en la que estuvimos bebiendo juntos. El tipo al que rajaron quedó desfigurado de por vida. No puedo dejar de pensar que ese asunto pueda tener algo que ver con su asesinato.

—¿Quieres decir que la persona a quien le destrozaron la cara quería vengarse y por eso mató a Jocke? —dijo Johan con voz dubitativa—. ¿Y ahora podría ser el turno de los otros dos?

Sonny se encogió de hombros.

—Algo así.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Hace muchísimos años. Recuerdo que fue antes de que Jocke fuera miembro de pleno derecho, y eso pasó cuando él tenía veintiuno. Así que antes de eso. Como un año o dos antes, creo.

—Entonces hará unos quince años... —dijo Johan, después de un rápido cálculo mental—. ¿Por qué ha tenido que actuar justo ahora?

—Ni idea. Quizá resulte algo rebuscado —reflexionó Sonny—. De cualquier manera, después de eso Jocke cambió. Se hizo íntimo de Degen y de la tía esa, y todo lo relativo a ellos se volvió como una especie de secreto. Creo que se traía entre manos algo más con esos dos, pero no sé qué.

Karin nunca había acudido a un club de boxeo tailandés. Descendió por una escalera que llevaba a un sótano y acababa en un montón de zapatos esparcidos por todas partes. La pequeña recepción se hallaba encajada en una esquina, donde la recibió un joven con gorro de lana de colores chillones. ¡Con este calor!, pensó Karin. Se presentó y preguntó por el encargado. Había concertado una reunión. Este no se encontraba allí en ese momento, pero no tardaría en llegar. Si quería, mientras esperaba, podía entrar y echar un vistazo. Pero antes tenía que quitarse los zapatos. Obediente, se desabrochó los cordones de sus zapatillas de deporte.

En la sala de entrenamiento, un grupo de principiantes se preparaba para su lección. Eran sobre todo chicos de unos veinte años, aunque también había un par de chicas que parecían algo mayores. Tops, medias, cola de caballo. Los muchachos vestían camisetas y *shorts*. El techo era bajo y el local del sótano carecía de ventanas. El suelo estaba cubierto de gruesas alfombras verdes. Las paredes se encontraban revestidas de espejos y carteles de distintos luchadores de boxeo tailandés; Karin supuso que eran estrellas de ese deporte del cual no sabía nada. Del techo pendían unos polvorientos tubos fluorescentes, así como unos sacos de arena para entrenar.

Los altavoces emitían rock duro a todo volumen y la veintena de personas que en ese momento se dedicaban a calentar estaban concentradas por completo en lo que hacían. El entrenador, un muchacho delgado, musculoso y bajito, con el pelo rizado recogido en una coleta en lo alto de la cabeza, se movía por el local con mirada de halcón y se aseguraba de que todos hicieran lo que debían.

—¡Ritmo, ritmo! —gritaba para acallar la música—. ¡Vamos, esto no es un jardín de infancia! Dormir se hace por la noche. ¡Venga, venga, venga!

Todos trabajaban duro: hacían flexiones, *situps*, saltaban a la comba y practicaban boxeo de sombra. Karin se sentó en una banqueta y se quedó impresionada con la energía que se concentraba en la sala.

La lección comenzó y el entrenador siguió instruyendo y animando a sus alumnos. Se esforzaba al máximo en hacerlos trabajar con unas peculiares metáforas que, a oídos de Karin, resultaban bastante rebuscadas.

—¡Trabajo de pies, venga! ¡Trabajo de pies! Los bebés gatean, nosotros andamos. ¡Vamos,

vamos! Hombros abajo, giro, barbilla baja, mirada arriba. Pensad en el agua, el agua fluye.

El sudor bañaba a los participantes. Algunos de ellos se movían de forma mecánica intentando imitar los movimientos del entrenador lo mejor posible, otros eran de un talante naturalmente agresivo y lo daban todo con sed de sangre en la mirada.

Karin estaba tan fascinada que casi se olvida del asunto por el que había acudido al local. Cuando se le acercó un hombre que parecía tener su misma edad, recordó la razón por la que se encontraba allí.

—Hola, disculpe que llegue tarde. Soy Niko —dijo elevando la voz para hacerse oír por encima del sonido de la música.

Le hizo una señal para que lo acompañara y se sentaron en una sala.

Niko vestía pantalones cortos y una camiseta sin mangas. Tenía la piel oscura y músculos prominentes. Karin hizo lo posible por no quedarse admirándolo.

—Estoy buscando a un hombre que entrenaba aquí —comenzó—. Tiene unos treinta años y tal vez proceda del sur de Europa.

—De esos tenemos muchos. ¿No sabe cómo se llama?

—No, aunque algunas veces lo acompañaba un chico de Gotland con el pelo rubio, largo y rizado.

Karin le tendió la fotografía de Jocke Eriksson.

Niko pareció reflexionar, pero luego negó despacio con la cabeza.

—No tengo ni idea. Por aquí pasa mucha gente. ¿Sabe cuánto tiempo llevaba entrenando? ¿Si era principiante o de élite?

—Creo que llevaba un tiempo, aunque se trata de una suposición. En realidad, no lo sé.

—Tenemos varios grupos avanzados y somos tres entrenadores, así que quizá alguno de mis compañeros recuerde a la persona de la que habla. —Miró el reloj—. Joa acabará pronto la clase de los principiantes, entonces podrá hablar con él. Amanda entrena al siguiente grupo, así que estará ocupada aproximadamente una hora. Pero si no tiene prisa...

—Esperaré.

Cuando Joa, el entrenador, finalizó con su grupo, los participantes parecían estar exhaustos y en el local reinaba un fuerte olor a sudor. Karin pensó que si el ambiente estaba así después del primer grupo, cómo estaría para los pobres que entrenaran los últimos. Al parecer no había aire acondicionado.

Joa era un hombre joven de semblante serio. Toda su figura resultaba en cierta forma irreal. La piel pálida, el pelo rizado y el cuerpo flexible y esbelto. A pesar de que acababa de actuar como un duro entrenador, había algo frágil, casi angelical, en él. Cuando estuvieron el uno delante del otro, Karin se dio cuenta de que experimentaba algo que no había sentido nunca antes. Por primera vez en su vida se encontraba ante un hombre que no era más alto que ella y que probablemente pesara lo mismo, es decir cincuenta kilos para su metro sesenta. Un pensamiento súbito y prohibido cruzó su mente. Me pregunto cómo sería mantener relaciones sexuales con un hombre de mi misma talla. Pero la idea desapareció tan rápidamente como llegó.

Después de saludarse y de que ella le hubiera explicado la razón de su visita, se sentaron en unos taburetes de la sala de entrenamiento. El siguiente grupo se preparaba para empezar. Varias personas estaban sentadas o rondando por ahí, hablaban entre ellas y observaban a los que entrenaban. Había un espacio contiguo con un sofá, varias sillas, una mesa y una máquina

automática de café.

—¿Suele venir gente a merodear, que no entrena? —preguntó Karin.

—No, todos son socios del club, pero hay un grupo de personas a las que les gusta venir por aquí los días que no entrenan. Después de un tiempo acaban haciéndose amigos.

—¿Cuánto tiempo llevas en esto?

—Desde que tenía diecisiete años, ahora tengo veintitrés. Fui campeón de Suecia, en mi categoría, en 2008, y campeón escandinavo en 2009. Ahora, dentro de poco, me voy a Tailandia a participar en el campeonato del mundo.

—Vaya —dijo Karin—. Impresionante.

—Gracias.

Una sonrisa fugaz. Era, sin duda, un hombre guapo, pensó ella. No conseguía apartar la sensación de irrealidad.

—Estoy buscando a una persona que entrena aquí y puede que sea español o latinoamericano. Lo han visto en este club con un amigo llamado Jocke Eriksson, que fue hallado muerto en Gotland la semana pasada. Quizá hayas visto su fotografía en los periódicos. Es este.

Karin le enseñó la foto de Jocke.

—Sí, lo conozco —dijo Joa con un hilo de voz.

El corazón de Karin dio un vuelco.

—¿Estás seguro?

—Estuvo aquí muchas veces. Yo hablé con él. Así que es a quien asesinaron, no puedo entenderlo. Me acuerdo de él porque era de esa clase de tipos que hablan con todo el mundo. Y tenía ese acento de Gotland tan marcado. Además, se llamaba como yo. En realidad, me llamo Joakim.

Karin apenas podía permanecer sentada. Con una calma forzada hizo una nueva pregunta.

—¿Y la persona a la que acompañaba y que entrena aquí...?

—Lo llaman Degen. No sé su nombre de verdad. Espera, voy a mirar.

Joa se levantó del taburete de un salto y salió disparado hacia la recepción. Karin lo siguió impaciente. Él encendió el ordenador.

—Tenemos el nombre, la dirección y el número de teléfono de todos los que tienen carné, así que no será difícil dar con él.

De pronto alzó la vista con una expresión de sobresalto, como si se le acabara de ocurrir algo horrible.

—El agresor no es Degen, ¿verdad?

—No hay ningún sospechoso, pero queremos hablar con él para recabar información.

Joa se sintió satisfecho con esa explicación. Al parecer, no estaba demasiado al tanto de las noticias ni de las sospechas de la relación entre el robo al furgón blindado y el asesinato. O quizá, simplemente, no pensaba en ello.

A Karin se le ocurrió algo. Las iniciales en la muñeca de Jocke Eriksson: «J», «T», «D». ¿Quizá la «D» era por Degen?

—¿Sabes si Degen tenía un tatuaje? —preguntó ella mientras Joa buscaba en el ordenador.

Se detuvo.

—¿Un tatuaje? Pues no lo sé. De ser así, ¿dónde lo tenía?

—No es muy grande. —Ella le mostró el dedo gordo y el índice—. Solo tres letras. Jota, te,

de. —Karin alargó el brazo y se subió el jersey—. Aquí, en la parte interior de la muñeca.

—No, nunca lo vi. Aunque, por otra parte, al entrenar siempre se usan guantes, así que es difícil verlo. Yo tampoco soy su entrenador. Puedes preguntárselo a Amanda cuando acabe su clase. Ella era su entrenadora.

Joa volvió a concentrarse en el ordenador y siguió buscando en los registros. Le llevó un buen rato. De pronto pareció desconcertado, se detuvo y se quedó mirando la pantalla con cara de incredulidad.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—No lo encuentro. Pero espera.

Se volvió y se estiró hasta alcanzar un viejo libro de registro con polvorientas tapas negras que puso delante, sobre la mesa de recepción, produciendo un ruido sordo.

—Tenemos esto como medida alternativa —dijo con gesto astuto—. Por si se cae el sistema.

Karin se impacientó.

Joa rebuscó durante buen rato en el registro con detenimiento, pasó las hojas del libro adelante y atrás con gesto de preocupación.

—No entiendo nada. He buscado entre todos los que empezaron el curso de principiantes en primavera, cuando se inscribió. Pero no está. Joder, esto no tiene sentido. El muchacho ha desaparecido.

Joa se dio la vuelta y le lanzó un grito al chico joven del gorro color chillón. Lo más probable fuera que se notara la irritación de Karin, pues hasta Niko se unió a ellos y le pusieron al día sobre el problema. Después de que los tres se pasaran un cuarto de hora más rebuscando, Karin comenzó a perder la paciencia.

—¿Cómo puede desaparecer un miembro que sabéis que teníais? ¿Lo han podido borrar?

—Lo cierto es que no tengo ninguna explicación sobre lo ocurrido. No podemos resolverlo ahora —dijo Niko con gesto de disculpa—. Pero deje que nos ocupemos de ello. Hablaré con los empleados que tienen acceso a los registros y la llamaré tan pronto como encontremos a Degen o a alguien que sepa algo más sobre él. Como ya le dije, Amanda Sierra es la entrenadora de su grupo, pero acaba de ponerse enferma y se ha ido a casa.

Karin se quedó mirando fijamente al hombre que tenía delante. Estaba a punto de explotar. Se encontraba tan cerca...

—Procuren encontrarlo. Y si aparece por aquí, llamen inmediatamente a la Policía.

Le tendió su tarjeta de visita y subió apresurada las escaleras. Si permanecía allí un segundo más, estallaría.

Svante Hedström parecía expectante cuando ellos entraron en la sala de interrogatorios. Su madre también se hallaba presente. Esta se encontraba en casa cuando Knutas llamó y pudo acudir a la comisaría enseguida. Contó que su hijo padecía una forma leve del síndrome de Asperger y, por el momento, recibía las lecciones en casa. Le costaba mucho integrarse con sus compañeros de clase.

Knutas hizo todo lo posible para crear un ambiente afable y relajado en la estrecha sala. Charló con ellos y le ofreció un café a la madre y un refresco o un zumo a Svante. Era importante conseguir que el testigo se sintiera relajado, de otra forma, la evocación de los recuerdos podría resultar complicada. Por lo que veía, en este caso ese no era el problema. Svante parecía más que nada excitado por representar el papel de testigo. Al chico, aparentemente, no le afectaba en absoluto el ambiente frío e inhóspito. En cambio, se restregaba las manos y los dedos sin cesar, mientras miraba alrededor con los ojos abiertos como platos. Thomas Wittberg asistía como testigo, aun cuando no se trataba propiamente de un interrogatorio, sino más bien de una conversación para recabar más información sobre el hombre sospechoso que Svante había visto merodeando por la casa abandonada. Además, había un dibujante que intentaría realizar un retrato robot con las observaciones del muchacho sobre el hombre de la casa.

Knutas puso el magnetófono en marcha, pronunció las frases de rigor y se echó hacia atrás en la silla.

—El domingo veintidós de agosto viste a un hombre en la casa de Hejde. ¿Qué hora era?

—Por la tarde, sobre las tres o quizá las cuatro.

—¿Qué hacía?

—Daba vueltas y miraba, tiró del picaporte en varias ocasiones. Miró por los ventanucos, aunque son demasiado pequeños para colarse por ellos, si no, lo habría hecho. Parecía como si fuera a intentarlo, aunque no habría podido. Era demasiado grande y torpe.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era bastante alto, más alto que mi padre, creo, y él mide un metro ochenta y tres, ¿no? —Le dirigió a su madre una mirada inquisitiva; ella asintió—. Y también era más grande que mi padre, más fuerte, vamos. Gordo no, grande.

—¿Cuántos años crees que tenía si lo comparas con tu padre?

—Papá tiene cuarenta y tres, pero este tío era más joven, creo.

—¿Cuál era su color de pelo?

—Eso no lo vi, llevaba una gorra y no se le veía el pelo.

—¿Cómo iba vestido?

—Con vaqueros y llevaba el chaleco ese. —El muchacho se volvió de nuevo hacia su madre—. Ya sabes, de esos que suelen usar los empleados del ayuntamiento. Verde amarillento, que brilla. —Dirigió de nuevo la mirada a Knutas—. Ponía Ayuntamiento de Gotland en la espalda.

—¿Te fijaste en algo más de él? ¿Pudiste verle bien la cara?

—No fue fácil, porque la gorra no me dejaba verla, solo vi la parte de abajo. Por lo menos, vi que no tenía barba.

Knutas sacó una fotografía de Patrik Rosén del bolsillo interior de la chaqueta y la puso sobre la mesa, delante del muchacho.

—¿Es este el hombre que viste en la casa?

El chico observó la fotografía durante un buen rato.

—No lo sé. Podría ser él, aunque no estoy seguro.

—¿Cuánto tiempo pasó en la parcela?

—No sé, quizá un cuarto de hora.

—¿Qué hizo después?

—Regresó a la carretera y la siguió un rato, después continuó por otro sendero más pequeño de gravilla en dirección al bosque. Fue hasta un coche que estaba aparcado en un claro, se metió dentro y se marchó de allí.

—¿Y tú lo seguiste hasta allí? Qué valiente.

—Bueno...

Svante sonrió algo turbado.

—¿Viste el color del coche o tal vez la marca?

—Era un Toyota Corolla amarillo con matrícula OLW 437.

—¿Estás seguro? —exclamó Knutas sorprendido.

—Sí. Me acuerdo del OLW, pues esa es la marca de los aros de queso que nosotros compramos. Mi padre tiene cuarenta y tres años y vivimos en Ängsvägen 7.

Knutas respiró hondo.

—¿Dónde has estado? ¡Responde!

Al enfrentarse a Terese, los ojos de Susanne ardían de rabia. Eran las tres de la madrugada. Terese estaba como una cuba y lo único que deseaba era meterse en la cama. Pero Susanne se lo impedía.

Palle se encontraba de viaje de trabajo y los niños dormían.

Había transcurrido un mes desde el intento de violación en el club, y desde entonces Terese había intentado sacudirse el recuerdo de lo sucedido y, sin duda, había salido mucho de fiesta, pero es que tenía dieciséis años. Joder, no podían esperar que se pasara todas las noches viendo la tele con ellos.

—Déjame —masculló Terese—. A ti qué coño te importa.

Intentó esquivarla, pero Susanne le cerraba el paso.

—Ahora se ha acabado, ¿me oyes? No aguanto más. No te importa lo que te digo, te emborrachas y fumas y no me sorprendería lo más mínimo que también te drogaras.

—Déjame —repitió Terese—. Quiero irme a la cama, estoy agotada. Tengo que dormir.

—Yo, yo, yo —repitió Susanne—. Solo piensas en ti y en tus necesidades y pasas del resto. He hecho todo lo que he podido para que te sintieras a gusto, ¿y qué recibo a cambio? Nada. Nunca echas una mano en casa a la hora de limpiar o cocinar. Ni te haces la cama, joder. Nunca te ofreces para quedarte de canguro, aunque sabes más que de sobra que Palle y yo necesitaríamos poder salir un poco. Y nosotros, claro, somos demasiado discretos para preguntar. No queremos, por nada del mundo, que te sientas obligada a devolvernos favores, que sientas presión alguna, pues no la aguantas, pobre niña delicada. Pero salir de fiesta todas las noches, eso sí está bien. ¡Para eso sí que tienes energía!

Susanne tenía el rostro blanco de ira. Terese nunca la había visto así de enfadada. Y le hacía gracia, la persona perfecta, con el pelo revuelto y un ridículo camisón con angelitos estampados. A Terese se le escapó la risa.

—¿Tienes la desvergüenza de reírte de mí mientras estoy aquí sin pegar ojo y preocupadísima? Eres un témpano de hielo, seguro que ni siquiera sabes deletrear la palabra *empatía*. Nos mientes a la cara, como cuando dijiste que ibas a dormir a casa de Linda y te fuiste

a la fiesta del club. ¡Con todos esos bandidos! Y también eres una ladrona. Sí, no te lo he querido decir antes por consideración, hay que mimarte tanto... Pero tanto Palle como yo sabemos que nos robas dinero. ¿Crees que no me doy cuenta cuando desaparecen billetes de cien coronas de mi monedero o cuando sisas dinero del tarro de la cocina? O cuando, de repente, en el bote de monedas de Palle solo hay monedas de una corona o de cincuenta céntimos... Te has llevado todos los billetes de diez y de cinco coronas. Eres una descarada. Tú, que recibes tantas cosas de nosotros, te damos más paga de la que te mereces, según asuntos sociales. ¿Y acaso nos lo agradeces? No, qué va. Tú solo quieres más y más.

Terese se sentía impotente en el salón y miraba fijamente a Susanne sin pronunciar una sola palabra. Así que ahora, por fin, salía todo. Como si Terese no lo hubiera sabido siempre, ahora Susanne decía por fin lo que sentía de verdad. En realidad no la quería ahí. Así estaban las cosas.

La ira creció en su interior y se le nubló la vista. La vieja seguía y seguía. Sin parar. Tenía que hacerla callar. Terese levantó la mano y le propinó un golpe en la boca. Debió de dárselo más fuerte de lo deseado, pues Susanne cayó al suelo.

—¿Qué diablos haces? ¡Estás completamente loca! ¡Fuera, fuera de mi casa!

Se puso en pie y se abalanzó sobre Terese y la golpeó con los puños. Terese se zafó, corrió a su habitación y se encerró. Marcó el número de teléfono de Jocke con dedos temblorosos.

—La vieja ha enloquecido. ¿Puedes venir a buscarme?

—Claro. Ahora mismo voy para allá.

Se largó de la casa dando un portazo que hizo retumbar los cristales de las ventanas.

El lunes por la mañana llegaron por fin los refuerzos de la Brigada Central. Martin Kihlgård entró en el Departamento de Homicidios armando alboroto, como de costumbre, seguido de dos colegas. A estas alturas, el robusto y jovial comisario era bien conocido en la comisaría. Durante los últimos años, en que ayudó a la Policía de Visby a resolver distintos casos de homicidio acontecidos en Gotland, se había vuelto muy popular gracias a su buen humor y a su espontaneidad. Además, era un reconocido experto, lo que había contribuido también a su fama.

Knutas se encargó de que hubiera bollos de canela recién hechos para acompañar el café, pues de lo contrario seguro que Kihlgård empezaría a quejarse en el primer cuarto de hora.

La reunión comenzó después de que todos los miembros del equipo de investigación hubieran saludado al recién llegado. Habían surgido muchos asuntos nuevos y tenían varios cabos sueltos que atar.

Knutas comenzó con el resumen de lo que Svante Hedberg había contado durante el interrogatorio. El coche era ahora la pista más caliente.

—Resulta que se alquiló en Avis, en el aeropuerto, el veinte de agosto, es decir, cinco días antes del asesinato de Jocke Eriksson. A las nueve y media de la mañana, con el nombre de Alvar Björkman. Pero en la lista de pasajeros de la compañía aérea no había nadie con ese nombre. En Gotland solo vive un Alvar Björkman y se trata de un anciano de Fårö que tiene noventa y cinco años; lo investigaremos, al igual que a los otros tres Alvar Björkman que hay repartidos por el país, aunque todo apunta a que el coche fue alquilado con una identidad falsa.

—¿Ha hablado alguien con la persona que atendió al tal Alvar? —preguntó Kihlgård, y se estiró para alcanzar un bollo.

A Knutas le gruñía el estómago. El aroma de los dulces recién horneados era tentador.

—No, la compañía de alquiler está investigando el asunto; se pondrán en contacto conmigo tan pronto como localicen a la persona en cuestión.

—¿No hay ninguna cámara de vigilancia que haya podido grabarlo mientras alquilaba el coche? —preguntó el fiscal Smittenberg.

—Hay muchas cámaras en el aeropuerto, pero justo ahí no hay ninguna, así que por desgracia no podemos contar con imágenes.

—¿Y el coche? —preguntó Wittberg—. ¿Dónde está ahora?

—Ha sido requisado y lo traerán aquí esta tarde para que lo examinen los técnicos.

—¿Cuándo lo devolvieron?

—El jueves por la mañana un empleado recogió las llaves del buzón que tienen en el aeropuerto. No estaban ahí a las seis de la tarde del miércoles, cuando vaciaron el buzón, así que tuvo que devolver el coche entre las seis de la tarde del miércoles y las ocho de la mañana del jueves.

—Eso significa que en el aeropuerto puede haber testigos que lo hayan visto —apuntó Wittberg.

—Sí, esa es una de las cosas de las que tenemos que ocuparnos. ¿Te puedes encargar tú de eso?

—Por supuesto. También hay azafatas guapas en tierra —sonrió Wittberg.

Nadie quiso prestar atención a su comentario. Desde que acabó su último romance veraniego, Wittberg se comportaba peor que nunca. Los compañeros se preguntaban cuándo su miembro más joven sentaría la cabeza. Wittberg había cumplido treinta y cinco años, pero por lo que respectaba a las mujeres su desarrollo parecía haberse estancado en la veintena.

—¿Alquilaron el coche a otra persona después de Alvar Björkman? —preguntó Kihlgård entre bocado y bocado. Le cayeron varias migas sobre la camisa.

—No, no se lo alquilaron a nadie durante el fin de semana, y ni siquiera les dio tiempo a lavarlo. En eso hemos tenido suerte. En el mejor de los casos podría haber algún rastro —apuntó Knutas.

—Hablando de lavar: ¿alguien le ha echado un vistazo a los garajes de lavado de coches de la ciudad? —lanzó Sohlman.

—¿Sería tan atrevido? —pensó Wittberg en alto—. ¿Llevarlo a una gasolinera cualquiera y lavarlo allí?

—Quizá por fuera del coche no se viera gran cosa, ¿qué sé yo? Pensaría que no corría ningún riesgo.

Sohlman bajó los brazos. Parecía estar de mal humor. Quizá se debiera a que ninguno de los escenarios del crimen había aportado pistas de interés.

—¿Cuándo volverá Karin de Estocolmo? —preguntó Kihlgård.

—Depende un poco de cómo vayan las cosas, quizá vuelva mañana mismo —dijo Knutas.

—Nosotros, por nuestra parte, hemos investigado los contactos de Jocke en la capital. Compartía piso con un conocido traficante de Farsta, en realidad era un pequeño camello, pero muy activo, por lo menos antes. Se llama Milovan Djokovic, un tipo que se ha pasado encerrado la mayor parte de su vida.

—¿Como el tenista? —interrumpió Wittberg—. Djokovic.

—¿Qué?

Kihlgård pareció algo confundido.

—Olvídalo —dijo Wittberg—. Continúa.

—Bueno... —carraspeó Kihlgård, que al parecer había perdido la concentración durante un instante—. Hemos hablado con este Djokovic y afirma no saber mucho sobre la vida privada de Jocke, aparte de que era drogadicto y sobrevivía cometiendo pequeños delitos y gracias al comercio ilegal de alcohol. Djokovic asegura que él abandonó todo hace tiempo. Aparte de eso,

no hemos encontrado nada importante que investigar. Pero seguimos trabajando en ello. ¿Qué dice su familia?

—Tendríamos que volver a hablar con sus padres —admitió Knutas—. Solo hemos conversado con ellos en una ocasión y ambos estaban bastante conmocionados, apenas pudieron decirnos nada sobre las relaciones personales de su hijo, aparte de lo que ya sabemos. Que no tenía novia, por lo menos que ellos supieran, y que pasaba la mayor parte del tiempo en Estocolmo. La última vez que salió con una chica fue hace seis meses. Todavía no hemos conseguido localizarla.

—¿Cómo se llama? —preguntó Kihlgård.

—Kitty, como la de los libros de Kitty, Adamsson.

—Como la vieja marca de condones —intervino Wittberg, y se hizo mucha gracia a sí mismo. Knutas le lanzó una mirada de hastío.

—Entonces nos encargaremos de ella —dijo Kihlgård, con la boca llena de bollo. Cabeceó hacia sus dos colegas de Estocolmo que se hallaban sentados en silencio y dejaban que su jefe, que era viejo en el gallinero, manejara la conversación.

—Por último, tenemos la agresión a Patrik Rosén —dijo Knutas—. Pudimos interrogarlo hoy, pero asegura que no recuerda nada de la paliza, aparte de que entró un grupo de cuatro personas que pidieron cerveza. Luego solo se acuerda de que le dieron un fuerte golpe en la cabeza.

—¿Pudo describir a los hombres? —preguntó Kihlgård.

—Apenas. Dijo que eran de mediana edad y vestían de negro. En cambio, conseguimos localizar al último cliente que pagó en el restaurante el viernes por la noche. Se trata de un joven que visitó el local acompañado de su novia. Nos contó que, tarde, cuando estaban cerrando, entró en el restaurante un grupo de moteros agresivos. Se sentaron y pidieron cerveza. A su novia y a él les resultaron tan amenazantes que decidieron pagar e irse.

—Vaya —dijo Kihlgård, y se limpió con cuidado la boca con una servilleta—. ¿Y qué dice Patrik Rosén de eso?

Knutas le dirigió a Kihlgård una mirada irritada. ¿No podía el hombre dejar de comer?

—Sostiene que tampoco lo recuerda —prosiguió—. No parece que lleguemos a ningún lado de momento. Pero tenemos suficiente material con el que trabajar, ¿o no?

—Entonces, lo mejor será que nos pongamos en marcha —dijo Kihlgård, se levantó y se llevó un bollo antes de salir.

Knutas contó mentalmente que debía de ser el cuarto.

Karin y Hanna habían acordado verse en Ramblas, el restaurante español de tapas, en Södermalm. A Karin le gustó el local nada más entrar. El ambiente era relajado, el interior acogedor. Las paredes estaban recubiertas de un panel de madera oscura, había sencillas y rústicas mesas con una mantelería discreta. En el interior de las copas reposaban las servilletas rojo y gualda. Redes de pesca, guitarras, botellas de vino, faroles rojos y candelabros con velas encendidas en las ventanas. De los altavoces salía música española a un volumen que permitía conversar. A pesar de ser lunes, estaba lleno.

La capital tenía algo que hacía que Karin la echara de menos. Siempre había gente por todas partes, personas nuevas, un bullicio continuo, veinticuatro horas al día, trescientos sesenta y cinco días al año. No como en Visby, que pasaba la mayor parte del tiempo invernando, por lo menos en lo referente a la vida nocturna. Después de las seis de la tarde, cuando cerraban las tiendas, apenas se veía un alma por la calle durante los diez meses de temporada baja.

Hanna había reservado, y se sentaron a una mesa junto a una ventana que daba a la calle. La camarera vestía de negro, llevaba el cabello recogido en una coleta y tenía un tatuaje en el cuello. Pidieron un vino español y agua. Karin observó a su hija mientras esta hojeaba la carta. Estaba tan guapa sin maquillar. Tenía veintinueve años, aunque parecía diez años más joven. Su delicada figura ayudaba, a Karin le había ocurrido lo mismo. Eran increíblemente parecidas, no solo físicamente; además, las dos vestían vaqueros, zapatillas de deporte y camiseta.

—¿Qué quieres comer? —preguntó Hanna—. Aquí tienen tapas buenísimas, podemos pedir varias para compartir. Hay muchas cosas que puedo comer.

Hanna no comía carne, pescado, marisco ni huevos.

Se decidieron por unos cuantos platos y Hanna ordenó en español, idioma que hablaba con fluidez.

Karin la escuchó impresionada. Esa era una gran diferencia entre ellas. Hanna se había formado mucho. Hablaba varios idiomas, leía muchos libros y había ido a la universidad, en Estocolmo y en Luleå, donde se licenció en Ingeniería. Además, había viajado por todo el mundo con su familia. Karin nunca podría haberle ofrecido algo así.

—Brindemos por nuestro nuevo encuentro —dijo para cambiar de asunto, y alzó la copa. A

veces se sentía inferior a su hija, procedían de dos mundos completamente diferentes.

—Salud. ¿Cómo te fue en el club de boxeo tailandés?

—Bien. Saqué alguna información. Gracias por tu ayuda, resultó un dato muy útil.

—Pero cuéntame —dijo Hanna impaciente—, ¿has encontrado al tipo ese?

—Digamos que la cosa progresa, aunque no tan rápido como quisiera —dijo Karin en tono reservado—. Tendré que quedarme unos días en Estocolmo. Buscaré a esos dos tipos. Lo más probable es que no sean unos peces gordos. Quizá robaron el furgón blindado para subir de estatus y escalar en la jerarquía criminal. Eso suele ocurrir.

—¿Qué? ¿Hay gente que hace eso solo para demostrar que son unos tipos duros?

—Pues sí. Y dejan víctimas por el camino.

—Joder, qué asco —dijo Hanna—. Pienso en esa pobre niña que murió.

—Sí, terrible. Estamos haciendo todo lo que podemos por encontrarlos.

Llegaron las primeras raciones y Hanna explicó en qué consistían: patatas asadas con una salsa picante roja, alcachofas marinadas, tortilla de patatas, *hummus* con aceite de oliva, gambas al ajillo. A Karin se le hizo la boca agua al ver esas exquisiteces. Eran más de las ocho de la tarde y no había probado bocado desde el almuerzo.

—Ahora cuéntame cómo te va —dijo Karin.

—No ha ocurrido gran cosa, sigo trabajando. Justo ahora estamos realizando un gran proyecto de construcción en la zona de Värtahamn. Ya sabes, en los próximos años se va a edificar mucho por allí. Kim y yo estamos pensando en irnos a vivir juntas. Me lo lleva pidiendo desde hace tiempo, pero yo no estoy segura. No solo porque sea mucho más joven que yo, solo tiene veintiún años, sino porque si se viene a vivir conmigo será bajo mis condiciones. Tengo miedo de que haya un desequilibrio en nuestra relación, aún mayor del que ya existe por la diferencia de edad. Aunque no deja de darme la lata. Todavía vive en casa de sus padres, pobre.

—Qué curioso —dijo Karin—. Tú y yo nos encontramos en la misma situación, aunque al revés. Janne quiere que me vaya a vivir con él.

—¿Y vas a dejar tu apartamento, que es precioso? —exclamó Hanna aterrorizada. Cuando fue a visitarla durante el verano, se quedó maravillada del sencillo y encantador apartamento abuhardillado con vistas al mar y a los tejados de Visby.

—No, eso ni pensarlo. En todo caso lo alquilaría. Es de mi propiedad.

—¿Y tú quieres irte a vivir con él?

—No lo sé. Es verdad que me gusta mucho y a veces la soledad me cansa. Al mismo tiempo tengo miedo por todo lo que eso significa de consideración y compromiso. No sé si podré aguantarlo. Siempre he vivido sola.

Hanna le dio un trago al vino y miró a Karin inquisidora.

—¿Por qué? ¿Por qué no has tenido relaciones serias?

La respuesta tardó en llegar.

—La intimidad me ha resultado difícil. Yo no tenía una buena relación con mis padres y luego ocurrió..., bueno, ya sabes. Los hombres me daban miedo.

—Hay otras alternativas.

—Sí, pero yo nunca he sentido atracción por las mujeres. Las cosas son así. Aunque mucha gente ha pensado que era lesbiana. Ya sabes, soy policía, vivo sola, entreno a un equipo de fútbol femenino, mi estilo de vestir no es particularmente delicado. En realidad, encajo en los viejos

clichés.

La mirada de Karin se quedó clavada en un enorme cuadro que dominaba la pared opuesta. Una española con traje rojo de flamenca bailaba en un tablao alzando orgullosa los brazos por encima de la cabeza.

Hanna se rio.

—En cambio, me lo transmitiste a mí.

—¿Nunca te han interesado los hombres?

—Cuando era adolescente salí con alguno. Lo intenté, vamos, aunque no me parecieron particularmente interesantes. Yo siempre he encontrado a las mujeres mucho más guapas y atractivas. En una fiesta conocí a una chica con la que me besé y después de eso ya no hubo vuelta atrás. Desde entonces no he vuelto a tocar a un hombre. De esa manera, claro.

—¿Cuántos años tenías entonces?

—Diecisiete.

—¿Cómo se lo tomaron tus padres?

—Bien. Al principio se sintieron algo conmocionados y, en lo más profundo de su ser, seguro que piensan que es una pena que no vayan a tener nietos. Por lo menos no de la forma convencional. Aunque nunca lo han insinuado siquiera. Y están encantados con Kim.

—¿Cómo me alegro!

Karin observó a su hija al otro lado de la mesa. Nunca antes habían conversado con tanta confianza. La comida se acabó, al igual que el vino. Hanna ordenó café y copas para ambas. Al alzar el vaso su mirada era cálida.

—Salud, mamá.

Un rayo ardiente cruzó el cuerpo de Karin. Hanna nunca antes la había llamado «mamá».

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas sin que pudiera evitarlo.

—Pero mamáita —dijo Hanna, se inclinó sobre la mesa y le acarició la mejilla—. Me gustas, creo que eres una mujer fuerte y te admiro. Estoy tan contenta de que me buscaras. Perdón por ser tan torpe al principio, es que no sabía cómo manejar todos los sentimientos que despertaste en mí. Claro que siempre había pensado en quién serías y claro que deseaba ponerte en contacto contigo, pero me daba miedo lo que pudiera encontrarme. A lo mejor pasabas de mí por completo, por ejemplo, y eso no lo habría podido soportar.

Ahora Karin lloraba desconsolada. No conseguía contenerse. Estaba saliendo todo lo que había ocultado en su interior durante tantos años, todo lo que había intentado controlar, ahí sentada, sollozando en la servilleta. De pronto sintió cómo Hanna la arropaba entre sus brazos.

—¿Puedes perdonarme por haberte abandonado? —gimió Karin, con el rostro pegado al cuello de su hija.

—Te perdoné hace mucho tiempo.

Por primera vez, sin contar el breve instante en la sala de partos siendo Hanna una recién nacida, Karin pudo abrazar a su hija de verdad.

Habían tenido que pasar treinta años.

La piscina de Solberga se encontraba casi desierta, solo una joven entrenaba al estilo mariposa en una de las calles rápidas. Knutas hacía largos a un ritmo tranquilo en su lateral habitual de la piscina. Al otro lado de las cristaleras que daban a la calle, el sol había adquirido un brillo más otoñal. Habían pasado casi dos semanas desde el atraco al furgón blindado y el asesinato de Jocke Eriksson. A pesar de la ayuda de la Brigada Central, la investigación no progresaba demasiado. Karin se quedó estancada en Estocolmo. No consiguió localizar al hombre llamado Degen que entrenaba en el club de boxeo tailandés. Pero el hecho de que se llamara Degen lo convertía, sin duda, en interesante, pues la letra «D» era una de las iniciales tatuadas en la muñeca de Jocke Eriksson. Recordó el tatuaje. La «J» era de Jocke, la «D» probablemente de Degen y faltaba la «T». Si el tercer atracador era una mujer, la «T» debería ser la inicial de su nombre.

¿Qué relación mantenían estas tres personas? No conseguía comprender por qué se comportaban con tanto secretismo. Muchas personas del variopinto abanico de conocidos de Jocke Eriksson habían dicho que tenía un par de amigos en Estocolmo, un chico y una chica. Y lo único que la Policía había conseguido aclarar era el club donde entrenaba Degen, y allí parecía acabar todo.

El interrogatorio con Amanda, su entrenadora, tampoco condujo a nada. Aseguró haber entrenado a Degen, pero nunca habló con él. Reconoció que quizá se olvidó de inscribirlo.

De todas formas, Karin había regresado a Gotland y él estaba contento de ello, aun cuando le costara comportarse de forma natural en su presencia. Ahora era consciente de lo que decía, de cómo se movía y cuidaba su apariencia. Desde la marcha de Line había ido a entrenar varias veces a la semana. Por las tardes se quedaba en casa tumbado en una alfombrilla en el salón y veía las noticias mientras hacía flexiones y abdominales. Sus hijos se burlaban de él. Parecía, por supuesto, un patético hombre de mediana edad abandonado que hacía desesperados intentos por mejorar su imagen.

De forma automática, imprimió algo más de fuerza a sus brazadas y aceleró el ritmo. En el agua se tornaba ingravido y libre, y se le aclaraban las ideas.

Repasó mentalmente el trabajo de investigación de la última semana. El coche alquilado a nombre de Alvar Björkman tenía restos de sangre en el asiento y en el suelo que resultaron

pertenecer a Jocke Eriksson. El Laboratorio Estatal de Criminología trabajó con gran celeridad, superándose a sí mismo. Por lo tanto, no había duda alguna de que fueron los ladrones quienes habían alquilado el Toyota.

Los centros de lavado de coches no aportaron nada positivo, ninguno de los empleados recordaba haber lavado un Toyota Corolla durante el tiempo en cuestión y nadie notó nada fuera de lo común. Y el joven Svante, que vio al delincuente, no pudo aportar los suficientes detalles como para poder llevar a cabo un retrato robot.

Por lo que respectaba a la paliza propinada a Patrik Rosén, el padre de la pequeña, este seguía manteniendo que no recordaba nada de la agresión, aparte de que los agresores vestían monos de cuero. No tenía ni idea de por qué habían ido a por él. Y no consiguieron sonsacarle nada más sobre el asunto.

Knutas se sentía cansado de todo. Para colmo de males, Kurt Fogestam, su colega de Estocolmo, le había telefoneado esa semana y le recordó su eterna preocupación: el caso Petrov. Según un testigo, Vera Petrov y su marido habían sido vistos en Las Palmas de Gran Canaria. Quizá la información fuera cierta, la Policía local tendría que comprobarlo. De momento solo cabía esperar, dijo Fogestam. Eso era justo a lo que Knutas se había dedicado durante cuatro años. Esperar. Y lo exasperaba.

Cuando hizo mil metros y salió de la piscina. Se colocó desnudo delante del espejo del vestuario. Se dio la vuelta de un lado a otro y constató desilusionado que en su barriga apenas se veía diferencia alguna a pesar de que, últimamente, había cuidado su alimentación. Se inclinó hacia delante y estudió el rostro y el cabello. Todavía lucía un bronceado veraniego que le sentaba bien, aunque tenía unas cuantas arrugas alrededor de los ojos, en particular cuando sonreía o reía, pero eso no le preocupaba demasiado. Peor eran las canas, aunque apenas se veían de momento. Se arrancó unas cuantas. La piel debajo de la barbilla comenzaba a colgar, pero ¿qué podía hacer? Solo quedaba aceptarlo. Lo único que faltaba era que se sintiera tan desesperado que decidiera hacerse un *lifting*. ¿Eso lo hacían también los hombres? Nunca antes había pensado en ello. En cambio, sabía que había hombres que se inyectaban bótox, lo había visto en la televisión.

De repente se dio cuenta de que empezaba a preocuparle el paso del tiempo, toda una novedad. Se le apareció el rostro de Karin. ¿Tendría que ver con el creciente interés por su colega, doce años más joven? Dios mío, debía espabilar. Solo porque Line pasara seis meses fuera de casa...

Comenzaba a acostumbrarse a que no estuviera allí. Petra y Nils era más amables que antes, se esforzaban de verdad y cocinaban, hacían la compra y limpiaban más de lo normal. Quizá se apiadaban de él y deseaban facilitar las cosas. Una de las ventajas era que ahora tenía más contacto con ellos, había empezado a sentarse por la tarde a tomar un café y charlar de una forma completamente distinta a cuando Line se hallaba presente.

Karin. Últimamente se había sorprendido en varias ocasiones sintiendo una fuerte atracción, sobre todo cuando estaban a solas.

Se descubrió fantaseando que mantenían relaciones sexuales. No comprendía qué le pasaba, nunca solía pensar en otras mujeres así. Durante todos esos años solo había existido Line. Aunque siempre había habido algo especial con Karin.

No iba a tener mala conciencia, pensó con orgullo.

Line se lo había buscado.

1994

Al principio, cuando Terese se despertó, no supo dónde estaba. Alzó la vista al techo y con la mirada nublada siguió a un escarabajo, que se deslizó despacio por el techo y descendió por la pared opuesta. Tenía calor y se quitó la manta de una patada. Se giró hacia un lado y se encontró delante del atractivo rostro de Degen. Lo observó mientras dormía. Sus rasgos eran delicados, las cejas negras y espesas, la boca fina con un arco de cupido claramente marcado. Su nariz, recta y elegante. Yacía de lado en posición fetal abrazado a sí mismo. Parecía frágil y a ella le embargó una fuerte sensación de ternura.

Después del intento de violación, Degen siempre había sido considerado con ella, estaba pendiente y la cuidaba. Se aseguraba de que se encontrase bien. Le preguntó si quería ir a la Policía y poner una denuncia.

Nunca en la vida pasaría por eso. Ni tampoco Degen. Pues fue él quien la llevó a la habitación y le quitó la ropa. Quizá le echaran la culpa a él de todo lo ocurrido. Si ponía una denuncia, Jocke podría ir a prisión por el corte en la cara.

En solo unas semanas Jocke, Degen y ella se habían hecho íntimos. Parecía como si se conocieran de toda la vida, ahora los dos chicos eran sus mejores amigos. Se habían convertido en la familia que ella siempre había añorado. Se tatuaron sus iniciales en las muñecas. La prueba de que siempre permanecerían juntos. Tan pronto como Degen y ella salieran de sus hogares de acogida, los tres se irían a vivir juntos a Estocolmo. Los adultos se podían ir al infierno.

Suspiró y siguió al escarabajo con la mirada. Había llegado a la ventana, caminó alrededor del marco y ahora regresaba de nuevo al techo.

Se preguntó si podría seguir viviendo con la familia Stenfors. Susanne se negaba a hablar con ella y estaba cabreadísima con que se hubiera hecho el tatuaje sin pedir permiso. Para la mañana siguiente habían convocado una reunión de urgencia en la oficina de asuntos sociales.

Al pensar en cómo se desarrollaría sintió un retortijón en el estómago. Quizá la volvieran a cambiar de casa. En realidad, no le apetecía. Tenía a Jocke y a Degen, le gustaban los gemelos y se llevaba bien con Palle. La única pesada era Susanne. ¿Qué se había creído? ¿Que Terese se transformaría en un ángel con tan solo entrar en el hogar de su maravillosa familia?

Aunque, joder, claro que la vieja tenía razón. Ella había robado dinero y alcohol, a pesar de la

generosidad de Susanne y Palle. Tenía que espabilar. Se sintió culpable al pensar en la mirada desilusionada de Kristoffer cuando ella una vez más le decía que no podían jugar con el ordenador, al pimpón o al parchís. Terese tenía que poner un poco de su parte. Si se lo permitían, se quedaría allí en Gotland hasta cumplir los dieciocho años y después se iría a vivir con Jocke y Degen.

Terese decidió que todo se arreglaría a la mañana siguiente cuando fueran a la oficina de asuntos sociales, pero las cosas no salieron según sus planes. Ellos ya se habían decidido. No importó nada lo que ella tuviera que decir.

—Bueno, al parecer no avanzamos mucho —constató Viveka al fin, y miró con cara de preocupación a Terese al otro lado de la mesa—. Si es así como Palle y Susanne se sienten, no hay mucho más que yo pueda hacer.

A Terese, la humillación le quemaba las mejillas. Había intentado explicarle a Palle y a Susanne que estaba arrepentida de su última explosión de ira y de su comportamiento en general, pero que iba a esforzarse. Había prometido no volver a robar. Pero nada de eso sirvió. Fueron inquebrantables. Susanne parecía implorar mientras le explicaba su punto de vista.

—Terese, me gustas mucho, de verdad, pero esto no funciona. He procurado ser cuidadosa durante meses y me he esforzado para que te sintieras a gusto y querida en nuestra casa. Pero he notado cómo empiezas a adueñarte más y más de la familia y cómo todos nos tenemos que acoplar a ti, y no quiero que las cosas sigan así. También tengo una responsabilidad como madre, tengo que pensar en mis propios hijos y en cómo se sienten. Tú no ejerces una buena influencia: dices palabrotas, fumas, das portazos y te enfadas a la mínima, y yo veo cómo ellos se encogen. Desaparecen en sus habitaciones tan pronto como pueden después de comer, ya no pasamos tiempo juntos. He notado que últimamente apenas oigo sus risas, está claro que les cuesta relajarse. Y ellos tienen que sentirse seguros y tranquilos en su propia casa. Además, tengo fuertes sospechas de que te drogas. Sí, Palle también lo cree.

Terese mantenía la vista perdida en la cortina verde y fea que colgaba en la ventana; le ardían las lágrimas detrás de los párpados.

—Es una pena, de verdad, pero no podemos hacer otra cosa —añadió Palle—. Estoy seguro de que entiendes que también tú eres responsable de todo esto. Además, también has robado dinero en el restaurante.

—¡Yo no he hecho eso, joder! —gritó Terese; ya no pudo contenerse más. Comenzó a llorar—. Os podéis ir a la mierda los dos. ¡Os odio!

Se levantó, abrió la puerta y se largó de allí. Salió a la calle, donde el sol brillaba sin compasión desde un intenso cielo azul. Buscó un cigarrillo mientras se alejaba corriendo de la oficina de asuntos sociales. No la atraparían. De ahora en adelante se las apañaría por sí misma.

Johan y Pia iban en el coche camino de la iglesia de Tofta para asistir al entierro de Jocke Eriksson. A pesar de la investigación de las últimas semanas, no habían conseguido averiguar nada más sobre quiénes eran los amigos de la víctima. Hasta el momento lo único que sabían era lo que les había contado Sonny del club de motos.

Johan le había pedido ayuda a la redacción de Estocolmo para que buscara entre los círculos criminales y los clubes de motos de la capital, pero no condujo a ninguna parte. También podría ser que no hubieran insistido lo suficiente, pensó Johan, pues sabía de sobra cuáles eran los recursos con los que contaba la redacción local. No se perdía el tiempo con asuntos que no fueran a proporcionar algo a cambio, es decir, una noticia que ayudara a rellenar la emisión del día. No podían permitirse otra cosa.

En Gotland sus pesquisas tampoco dieron resultado. Buscaron en los círculos que frecuentaba Jocke, pero ni una sola persona sabía nada de Degen ni de la chica. Tuvo que guardarse muy bien la relación para sí mismo. La cuestión era por qué.

A su lado, Pia tarareaba las canciones pop de Mix Megapol, donde la voz untuosa del presentador repetía con persistencia que allí se mezclaban los *hits* actuales con los mejores temas de siempre. Pia paró al divisar la iglesia de Tofta sobre un campo donde florecía una alfombra de amapolas de color rojo púrpura.

—¡Joder, qué bonita!

La iglesia estaba construida según el estilo de Gotland, encalada y con una torre revestida. Se veía con claridad desde la carretera de la costa que salía de Visby hacia el sur, y estaba rodeada de prados donde pastaba un rebaño de ovejas negras.

Al entierro habían acudido unas cuarenta personas. Todos los miembros del club Road Warriors se encontraban presentes, vestían sus chalecos de cuero, como le habría gustado a Jocke. Otras cuantas personas que solían pasar por el club también habían acudido a honrar a su camarada desaparecido. Además, había llegado gente de los clubes del continente; al igual que a los Road Warriors, se les distinguía por sus monos y chalecos de cuero, coletas largas, tatuajes y *piercings*.

Después de que Pia y Johan aparcasen, saludaron a Sonny y a su novia Maddis, que estaban fumando un cigarrillo junto a un grupo de tipos con chalecos de cuero. Les preguntaron si luego podrían recoger algunos comentarios. Estaban de acuerdo. Aguardaron a acercarse a la familia de Jocke, tendrían que esperar y ver cómo se sentían después del entierro.

Cuando Pia sacó la cámara, varias personas le dieron la espalda. No se dejó perturbar, sino que colocó el trípode y se puso a grabar. Johan se movió entre los grupos de personas que había en la cuesta de la iglesia, observando. No deseaba molestar antes de que empezara la ceremonia.

Cuando repicaron las campanas de la torre se acercó a la puerta de la iglesia.

—Yo me quedo aquí fuera —dijo Pia—. Odio los entierros. Además, no podemos grabar dentro de la iglesia. Ve tú.

Se sentó en el muro de piedra que se extendía alrededor de la explanada de grava que rodeaba la iglesia.

—Vale. Hasta luego.

—Hasta luego.

Johan entró y fue a sentarse en uno de los bancos de las últimas filas. Ya que se encontraba allí en calidad de reportero y no deseaba hacerse notar. A veces el trabajo le hacía sentir sucio. Como si estuviera allí para aprovecharse del dolor de la familia. Observó a la gente que lo rodeaba.

No pudo evitar pensar en Olle. Pronto llegaría el día de su entierro. Pobres niños y pobre Emma. La vida de Olle había acabado justo cuando se encontraba en su plenitud. Johan recordó que solo unos días antes de que ocurriera el accidente habían hablado de los planes que tenía de viajar en otoño a Nueva York. Le acompañarían Sara y Filip.

Fue consciente de la facilidad con la que la vida podía cambiar. El pensamiento resultaba vertiginoso e incomprensible. De pronto, dejar de existir. No ver crecer a sus hijos, no compartir con Emma las penas y las alegrías. Nunca más experimentar nada. La muerte era un fenómeno extraño. ¿Cómo podía alguien vivir y trabajar, traer niños al mundo, formar parte de una comunidad, tener amigos y familia, significar algo para otros y luego simplemente morir? ¿Desaparecer para siempre? Los días seguían pasando, las semanas se volvían meses y años, mientras que para el difunto todo era oscuridad. Sencillamente no existía. La vida continuaba más o menos como de costumbre para el resto mientras que uno se había convertido en un esqueleto dentro de una tumba o en cenizas en una urna.

Una mujer se dejó caer con cuidado a su lado e interrumpió sus pensamientos. Se sentó en el borde del banco. Llevaba medio rostro oculto tras unas grandes gafas de sol, pero no hizo el menor gesto de quitárselas. Mantenía la cabeza alta y miraba al frente. Llevaba sombrero y el cabello recogido de forma que no pudo determinar su color. Era más o menos de su misma edad, quizá algo más joven. Se fijó en sus piernas delgadas enfundadas en unos pantalones negros. Calzaba, extrañamente, unas zapatillas de deporte también negras. Se restregaba de vez en cuando las manos y Johan se fijó en que tenía un tatuaje en la muñeca.

Un momento después escuchó que comenzaba a sollozar y no pudo menos que girar la cabeza y lanzarle una mirada furtiva. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Se le ocurrió acariciarle una mano.

Ambos permanecieron sentados juntos sin saber a quién tenían a su lado.

Knutas y Karin se sentaron en las sillas de tijera junto a los tubos del órgano de la iglesia de Tofta, invisibles para los asistentes, mientras observaban con tranquilidad a la congregación. Cada uno de ellos portaba unos prismáticos para estudiar con detalle a aquellos que habían acudido al entierro de Jocke Eriksson. Karin también iba equipada con una cámara de fotos. Cabía la posibilidad de que sus dos cómplices fueran tan atrevidos como para decidirse a asistir. Por esa razón los dos policías llevaban como protección chalecos antibalas y sus armas reglamentarias.

Los medios no habían vuelto a mencionar a las dos personas que buscaba la Policía, y durante la última semana el caso había estado bastante tranquilo. Cuando no sucede nada nuevo en la investigación, enseguida se enfría el interés de los periodistas. El silencio de los medios quizá contribuyera a que ambos colegas se sintieran más seguros.

En la primera fila se sentaban los familiares más cercanos. Los padres vestían algo desaliñados, con la ropa ajada y los zapatos desgastados. La madre parecía nerviosa y tenía la mirada perdida, y el padre, pálido y con poco pelo, presentaba claras huellas de su alcoholismo en la fina red de visibles vasos capilares de su rostro. Los acompañaban sus otros dos hijos. El mayor, Göran, era un *hippy* con largas rastas rubias y una camisa de batik con el símbolo de la paz en el pecho. Vivía en una comuna en la isla de Fårö y, según sus propias palabras, se ganaba la vida vendiendo en las playas durante el verano bisutería que hacía él mismo. Los inviernos los pasaba en Jamaica, donde tenía mujer e hijos.

Jörgen, el hermano mediano, parecía el más aseado. Llevaba una vida completamente diferente a la de sus hermanos y, por lo que Knutas sabía, nunca había estado involucrado en ninguna irregularidad. Durante el interrogatorio dijo desaprobar todo lo relacionado con las drogas, la criminalidad y el mundo de los moteros. Estaba casado, tenía dos hijos y vivía en un chalé en Endre, justo al otro lado de las murallas de Visby. Trabajaba como economista para una gran empresa. Se sentaba, junto a su mujer, entre sus padres; vestía un traje negro, camisa blanca bien planchada, cuello almidonado y corbata blanca. Era alto y fornido, llevaba el cabello oscuro y reluciente peinado hacia atrás y no guardaba el más mínimo parecido con Jocke Eriksson. Su rostro transmitía serenidad. Resultaba difícil creer que fuera hermano de Jocke.

Knutas se dedicó a contemplar el interior de la iglesia, donde se reunía una variopinta

multitud: aguerridos moteros, familiares impecables, *hippies*, educados compañeros de escuela, un grupo de conocidos criminales y drogadictos de distinto pelaje que, al parecer, se habían esforzado por resultar presentables, con ropa que procedía sobre todo de contenedores y del ropero de la Cruz Roja.

La ceremonia transcurrió entre sollozos diseminados entre los bancos y música de órgano con vacilantes cantos de salmos que revelaban un cierto desconocimiento de las letras entre los congregados, o quizá se debiera a un sentimiento de pudor.

Knutas y Karin estudiaron a cada uno de los asistentes con sus prismáticos sin saber muy bien qué buscaban. De repente, Karin llamó la atención de su compañero mediante un discreto toque en el costado.

—Mira los bancos de la penúltima fila a la izquierda —susurró—. La mujer que parece estar sola, en el lateral. Ese lugar antes estaba vacío, ha tenido que entrar la última. Y mira quién está sentado a su lado.

Knutas dirigió los prismáticos en la dirección que Karin le señalaba.

Vio a una mujer joven con sombrero y grandes gafas de sol negras. Iba discretamente vestida con unos pantalones negros y chaqueta. Lo que la distinguía era que se secaba las lágrimas que le corrían sin parar por las mejillas con un pañuelo. Entre tanto se mantenía completamente inmóvil con las manos sobre las rodillas.

—¿Podemos tener tanta suerte? —susurró Knutas—. ¿Se ha atrevido a venir aquí de verdad?

Dirigió la mirada a su izquierda. A su lado, se encontraba nada más y nada menos que Johan Berg.

—Mira la última fila de bancos —prosiguió Karin—. El chico que está justo detrás de ella, con sombrero. Tampoco estaba ahí antes.

Knutas dirigió enseguida los prismáticos en esa dirección y contuvo la respiración. Vio a un hombre de unos treinta años, también con gafas de sol. Bajo el sombrero llevaba el cabello largo hasta los hombros. De piel morena, tenía una apariencia claramente latina. Se inclinó hacia delante y le pasó un pañuelo a la mujer que tenía delante. Knutas miró atentamente por los prismáticos. En el mismo instante en que el hombre le tendió el pañuelo, a la mujer se le subió la manga de la chaqueta y dejó al descubierto un tatuaje en la muñeca.

—¡Joder! Tiene un tatuaje idéntico al de Jocke Eriksson. Ese tiene que ser Degen —susurró Knutas. Se puso en pie de golpe.

Con las prisas derribó la silla. El ruido sordo hizo que varias cabezas se volvieran hacia la grada del órgano, ya que la música se había detenido y el reverendo, en ese mismo instante, había hecho una pausa para tomar aliento. Los dos policías se habían levantado y resultaban bien visibles.

La reacción de la pareja de las últimas filas fue instantánea. Enseguida se levantaron y abandonaron la iglesia a toda prisa. Todo el mundo se dio la vuelta y vio sorprendido a los dos corriendo hacia la puerta cerrada de la iglesia, por la que desaparecieron. Hasta el reverendo perdió el hilo y observó impotente lo que sucedía. Un segundo después surgieron bajo la grada del órgano dos policías vestidos de paisano que salieron tras ellos.

La puerta de la iglesia se cerró tras ellos de un portazo.

Sintió cómo le corría el sudor por la espalda y la camisa se le pegaba a la chaqueta. Se secó discretamente unas gotas de sudor de la frente y del labio superior. Tenía que aguantar. Mantener el control. Era un momento importante en todo el proceso, una pieza del puzle emocional. Eso le había quedado claro.

Mientras todos se reunían en los bancos de la iglesia él mantuvo los ojos abiertos procurando localizar al hombre al que buscaba, pero no lo vio. Quizá Diego González había sospechado algo. No había vuelto a aparecer por el club de *striptease* y se mantuvo alejado del club de boxeo. Hacía días que no había puesto un pie en el apartamento.

Había comenzado a sentir cierta desesperación y no había conseguido averiguar dónde se ocultaba.

Entonces llegó el día del entierro. Tenía todas sus esperanzas puestas en que González apareciera por allí. Había empezado a desanimarse por completo cuando, de pronto, interrumpieron la ceremonia dos personas a la carrera, primero una mujer con sombrero y luego un hombre. Antes de que la puerta de la iglesia se volviera a cerrar reconoció con el rabillo del ojo a Diego González. Era él, sin duda. Cuando las dos personas, que parecían ser policías, salieron tras ellos, se disculpó diciendo que tenía que ir a ver qué sucedía y salió por el pasillo central sin mirar a los lados.

1994

El apartamento se encontraba en la planta baja de un edificio en el centro del barrio de Vällingby. Constaba de dos habitaciones y un pequeño patio que daba a un terreno comunitario. Sin duda se encontraba deteriorado y el baño era repugnante, pero era su casa. De momento, por lo menos. Degen se la había alquilado a un amigo, que a su vez lo había realquilado de otro amigo que se había mudado con su novia a un tugurio en Bålsta, pero deseaba conservar el apartamento. Y el amigo de Degen había encontrado otro apartamento en Sumpán que estaba más cerca del centro de Estocolmo. Así sucedió todo.

Terese apenas podía creer que fuera cierto. Las cosas habían ido mucho más rápido y de un modo mucho más fácil de lo que ella se habría atrevido a imaginar. Ahora tenían su propio hogar. Había vivido durante dos meses en casas de amigos y otros conocidos eventuales. Se negó en redondo a regresar a casa y parecía que a sus padres les convenía que no lo hiciera. Ya que pronto cumpliría dieciocho años, asuntos sociales tampoco puso muchos reparos.

No es que a ella le importara mucho, tenía a Degen y a Jocke, sus escuderos. Los tatuajes que lucían los tres eran la prueba de su amistad. Habían hecho un juramento de sangre y habían follado varias veces cuando estaban muy colocados. No había nada que ella no pudiera hacer con Degen y Jocke.

Algo sucedió tras el intento de violación en el club. Se hicieron amigos para siempre. Ella apenas pensaba en el abuso, por fin lo había enterrado en su mente, como si fuera un recuerdo muy lejano. Ya apenas resultaba real. Nunca sabría quiénes eran aquellos hombres, pero eso tampoco le importaba. Lo mejor era mandarlo a la mierda y pasar página. *Life goes on*, como decía Jocke. Ahora, por fin, los tres estaban juntos y el sueño se había cumplido, mucho más rápido de lo que ninguno de ellos había creído. Degen acababa de salir del correccional de Gotland y había cumplido su condena.

Ahora se encontraban los tres en el salón y miraban a su alrededor.

El apartamento estaba amueblado; el desvencijado sofá de pana marrón estaba lleno de lamparones. En el suelo había dos colchones de gomaespuma amarillentos. Se veía que el apartamento había sido utilizado como refugio de drogadictos y vagabundos. El amigo de Degen les había prevenido, para que no se sorprendieran si gente rara llamaba a la puerta a cualquier

hora del día o de la noche y quería entrar. Tal vez lo mejor fuera cambiar la cerradura tan pronto como fuera posible.

Había un dormitorio que daba a la calle con una cama doble que parecía recogida de algún contenedor y un viejo y costroso armario, inclinado de tal manera que amenazaba con venirse abajo en cualquier momento. El cuarto de baño estaba tapizado por zonas con un papel verde oscuro plastificado que imitaba los azulejos. La bañera estaba completamente negra, al igual que el lavabo y el retrete.

—Me pregunto si la tele funciona —murmuró Degen, y comenzó a toquetear los botones de un aparato que había en el suelo. Enseguida consiguió imagen y sonido—. ¡Joder, qué bien! —exclamó, y pareció satisfecho en medio de toda esa miseria. Terese se emocionó y lo abrazó. Él la estrechó contra su pecho y miró alrededor.

—Sin duda esto está un poco mal, pero lo arreglaremos, ya verás. Solo tenemos que limpiar.

—Primero tengo que ponerme un chute —dijo Jocke, y se sentó en el suelo.

Sacó papel de aluminio y un encendedor y comenzó a preparar una jeringuilla. Había empezado a utilizar drogas duras y la heroína era su nueva amante. Eso preocupaba a Degen y Terese. Jocke ya debía mucho dinero a varios camellos. Se sentaron los tres en el suelo formando un círculo y Degen lio un porro que compartió con Terese.

—Tenemos que conseguir dinero para pagar todas las deudas, sobre todo las tuyas, Jocke —dijo Degen, después de dar una profunda calada—. Si no, acabarás mal. Y tenemos que pagar la fianza del alquiler. ¿Cómo cojones lo vamos a hacer? —dijo, y miró a Terese.

—Sí, claro —se quejó Jocke, mientras introducía el contenido de la jeringuilla en el brazo—. El cabronazo de Sillen, la última vez que estuve allí, amenazó con matarme si no le pagaba. Pero no importa, lo arreglaré.

Terese y Degen se miraron. Por supuesto que no estaba hablando en serio. Todo el mundo sabía que Sillen y sus secuaces eran peligrosísimos. Tenían que conseguir dinero enseguida. De una manera u otra. Terese dio una calada y retuvo el humo en la boca hasta que los ojos se le humedecieron e hizo una mueca. Expulsó el humo despacio, mirando a sus dos amigos pensativa, y dijo en voz baja:

—Tengo una idea.

Cuando los policías salieron por la puerta vieron las espaldas de la pareja a la fuga.

—¡Alto, policía! —gritó Karin, mientras corría todo lo que podía.

Knutas y Karin seguían tan de cerca a los fugados que no tuvieron oportunidad de meterse en un coche o subirse a una de las muchas motos que había aparcadas delante de la iglesia.

Un poco más adelante el camino se bifurcaba y la pareja se separó, cada uno echó a correr por su lado. Lo mismo hicieron los policías. Karin persiguió a la mujer mientras que Knutas fue tras el hombre.

Había un establo a un lado del camino y el que, según todos los indicios, era Degen, desapareció tras él.

Cuando Knutas dio la vuelta a la esquina el hombre se había esfumado. Allí había una montaña de estiércol y la puerta trasera del establo estaba abierta. Debía de haberse colado por ahí, pensó Knutas, sacó su pistola reglamentaria, le quitó el seguro y entró por la puerta. Un penetrante olor a estiércol se le metió en la nariz, jadeaba como un fuelle y confió en que no se escuchara su respiración acelerada. Se encontraba en medio del pasillo de los cubículos de las vacas, que estaban vacíos, pues, como aún era verano, el ganado pastaba en los prados. Anduvo de puntillas hacia el pasillo central, preparado por si Degen se había escondido en alguno de los cubículos. Después de unos minutos constató que no era el caso.

Knutas siguió adelante con todos los sentidos en estado de alerta. Más allá había una cuadra; al oírlo entrar, los caballos relincharon en sus boxes, revelando su presencia. Comprendió que debería llamar y pedir refuerzos, si es que Karin no lo había hecho ya. Sacó el móvil con el corazón desbocado y marcó el número del oficial de guardia. Le explicó la situación entre susurros y le dijo donde se hallaba. Tofta se encontraba a apenas una decena de kilómetros de Visby, así que la ayuda no tardaría mucho en llegar. Después prosiguió con cuidado, mientras inspeccionaba el interior de los boxes. Ni rastro de Degen.

El establo se encontraba en silencio, no había nadie a la vista. Solo caballos y mandíbulas triturando, al parecer acababan de servirles heno o avena, pues todos masticaban sin parar. Al pasar, los animales alzaban la cabeza y lo observaban. Se encontró un gato negro sentado en mitad del pasillo que se chupaba las patas, y se sobresaltó cuando surgieron un par de gatitos.

¿Dónde diablos se había metido Degen? En realidad, podría haber corrido a toda pastilla por el pasillo y haber salido por el otro extremo, y eso le habría proporcionado el tiempo necesario para desaparecer mientras Knutas se dedicaba a hacer de James Bond entre carretillas, gatitos y pesebres. Comenzó a sentir una gran frustración. Si consiguiera atrapar a ese hombre, el caso se resolvería en un abrir y cerrar de ojos. Pensar que se encontraba cerca sin que Knutas supiera dónde, era de lo más estresante. Se detuvo un segundo, escuchó por si oía algo.

El golpe llegó por detrás y fue tan fuerte que Knutas salió volando hacia delante y cayó sobre el duro suelo de hormigón.

La mujer a la que Karin perseguía había perdido el sombrero; en la carrera, su larga coleta se balanceaba de un lado a otro de la espalda. El chico, Svante Hedström, había mencionado que la motera a la que vio en la casa abandonada llevaba el pelo oscuro recogido en una coleta. Los pensamientos rondaban por la mente de Karin mientras corría tras ella. A pesar de haberla visto llorar en la iglesia, ¿era esa la mujer que había participado en el robo, atropellado mortalmente a Maja Rosén y quizá también asesinado a Jocke Eriksson? En ese caso, la persona que tenía delante era alguien fría y despiadada. Confiaba ardientemente en que Knutas hubiera pedido refuerzos, ella no estaba segura de poder enfrentarse en solitario a la situación. De momento, solo estaban Karin y la mujer misteriosa que no habían conseguido identificar. Esa era la realidad, no sabían absolutamente nada sobre ella. Excepto que lo más seguro era que su nombre comenzara por «T».

Karin recortó distancia, pero todavía las separaban una treintena de metros. Enseguida dejaron atrás los campos de cultivo, las amapolas y los prados, y de pronto se encontraron rodeadas de bosque. Corrían por un camino de gravilla que serpenteaba adentrándose en la espesura y, cuando la mujer desapareció detrás de una curva, Karin la perdió de vista. Al tomar el giro se encontró una larga recta, pero la mujer se había esfumado. La cuestión era saber en qué dirección.

Karin se detuvo y tomó aliento mientras se volvía y miraba alrededor. Aguzó el oído, pero lo único que oyó fue el ligero susurro del viento y los trinos de los pájaros, indiferentes a lo que ocurría. Sopesó durante un minuto cuál sería la medida más adecuada que debía tomar en esa situación. Si la mujer iba armada, lo más prudente sería esperar refuerzos.

De repente oyó el crujido de una rama a su derecha y vislumbró una sombra detrás de un árbol.

Karin enseguida cruzó corriendo al otro lado del camino y fue tras ella. Mientras avanzaba entre la maleza se arañó con ramas y arbustos. De vez en cuando vislumbraba una figura delante de ella, pero el bosque era espeso y moverse con rapidez resultaba difícil. Tenía miedo de tropezar con alguna raíz o con una piedra y perder de vista a la mujer. Corría tan deprisa como podía al tiempo que intentaba controlar dónde ponía los pies.

Por un momento pensó en realizar un disparo intimidatorio, pero se echó atrás.

Luego sintió una fuerte punzada en un costado. Se arrepintió de haber comido una hamburguesa antes de asistir al entierro.

Vio el rostro de la mujer que iba por delante. Tenía unos rasgos definidos y parecía tener la edad que habían declarado los testigos, entre treinta y treinta y cinco años. Ella y el tal Degen se habían atrevido a asistir al entierro a pesar de los riesgos, lo que mostraba imprudencia y falta de juicio por su parte. ¿Cómo no se habían dado cuenta de que se trataba de una temeridad?

El bosque comenzó a despejarse y Karin vislumbró una granja y un camino a lo lejos. Intentó acelerar la marcha, pero su cuerpo empezaba a dar muestras de cansancio. A estas alturas, cada paso que daba era un suplicio. Estaba empapada en sudor y la ropa se le pegaba al cuerpo. Al llegar al camino asfaltado se quedó parada, inclinada con las manos sobre las rodillas, mientras calmaba su respiración acelerada. Miró a ambos lados. Nadie. Nada, ni siquiera un coche a la vista. La carretera estaba desierta y en silencio.

Karin se secó el sudor de la frente. Descubrió que se había olvidado el teléfono móvil en la funda de la cámara que había dejado en la iglesia.

Dio media vuelta en dirección a la granja apartada para pedir ayuda.

Eran las ocho de la tarde cuando el *ferry* atracó en la terminal del puerto de Visby; ya había oscurecido. Habían comprado los billetes con identidades falsas y regresarían con el barco de las siete de la mañana. Disponían, exactamente, de once horas. Un amigo de Degen le había dejado la furgoneta en la que viajaban, pues le debía un favor por haberle ayudado a robar un quiosco hacía unas semanas. Llevaba matrículas falsas y, si todo salía como habían planeado, sería imposible que la rastrearán. Jocke estaba al volante, pues era el que mejor conocía las carreteras.

A Terese se le revolvió el estómago cuando atravesaron la rampa y salieron a la zona portuaria. Sintió una extraña sensación al encontrarse de nuevo en Gotland. Cuando se marchó de allí, unos meses atrás, se había sentido enfadada, triste y herida. Ahora, sin embargo, se sorprendió de alegrarse al ver los familiares edificios del puerto y las tres torres negras de la catedral. Al otro lado de la curva estaba el restaurante Catch 22, que permanecía abierto todo el año, así que lo más probable era que en aquel momento hubiera clientes sentados a sus rústicas mesas cenando a la luz de las velas. Sintió un pinchazo de añoranza. Todo podría haber sido tan diferente...

Ante ella, a lo lejos, se dibujaba el abrupto acantilado de Högklint bajo la luz de una luna pálida que brillaba en el oscuro cielo otoñal. Dentro del vehículo reinaba el silencio. Lo habían planeado todo al detalle y cada uno sabía perfectamente qué tenía que hacer.

Al tomar la salida de Högklint se quedaron solos en la carretera. Les envolvía el paisaje llano, oscuro y desierto. En ese ambiente tenebroso, la señal iluminada del parque de atracciones de Kneippbyn, que estaba cerrado en invierno, les resultó lúgubre.

La carretera se tornó más sinuosa y empinada. Las pocas casas por las que pasaron se encontraban a oscuras, varias de ellas se hallaban deshabitadas durante todo el invierno. Además, eran las vacaciones de otoño de todos los escolares, los propietarios de esas viviendas tenían dinero y lo más probable era que pasaran esos días de descanso en el extranjero. Esa era también la razón de que hubieran elegido esa semana. Durante las vacaciones, la familia siempre se iba a casa de unos amigos en Gran Canaria. Para asegurarse, Degen había llamado al restaurante preguntando por Palle, pero le informaron de que estaba de viaje en el extranjero y de que no regresaría hasta el fin de semana siguiente. Jocke se presentó como el tío de los niños cuando

telefoneó al colegio y recibió la misma respuesta. Si Terese hubiera seguido viviendo con la familia Stenfors, les habría acompañado. Ahora estaría de vacaciones con ellos en lugar de estar allí. Qué pensamiento tan absurdo.

El estado de agitación creció en el coche a medida que se acercaban. Por discreción, aparcaron en un claro del bosque, a una buena distancia de la casa. No tenían prisa, lo mejor sería actuar más tarde y así poder volver de inmediato al puerto y salir de allí lo más rápidamente posible. Cuanto menos tiempo pasaran en la isla, mejor.

Eran las nueve menos cuarto de la noche. Vestían *leggings*, chaquetas deportivas negras, zapatillas de deporte y gorras para dar la impresión de que habían salido a correr, por si tenían la mala suerte de tropezarse con alguien. En realidad, era poco probable. La casa estaba situada en un peñasco solitario y el vecino más próximo se encontraba a un kilómetro.

No obstante, abrieron las puertas del coche con cuidado, las cerraron y caminaron hacia la casa con premura. El único sonido que se oía era el crujido de sus propios pies sobre la gravilla y el susurro del viento que mecía las copas de los árboles. De vez en cuando, aparecía la luna pálida, casi estaba llena. Recorrieron el camino en silencio. Cuando tuvieron la casa a la vista no hubo duda alguna de que la familia estaba de viaje. Se encontraba a oscuras, exceptuando la iluminación exterior y una lámpara en el recibidor, que Terese sabía que siempre dejaban encendida cuando no había nadie en casa. Además, en la rampa del garaje solo estaba el coche pequeño. Siempre dejaban el grande en el aparcamiento vigilado del aeropuerto cuando viajaban al extranjero, pues Palle pensaba que, con todo el equipamiento extra y las codiciadas ruedas especiales, estaría más seguro allí que en la casa solitaria. Terese dejó escapar un suspiro de alivio. Habían superado el primer momento de peligro. No había nadie en casa. Se separaron y Terese dio la vuelta al edificio para comprobar que no hubieran cambiado la alarma durante el verano. Mientras tanto, Jocke y Degen comprobaron los alrededores para asegurarse de que todo estaba en calma.

A continuación regresaron a la furgoneta y encendieron un cigarrillo. Eran las nueve y media. Decidieron esperar hasta la medianoche antes de actuar. Así el riesgo de encontrarse con alguien en la zona sería casi inexistente. Antes de esa hora nadie podía garantizar que los dueños de perros o los deportistas incondicionales pudieran aparecer por allí, a pesar de la oscuridad y el frío. El termómetro del coche marcaba siete grados y la temperatura bajaría aún más a lo largo de la noche. Terese sintió un escalofrío y dio la última calada al cigarrillo antes de sentarse en el asiento delantero. Quedaban dos horas y media. Sería una larga espera. Degen sacó un termo con café que había rellenado en el *ferry* y les ofreció. Siempre era igual de atento.

Terese se reclinó y cerró los ojos. Deseaba que el tiempo pasara volando para acabar de una vez. La idea se le ocurrió a ella y tenían que conseguirlo, si no estarían perdidos. El robo a la familia con la que había vivido resolvería todos sus problemas económicos sin que nadie resultara herido. La familia estaba de viaje, así que nadie notaría nada hasta que regresaran. Seguro que les resultaría muy desagradable que alguien hubiera robado en su casa, pero podrían instalar un nuevo sistema de alarma. Además, lo más probable fuera que el seguro les pagara todo.

El golpe era su secreto, y habían jurado no comentarlo con nadie ni ahora ni en el futuro. Terese

era consciente de que ella sería la principal sospechosa, ya que había vivido hacía poco con la familia. Pero si se comportaban bien y no dejaban rastro, la Policía no podría hacer nada contra ella. Y lo habían repasado todo minuciosamente, hasta el más mínimo detalle, una y otra vez. Nada podía salir mal.

Terese sintió un escalofrío. Claro que fue ella quien tuvo la idea de robar a la familia, pero al mismo tiempo no podía evitar sentir mala conciencia. No importaba lo enfadada, indignada y triste que se hubiera sentido al abandonar a la familia en agosto; comprendía en parte por qué las cosas habían ido de ese modo.

En realidad, no podía echarle la culpa a Susanne; ella había hecho todo lo que pudo y les deseaba lo mejor. No era culpa suya que todo se hubiera ido a la mierda. En lo más profundo de su ser, Terese era consciente de su propia responsabilidad. Había tenido la mejor de las condiciones, una buena familia, una habitación propia donde tenía todo lo que necesitaba, un trabajo de verano en un restaurante agradable y, además, podía haber comenzado el instituto en Visby, donde habría disfrutado de la oportunidad de hacer nuevos amigos. Pero no había aprovechado la ocasión, lo había echado todo a perder. Entendía muy bien que ella podría haber hecho las cosas de otra manera. No era tan estúpida.

Aunque, en cierta manera, también era culpa de ellos. Si hubieran sido más perseverantes y le hubieran dado una segunda oportunidad en lugar de deshacerse de ella en cuanto les convino. Tan pronto como ellos tuvieron que enfrentarse a algunas contrariedades en su perfecta y ordenada existencia dejaron de soportarla. Vivían tan jodidamente alejados de la realidad como era posible. Por lo menos de la realidad de ella. Al llegar a este punto, Terese se enfadó tanto que concluyó que la culpa era de los Stenfors.

En cualquier caso, ahora la situación era la que era y tanto ella como sus mejores amigos necesitaban dinero urgentemente. Estaban desesperados. Degen había pospuesto una y otra vez el pago de la fianza a su amigo por el apartamento de Vällingby, pero ya no podía seguir haciéndolo. Debían pagar la semana próxima. Y, además, la deuda de Jocke con los camellos seguía pendiente. Si se cabreaban, podría acabar costándole la vida. La situación era límite y aquel robo fue lo mejor que se le pudo ocurrir. Kristoffer le había contado que Palle y Susanne tenían verdaderas obras de arte colgadas de las paredes y varias pequeñas estatuas que valían cientos de miles de coronas. Además, ella sabía que en el despacho había una caja fuerte, y un día que entró buscando dinero encontró la combinación. Fue poco antes de que estallara la gran pelea, así que no tuvo tiempo de comprobarla. Pero si no la habían cambiado aún, abrir la caja sería un juego de niños. Se había enterado de que Palle guardaba en casa grandes sumas de dinero del restaurante.

Encendió otro cigarrillo y cerró los ojos. Degen y Jocke parecían dormitar en sus asientos. Solo había esperar hasta que dieran las doce. Seguirían el plan al pie de la letra.

Un poco después a Terese le despertó un ruido. Se sobresaltó y se incorporó. El corazón le latía acelerado y sintió la boca seca. El sonido del motor era inconfundible.

Un coche se aproximó por la carretera y giró hacia la casa.

A Knutas le despertó una lengua áspera que le lamía la mejilla con insistencia. La luz le hizo parpadear y vio ante su cara al gato negro que se había pegado a él y al parecer había decidido contribuir a la limpieza de su rostro. Su pelaje suave le hizo cosquillas en la nariz. Estornudó, el gato no se inmutó y prosiguió indiferente con su actividad. No sabía cuánto tiempo había permanecido tendido en el suelo del establo. Se incorporó despacio y se quedó sentado mientras veía las estrellas. El dolor en la parte posterior de la cabeza era intenso. Fue incapaz de abrir los ojos del todo, así que se contentó con levantar débilmente los párpados.

El gato dio un salto, se sentó a unos metros de distancia y continuó con la limpieza, ahora de sí mismo.

Con los dedos de una mano se palpó con cuidado la parte posterior de la cabeza. Estaba pringosa de sangre y el tamaño de la herida lo asustó. Joder. El hombre le había golpeado con ganas. Entonces descubrió más allá una pala tirada en el suelo del establo. La hoja estaba ensangrentada.

La luz se filtraba a través de las ventanas polvorientas. Oyó a los caballos moverse en sus boxes. Habían dejado de masticar, la comida había acabado. Esta vez he fallado, pensó resignado. Degen se había escapado. Esperaba que Karin hubiera tenido mejor suerte.

Le dolía la cabeza y se sentía mareado. Permaneció sentado un rato más y esperó a que pasara lo peor. Dos gatitos se acercaron a él con sigilo. Parecieron decidir que no era peligroso, cada uno se acurrucó en una de sus piernas y enseguida comenzaron a parpadear somnolientos. Se dio cuenta de que su arma reglamentaria había desaparecido. Seguro que Degen se la había llevado. Buscó a tientas el móvil. Tampoco lo tenía. Pero le había dado tiempo a llamar para pedir refuerzos. ¿Dónde diablos estaban?

Por lo menos había conservado el reloj. Las tres y cuarto. Knutas no recordaba con exactitud cuándo había telefoneado, pero el entierro había comenzado a las dos y apenas habían transcurrido quince minutos de la ceremonia cuando descubrieron a los sospechosos. Por lo tanto, no habían pasado más de cuarenta y cinco minutos desde que dio la alarma.

Se arrastró hacia la pared para poder apoyarse en ella. Se puso en pie con cuidado, pero el mareo se tornó más intenso.

En ese mismo instante sintió que alguien se acercaba.

Pia Lilja no podía creer lo que veía cuando se abrió la puerta de la iglesia y un hombre con sombrero y gafas oscuras salió corriendo, seguido de cerca por una mujer con el mismo atuendo. Escaparon de la iglesia cuesta abajo y en su huida ambos perdieron sus tocados. La mujer dejó al descubierto una larga melena negra recogida en una coleta. Pia se llevó de forma instintiva la cámara al hombro y grabó a las dos personas que huían mientras desaparecían por la carretera.

Instantes después la puerta se abrió de nuevo y vio salir de la iglesia a toda velocidad a Anders Knutas y a Karin Jacobsson con las armas desenfundadas. Pia dio las gracias a su estrella de la suerte por tener la cámara preparada. Sin comprender nada de lo que sucedía delante del objetivo, siguió a la nueva pareja que desapareció por la carretera. La puerta de la iglesia se abrió una tercera vez y en esa ocasión fue Johan quien apareció.

—¿Qué diablos está pasando? —exclamó él.

—Te iba a preguntar lo mismo —dijo Pia, y bajó la cámara cuando todos desaparecieron de su campo de visión.

Johan le explicó que la misteriosa mujer que estaba sentada a su lado y el hombre de la fila de atrás se levantaron de pronto y salieron corriendo de la iglesia.

—¿Crees que podría tratarse de ellos? —exclamó Pia excitada—. ¿Degen y la chica esa?

—¡Dios mío! —dijo Johan, y se llevó la mano a la frente—. ¿Qué cojones hacemos ahora? Tenemos que avisar a la Policía.

Llamó a la comisaría de Visby e informó de la situación. Al principio, la voz al otro lado de la línea parecía escéptica, pero su tono cambió cuando Johan explicó que Karin y Knutas habían salido en solitario tras los sospechosos. Enviarían refuerzos de inmediato. Al mismo tiempo, en el interior de la iglesia volvió a sonar la melancólica música del órgano. La situación era completamente surrealista.

—No podemos quedarnos aquí parados —dijo Pia—. Seguro que el entierro no acaba antes de media hora. Podemos ir a echar un vistazo a la carretera.

Comenzaron a caminar por la explanada de gravilla. Un poco más allá encontraron un sombrero de mujer y un poco más lejos otro de hombre.

—Espera, tengo que grabar esto.

Pia documentó los dos sombreros desde todos los ángulos posibles.

—En realidad no deberíamos tocarlos, pero no se pueden quedar aquí —dijo Johan—. Pueden salir volando o se los puede llevar alguien.

—Espera antes de cogerlos —pidió Pia—. Quedaría de cojones si hicieras una presentación desde la colina de la iglesia con los sombreros en el suelo. Algo así como: esto es lo que ambos colegas dejaron tras de sí, o algo por el estilo. Solo nos llevará un minuto. Venga, vamos.

Johan negó con la cabeza, aunque estaba dispuesto a ceder. Los mejores momentos de la televisión ocurrían cuando uno estaba en el lugar de los hechos y seguía los acontecimientos mientras estaban sucediendo. Se puso en cuclillas y soltó algunas frases delante de la cámara. A continuación, recogió los sombreros por las alas, corrió hasta el coche y los colocó con cuidado sobre el asiento trasero.

Se apresuraron hacia la carretera, pero no vieron ni rastro de los policías ni de los huidos. Esperaron a ver si aparecía alguien.

Después de un rato se oyeron sirenas a lo lejos. Llegaban los refuerzos.

El hotel se encontraba en el puerto, justo encima de la terminal de los *ferries* que hacían el trayecto al continente. Habían transcurrido varias horas que se le hicieron eternas. Comenzaba a pensar que había elegido el hotel equivocado o que la Policía había detenido a las personas que él esperaba, cuando por fin aparecieron. La pareja descendió del taxi y miró a su alrededor, como si sospechara que los seguían. El hombre daba la impresión de estar apurado. Tan pronto como se apearon del taxi, él encendió un cigarrillo, le dio la espalda y dio varias caladas apresuradas. La mujer miró con disimulo antes de ponerse a su lado. Fumaron sin intercambiar palabra. Él los observó tenso, ocultando el rostro tras un periódico. Después de apagar los cigarrillos se escabulleron enseguida por la puerta giratoria del hotel. Él se puso las gafas de sol y los siguió con discreción.

La recepción se hallaba repleta de gente, acababa de llegar un nuevo grupo de turistas. Una treintena de personas se agolpaba en torno a la recepción y esperaban ansiosas para registrarse.

Él se sentó en un banco fuera, al otro lado de la entrada. Encendió un cigarrillo y se preparó para una nueva larga espera. Había comprado varios ejemplares de la prensa vespertina que hojeaba para no llamar la atención.

Apenas transcurrió una hora cuando se abrió la puerta del hotel y Diego González pasó a su lado sin dignarse siquiera a mirarlo. Caminó con pasos apresurados por el aparcamiento y continuó calle abajo hacia el puerto. Se había cambiado de ropa, aunque todavía llevaba puestas las gafas de sol.

Se puso en pie enseguida y lo siguió.

González cruzó la calle e intentó abrir las puertas de la terminal del puerto, pero enseguida descubrió que no tenía sentido. La terminal estaba cerrada por la noche. El próximo barco al continente no partiría hasta la mañana siguiente a las siete. A continuación pasó junto a los grandes contenedores y los escasos barcos que aún se mecían en el puerto. Cruzó la calle a lo lejos, junto a la oficina de turismo, y pasó de largo el restaurante que había cerrado una vez finalizada la

temporada.

Se mantuvo a una buena distancia para que el hombre al que seguía no notara nada raro. Los lunes por la tarde a esas horas había poca gente en la calle. González se detuvo en el estanco y tiró del picaporte. También estaba cerrado. Miró irritado a su alrededor.

Él se apresuró a esconderse tras una columna con la esperanza de que no lo hubiera visto. Un hombre con un perro apareció caminando por la acera. Al asomarse, vio que González le preguntaba algo al dueño del perro, y este señaló indicándole el camino. Cruzó la plaza Donners y desapareció en el interior del hotel Visby.

Se sintió perplejo y decidió esperar. ¿Qué hacía allí dentro? Mira que atreverse a aparecer en público cuando sabía que la Policía lo andaba buscando. Era incomprensible. Después de unos minutos, González volvió a aparecer con cuatro paquetes de cigarrillos en la mano. Miró a su alrededor antes de regresar por el mismo camino por el que había venido.

Él lo siguió.

Johan y Pia regresaron con un material con el que nunca habrían soñado cuando salieron de la redacción unas horas antes. Durante el camino de vuelta, Johan había hablado sin parar por teléfono con varios redactores de la Casa de la Televisión en Estocolmo. Todos deseaban disponer de imágenes del entierro de Jocke Eriksson, el tumulto en el que degeneró y la persecución policial de los dos cómplices huidos. El telediario regional tenía las imágenes en exclusiva. Tanto Johan como Pia eran plenamente conscientes de que, en cuanto se emitiera el material, les llamarían de todas las redacciones para comprarles imágenes sueltas. La historia del robo al furgón blindado en el idílico Klintehamn que provocó la muerte de una niña de seis años, sumada al brutal asesinato de uno de los ladrones, se había convertido en una noticia nacional de gran repercusión. Por fin había sucedido algo nuevo tras una semana de tregua, el interés sería enorme.

Los ojos de Pia brillaban de satisfacción. Ser los únicos que, de momento, tenían las imágenes más buscadas del país le producía una sensación de euforia.

Tan pronto como entraron en la redacción, Pia descargó las imágenes en el ordenador mientras Johan comenzaba a redactar la noticia. Disponían de una hora para enviar el material a Estocolmo. Se sentaron juntos y revisaron las imágenes, de forma que Johan pudiera adaptar el texto.

Las imágenes de la pareja más buscada saliendo de la iglesia estaban borrosas, pero mostraban claramente a un hombre y una mujer corriendo por la cuesta de la iglesia en dirección a la carretera. Degen se volvió en una ocasión y su rostro se pudo ver con claridad. La cámara siguió a los dos perseguidos hasta que desaparecieron de su campo de visión. Decidieron utilizar toda la secuencia tal y como estaba, sin editar. El dramatismo de las imágenes superaba con creces su escasa calidad. Pixelaron los rostros para preservar su identidad.

A continuación, los dos policías aparecían corriendo, les había dado tiempo a desenfundar sus armas. Se detuvieron un segundo, Pia tenía la cámara preparada y consiguió inmortalizar el momento en el que Knutas y Karin miraban desconcertados a su alrededor antes de reanudar la carrera tras ellos.

—¡Bien! —la elogió Johan—. Buen trabajo.

—No está mal, ¿verdad? —sostuvo Pia—. Me merezco un premio.

La persona que aparecía a continuación era el propio Johan, acercándose a la cámara. Al mismo tiempo se vislumbraba otra figura, justo detrás.

—¡Mira!

—¿Quién es ese? —preguntó Johan.

—No tengo ni idea. No lo vi fuera de la iglesia.

Pia detuvo la imagen y rebobinó despacio, fotograma a fotograma. Johan ocultaba el rostro de la persona, aunque no había duda de que se trataba de un hombre. Se podía vislumbrar un traje negro, pero no se distinguían más detalles.

Johan se abrió de brazos.

—¿De dónde había salido? ¿Y adónde iba?

—No tengo ni idea. Ni siquiera me fijé en él, estaba concentrada en ti y en todo lo que sucedía alrededor.

—No lo entiendo. Yo estaba sentado casi al final y, sin duda, pasaron unos instantes antes de que saliera. Sin embargo, no creo que fuera más de un minuto después de que los policías aparecieran junto al órgano. Joder, ese tío tuvo que ser de lo más rápido.

Pia rebobinó de nuevo las imágenes y las estuvo viendo una y otra vez durante un buen rato. Por mucho que lo intentaron, lo único que distinguieron fue el hombro de un hombre.

—Es completamente imposible saber de quién se trata —suspiró Johan—. Joder, todos vestían traje negro menos los moteros y los vagabundos. Y uno de los hermanos de Jocke, claro, El *hippy*.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Pia—. ¿Utilizamos la imagen y la comentamos?

—No tenemos nada que decir sobre ella. Cuando empezó el jaleo en la iglesia se produjo una interrupción. Así que podría haber sido cualquiera. Alguien que sencillamente sintió curiosidad y deseó ver qué sucedía, y que carecía de la más mínima sensibilidad como para permanecer sentado en su sitio.

—Tienes razón —dijo Pia—. Pasamos de esto.

La mirada de Johan se quedó fija en el hombro del sujeto de la imagen. Sintió una extraña sensación que no pudo obviar. ¿Quién era el hombre que había tenido tan cerca? ¿Podría tratarse del asesino de Jocke Eriksson? ¿El que le rebanó el cuello a sangre fría?

—¿Qué coño es eso? —exclamó Degen, cuando vio que un vehículo oscuro aparcaba en la rampa del garaje.

—Ese es su coche —susurró Terese. El corazón estuvo a punto de darle un vuelco al ver a Palle y Susanne apearse del vehículo seguidos de los gemelos. Degen y ella se habían acercado a escondidas hasta la parcela y observaban entre los árboles. Jocke se quedó en el coche para vigilar el entorno.

Su frustración iba en aumento al ver a la familia descargar las maletas y las bolsas y desaparecer en el interior de la casa que enseguida se iluminó. Cuando se encendió la luz de la fachada, Terese y Degen retrocedieron. La luz era tan potente que cubrió media parcela.

—Joder, joder, joder. Ahora todo se ha ido a la mierda.

Degen escupió las palabras. Terese se había quedado muda. La cabeza le daba vueltas. ¿Qué significaba aquello? No tenían que haber regresado a casa antes del sábado y estaban a jueves. No entendía nada. Tanto en el colegio como en el restaurante les habían confirmado lo mismo.

Su ánimo decayó. Ya no podrían llevar a cabo el robo. Todos los planes habían sido inútiles, y no se atrevía a pensar en qué sucedería con el apartamento y las deudas de Jocke. Eran las once y cuarto. Necesitaba un cigarrillo. Tenía que pensar. No se atrevió a encenderlo donde se encontraba por si se les ocurría abrir la puerta del porche o alguna ventana para ventilar. Le dio un golpecito a Degen en el hombro.

—Regresemos.

Este asintió, y solo cuando se encontraron a cierta distancia de la casa, en el camino de gravilla, se atrevió a abrir la boca.

—¿Qué coño hacemos ahora? ¿Y qué hacen aquí?

—Ha tenido que suceder algo.

Al regresar al coche Jocke estaba fumando un porro.

—¿Qué haces? —gritó Degen reprochándose—. ¿No estarás fumando ahora?

—Tardabais mucho —se quejó Jocke—. Y llegó ese coche. ¡Joder, estaba muy nervioso!

—Pues cálmate y no te pases.

—¿Qué está ocurriendo?

—Toda la familia ha regresado a casa —dijo Degen resignado, y se dejó caer en el asiento del copiloto emitiendo un profundo suspiro.

—¿Significa eso que lo dejamos? —exclamó Jocke, y abrió los ojos de par en par.

—No sé, tengo que pensarlo —contestó Degen irritado, se echó hacia atrás y cerró los ojos mientras se frotaba las sienes despacio.

Terese no decía nada. Tenía la cabeza vacía.

Pasaron un rato en silencio. Terese encendió un cigarrillo. Tenía la boca seca y sacó una botella de agua de la bolsa refrigerante que había llevado Degen.

—Joder. Ahora todo se ha ido a la mierda —suspiró.

—¿Por qué? —objetó Degen—. ¿Por qué no actuar cuando se hayan dormido? Seguro que después del largo viaje estarán agotados y dormirán como troncos. ¿Dónde están los dormitorios?

—En el piso de arriba —respondió Terese—. En el otro extremo de la casa.

—¿Y dónde está la caja fuerte? Nos podemos contentar con vaciarla, eso es lo más importante.

—En el despacho —respondió Terese ausente.

—¿Y dónde está el despacho?

—En la planta baja, en el lado opuesto a los dormitorios.

—Y es una casa de piedra caliza, lo que significa que las paredes son muy gruesas, ¿no?

—Cuando yo ponía la música a todo volumen en mi habitación, apenas se oía en el salón o en la cocina. Había veces en las que me preguntaba si estaba sola en casa, aunque estuviera llena de gente.

—Bien, de acuerdo —intervino Jocke ansioso—. Entonces no hay nada más que discutir. Nos relajamos hasta que estemos seguros de que están dormidos y después damos el golpe.

Degen y Terese se miraron.

—Con una condición —dijo Terese—. Nos conformaremos con la caja fuerte.

—A mí me parece bien —dijo Degen.

—A mí también —secundó Jocke.

Degen les dirigió una larga mirada a sus compañeros.

—Entonces solo nos queda esperar.

El grupo operativo se reunió a las siete de la tarde. Karin Jacobsson dirigía la reunión ya que Knutas se encontraba en cama con una contusión cerebral tras el golpe recibido en la cabeza con la pala. Por lo que habían averiguado, el agresor era el mismo al que buscaban desde hacía dos semanas y del que aún solo sabían su apodo: Degen. Había conseguido escapar, al igual que su compañera, cuya identidad todavía seguía siendo un misterio. Karin comenzó haciendo un resumen de lo acontecido durante el entierro de Jocke Eriksson y comunicó al grupo que uno de los ladrones había golpeado a Knutas.

—La primera patrulla en llegar a Tofta localizó enseguida a Anders, que fue trasladado al hospital, donde le diagnosticaron una pequeña contusión cerebral. Lo más seguro es que mañana esté de vuelta. Se establecieron controles de carretera y una patrulla canina rastreó la zona, aunque, por desgracia, sin resultado alguno. Desconocemos adónde huyeron los fugitivos. Hemos investigado el club de los Road Warriors por si tuvieran alguna conexión allí que aún nadie haya revelado, y también lo mantendremos vigilado esta noche.

—¿Qué hay de la familia de Jocke? —preguntó Wittberg.

—Todos aseguran no conocer al hombre ni a la mujer, pero se pondrán en contacto con nosotros si surgiera algo. Aunque en esta ocasión los ladrones consiguieron escapar, hay algunos rayos de esperanza. Ambos perdieron sus sombreros al salir de la iglesia. Los hemos enviado al Instituto Forense, al igual que la pala con la que golpearon a Anders. Si alguno de ellos estuviera fichado en el registro criminal, entonces... Además, ahora tenemos una descripción mucho más detallada. Sabemos a quiénes buscamos.

—Y también se les ha grabado —añadió Wittberg—. El telediario abrió con imágenes de ellos. Al parecer, Pia Lilja se encontraba fuera de la iglesia y pudo grabarlo todo.

—Lo sé. Tenemos que conseguir esas imágenes —dijo Karin—. ¿Te encargas tú de ello, Wittberg?

—Sí, claro. Así tendré la oportunidad de charlar con la encantadora Pia Lilja. Será todo un placer.

Se repartieron el trabajo y, a pesar de que era tarde, todos se mostraron ansiosos por ponerse manos a la obra. Al salir, Wittberg detuvo a Karin.

—¿Cómo es que has empezado a llamar al jefe por su nombre?

—¿Qué? No lo he hecho.

Muy a su pesar, Karin sintió que se ruborizaba.

—Sí, le has llamado Anders varias veces.

—Bah, ¿qué tiene de malo?

Ella se alejó a toda prisa por el pasillo.

Nada más acabar la reunión del grupo operativo, Karin llamó a Knutas por teléfono. Sonaron unos cuantos tonos antes de que respondiera. Tenía una voz pastosa, como si estuviera drogado.

—Hola —dijo Karin—, ¿cómo te encuentras?

Pasó un rato antes de que obtuviera una respuesta.

—Eh, hola. Bueno, estoy bien. Solo un poco cansado.

—¿Has dormido?

—Mmm.

Parecía no encontrarse en condiciones de hablar por teléfono.

—¿Están tus hijos ahí? ¿Puedo hablar con alguno de ellos?

—No —masculló.

—¿Cómo que no?

—No están en casa. Están con Line en Copenhague.

—Pero ¿qué me estás contando? ¿Hay alguien contigo?

Ninguna respuesta.

—Hola, Anders, ¿sigues ahí?

—Mmm.

—¿Hay alguien ahí contigo?

—¿Alguien? No.

—Ahora mismo voy para allá. Estaré en tu casa en menos de un cuarto de hora. Si tienes fuerzas y la puerta está cerrada con llave, levántate y déjala abierta.

—No está cerrada.

—Bien. Voy para allá. Adiós.

Colgó y alcanzó su abrigo. Asomó la cabeza en el despacho de Kihlgård, que tenía la mirada fija en un montón de papeles mientras comía una hamburguesa.

—Oye, tengo que ir a casa de Anders. Al parecer no se encuentra bien y nadie de su familia está con él. De momento, tendrás que ocuparte de todo.

—No te preocupes. Seguiremos trabajando. Saluda a Knutas de mi parte.

La casa se encontraba prácticamente a oscuras cuando Karin llegó. Una lámpara iluminaba el recibidor, y desde el salón se veía el parpadeo azulado de la televisión. Abrió la puerta de la calle y cerró por dentro.

—¡Hola, ya estoy aquí! —gritó ella, pero no recibió respuesta alguna.

Echó un vistazo en la cocina vacía y encendió la luz. Había unos vasos y platos sucios en la encimera y los tazones de comida y agua del gato estaban vacíos. ¿Qué clase de familia tiene?, pensó ella. Mira que no venir a casa encontrándose él en este estado. Entonces se le ocurrió que quizá no había comentado nada de los acontecimientos del día ni de la conmoción cerebral. Sí, era típico de él.

Lo encontró en el sofá del salón. Había amontonado unos cojines debajo la cabeza, estaba tumbado con los ojos cerrados y sujetaba en una mano el mando a distancia. En la televisión estaban poniendo un programa musical. Una mujer vestida de lentejuelas cantaba de forma histérica. Le quitó el mando a distancia de la mano y apagó el televisor. Encendió una lámpara de pie, pero giró la pantalla para que la luz no fuera demasiado intensa.

—Anders —dijo con voz suave—. ¿Estás despierto? Ya estoy aquí.

Él se movió un poco, chasqueó la lengua contra el paladar y abrió los ojos, que se iluminaron al ver que se trataba de ella. Esbozó una pálida sonrisa.

—Karin. ¿Has venido?

—Pero si habíamos quedado en eso, ¿te has olvidado?

—No sé muy bien —murmuró.

Él se puso de lado, enterró el rostro en un cojín y alargó una mano hacia ella.

Karin se preguntó si debía llevarlo al hospital. Parecía estar completamente desorientado. Le tocó la frente, controló sus pupilas y el pulso.

—¿Has tomado alguna medicina? —preguntó—. ¿Analgésicos?

Antes de que a él le diera tiempo a responder, Karin vio la caja que había en la mesa, debajo del periódico, y al lado medio vaso de agua. La medicina contenía morfina y faltaban cuatro pastillas del blíster. Llamó a una conocida que trabajaba de enfermera en el hospital de Visby. Eran más de las diez de la noche, pero no le importó. La mujer respondió enseguida y le contó que esas pastillas eran muy fuertes y que era perfectamente normal reaccionar con un cansancio extremo, teniendo en cuenta que había ingerido cuatro. En realidad, la dosis máxima diaria para un adulto era de dos, aunque no era peligroso tomar cuatro, sobre todo si el paciente era una persona adulta, corpulenta y con buena salud, le aseguró. Lo único que había que hacer era meterlo en la cama, pero como había tenido una contusión cerebral no debería pasar la noche solo.

Dios mío, también tengo que quedarme a dormir aquí, pensó Karin.

Tenía que llamar a Line. Buscó su número en el teléfono de Knutas y la llamó.

—¡Dígame! —respondió una voz alegre.

Se oía el murmullo de voces y risas de fondo.

—Hola, soy Karin, la compañera de Knutas.

—Ah, hola.

La voz cambió de repente y adquirió un tono de preocupación.

—Bueno, llamaba porque Anders ha sufrido una conmoción cerebral, aunque quizá ya lo sepas.

—No, no tenía ni idea. ¿Cómo se encuentra?

—Solo se trata de una pequeña conmoción, ha estado en el hospital y le han explorado, no corre peligro. Yo creía que lo sabías y que habría alguien en casa, pero esta tarde, cuando llamé desde el trabajo, estaba solo. ¿Vuestros hijos están contigo en Copenhague, verdad?

—Sí, se han tomado un par de días libres del colegio y han venido a visitarme a mí y a su abuela, que cumple setenta y cinco años, así que hemos estado de celebración este fin de semana —dijo en un tono de disculpa.

Si de verdad se trataba de una gran fiesta, resultaba un tanto extraño que su marido desde hacía veinte años no hubiera asistido, pensó Karin enfadada.

—Como parecía no encontrarse bien he llamado al hospital y me dijeron que no es bueno que pase la noche solo. Me pregunto si hay alguien a quien pueda llamar, si no, a mí no me importa quedarme a dormir en el sofá.

—¿Puedo hablar con él? —pidió Line.

—Lo siento, pero no puede hablar, está bastante aturdido.

—Dios mío, ¿cuándo y cómo sufrió esa conmoción cerebral?

Karin le explicó cómo había ocurrido todo.

—¡Por Dios! No entiendo por qué no me ha llamado. Si pudieras pasar la noche ahí te estaría muy agradecida. Hay sábanas en el armario grande de la ropa blanca, en el recibidor de la planta de arriba.

—De acuerdo —dijo Karin—. Bueno, ahora tengo que ocuparme de tu marido. Adiós.

Finalizó la conversación y no pudo menos que sentir cierto regocijo por el evidente sentimiento de culpa de Line. Consiguió reanimar lo suficiente a Knutas como para que pudiera subir él mismo las escaleras, ir al cuarto de baño y luego meterse en la cama. Mientras tanto, ella limpió la cocina y rellenó los tazones de comida del gato, con lo que este apareció enseguida en la cocina. Apagó todas las luces de la planta baja y subió a ver a Knutas. No tenía ninguna intención de pasar la noche en el sofá.

Él ya se había acostado y parecía estar dormido como un tronco. Fue al cuarto de baño, luego se desvistió, pero conservó la ropa interior y una camiseta. Se metió en la cama de matrimonio junto a Knutas, en el lado de Line. Le acarició con cuidado la frente y las mejillas en la oscuridad. Escuchó su respiración acompasada y sintió una gran seguridad.

Después se quedó dormida.

Era una noche de septiembre más cálida que de costumbre, y Degen redujo el paso al abandonar las calles para pasear a lo largo del puerto desierto. Encendió un cigarrillo. No tenía prisa alguna en regresar a la habitación. Terese no paraba de llorar. Había intentado consolarla lo mejor que podía, pero él también se sentía triste. Salir un rato fue como una liberación, así podía relajarse un poco. La terminal del *ferry* estaba cerrada y no se veía un alma tras los enormes ventanales.

Habían perdido el último barco que salía a las cinco menos cuarto. Ahora tendrían que esperar hasta el de las siete de la mañana. Si es que se atrevían a cogerlo. Discutieron durante la tarde cuál sería la mejor alternativa. Tomar el transbordador de la mañana y arriesgarse a que la Policía lo estuviera vigilando o esperar y pasar unos días en el hotel hasta que las cosas se calmaran. La Policía no contaba con suficientes recursos y no podrían pasarse varios días controlando a todos los pasajeros. Al mismo tiempo, si se quedaban corrían un gran riesgo. No conocían a nadie en Gotland que pudiera ayudarles con algo tan sencillo como la comida. El hotel solo contaba con servicio de desayuno. Ni siquiera había un bar y no vendían tabaco. Esa era la razón de que se hubiera visto obligado a salir, a pesar de que era perfectamente consciente de lo peligroso que resultaba hacerlo. Pero no podía actuar de otra manera. No soportarían pasar la noche sin fumar.

Finalmente se pusieron de acuerdo en que lo mejor sería tomar el barco y confiar en que no vigilaran la terminal. Eso es lo que harían. El *ferry* salía a las siete y tenían que facturar media hora antes. Pasarían la noche en vela. Por suerte tenían algo de alcohol.

Pensó en el fiasco de la iglesia. Habían estado cerca de pillarlos. Claro que sabían que habría policías en el lugar, y que les seguían la pista. Habían pasado por el club de boxeo tailandés, pero Amanda, la entrenadora y una de las muchas novias de Degen, le había llamado para avisarle y contarle que había borrado sus datos.

Aunque en realidad nada de eso importaba. Debían acudir al entierro, aun cuando ambos sabían que era una temeridad. No podían dejar tirado a Jocke y no asistir a su último viaje. No había alternativa posible.

Degen encendió otro cigarrillo y llegó hasta el final del muelle. Unos cuantos barcos se mecían en el embarcadero. A su alrededor todo era silencio y desolación. Sonó su teléfono móvil. Era Terese.

—¿Dónde estás? ¿Por qué tardas tanto? —preguntó intranquila.

—No te preocupes. He salido a comprar tabaco. He tenido que ir hasta otro hotel. Todo está cerrado, joder.

—¿Y qué haces?

—Estoy paseando por el puerto, pero ahora vuelvo. Llegaré en diez minutos.

—Prométemelo. No puedes andar por la ciudad. Piensa que la Policía te podría ver.

—Sí, ya voy. Tranquila.

Al llegar a la zona más desierta del puerto, donde se apilaban los grandes contenedores, descubrió que alguien lo seguía.

A unos veinte metros de distancia, un hombre solitario caminaba tras él. Ocultaba su rostro bajo una gorra deportiva negra. Era alto y fuerte y parecía ser bastante joven, tendría alrededor de treinta años. Sin apenas luz resultaba difícil de determinar. La oscuridad reinaba a su alrededor, solo alguna que otra farola iluminaba el puerto. No era un poli, de eso estaba seguro, pero ¿qué hacía allí a esas horas? Degen buscó con la mirada algún perro suelto por los alrededores, quizá se trataba del dueño de un perro que había salido tarde a pasear.

Empezó a acelerar el paso y notó que el hombre hacía lo mismo. Comenzó a inquietarse. ¿De qué coño iba todo aquello?

Giró tras un contenedor para ver si el hombre seguía su camino. Por si acaso se tratara de una coincidencia. Pero cuando él desapareció de la vista, el extraño redujo el paso y miró a su alrededor. Al parecer, no sabía dónde había ido a parar Degen. El corazón le latía desbocado en el pecho. ¿Qué cojones podía hacer? ¿Intentar reducir al tipo gigantesco con una patada de boxeo tailandés? Al pensar en lo que le sucedió a Jocke se le nubló la mente y empezó a temblar. Miró con cuidado detrás del contenedor y vio la espalda del hombre, que se había detenido justo al lado. Luego, este decidió rodear el contenedor. Al darse la vuelta el hombre quedó de perfil y la luz iluminó su rostro con claridad. Había algo en él que le resultaba familiar. Desapareció de su vista y Degen comprendió que tenía que moverse para no ser descubierto. Se escabulló lentamente alrededor del contenedor y acabó detrás de su perseguidor. Sopesó durante varios segundos si atacarle por la espalda y esperar lo mejor, pero decidió no hacerlo.

Degen aprovechó la oportunidad y salió disparado hacia el siguiente contenedor. Se pegó a él, recuperó el aliento e intentó pensar con claridad. Un paso más hacia el hotel, tenía que llegar hasta allí. Con Terese. Esto era una locura, ¿de dónde diablos había salido este tipo? ¿Y qué quería de él? Buscó en sus recuerdos. Asomó la cabeza tras el contenedor y vio que el extraño se dirigía hacia él. Se dio la vuelta y corrió hasta el contenedor siguiente. Si por lo menos apareciera alguien. Ahora casi empezó a desear que un coche de policía pasara por allí.

Durante un momento de locura pensó en salir, mostrarse y preguntarle por qué lo seguía. Pero se alejó con cuidado hacia el otro extremo, aguzando el oído. ¿El hombre se encontraba junto al contenedor anterior o también se había movido? Degen oteó en la oscuridad. Nada. Esperó. Todo

estaba en silencio. Entonces tomó impulsó y salió corriendo, pero acabó dándose de bruces con el desconocido. Dio media vuelta y corrió en dirección al muelle donde se encontraban los barcos.

Diego González descubrió demasiado tarde que no tenía escapatoria.

1994

Los minutos parecían horas. La temperatura bajó rápidamente y en el coche hacía frío. Terese se arrepintió de no haber llevado una chaqueta más gruesa. Fumaron y bebieron coca-cola para mantener a raya el cansancio. Hacía tiempo que se les había acabado el café. Se turnaban para, de vez en cuando, acercarse a escondidas a la casa y ver si Palle y Susanne ya se habían ido a la cama. Hasta las tres de la madrugada no se apagó la última lámpara. Decidieron esperar por lo menos una hora más para estar totalmente seguros de que se habían dormido.

A las cuatro y media de la madrugada, Degen accionó la llave de contacto y condujo muy despacio por el camino de gravilla hacia la entrada. Había que aparcar lo más cerca posible para poder salir disparados de allí, aunque sin despertar a nadie. Detuvo el coche en el camino, lo colocó en la dirección correcta para poder largarse tan rápido como fuera posible. La iluminación de la fachada y de la hilera de farolas de la entrada al garaje no estaba encendida y, al apagar Degen el motor del coche, se hizo una oscuridad total. No confiaban en Jocke para conducir, se había fumado varios porros y estaba bastante colocado, pero eso ya no tenía remedio.

Habían revisado el equipo hasta el más mínimo detalle, sacaron sus linternas y se cubrieron el rostro con unos pasamontañas negros antes de abandonar el coche con la llave de contacto puesta.

Avanzaron en la oscuridad y Terese marcó el código para apagar la alarma. Rezó una oración en silencio para que este fuera el mismo que utilizaban cuando ella vivía allí. Pero no sucedió nada. ¡Joder, mierda! El pánico se apoderó de ella. La casa tenía una alarma conectada directamente con la Policía, y a los maderos no les tomaría mucho tiempo llegar a Höglint, pues se encontraba a apenas cinco kilómetros de Visby.

—¿Qué coño pasa? —murmuró Jocke, impaciente—. ¿No funciona?

—No. Han debido de cambiarla. Déjame pensar.

Degen y Jocke miraron irritados a su alrededor. Allí fuera reinaba un silencio total. Se podía oír, en la distancia, el mar y las olas rompiendo en la playa. El cerebro de Terese trabajaba febrilmente. Cuando no había nadie en casa, muchas veces había escudriñado cada rincón en busca de dinero, y fue en una de esas ocasiones en la que encontró el lugar donde Palle escondía la combinación de la caja fuerte. Pero también recordó el papel que había dentro de uno de los armarios de la cocina con el nombre de los miembros de la familia relacionados con la

combinación de la alarma. Eran siempre muy cuidadosos en no olvidarse de conectar la alarma cuando salían de casa. Palle guardaba en su despacho grandes sumas de dinero en metálico del restaurante. Nadie se lo había contado a Terese, pero ella se había fijado en que con frecuencia él regresaba a casa con una bolsa especial para billetes que metía a hurtadillas en el despacho, y a continuación se encerraba un rato ahí dentro. Cuando Terese empezó a vivir en casa de la familia tuvo que aprenderse de memoria la combinación, que entonces era 520502. Ella le preguntó en una ocasión a Kristoffer qué significaban los nombres que había allí, tres escritos en rojo y uno en verde. Entonces él le contó, como el mayor de los secretos, que el nombre en verde era el código que utilizaban en ese momento. Y que cambiaban el color del nombre cada vez que renovaban la combinación. Ella tuvo que jurarle por lo más sagrado que nunca le contaría a nadie que le había revelado el sistema. Terese lo prometió. Para que resultara más fácil acordarse de la combinación, siempre se utilizaba la fecha de nacimiento de alguno de los miembros de la familia. Por lo tanto el 520502 era el de Susanne, y ese era el que utilizaban mientras ella vivió allí. Pero ahora habían cambiado. Solo tenía que acordarse de cuándo cumplían años los demás miembros de la familia. Palle celebró el suyo mientras ella vivía allí. Fue en julio. ¿En qué día y en qué año había nacido? Recordó que era un par años mayor que Susanne. Tres, quizá.

Probó distintas combinaciones sin conseguir nada. Degen no dejaba de mirar el reloj. Se veía con claridad que la inquietud iba apoderándose de él. ¿Y el de los niños? Recordaba su cumpleaños porque Kristoffer le había contado que habían nacido el día antes de Nochebuena. ¿Cuántos años tenían? Iban a empezar séptimo, así que cumplirían trece años. Se concentró y echó cuentas para calcular el año de nacimiento correcto. A pesar de que hacía frío y el vaho de su aliento formaba una nube a su alrededor, la frente se le perló de sudor. Veamos, 1994 menos 13, deberían haber nacido en 1981. Marcó con dedos temblorosos el código. La alarma se apagó.

Exhaló un suspiro y accionó el picaporte.

Malin y Sofia llevaban practicando marcha nórdica desde que se conocieron cuando llevaban a sus hijos a la guardería. Los niños ya eran unos adolescentes, pero ellas habían mantenido la costumbre. Se reunían por la mañana temprano, antes de que se despertaran sus familias, tres veces a la semana, una hora antes del desayuno. Todo el año, hiciera el tiempo que hiciera, caminaban deprisa mientras charlaban sobre todo tipo de asuntos, como su situación laboral, la educación de los hijos, cotilleos en general o la relación con sus maridos. Este último era uno de los temas al que recurrían con frecuencia, y últimamente lo trataban con mayor asiduidad todavía. Quizá tuviera que ver con la edad. Los niños se hacían mayores, les quedaba más tiempo y espacio para ocuparse de las necesidades propias en lugar de las de los demás.

Cruzaron el parque de Almedal y caminaron hacia el puerto. Eran algo más de la seis y hacía una bonita y tranquila mañana.

—Cuando se lleva tanto tiempo casada como nosotras, todo se vuelve tan insoportablemente predecible... —se quejaba Sofia mientras marchaban por el muelle—. Una siempre sabe exactamente qué va a pasar. Conoces a tu marido mejor que a tus zapatillas viejas. La relación se queda aletargada, estancada desde hace años, ¿y qué hacemos para reavivarla? ¿Comprar un vino caro para la cena o viajar a un lugar exótico de vacaciones y convencernos de que somos felices? Pero la verdad es que nos engañamos a nosotras mismas. La vida continúa, los días pasan, pero no ocurre nada nuevo. A mí, por lo menos, eso me aburre, y estoy empezando a enloquecer de nostalgia.

Malin no le prestaba mucha atención, no era la primera vez que oía esa cantinela. De repente se detuvo.

—Mira, ¿qué es eso?

En el suelo, delante de ellas, había unas manchas oscuras.

—¡Parece sangre! —exclamó Sofia, y bajó al embarcadero con la vista fija en el suelo. Las manchas continuaban en un goteo constante a lo largo de los barcos de recreo amarrados.

—Puede que venga de algún barco pesquero —apuntó Malin, que seguía en el muelle—. Déjalo estar.

—Aquí no atraca ningún pesquero. Tenemos que localizar su origen.

En la voz de Sofia se adivinaba una mezcla de emociones. Malin, en cambio, permaneció inmóvil mientras Sofia proseguía sola. Las manchas continuaban hasta un gran barco a motor que se encontraba en el límite del embarcadero. Sofia subió a bordo sin pensarlo dos veces.

—¿Qué haces? —gritó Malin.

—¡La sangre viene del barco! Tengo que comprobar si alguien...

Se detuvo.

En la cubierta yacía un hombre cuya cabeza estaba casi separada del cuerpo.

El hastío de Sofia por la vida desapareció por completo.

La oscuridad de la habitación era completa. El dolor de cabeza prácticamente había desaparecido. Se le pegaba la lengua al paladar. Knutas se estiró para alcanzar el vaso de agua de la mesilla de noche, todavía quedaba la mitad. El agua estaba templada, pero le sentó bien. De pronto fue consciente de que había algo diferente. Oyó respirar a alguien. Durante una milésima de segundo creyó que Line había regresado, y la primera sensación que tuvo fue de alivio. Se dio la vuelta y descubrió una pequeña figura arrebujada al otro extremo de la cama. En el lado de Line. El pelo que sobresalía era oscuro, la mejilla bronceada. Un hombro con un tatuaje con forma de mariposa. Él nunca lo había visto antes ni sabía que existía. Alargó con cuidado los dedos, deseaba acariciar ese hombro. Se detuvo en el aire, retiró la mano. ¿Qué hacía Karin en su cama?

Se dejó caer de nuevo sobre el suave plumón de la almohada. Miró el techo. Intentó recordar qué había sucedido la tarde anterior. Había perseguido a Degen, que le golpeó en la cabeza, lo trasladaron al hospital en ambulancia. Conmoción cerebral. Lo mandaron en taxi a casa. Los niños se encontraban con Line en Copenhague. Conservaba un vago recuerdo de que Karin llegó por la noche. Después de eso no recordaba absolutamente nada. Se volvió hacia un lado para ver la hora. Las cinco y media. No sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo. Sentía la cabeza pesada, pero ya no le dolía.

Se escabulló al cuarto de baño. Se dio una larga ducha, se lavó el pelo. Se aplicó un poco de loción para después del afeitado antes de regresar al dormitorio. Karin parecía seguir durmiendo. Se puso un par de calzoncillos limpios y se metió con cuidado en la cama. Deseaba experimentar la sensación irreal de estar acostado en la misma cama que Karin.

Al levantar la colcha descubrió que ella solo llevaba puesta una camiseta y las bragas. Estaba tumbada de espaldas a él y su cuerpo era delgado y esbelto. Completamente diferente al de Line. Le sorprendió que se hubiera acostado en su cama. ¿Qué significaba eso?

Se acomodó en su lado a cierta distancia de ella. Observó su hombro y su pelo. Deseó alargar la mano, tocarla, pero no se atrevió. De pronto ella se estiró, bostezó y se volvió hacia él. Entonces su rostro quedó frente al suyo en la oscuridad.

Él deseó verla y encendió la lámpara de la mesilla de noche. Ella refunfuñó y desapareció enseguida debajo de la colcha.

—Buenos días —susurró Knutas.

Karin se asomó. Apenas se veían sus ojos marrones.

—Buenos días.

—¿Puedo preguntarte qué haces en mi cama?

—Te estoy cuidando. Estás enfermo.

—No me siento enfermo.

—Qué suerte. Te habré curado.

Los ojos de ella brillaban. Knutas se atrevió a alargar una mano y levantó un poco la colcha con la que ella se había tapado media cara.

—Hola —dijo él suavemente—. ¿Puedo mirarte?

Ella sonrió dejando a la vista su famoso espacio entre los dientes. Nunca lo había visto tan cerca. Él se acercó todavía más y su rostro quedó a solo unos centímetros del de ella. Deseó besar esos suaves labios, tocarla. Se sintió turbado ante la fuerte atracción que sentía por ella. Se dio cuenta de que temblaba. Karin seguía completamente inmóvil y en silencio. Como si estuviera esperando.

Justo cuando Knutas se estiró hacia ella la estridente sintonía del teléfono retumbó en la habitación.

El sol se alzaba sobre el puerto de Visby. Los barcos se balanceaban en el agua resplandeciente. Aún hacía calor. Si no fuera por la cinta de acordonar, los coches patrulla y los técnicos equipados con guantes blancos que iban de un sitio a otro buscando rastros en el muelle, podría haberse tratado de una imagen paradisíaca. Un grupo de peatones que se había detenido para ver qué pasaba se agolpaba junto a los periodistas al otro lado de la cinta blanquiazul.

Tras haber sido interrumpidos abruptamente en su tentativa de encuentro amoroso, Knutas y Karin llegaron juntos y fueron conducidos hasta el barco en cuestión. Habían vuelto a la realidad de una forma brutal y enseguida asumieron sus roles laborales. La magia había desaparecido.

Al ver el cuerpo, ambos recordaron las dos fotografías del día en que encontraron a Jocke Eriksson en la letrina. No cabía duda alguna de que se trataba del mismo asesino. Tenía el cuello rebanado de la misma manera y el pecho bañado en sangre. Alrededor del cuerpo había también miles de pequeñas salpicaduras que habían manchado gran parte de la cubierta. Karin sostenía una servilleta contra la boca.

—¿Lleva encima alguna documentación? —preguntó Knutas a Erik Sohlman, el técnico de la Científica que se afanaba en obtener unos restos de piel bajo las uñas de la víctima.

—Mira esto. —Sohlman giró la muñeca del cadáver—. Tenías razón, lleva un tatuaje exactamente igual al de Jocke Eriksson.

—¿Algo más?

—Han desaparecido la cartera y el teléfono móvil, pero hemos encontrado algo en el bolsillo de la chaqueta. Espera un momento.

Knutas se armó de paciencia mientras intentaba concentrarse en el estado del cadáver y en no dejarse influir por la desagradable escena. No había duda alguna de que se trataba del hombre del sombrero que estaba sentado en la iglesia y que luego salió corriendo, perdió el sombrero en su huida y dejó al descubierto una larga melena negra y brillante hasta el hombro recogida en una cola de caballo. El cabello seguía tan lustroso y lleno de vida como entonces, pero eso era lo único.

Knutas miró a su alrededor. Karin ya se había bajado del barco y se encontraba en el muelle hablando con uno de sus colegas. Ella ya había tenido suficiente.

Sohlman finalizó el trabajo de las uñas y guardó el material. De una caja extrajo una bolsa de plástico con un pequeño envase.

—Mira —dijo triunfante—. El asesino olvidó esto.

Le tendió la bolsa a Knutas.

Se trataba de una cajita plana que contenía pastillas de cortisona. En el envase había una pegatina. Knutas aplanó la bolsa para poder leer: «190575 González Diego». Miró satisfecho a su colega.

—¡Bingo!

Pia Lilja dejó a Johan junto a la zona acordonada, a continuación condujo por el puerto y aparcó la furgoneta de la televisión al otro lado. Trepó a un muro con la cámara y el resto del equipo, y caminó por el malecón que se encontraba en la orilla opuesta del embarcadero donde habían hallado el cuerpo. Ese lugar no estaba acordonado. Si lograba subirse a uno de los cajones apilados en el borde era probable que consiguiera el ángulo perfecto sobre el barco y el cadáver. Si bien era cierto que sabía que las imágenes no podrían utilizarse de cualquier manera, deseaba recopilar todo el material posible: cuanto más tuvieran, mejor. El nuevo asesinato era una noticia de tal calado en Visby, que en cualquier momento llegaría una invasión de fotógrafos y reporteros. Pia Lilja quería ser la primera y quería ser la mejor.

De momento, el cadáver estaba a la vista, aunque seguramente la Policía no tardaría en echarle una tela por encima. Sospechó que no lo moverían del barco hasta que llegara el médico forense. Justo en ese momento oyó el helicóptero de la Policía acercarse desde el mar. Al parecer el forense venía de camino.

Pia sudaba por el calor. Estudió las cajas amontonadas unas sobre otras. Intentó sopesar cómo podría trepar hasta arriba. Dónde apoyaría los pies. Le dio gracias a Dios por sus largas piernas.

Se apartó la maraña de pelo de los ojos, se colgó la cámara al hombro y comenzó a trepar. No le resultó fácil, y en un par de ocasiones estuvo a punto de perder el equilibrio. Era consciente de que se trataba de una oportunidad, pero si se le caía la cámara sería el fin. Seguramente valía más de cien mil coronas. No dudaba de que esos equipos estuvieran asegurados, y siguió adelante.

Johan se hallaba al otro lado de la zona acordonada y sentía que su frustración aumentaba. Habían encontrado a un hombre muerto, eso era todo lo que sabía. Aunque teniendo en cuenta la cantidad de agentes de Homicidios que había en el lugar, y el hecho de que varios técnicos se movieran por los alrededores recogiendo pruebas, resultaba fácil sospechar que se trataba de un asesinato. Los reporteros luchaban por conseguir declaraciones de alguno de los policías, pero era tarea imposible. De momento, lo único que podía hacer era esperar.

La multitud de curiosos no dejaba de crecer. El crimen había ocurrido en medio del puerto. Él también pensó que lo sucedido estaba relacionado con el asesinato de Jocke Eriksson. De repente le sonó el móvil. Oyó la voz excitada de Pia.

—Oye, esto es muy grande, no te lo puedes ni imaginar.

—¿Qué?

—He conseguido trepar a un montón de cajas al otro lado del muelle y tengo una visión perfecta de todo el barco, ¿y sabes qué?

—No.

—Hay un hombre muerto en la cubierta y todo está lleno de sangre. Por suerte tengo el teleobjetivo. Al pobre diablo lo han degollado.

—Joder. Igual que a Jocke Eriksson.

—Y eso no es todo. La víctima es el hombre que creemos que es Degen. El que salió corriendo de la iglesia junto a esa mujer.

Johan tragó saliva.

—¿Estás segura de que es él?

—Sí, Johan, estoy completamente segura.

Todas las miradas estaban dirigidas a Knutas cuando al mediodía comenzó la reunión del grupo de investigación. Solo faltaba Wittberg, que estaba ocupado al teléfono. Cuando Knutas pasó por su despacho, Wittberg le indicó que iría tan pronto como finalizara la conversación. Ya que parecía algo importante le dejó hacer.

—Como todos sabéis, nos ha caído otro asesinato encima —comenzó Knutas. Esbozó una mueca al darse cuenta de que la expresión no era la más acertada, carraspeó y prosiguió—: Al hombre asesinado lo degollaron de la misma manera que a Jocke Eriksson. La víctima no tenía cartera ni teléfono móvil, pero en el bolsillo de la chaqueta había un envase de pastillas de cortisona con su nombre: Diego González, nacido el 190575.

—Como creíamos, vamos —apuntó Sohlman.

—González fue condenado por una serie de delitos —prosiguió Knutas—. Es un viejo conocido de la Policía de Estocolmo, y se ha pasado toda la vida entrando y saliendo de diferentes penitenciarías. Estaba empadronado en una dirección de Vällingby, un suburbio al noroeste de la capital. La víctima tenía un tatuaje en la muñeca igual al de Jocke Eriksson. No sería descabellado pensar que las iniciales jota y de pertenecen a sus nombres y que la tercera corresponde a la mujer desconocida que estaba en la iglesia y que se dio a la fuga junto a González cuando Karin los descubrió.

Le dirigió una mirada a su colega y se perdió durante un microsegundo en sus grandes y preciosos ojos. Apartó el pensamiento de haberla visto en bragas y se volvió hacia el técnico de la Científica.

—Erik, háblanos de la escena del crimen.

Sohlman se puso en pie y bajó una pantalla blanca. Se colocó junto al ordenador y proyectó una imagen. Karin, que se encontraba sentada junto al interruptor, apagó la luz. La visión era escalofriante. En pleno puerto de Visby, entre barcos bamboleantes, yacía un hombre ensangrentado en la bañera de un imponente yate fueraborda. El contraste entre la sangre y el resplandeciente blanco de la cubierta resultaba brutal. El hombre yacía inclinado hacia delante con una gran herida abierta en el cuello.

—Este es Diego González, también conocido como Degen —dijo Sohlman—. Él, al igual que

Jocke Eriksson, fue asesinado con un profundo corte en el cuello. También recibió varias cuchilladas en el abdomen. Todo parece indicar que el asesinato fue precedido por una pelea. González presenta heridas defensivas en brazos y hombros y había restos de piel bajo las uñas, así que confiamos en poder obtener el ADN.

—¿Cuánto tiempo llevaba muerto cuando lo encontraron? —preguntó Kihlgård.

—Yo diría que entre ocho y nueve horas. El crimen se cometió en algún momento entre las diez y las once de la pasada noche. El corte en el cuello fue realizado por una persona zurda, lo cual es un indicio más de que nos encontramos ante el mismo asesino. El médico forense llegó esta mañana en helicóptero y ahora se encuentra en el puerto examinando a la víctima en el lugar del crimen.

Durante un rato se hizo el silencio mientras los presentes observaban las imágenes.

—Llegados a este punto, nuestro asesino ha matado a Jocke Eriksson y a Degen González —dijo Karin pensativa—. Se podría pensar que solo queda una persona. La mujer desconocida. El tercer ladrón.

—Y todo parece indicar que su nombre empieza por te —dijo Knutas—. ¿Quién es ella? ¿Qué nombres de mujer empiezan por la letra te?

—Tullikki —propuso Karin, y le lanzó una mirada burlona.

—¿Qué nombre es ese? —preguntó Knutas y frunció el ceño—. ¿Cómo diablos se deletrea eso?

—Como suena —rio Karin.

Knutas no pudo menos que sonreír. Sintió un calor interior y cierto temblor de piernas. Se puso rojo como un tomate como si fuera un colegial. Confío en que no se notara. Cómo era posible que estuviera bromeando en el trabajo en un momento tan serio.

Wittberg entró en la sala, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Has conseguido algo? —preguntó Knutas, aunque por la expresión de Wittberg podía adivinar la respuesta.

—Resulta que Degen González tenía su propia conexión con Gotland. Pasó casi un año en el centro de menores Hassela, en Klintehamn, desde noviembre de 1993 hasta septiembre de 1994.

—En Klintehamn —repitió Karin—. ¿Cuántos años tenía entonces, dieciocho, diecinueve? Y Jocke Eriksson vivía en Tofta, no muy lejos de allí. Y nacieron el mismo año.

—¡Y Patrik Rosén! —exclamó Kihlgård—. Él tiene la misma edad y es de Klintehamn.

—Bien, parece que ahora vamos por el buen camino —dijo Knutas—. Tenemos que comprobar si Patrik Rosén ha oído hablar de Diego González, y alguien tendría que pasarse por el centro de menores de Klintehamn. Nosotros investigaremos las últimas horas en la vida de Diego González. Ya que la población y los medios están muy al tanto del asesinato, sería necesario ofrecer una rueda de prensa durante la mañana. ¿Te encargas tú de ello? —preguntó, y se volvió hacia Norrby.

El portavoz de prensa asintió.

Kihlgård se levantó de la mesa.

—¿Cuándo diablos se come en este sitio?

1994

Nada más entrar en la casa, a Terese le embargó una sensación de irrealidad. Reconoció el olor de la vivienda, pero ahora se encontraba allí en otras condiciones y con una tarea completamente diferente. Se detuvieron en el recibidor y aguzaron el oído. Al parecer nadie les había oído entrar. La pálida luz de la luna brillaba a través de las ventanas e iluminaba en parte las paredes lustrosas y los suelos fríos de piedra. Las copas de los árboles del exterior se movían despacio con el viento y creaban un baile de sombras en la habitación de decoración minimalista. Terese dirigió sus pasos de inmediato hacia el despacho que se encontraba en el extremo opuesto de la casa. La puerta de su antigua habitación estaba entornada. Sintió una punzada en el pecho al ver aquella cama tan cómoda.

Se detuvo al descubrir en la pared una fotografía enmarcada que antes no estaba allí. No pudo menos que abrir la puerta del todo y entrar. Se trataba de una fotografía en blanco y negro. Se vio a sí misma, bronceada, contenta y relajada, junto a los gemelos. Qué guapa estaba. Tenía los ojos brillantes y los dientes blancos. De fondo se vislumbraba la ancha playa de arena de Tofta. Los tres reían frente a la cámara. Ella recordó perfectamente la ocasión. Susanne tomó la fotografía el verano pasado. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y se las restregó con rabia. Joder, no era momento para sensiblerías. Solo estaba cansada, pensó. Eran casi las cinco de la madrugada. Se dio la vuelta a toda prisa y continuó por el pasillo.

Oyó los excitados susurros de Degen y Jocke en la cocina. Un ligero tintineo. Al parecer, habían traído algunas herramientas. No les hizo caso y se concentró en lo más importante. La puerta del despacho estaba cerrada. Sintió una leve sensación de pánico en el pecho. Rogó para que no estuviera cerrada con llave. Eso era perfectamente posible, pensó ella, ya que habían estado de viaje. Quizá Palle hubiera tomado medidas adicionales de seguridad. Accionó con cuidado el picaporte y para su tranquilidad este cedió con un ligero chirrido. El escritorio se encontraba en el lugar de siempre y la habitación estaba igual que cuando ella vivía allí.

Se apresuró enseguida hacia la ventana y deseó con toda su alma que él no hubiese cambiado el escondite de la combinación de la caja fuerte. Comprobó bajo el alféizar de la ventana. Sí. El post-it seguía allí. Tan sencillo... La combinación se componía de ocho cifras, no reconoció los números. Lo más seguro era que él la hubiera cambiado después del verano, cuando ella la

descubrió. Fue un día que estaba borracha y entró en el despacho en busca de dinero, tropezó y rodó por el suelo. Al levantar la mirada se topó con un pequeño papel en un lugar extraño. Como si Palle lo hubiera pegado allí por alguna razón en particular. Y así era.

Pero eso sucedió justo al final de su estancia en casa de la familia, y en aquella ocasión no tuvo oportunidad de probar si la combinación funcionaba. Ahora la apuntó en un papel que había traído consigo y retiró los libros que ocultaban la caja fuerte. Marcó los números con cuidado y la puerta se abrió con suavidad.

Al ver el contenido, Terese tomó aliento y durante un momento se olvidó del tiempo y el espacio. Allí había fajos de billetes de mil coronas, debía tratarse de varios cientos de miles. Además, había varias cajitas apiladas. No pudo menos que abrir una de ellas y sobre una base de terciopelo azul oscuro vio cómo resplandecía un collar de color plateado y un par de pendientes con piedras brillantes. Tragó saliva y se volvió hacia la puerta. No se oía ni un suspiro. No se atrevió a llamar a ninguno de los otros por miedo a despertar a la familia, que estaba durmiendo en la planta de arriba.

Desplegó la bolsa de tela que llevaba consigo y comenzó a llenarla. Estaba emocionada ante todo aquel dinero. Eso resolvería todos sus problemas, tendrían más que de sobra. Ella no tenía ni idea del valor de las joyas, aunque parecían caras. Cerró la bolsa, donde había cabido todo sin problemas, luego cerró la caja fuerte, se guardó el papel con la combinación apuntada y comprobó que no dejaba rastro alguno antes de apagar la lámpara y abandonar la habitación. Hasta que no salió al pasillo no fue consciente de las actividades de sus dos amigos. Estaban ocupados en descolgar un gran cuadro que había en la pared detrás del sofá del salón.

—¿Qué estáis haciendo? —susurró Terese—. Acordamos conformarnos con la caja fuerte.

—Este es un Andy Warhol auténtico, joder. Está firmado y todo, mira. —Degen iluminó la firma con la linterna—. Hasta yo me doy cuenta de que vale una fortuna.

—Sí, pero daos prisa. He vaciado la caja fuerte y con eso hay más que de sobra. Tenemos que irnos.

El cuadro era tan grande que no pudieron meterlo en ninguna bolsa y Degen tuvo que cargar con él en brazos. Jocke levantó su bolsa, que parecía pesada, y Terese comprendió que, en contra de lo acordado, ellos habían saqueado a sus anchas mientras ella vaciaba la caja fuerte.

Ya era hora de largarse. Pronto empezaría a amanecer y no deseaban ser vistos con la furgoneta por la zona.

—Solo una cosa más —susurró Jocke, y se estiró tras una bonita estatua de bronce que había en un nicho, la alcanzó, pero perdió el equilibrio y cayó de cabeza hacia delante provocando un estruendo cuando la estatuilla se estrelló contra el suelo.

Terese se quedó de piedra. Al momento siguiente se oyeron unos pasos en la escalera y los gritos de alguien.

Entonces todo sucedió muy deprisa. A pesar de que habían acordado que no necesitaban armas, Jocke sacó una pistola del bolsillo de su chaqueta, se dio la vuelta bruscamente y en el mismo instante en que Terese alcanzó a ver una melena revuelta, una mirada asustada y un rostro bronceado, sonó un disparo y Susanne se desplomó sobre el suelo del salón. Le manaba sangre del pecho. A continuación oyeron el grito aterrador de un hombre.

—¿Qué coño pasa aquí?

Palle apenas llegó al primer peldaño de la escalera antes de que sonara un nuevo disparo. Se

desplomó al momento y su cuerpo quedó tendido en la escalera. Un movimiento del brazo hizo que Jocke disparara varias veces seguidas hasta que el hombre de la escalera quedó completamente inmóvil.

Luego sucedió lo peor.

Primero una voz quebrada por el pánico.

—¡Mamá, papá!

El chico desgarbado en la escalera, los ojos aterrorizados al ver a sus padres, ensangrentados e inertes. Y luego el gesto cuando la bala le alcanzó en el estómago, cuando una fuerza enorme le atravesó el cuerpo y lo desplomó. Jocke realizó varios disparos más.

Terese reaccionó de forma instintiva. Corrió escaleras arriba, se quitó los guantes y le buscó el pulso. Sollozaba.

—¡Jodeer! —exclamó Degen, sujetó a Jocke y le arrebató la pistola de la mano. Agarró las bolsas con el botín y empujó a su colega—. ¡Venga, vamos! ¡Tenemos que largarnos de aquí!

Terese recuperó el plomo y obedeció de forma mecánica. Los tres salieron corriendo de la casa en dirección al coche. Terese notó que le corrían lágrimas por las mejillas.

La imagen de Kristoffer agonizando ante sus ojos la perseguiría toda su vida.

Se encontraba solo en casa. A primera vista, todo parecía tan acogedor como de costumbre. Las ajedrezadas cortinas rojiblancas colgaban de las ventanas entre la hilera de macetas de pelargonios. El reloj de cocina colgado de la pared marcaba los segundos. Flotaba un persistente aroma a café del desayuno. Recogió las migas que quedaban en la mesa. Llenó el lavaplatos de forma tranquila y metódica. Encendió la radio. Repetían la misma noticia una y otra vez. «Esta mañana se ha encontrado el cadáver de un hombre en el puerto de Visby. La Policía sospecha que se trata de un asesinato. Bla, bla, bla».

Escuchó lo que decían, pero no le preocupaba. Ya nada le importaba. Era como si se encontrara más allá de todo. Las cosas no habían salido exactamente como había planeado, aunque en realidad daba lo mismo. Degen González resultó ser fuerte como un toro y durante un momento temió que lo dominara. Lo persiguió hasta el barco, pero entonces consiguió clavarle el cuchillo en el estómago y eso puso fin a la pelea. Ver la sangre manando del cuerpo de su víctima lo animó a continuar. Cuando le rebanó el cuello estaba completamente concentrado y experimentó una sensación semejante a la máxima felicidad. Quizá estuviera a punto de volverse loco. Al mismo tiempo sintió una satisfacción interior, una tranquilidad de la que no disfrutaba desde hacía muchos años. Se había hecho justicia y restablecido el orden. No había otro camino.

Se sirvió las últimas gotas, salió y se sentó en el porche de la parte trasera. Las ovejas pastaban con toda tranquilidad en el prado, a lo lejos el color blanco de la iglesia resplandecía contra el cielo azul. Kristoffer se encontraba en el colegio y Marianne trabajando. Él se había tomado una semana de vacaciones de la inmobiliaria. Alegó que tenía que reformar el cuarto de baño.

El hecho era que estaba impresionado de sí mismo. Había llevado todo a buen puerto, sin haber levantado sospechas en casa ni en el trabajo. La lavadora estaba en marcha y tan pronto como terminara el café limpiaría el coche.

Se bebió el café. Todavía le quedaba lo más importante. Por fin la había localizado. Primero se habría visto obligada a experimentar lo mismo que él: perder a las personas que más le

importaban.

Sacó la fotografía del bolsillo interior de la chaqueta. Ella esbozaba una amplia sonrisa. El sol brillaba en su cabello.

Confió en que entendiera qué le esperaba.

Johan y Pia devoraban un rápido almuerzo de sushi frente a los ordenadores, cuando desde recepción les informaron de que tenían visita. Se miraron sorprendidos. No esperaban a nadie y no solía ocurrir que alguien pasara de forma espontánea por la redacción sin haber llamado antes.

—¿Quién es? —preguntó Johan.

—Dice llamarse Sonny Jonsson —susurró la recepcionista en el auricular—. Parece ser miembro de un club de motos. Va vestido de cuero, con uno de esos chalecos en los que pone *Road Warriors*. Lleva *piercings* y tatuajes. Tiene una pinta espantosa.

—No te preocupes, es un tipo legal —dijo Johan—. Ahora bajo a buscarlo.

Era el día siguiente a la muerte de Diego González, y Johan y Pia estaban hasta arriba de trabajo. La redacción de Estocolmo había decidido enviar un reportero y un cámara adicional para ayudar a cubrir la noticia. Esperaban su llegada a Gotland durante la mañana. Resultaba prácticamente imposible que Johan y Pia tuvieran tiempo para hacer ellos solos todo el trabajo necesario.

El rostro de Sonny Jonsson mostraba una expresión atormentada. Rechazó el café y todos se acomodaron en los sofás que había en una sala de la redacción.

—¿Qué pasa? —preguntó Pia.

Sonny se pasó la mano por la cabeza rapada.

—Os voy a contar esto solo porque han matado a Degen, pero tiene que ser *off the record*, ¿vale? No podéis decir que la información procede de mí.

—Por supuesto, nosotros protegemos nuestras fuentes —dijo Johan—. Pero no te podemos asegurar que no informaremos sobre lo que nos cuentes, en caso de que creamos que es importante. Aunque ten por seguro que no revelaremos de dónde procede la información.

—¿A la Policía tampoco?

—No, claro, se trata de proteger a nuestras fuentes, te lo garantizo.

Sonny se inclinó hacia delante y bajó la voz como si tuviera miedo de que alguien le oyera, a pesar de que la redacción se encontraba situada en el piso superior del edificio.

—Lo que os voy a contar ahora son solo mis propias sospechas, nada más. No le he contado esto a nadie, ni siquiera a Maddis, ¿entendéis?

—Sí, claro —aseguraron Johan y Pia al unísono, y permanecieron atentos.

—Bueno, se trata de una historia desagradable de cojones que ocurrió aquí en Gotland hace dieciséis años, en 1994. Mataron a tiros a una familia en su casa de Högklint. Seguro que habéis oído hablar de ello.

—Sí, claro que nos acordamos —dijo Pia, y le dio un codazo a Johan—. ¿Verdad? Se habló de ello durante mucho tiempo en toda Suecia. El caso quedó sin resolver, nunca atraparon a los culpables. Distintos programas de televisión, entre otros *Se busca*, han tratado el asunto en infinidad de ocasiones.

—En efecto —confirmó Johan—. Tuvo que ver con un robo, ¿verdad?

—Sí —dijo Sonny—. La familia estaba durmiendo cuando llegaron los ladrones. La madre, el padre y uno de los dos hijos gemelos la palmaron, pero el otro sobrevivió. Le dispararon, pero salió con vida.

—¿Y? —dijo Johan inquisitivo—. ¿Adónde quieres llegar?

—La masacre de Högklint ocurrió en el otoño de 1994. En ese tiempo, Jocke solía pasar tiempo en Estocolmo y no teníamos mucho contacto. Pero yo sé que durante ese período salía mucho con Degen y la tía esa. Por cierto, he recordado cómo se llamaba: Terese.

—¡Joder! —exclamó Johan—. ¿Estás seguro?

—Era algo con la te, estoy seguro de ello. Como en el tatuaje de Jocke. Jota, de y te. Creo que era Terese.

—¿También recuerdas su apellido? —preguntó Johan impaciente.

—No, pero recuerdo que el intento de violación ocurrió el verano antes de que mataran a esa familia, y que Jocke se mantuvo alejado del club y de Gotland durante varios meses después, creo.

Sonny se puso en pie.

—Eso es todo lo que tenía que deciros. Lo hago por Jocke, y ahora depende de vosotros si queréis continuar con esto.

Se dirigió a la puerta, pero se dio media vuelta.

—Era un buen tío. Todo fue culpa de las jodidas drogas.

Después de que Sonny se fuera, Johan y Pia se lanzaron sobre sus ordenadores. Johan fue el primero en obtener algo.

—Se llama Terese Larsson y fue acogida por la familia de Högklint.

Pia se recostó en la silla.

—¡Dios mío!

—Llegó a la familia en mayo de 1994 y la abandonó en agosto.

—Así que tú crees que... —comenzó Pia.

—Que el asesino de Jocke y Degen está relacionado con Högklint. Eso creo.

Pia, consternada, clavó la mirada en él.

—Pero entonces eso quiere decir...

—Que la siguiente en la lista es Terese Larsson.

Terese estaba acurrucada en la ventana y miraba la zona portuaria desierta que se extendía debajo del hotel. Acababa de llamar a la recepción para informarse de si podía ocupar la habitación un par de días más. Lo aceptaron sin ningún problema. Se encontraban en temporada baja. Tenía unas ganas horribles de fumar, pero se le habían acabado los cigarrillos y debía evitar salir a toda costa. Aunque más tarde o más temprano se vería obligada a hacerlo. En ese maldito hotel no tenían comida. No pensaron en ello al hacer la reserva. Solo planeaban quedarse una noche o dos. Ahora Degen estaba muerto y allí estaba ella. Alarmada, paralizada, aterrorizada. Lo único que podía hacer era seguir las noticias en la televisión y la radio.

Las horas de incertidumbre habían significado un prolongado sufrimiento, fue con diferencia la peor noche de su vida. Esperó y esperó. Marcó el número de Degen en múltiples ocasiones sin obtener respuesta. Se sintió angustiada y preocupada, aunque, no obstante, confió en que al final él diera señales de vida y apareciera con una explicación plausible sobre los motivos de su ausencia durante tanto tiempo.

Al amanecer comprendió que Degen no regresaría. Entonces estuvo segura de que lo había detenido la Policía y que solo era una cuestión de tiempo antes de que llamaran a la puerta. Él llevaba encima la tarjeta que abría la puerta de la habitación, a la Policía le resultaría muy fácil encontrar el hotel. Pero no apareció nadie. Y al oír por la mañana las noticias en la radio, obtuvo la respuesta de por qué Degen nunca regresó.

Gritó su angustia contra la almohada, tumbada en posición fetal, llorando. Pasaron las horas. La cabeza le daba vueltas, no tenía ni idea de qué hacer. A veces se apoderaba de ella una incomprensible calma y la cabeza se le quedaba vacía. Entonces permanecía tumbada en la cama, apática, mirando el techo con la vista perdida.

Por la tarde, su estómago rugió de hambre y el cuerpo se consumía por un cigarrillo. No tendría más remedio que salir. No había otra solución. Al mismo tiempo parecía como si ya nada le importara. Dejaré que la Policía venga y me detenga, pensó. O que sea ese asesino cabrón quien lo haga, me da igual. Mátame, joder. Ya no me queda nadie por quien vivir.

Las únicas personas que me importaban ya no están.

Se dio una ducha, se vistió. Luego se puso sus grandes gafas de sol negras.

Se aseguró de que el monedero estaba en el bolso, junto al móvil y la tarjeta de la habitación.
Deseaba mantener el mínimo contacto posible con la recepción.
Entonces abrió la puerta y salió al silencioso pasillo del hotel.

El nuevo interrogatorio a Patrik Rosén dio resultado. Se habrá arrepentido, pensó Knutas sentado en su despacho preparando su pipa mientras leía la transcripción del interrogatorio que había hecho Karin.

Rosén reconoció, sin rodeos, que durante muchos años le había vendido marihuana a Jocke Eriksson. Tenía una plantación en casa que afirmó utilizar solo para consumo propio, con una sola excepción. Jocke Eriksson era un viejo conocido, se trataban desde que eran pequeños. Patrik Rosén no había dicho nada de ello por miedo a que saliera a la luz su negocio de drogas con Jocke Eriksson. Después de la paliza en el restaurante, pensó que valía la pena asumir su castigo. Quizá había sufrido una amenaza aún peor.

Sería conveniente volver a hablar con la gente del club. Teniendo en cuenta la estrecha amistad entre Jocke y Sonny Jonsson, y lo preocupado que el líder del club había estado por los problemas de drogas de Jocke, la paliza podría haber sido una venganza por ello. Patrik, al sustentar la adicción de Jocke, contribuyó a arruinar su vida.

Wittberg llamó a la puerta del despacho de Knutas. El compañero estaba pálido a pesar del bronceado y agitaba unos papeles que sostenía en las manos.

—Creo que he adivinado cómo encajan las piezas. Sé quién es la mujer desconocida. El tercer ladrón.

—Joder. Siéntate y cuéntame.

Wittberg se dejó caer en la silla que había enfrente.

—Es una historia terrible —comenzó, y movió la cabeza—. ¿Te acuerdas del caso Höglint, en otoño de 1994? Unos ladrones mataron a tiros a una familia.

—Sí —dijo Knutas desconcertado—. Yo no estuve implicado en el caso, el responsable de la investigación fue otro, pero lo recuerdo muy bien. Los delincuentes consiguieron escapar. ¿No se salvó uno de los hijos?

—En efecto —dijo Wittberg con gravedad—. Escucha esto. Empecé a controlar lo del alquiler

del coche que el asesino había alquilado, el Corolla, con el nombre de Alvar Björkman. Apenas encontramos unos cuantos Björkman en Suecia, y aquí, en Gotland, con ese nombre solo había un viejo en la isla de Fårö. Pero entonces busqué a mujeres que llevaran Björkman como apellido de solteras y vivieran en Gotland, y entonces encontré a una tal Anna Björkman, que está casada y ahora se apellida Magnusson. Vive en Vibble. Lo que resultaba interesante es que tenía una hermana que se casó con un Stenfors y que vivió en Högklint. Resultó ser la madre de la familia asesinada a tiros esa noche de noviembre de 1994, Susanne Stenfors.

Knutas se quedó sin palabras.

—¿Y?

—¿Te acuerdas de cómo se llamaba el padre de familia al que también mataron?

—No —dijo Knutas desconcertado—. Creo recordar que era dueño de un restaurante.

Wittberg clavó su mirada en Knutas y se inclinó un poco hacia delante.

—En efecto. El restaurante Catch 22, que está abajo, en el puerto.

—¿Y cómo se llamaba el padre?

—Lo llamaban Palle. ¿Te acuerdas? Palle Stenfors. Aunque su verdadero nombre era Per-Alvar.

Knutas clavó la mirada en Wittberg. Estaba atónito.

—El coche se alquiló bajo el nombre de Alvar Björkman. El asesino nos dejó una pista, pero nosotros no lo entendimos. Susanne y Palle Stenfors tenían gemelos, dos niños: Daniel y Kristoffer, que tenían doce años cuando ocurrieron los hechos. Uno de ellos murió, pero el otro, Daniel Stenfors, aunque resultó herido, sobrevivió. ¿Y sabes qué?

Knutas negó con la cabeza.

—Ese verano la familia acogió a una chica, meses antes del asesinato. Una muchacha de Estocolmo con problemas familiares; los padres eran drogadictos. La interrogaron después de los hechos, pero tenía una coartada perfecta. No apareció nada que la relacionara con lo ocurrido. Se había mudado hacía varios meses, ya que las cosas no funcionaban entre ella y la familia. ¿Sabes cómo se llama esa mujer? Terese Larsson.

—Te, la inicial de Terese —dijo Knutas, y se estiró para alcanzar el teléfono.

Él se sirvió los últimos restos del termo de café y se sentó a la mesa de la cocina. Al otro lado de la ventana las hojas de los árboles comenzaban a adquirir una tonalidad rojiza. Un adelanto del otoño. Igual que ocurrió a principios de noviembre de 1994. Recordó cómo miraba por la ventana los árboles rojos como el fuego cuando se despertó en el hospital y fue consciente de que su vida había quedado en ruinas. Luego todo se volvió solo negro. Como si hubieran dejado caer un manto que devastaba toda su existencia. Todo lo que tenía. Apenas había cumplido doce años. Algo se rompió en su interior, en ese lugar y en ese momento. Algo que nunca se podría reparar.

Fue durante su trabajo como agente inmobiliario cuando de repente un día se topó con su pasado y se vio obligado a revivir aquella horrible noche. Había enterrado la mayor parte de los recuerdos. A pesar de la intensa ayuda psicológica recibida después, seguida de años de terapia, no pudo recordar nada que pudiera ayudar a la Policía. Solo sabía que se trataba de tres personas. Y que fueron a por ellos sin piedad.

Esa noche de principios de noviembre la familia se había acostado. Regresaron antes de lo previsto de las Islas Canarias, donde siempre solían pasar sus vacaciones de otoño, ya que el restaurante había sufrido una gran fuga de agua y su padre se vio obligado a volver. Sus padres decidieron que lo mejor sería que regresaran todos juntos. Él recordaba que tanto a Kristoffer como a él no les importó mucho. La vuelta a casa les permitiría salir con sus amigos los días de vacaciones que quedaban. Habían acordado ir a la piscina con Rasmus al día siguiente. El padre de este les prometió llevarlos.

Esa noche lo despertó un ruido ensordecedor que luego comprendió que se había tratado de un disparo. Se levantó apresurado de la cama y, al abrir la puerta de su dormitorio en la planta de arriba, oyó gritos y más disparos. Se encogió, se arrastró por el suelo y echó un vistazo para ver qué sucedía. Tres extraños enmascarados se gritaban. Uno de ellos sujetaba una gran bolsa negra.

Su madre yacía inerte y ensangrentada en el suelo del salón, llevaba puesto su camisón rosa. Su padre estaba tumbado en la escalera y Kristoffer bajaba por ella. Uno de los enmascarados tenía una pistola y disparaba a lo loco a su alrededor. Alguien gritó. Vio cómo su hermano era alcanzado en el estómago. Cómo caía. Uno de los ladrones subió por la escalera, se inclinó sobre él. Susurró algo ininteligible. Lo último que vio fue cómo el ladrón de abajo alzaba de nuevo la

pistola.

A continuación un dolor le abrasó la cabeza, como si se tratase de fuego. Y después nada.

Se despertó cuando el padre de Rasmus le acarició las mejillas. Luego la ambulancia. El hospital. Cuando recobró el conocimiento, su tía Anna se encontraba sentada junto a la cama. Tenía la cara blanca y desencajada por el dolor. Tardó tiempo en comprender el significado de lo que había sucedido. Que su madre, su padre y Kristoffer estaban muertos. Que ya no existían. Que los habían asesinado.

A continuación llegó el entierro. El vacío. Tuvo que mudarse a casa de la tía Anna y el tío Björn, que vivían en Vibble, a solo unos cuantos kilómetros de su casa. Creció allí y nunca más regresó a la casa de Högklint. Nunca más fue por allí.

Tras finalizar sus estudios y pasar varios años de infelicidad en el continente, regresó a Gotland y empezó a trabajar en una de las inmobiliarias más importantes. Conoció a Marianne, dieciséis años mayor que él, y juntos compraron una casa en el campo. Ella le dio un hijo. Lo bautizaron con el nombre de Kristoffer.

Un día tenía que enseñar una residencia de verano en Åminne. A la visita acudieron apenas unas pocas personas, entre ellas un hombre que enseguida comprendió que resultaba dudoso como cliente, tal vez fuera un criminal o quizá un drogadicto. Iba acompañado de un amigo con el cabello rubio, largo y rizado. El amigo estaba contento y era muy hablador, pero parecía tener la mirada perdida. Daniel se dio cuenta de que llevaba un tatuaje en la muñeca. Ese tatuaje le recordaba algo. Se componía de unas letras, pero no alcanzó a ver cuáles. Olvidó el asunto y continuó con la visita. Algunas personas se inscribieron como interesadas, entre ellas el muchacho sospechoso y su amigo tatuado. Luego no pasó nada más.

Esa tarde, cuando regresó a casa, no pudo dejar de pensar en el tatuaje. De repente recordó lo que creía haber visto. Buscó excitado entre las viejas fotografías. Lo había guardado todo, no quiso tirar nada tras la muerte de la familia. Entonces encontró la foto que buscaba y poco a poco comprendió cómo había ocurrido todo. Recordó una escena de la época en la que Terese vivió con ellos.

Ella estaba en la cocina, orgullosa, con la larga melena colgándole por la espalda. Alzaba su brazo desnudo, el puño cerrado. Mostraba su tatuaje recién hecho. Tres letras grabadas en la muñeca. Tres iniciales. La de sus dos mejores amigos y la suya. De pronto recordó sus nombres: Jocke y Degen.

El segundo siguiente, un fragmento, un recuerdo que le quitó el aliento. La fatídica noche en casa. Cómo se despertó con los gritos, los disparos. Primero su madre, luego su padre y, por último, Kristoffer. Y cuando cayó su hermano, un grito desgarrador. Reconoció el grito. Podía

oírlo en el interior de su cabeza en ese mismo instante.

Terese iba completamente enmascarada, ni siquiera se podía adivinar si se trataba de un chico o de una chica. Corrió escaleras arriba hasta donde yacía Kristoffer, se quitó los guantes. Entonces él lo vio. El tatuaje en la muñeca. Al momento siguiente, los disparos lo alcanzaron a él. Todo se volvió oscuridad. Y el recuerdo no regresó. Hasta la visita de aquel día. Cuando vio el tatuaje.

Entonces lo relacionó todo.

Y se puso fuera de sí.

Terese caminaba a toda prisa cuesta arriba hacia la gasolinera donde vendían alimentos y comida preparada. Allí se abasteció de todo lo que podría necesitar durante los próximos días. Además, compró un cartón de cigarrillos, por si las moscas. Ansiaba algo fuerte, pero el *systembolaget* se encontraba demasiado lejos y correría un gran riesgo si iba hasta el centro comercial, que probablemente estaría plagado de policías. Por suerte, Degen guardaba en su bolsa una botella de whisky, que todavía estaba sin abrir.

Regresó cargada al hotel. Mantuvo los ojos bien abiertos, pero no vio que nadie la siguiera.

Después de ponerse hasta arriba de comida, abrió la ventana y luego se sentó en la cama con el whisky y acomodó las almohadas detrás de su espalda. Encendió un cigarrillo y expulsó el humo despacio. Pensó en Jocke y Degen. Ambos habían sido asesinados a sangre fría de la forma más brutal. No tenía fuerzas para llorar de nuevo. ¿Adónde cojones podía ir? ¿Quién era el asesino y cuáles eran sus motivos?

Alzó la muñeca y observó el tatuaje. Acarició con el dedo, detenidamente, las tres letras. Sus iniciales entrelazadas. El símbolo de que siempre estarían juntos. Las únicas personas que en realidad significaban algo para ella.

Recordó el día en que se tatuaron. Fueron a un estudio de tatuajes en Visby, y después lo celebraron bebiendo cerveza en el puerto y comparando sus inscripciones. Fue todo sensacional. Cuando ella regresó a casa le mostró la muñeca a Kristoffer y a Daniel, que quedaron impresionadísimos. Los ojos se le arrasaron en lágrimas al pensar en ellos, en toda la tragedia y en los terribles hechos acontecidos durante las últimas semanas.

En ese momento se quedó petrificada, sentada con la mirada perdida en el infinito. Poco a poco sus pensamientos crearon un patrón y ella visualizó el contexto. De repente comprendió el porqué de los asesinatos. Estaba más claro que el agua. Y sabía quién era el asesino. De alguna manera debió enterarse de que eran ellos. La verdad los había alcanzado después de todos esos años.

—Pero ¿por qué ahora? —susurró en la habitación en silencio—. ¿Por qué has esperado tanto?

Eso también significaba que ella sería la siguiente de la lista. Comprendió que no tendría

ninguna oportunidad. La atraparía la Policía o el asesino. La cuestión era quién sería el primero.

Se llevó la botella de whisky a la boca y bebió un trago. El alcohol adormeció la peor parte de su angustia.

En realidad, ya no le importaba lo que pudiera pasar. No tenía a nadie por quien vivir. Absolutamente nada.

Apareció un rostro en su retina. Kristoffer. Sus cálidos ojos marrones y su cabello espeso y negro, los hoyuelos en las mejillas. Él la había querido mucho. La miraba con esos ojos de alegría indisimulada. Por alguna razón incomprensible él la había admirado por lo que ella era. Y ella lo había matado, aun cuando no hubiera sostenido la pistola. Había apagado la vida de un muchacho que tenía todo el futuro por delante. Por un simple robo. Ella no se merecía vivir.

Había matado a una criatura más. La pequeña que estaba a la salida del banco, la que después del robo se les cruzó en el camino montada en una bicicleta. Por su culpa, dos niños no habían tenido la oportunidad de crecer. Y Susanne y Palle seguirían vivos si no hubiera tenido aquella estúpida idea.

Volvió a ver de nuevo a Kristoffer en la escalera. Cómo se desplomaba y moría delante de sus ojos. Eso era lo peor de todo. Ni siquiera pudo honrarlo en el entierro con su presencia. Nunca acudió a llevarle flores a su tumba.

Le dio unos tragos más al whisky y se levantó de la cama.

Ahora sabía qué era lo que tenía que hacer.

La Policía emitió inmediatamente una orden de búsqueda y captura de los dos sospechosos, y Lars Norrby envió una nota de prensa informando de que buscaban a esas dos personas y de que estarían muy agradecidos de recibir ayuda ciudadana. Enseguida empezaron a telefonar los periodistas, y Norrby tuvo que encargarse en solitario de todas las llamadas. El equipo de investigación estaba volcado en localizar a Terese Larsson y a Daniel Stenfors tan pronto como fuera posible. Una patrulla se dirigió de inmediato a la granja a las afueras de Stenkumla donde vivía Stenfors, pero él no se encontraba en casa y su mujer creía que estaría trabajando. En la inmobiliaria les dijeron que Daniel Stenfors se había tomado la semana libre. Nadie sabía dónde se encontraba el sospechoso del asesinato de dos personas a sangre fría.

Unos cuantos policías trabajaban intensamente en la caza de Terese Larsson. La Policía creía que seguía en la isla, y enseguida se pusieron a buscar en los hoteles, pensiones y cabañas de alquiler en los alrededores de Visby. No pasó mucho tiempo antes de que encontraran el hotel junto al puerto donde una pareja llamada Nilsson se había registrado dos días antes.

La recepcionista dijo que se fijó en el hombre y la mujer, porque el día que se registraron parecían estar muy estresados y después no volvieron a salir de la habitación. Pagaron en efectivo dos noches por adelantado, lo cual era algo inusual. Al hombre no lo había visto durante el último día y la mujer llamó a la recepción desde su habitación esa misma mañana para preguntar si se podían quedar unos días más, aunque no especificó cuántos. No dejó entrar a la mujer de la limpieza y dijo que no deseaba que limpiaran la habitación durante su estancia.

La misteriosa clienta solo había abandonado el hotel en una ocasión. Luego regresó con varias bolsas de comida. Según la recepcionista, se encontraba en su habitación.

Knutas y Karin decidieron ir hasta allí. Les acompañaban un par de colegas por si Terese Larsson se resistía o intentaba huir.

Aparcaron los dos coches patrulla delante del hotel y se apresuraron a entrar en el *lobby*. Detrás del mostrador de recepción se hallaba una mujer que se presentó de inmediato como la persona con la que Knutas había hablado antes.

—Acaba de marcharse en un taxi —informó disculpándose, como si fuera la culpable de que la mujer se hubiera escapado.

—¡Joder! —exclamó Knutas—. ¿Sabe adónde se dirigía?

—Lo siento, pero no tengo ni idea.

—¿Puede llamar a la compañía de taxis? —pidió Knutas irritado, al mismo tiempo que se volvía hacia sus colegas—. Karin y yo seguiremos al taxi. Vosotros, de momento, echadle un vistazo a la habitación. Pero llamad antes a Sohlman para estar seguros. Nunca se sabe qué podemos encontrar ahí dentro.

—Tengo a Taxi Gotland en la línea —dijo la recepcionista, y le tendió el auricular a Knutas.

—Gracias. —Cabeceó hacia ella—. Soy el comisario Anders Knutas. Buscamos a una mujer que ha pedido un taxi desde este hotel hace una hora, más o menos. ¿Pueden ver adónde se dirige?

—¿A qué nombre pidió el taxi?

—Pruebe con Nilsson.

Pasaron unos minutos hasta que obtuvo una respuesta.

—El taxi la dejó en el Cementerio Norte a las once y cincuenta y siete.

El cementerio se encontraba a pocos kilómetros de Visby, en una bonita ladera que se extendía hacia el mar. Los árboles comenzaban a cambiar de color. Estaba llegando el otoño.

Terese se apeó del taxi y observó la zona. No había estado nunca allí y no sabía dónde estaba enterrada la familia. Pero tenía todo el tiempo del mundo. No se veía a nadie. Comenzó a andar por el camino de gravilla bien rastrillado que tenía delante. Leyó las inscripciones, observó los arreglos florales. Parecía que allí la gente se ocupaba de sus muertos. Todo resultaba bonito y bien cuidado. Se palpaba el afecto.

No le tomó mucho tiempo encontrarla. La lápida era gris oscuro con inscripciones doradas. Palle Stenfors, Susanne Stenfors y Kristoffer Stenfors. Todos muertos el mismo día. El 4 de noviembre de 1994.

Se puso de rodillas.

Habían estado dispuestos a cuidar de ella. Ella hubiera podido tener una familia. ¿Y qué había hecho a cambio? ¿Cómo se lo había agradecido? Le sobrevino un dolor indescriptible, apenas podía respirar.

Cuando se tranquilizó, decidió dar el último paso. Era inevitable.

Sacó el teléfono móvil del bolso y pidió un taxi. Tenía que regresar allí.

Allí donde empezó todo.

El taxi atravesó la ciudad y condujo hacia el sur. Terese recordó su primer día en Gotland cuando Viveka fue a buscarla al aeropuerto. Alejarse del barrio y de sus padres fue una liberación. En ese momento todo era nuevo. Entonces ella no sabía qué le esperaba.

El corazón le latió con más fuerza al pasar Kneippbyn. Ella no había regresado por allí en todos esos años, pero recordaba muy bien el camino. Dejaron atrás el desvío hacia el mirador de Högklint y continuaron carretera arriba. Finalmente el conductor giró por el sendero de gravilla que conducía a la casa apartada. Ella le pidió que se detuviera un poco antes de llegar y pagó. Deseaba caminar el último tramo.

La gravilla crujía bajo sus pies. Habían construido alguna casa que otra, pero parecían ser residencias de verano. No había ni personas ni coches a la vista.

Al ver la valla a un lado del pequeño sendero, un escalofrío recorrió su cuerpo. Estaba igual que entonces. Se detuvo y encendió un cigarrillo. Continuó hacia delante, pero más despacio. Cuando divisó la casa entre los pinos le comenzó a palpar la cabeza. La parcela no había cambiado, se extendía ante ella árida, pedregosa y plana. La casa de piedra caliza encalada se hallaba en una colina, impenetrable a las inclemencias del clima y al viento. Habían retirado las características contraventanas de madera y habían construido una cabaña de invitados en el terreno. A parte de eso, todo seguía igual.

No había ningún coche aparcado y parecía desierta y en silencio. Miró el nombre del buzón. Lo habían cambiado. Martland. No le sonaba de nada. Abrió la verja y caminó lentamente hacia la casa. El ventanal del salón, desde el suelo hasta el techo, el porche de madera... Los muebles de jardín estaban fuera. Más allá vio la ventana de la que fue su habitación. Recordó cómo solía tumbarse en la cómoda cama escuchando el silencio y mirando por la ventana. Cómo disfrutó de la tranquilidad que la rodeaba.

Se acercó a la ventana del salón y miró el interior. Nuevos muebles, nueva decoración. No era igual de minimalista que en aquel tiempo.

Entonces, de repente, aparecieron destellos de imágenes en su mente. Jocke empuñando una pistola, Susanne chillando y desplomándose. A Palle también le dispararon antes de que pudiera comprender qué sucedía. Y luego Kristoffer. Gritos. Caos. Cuerpos inertes. Huyeron presas del

pánico.

Degen dijo que les daría tiempo a coger el *ferry*. La insoportable espera en la terminal. Los tres estaban convencidos de que, en cualquier momento, aparecería la Policía y los arrestaría. Ella misma se sentía apática y en *shock*. Luego les indicaron que subieran a bordo con el resto del pasaje. Habían reservado un camarote con antelación en el que permanecieron encerrados. El viaje al continente fue una pesadilla. Interminables horas en las que pensaron que de repente se abriría la puerta del camarote y los detendrían. Pero no ocurrió nada.

Al desembarcar en Nynäshamn recordó que a Degen le temblaban las piernas y fumaba sin parar. Pero no vieron a ningún policía. Condujeron directos a casa, al apartamento de Hagsätra, donde vivían temporalmente. Por alguna extraña razón consiguieron llevarse todo el dinero y la mayor parte del botín.

Pasaron varias semanas escondidos. La Policía buscó a Terese, y entonces ella estuvo segura de que los pillarían. Pero solo la interrogaron en un par de ocasiones; Jessica la respaldó y le proporcionó una coartada perfecta. Varios polis registraron su apartamento sin encontrar nada.

Los periódicos especularon durante algún tiempo sobre la idea de que el asesinato de la familia estaba relacionado con el restaurante de Palle. Resultó que este había trampeado las cuentas y los fines de semana dirigía un club ilegal de juego. La Policía parecía apostar fuerte por esa pista que, por supuesto, no condujo a ninguna parte. Las semanas se convirtieron en meses y el caso permaneció sin resolver.

Degen, Jocke y Terese se mantuvieron separados durante casi un año antes de atreverse a retomar la relación. Aunque mantuvieron su amistad en secreto, ocultándola ante el resto del mundo. Por seguridad, se la guardaron para sí mismos.

De repente un chirrido, más allá en la terraza, interrumpió los pensamientos de Terese. Se dio media vuelta.

Alguien se dirigía hacia ella.

—Espere un momento —pidió la mujer de la centralita del taxi antes de que a Knutas le diera tiempo a colgar—. Un taxi recogió a un cliente en el Cementerio Norte hace un cuarto de hora. Bajo el nombre de Nilsson.

—¿Adónde se dirigía el taxi? ¿Y quién era el pasajero?

—Espere, voy a ponerme en contacto con el chofer. Creo que el cliente aún está en el coche.

Knutas esperó tenso. Apenas se atrevía a respirar. La voz retornó.

—Dejó al cliente en Rövar Liljas väg, en Högklint, hace un par de minutos.

—¿Y quién era el cliente?

—Una mujer.

Knutas y Karin corrieron al coche. Karin pisó el acelerador a fondo y condujeron en dirección a Högklint.

—Ha regresado a la casa. ¿Qué diablos piensa hacer allí? —dijo Knutas, sereno.

—Es una buena pregunta —respondió Karin—. Aunque no es raro que un delincuente regrese a la escena del crimen, pero mira que atreverse... ¿Deberíamos pedir refuerzos?

—Por supuesto. Seguro que el asesino va tras ella. Puede que siga su rastro.

Knutas llamó y pidió que enviaran varias patrullas a la dirección de Högklint donde hacía dieciséis años una familia entera fue asesinada.

Al girar en Rövar Liljas väg redujeron la velocidad. La zona aparecía desierta, entre los pinos se vislumbraba alguna casa que otra, pero la mayoría eran residencias de verano que ya habían sido abandonadas. El oficial de guardia les había dado la dirección y buscaron el camino hasta el chalé que se hallaba en la colina. El aparcamiento delante del garaje se encontraba vacío y aparcaron el coche. Desenfundaron sus armas reglamentarias y se dirigieron apresurados hacia la

entrada. Miraron alrededor, pero no vieron a nadie.

Knutas comprobó la puerta principal. Estaba cerrada, como era de esperar.

Karin trepó al balcón de la planta de arriba y oteó los alrededores. De repente gritó:

—Hay un coche aparcado en la linde del bosque.

Se dirigieron hacia allí. Encontraron un todoterreno negro abandonado a un lado del camino.

Knutas llamó a un colega y le pidió que comprobara la matrícula. Esperó pegado al teléfono mientras la verificaban.

—Pertenece a un tal Daniel Stenfors —le informó el colega al cabo de un rato—. Está empadronado en Stenkumla.

—¡Joder! —exclamó Knutas.

Al mismo tiempo aparecieron varios coches de policía.

Los refuerzos no podían haber llegado en mejor momento.

Al principio Terese no lo reconoció. Era alto y fuerte, tenía el rostro pálido, el cabello castaño y peinado con raya. Pero los ojos eran iguales, del mismo color marrón oscuro. El color de Palle. El color de Kristoffer. Apenas pudo captar una mirada antes de dar media vuelta y emprender la huida. Por la parcela, atravesando la verja, adentrándose en el sendero que serpenteaba cuesta abajo hacia el mar. Él la seguía de cerca. En el peñasco giró a la izquierda y continuó a través de un bosque ralo que se extendía a lo largo del borde del peñasco. Ella podía oírle jadear tras de sí. Aumentó la velocidad y corrió todo lo que pudo.

Después de un centenar de metros volvió la cabeza y vio que él todavía la seguía. Al mismo tiempo que se sentía aterrada, le embargó una extraña y eufórica sensación de indiferencia. Que pase lo que tenga que pasar. No me importa si me caigo por el precipicio y me estrello contra el mar o si me degüellas. Todo se ha ido a la mierda. Pero primero déjame correr. Déjame correr hasta quitarme toda esta mierda de encima.

Dejó que las piernas se movieran por sí solas de forma mecánica por el sendero, sobre las raíces y piedras, sobre tronco y piedra. Las olas del mar, una treintena de metros por debajo de ella, rompían contra la playa rocosa, una bandada de pájaros negros pasó graznando por encima de su cabeza. Al correr pensó en Degen y Jocke. Pronto llegaré a vosotros, pensó. Pronto estaré con vosotros. Pronto nos veremos, mis héroes.

Y siguió corriendo.

Los policías se separaron. Unos cuantos condujeron por el camino bacheado y apenas transitable que corría a lo largo del peñasco.

Karin y Knutas siguieron por el sendero que transcurría junto al mar. Corrieron al azar, sin tener ni idea de qué camino habían tomado los perseguidos.

El borde del peñasco se precipitaba en picado hacia la playa rocosa, al fondo. Una pequeña barandilla hacía la función de frágil protección. Arreciaba el viento y las olas tronaban agitadas contra las rocas. El mar se extendía gris y amenazador contra un cielo plumizo. El sol había desaparecido detrás de las nubes. Una borrasca parecía acercarse. De repente, Karin gritó:

—¡Hay alguien allí delante, en el saliente!

Se detuvieron y tomaron aliento. La distancia era demasiado larga para que pudieran ver con claridad, pero pudieron vislumbrar dos figuras que se movían, más adelante, por el saliente de la roca.

—Tienen que ser ellos —jadeó Knutas—. ¡Joder!

Se apresuraron de nuevo y al acercarse vieron que se trataba de un hombre corpulento y una mujer menuda que daban vueltas en círculo al borde de la roca. ¡Ojalá lleguemos a tiempo!, pensó Knutas.

Tras la visita de Sonny Johansson, Johan acordó con Max Grenfors, de la redacción de Estocolmo, que lo mejor que Pia y él podían hacer era ir a la casa de Högklint donde habían tenido lugar los trágicos acontecimientos hacía dieciséis años para sacar algunas imágenes del lugar. Mientras tanto, la redacción de Estocolmo trabajaría recopilando todos los datos del crimen.

Cuando Johan y Pia encontraron la casa, tras un rato de búsqueda, vieron un coche patrulla aparcado en el exterior.

—¡Joder! —exclamó Johan—. ¿Qué coño hace la Policía aquí?

—Tenemos la confirmación que necesitábamos —dijo Pia triunfante, y aparcó justo detrás.

Se apresuró a salir del vehículo y, rápida como un rayo, se echó la cámara al hombro. Ahora se trataba de no perder ni un segundo.

Johan y Pia entraron corriendo al jardín y enseguida pudieron constatar que no había policías ni ningún otro ser humano a la vista.

—No sabemos qué se está cociendo aquí —dijo Pia—. Quizá haya más policías a punto de llegar y corremos el riesgo de que acordonen la casa. Lo mejor será que hagamos ahora mismo una toma aquí contigo.

—Tienes razón —dijo Johan—. Dame solo un minuto para que prepare un texto.

Mientras tanto Pia grabó imágenes de la fachada, la parcela, los alrededores y el coche patrulla aparcado. Johan se preparó y se colocó en la entrada con el micrófono en la mano.

«Fue aquí, en la casa que ven justo detrás de mí, en Högklint, a las afueras de Visby, donde una familia fue asesinada a tiros la noche del 3 al 4 de noviembre de 1994. La tragedia estuvo relacionada con un robo, y fue un buen amigo quien encontró a la familia muerta en su casa la mañana siguiente a los disparos. Uno de los dos hijos gemelos de la familia sobrevivió. Según datos conseguidos por el telediario regional, la Policía sospecha que los dos asesinatos ocurridos en Gotland durante las últimas semanas están relacionados con el crimen de Högklint».

Justo cuando Johan finalizó la última frase se oyeron a lo lejos dos detonaciones.

Los disparos provocaron que una bandada de pájaros se alzara desde los salientes de las rocas emitiendo unos graznidos siniestros.

En el mismo instante en que Terese, presa del pánico, bajó al saliente, comprendió que se encontraba en un callejón sin salida. No tenía escapatoria. Las rocas que la rodeaban se precipitaban hacia el mar.

Él se encontraba justo detrás de ella, y cuando se deslizó por el último tramo, ella permaneció quieta esperándole. Era alto y fuerte, nada que ver con el niño que fue cuando lo vio por última vez. Ahora lo que tenía delante era un hombre. Pero los ojos eran los mismos. Terese sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos y, al encontrarse con su mirada, estuvo a punto de desfallecer.

—Perdóname, Daniel —le pidió—. Lo siento. Nunca fue mi intención...

—¡Cierra el pico! —le espetó. Sus ojos oscuros ardían de rabia—. Mataste a mi familia. Arruinaste mi vida. Ahora ha llegado tu turno. Vas a morir de la misma manera que tus repugnantes hermanos de sangre.

Dio unos pasos hacia ella. Terese percibió un cuchillo que brillaba en su mano. Durante unos segundos ella sopesó sus alternativas. Experimentó una sensación de resignación. Comprendió que no tenía ni una oportunidad y a ella, en realidad, no le importaba. No tenía nada más por lo que vivir. Pero deseaba que él supiera cómo habían sucedido las cosas. Que no habían planeado herir a nadie. Que fue Jocke quien llevó una pistola sin que Degen ni ella lo supieran. Y ella prefería morir arrojándose por la roca a que él la degollara.

—Daniel —comenzó ella, mientras se movían en círculo en torno al saliente—. Solo queríamos robar algo. Estábamos desesperados y no teníamos dinero. Creíamos que estaríais fuera durante todas las vacaciones, que no habría nadie en casa. Llamamos por teléfono y lo comprobamos. Lo habíamos planeado todo, nos prestaron una furgoneta y estuvimos esperando hasta la medianoche antes de colarnos. Pero entonces aparecisteis vosotros por sorpresa.

—Sí, lo hicimos. Pero eso no os detuvo, ¿verdad? —gritó Daniel, y ahora le corrían lágrimas por las mejillas.

—No, por desgracia. Lo siento muchísimo, Daniel. Yo quise detenerlo, pero...

—¡No le echas la culpa a los demás, joder!

—No, no. Yo asumo toda la responsabilidad, todo fue idea mía. Pero solo quería que supieras que no habíamos planeado hacerle daño a nadie. Y ni Degen ni yo teníamos idea de que Jocke

fuera armado. Nosotros no llevábamos armas. Él estuvo sentado en el coche fumando y cuando sacó la pistola no nos dio tiempo a reaccionar.

El rostro de Daniel estaba retorcido de rabia.

—Tú mataste a mi hermano y a mis padres —gritó—. A toda mi familia. Cuidamos de ti y tú nos exterminaste. Acabaste con nosotros.

Dio unos pasos hacia ella. Terese retrocedió hacia el borde. La mirada de él era implacable. Al momento siguiente oyeron una voz.

—Policía. ¡Arriba las manos! ¡No os mováis!

Ambos se dieron media vuelta. Knutas y Karin se encontraban encima de la roca, con sus pistolas apuntando al hombre y a la mujer en el saliente.

Terese fijó su mirada en ellos. A continuación tomó su decisión y corrió hacia el borde de la roca. Daniel Stenfors se lanzó tras ella.

Sonaron dos disparos casi al mismo tiempo.

Y todo acabó.

El viernes por la tarde Knutas regresó a casa del trabajo, se dio una ducha y estaba cocinando cuando Line llamó desde el taxi y le comunicó que iba en camino. Era la primera vez desde que comenzó su suplencia en Dinamarca que regresaba para pasar el fin de semana y, aunque resultara ridículo, se sentía algo nervioso.

Los niños y él habían limpiado la casa; había comprado un ramo de flores que había colocado en un jarrón encima de la mesa de la cocina y se había provisto de infinidad de comida, pan fresco, fruta, quesos y buenos embutidos que sabía que le gustaban a Line. A ella le agradaba tener la despensa bien llena y la nevera, a poder ser, repleta de comida.

Esta vez no podrá quejarse de nada, pensó satisfecho. Tomó un sorbito de una copa de vino tinto y tarareó *Cecilia*, el viejo éxito de Simon and Garfunkel de los años setenta.

Repasó en su cabeza los dramáticos acontecimientos de los últimos días. Primero, las detenciones de Terese Larsson y de Daniel Stenfors en el saliente de la roca de Högklint. Karin y él dispararon cada uno un tiro al comprender qué estaba a punto de pasar. Terese se dirigió hacia el borde de la roca y habría saltado si a Karin no le hubiera dado tiempo a dispararle en la pierna. Al mismo tiempo, Knutas le disparó a Daniel Stenfors y le alcanzó en el hombro, y eso fue suficiente para detener su ataque. Por suerte, apareció otra de las patrullas y pudieron detener a los fugitivos.

Los trasladaron al hospital. Ninguno de ellos presentaba heridas graves.

Al día siguiente Karin y él interrogaron a ambos. Una triste historia salió a la luz, donde una desafortunada coincidencia tras otra condujo al fatal incidente en Högklint. Pero ¿fueron solo las desafortunadas circunstancias las causantes de la tragedia? Claro que no. Jocke, Degen y Terese tuvieron cada uno su grado de responsabilidad en el desarrollo de los trágicos acontecimientos.

Terese no trató de eludir su responsabilidad. Lo confesó todo, y finalmente supieron cómo habían sucedido los hechos.

Daniel Stenfors, en cambio, no mostró arrepentimiento alguno. Parecía pensar que tenía derecho a actuar como lo hizo y se mantuvo firme en esa opinión. Tendría que pasar una revisión psiquiátrica forense.

Justo cuando acabó todo, Kurt Fogestam llamó desde Estocolmo. Vera Petrov y su marido,

Stefan Norrström, la pareja bajo orden de busca y captura internacional, habían sido localizados en Las Palmas de Gran Canaria. Los datos eran considerados completamente fiables. El domingo siguiente Knutas viajaría junto a Kurt Fogestam para asistir a la Policía española en su detención.

Pero primero se encontraría con Line y toda la familia cenaría junta por primera vez en mucho tiempo. Estaba preparando una ensalada cuando oyó que se abría la puerta de la calle. La voz alegre y familiar hizo que una ola de calor se esparciera por todo su cuerpo.

—¿Hola? Ya estoy en casa.

Él salió al vestíbulo para recibir a su esposa.

Agradecimientos

Antes de nada, quiero dar las gracias a mi marido, Cenneth Niklasson, y a mis hijos Rebecka (Bella) y Sebastian (Sebbe) Jungstedt por vuestro apoyo, aliento, amor y todo lo que me aportáis cada día.

Muchas gracias también a:

Ulf Åsgård, psiquiatra y experto en perfiles criminales.

Lena Allerstam, periodista.

Magnus Frank, comisario de la Policía de Visby.

Martin Csatlos, del Instituto Anatómico Forense de Solna.

Johan Gardelius, técnico de criminalística de la Policía de Visby.

Conny Lants, East Coast Riders MC Visby, y a todos los demás miembros del club.

Ulf Byman, del club de boxeo tailandés Slagskeppet, Estocolmo.

Maria Ernestam, escritora.

Gustav Åsgård, del transporte de fondos Loomis.

Ruth González Núñez, directora del hotel Riu Karamboa, Boa Vista.

También tengo palabras de agradecimiento para todos los grandes profesionales de la editorial Albert Bonniers Förlag; en particular, para mis editores Lotta Aquilonius y Jonas Axelsson, y para Ulrika Åkerlund.

Gracias a la diseñadora Sofia Scheutz.

A la agente de prensa Lina Wijk y a la relaciones públicas Charlotta Wågert.

A mis agentes de la Stilton Literary Agency, Emma Tibblin, Nina Bennet y Poa Broström.

Y por último, pero no por ello menos importante, gracias a todos los maravillosos colegas escritores; gracias por todo el apoyo, inspiración y diversión de la que gozamos.

Mari Jungstedt



MARI JUNGSTEDT (Estocolmo, 1962). Es una periodista sueca y autora de novela negra.

Trabajó como periodista en la Radio Pública Sueca y en la Televisión Sueca, presento el *talk show Förkväll* en TV4.

Es una de las escritoras más populares de novela negra nórdica. Sus libros de la serie protagonizada por el comisario Anders Knutas y el periodista Johan Berg, de la que se han vendido más de tres millones de ejemplares, son conocidos en todo el mundo.

Ahora, apuesta por una nueva serie, «Un asesino en el paraíso», con el coautor Ruben Eliassen.

Vive en Nacka, cerca de Estocolmo. Su marido es de Visby, Gotland, y pasan sus veranos en Gotland.

Notas

[1] El *systembolag* es el monopolio estatal de tiendas de licores en Suecia. (N. del T.) <<

[2] Pan con mantequilla y diversos ingredientes fríos. (*N. del T.*) <<

[³] Baile en la parroquia Hejde. (*N. del T.*) <<

[4] Uno de los principales acontecimientos políticos de Suecia, celebrado en el parque de Almedal en Visby, donde participan los partidos políticos, sindicatos, asociaciones civiles, etcétera. (*N. del T.*) <<